

NÓRDICA

Thor Vilhjálmsson
**ARDE EL
MUSGO GRIS**

Traducción de Enrique Bernárdez



ARDE EL MUSGO GRIS

THOR VILHJÁLMSSON

Traducción de
Enrique Bernárdez

OceanofPDF.com

Título original: *Grámosinn glóir*

Este libro ha recibido el apoyo de
The Fund for Icelandic Literature

© Thor Vilhjálmsón, 1986

Published by agreement with Edda Publishing, www.edda.is

© De la traducción: Enrique Bernárdez

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 509 25 35

info@nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: septiembre de 2007

ISBN: 978-84-935578-3-6

Depósito Legal: P-295

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Zamart

Palencia

Diseño de colección: Marisa Rodríguez

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana M.^a Patrón

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

OceanofPDF.com

*Time and the bell have buried the day,
the black cloud has carried the sun away
will the sunflower turn to us...*

(T.S. ELIOT: The Four Quartets)

OceanofPDF.com

y continuamos nuestro viaje.

Estaba casi completamente cubierto. Cielo gris. Oscuridad creciente. El murmullo de un río, a lo lejos. Nosotros viajando sobre la arena. También el rumor del mar en la lejanía.

En la arena retazos de vegetación diminuta. Si te dabas cuenta de su existencia. Si te fijabas en ella. Y raíces extendidas por todas partes, como las cuerdas del destino, por doquier.

Las nubes avanzaban, se encrespaban tras la cresta de la montaña, atravesaban las quebradas de los montes. Allí se emblanquecían.

Los caballos, aburridos del paisaje.

Mi compañero de viaje no decía nada. Cuán cambiado estaba desde nuestro viaje al este; entonces iba feliz y contento. Y con la cabeza alta.

Ahora iba cabizbajo, en silencio.

OceanofPDF.com

MATAR A UN SER HUMANO

La mujer seguía al hombre por el sendero. Algunas ovejas dejaron de pastar y los miraron. El hombre casi corría y la mujer embarazada lograba apenas seguirlo dificultosamente por la serpenteante trocha embarrada entre dispersos herbazales. De vez en cuando metía un pie en alguno de los charcos. Su calzado estaba tan empapado que desde el interior de los zapatos chapoteaba el agua. No comprendía adonde quería ir el hombre, ella se limitaba a seguirlo. Quizá ni siquiera había sabido nunca quién era aquel hombre sombrío. Veía la torpe figura de su espalda, sus hombros robustos un poco caídos; un hombre de muslos anchos y pesados que caminaba a zancadas sobre unas piernas cortas; el cabello caía sobre el cuello de la camisa, cubriéndolo, la nuca amplia, hinchada en el nacimiento del cuello; no estaba acostumbrada a que él le comunicase sus intenciones.

Ya no veían los caballos que habían dejado en la orilla del lago, sobre el promontorio que terminaba en una lengua de arena.

Empezó a oír el borboteo del arroyo, que era extrañamente tranquilizador y calmoso en aquella carrera. Como si anunciara alguna solución. La mujer había perdido ya el aliento y su carga se estaba haciendo insoportable. La turbera dio paso a una ladera herbosa. Resbaló en la hierba y estuvo a punto de caer; y se agarró al hombre para evitar la caída. Él ni siquiera se volvió. La mujer no le había visto el rostro desde que se pusieron en camino, a caballo.

Cuando llegaron a lo alto de la ladera, la vereda se abría en un vallecito donde el arroyo se ensanchaba, desviándose de su curso al encontrar un roquedal que lo dividía, antes de caer en una poza. Había allí abajo un

prado pequeño, y sauces enanos en las orillas del río, y geranio silvestre. Él nunca la miró a la cara; quizá un instante cuando la agarró y la echó a la poza, y la mantuvo a la fuerza allí dentro. Y el grito ahogado en sus ojos fijos a través del ligero murmullo del agua, en torno a sus manos apretadas. El borboteo continuó hasta que se perdió en algún lugar en medio del agua; mucho antes de que él hubiera llegado a los caballos que seguían pastando en el promontorio.

Y gansos silvestres revoloteaban solemnes sobre la lengua de arena.

Lejos, en el lago, nadaban tres cisnes, dos juntos y otro un poco más lejos.

Cuando, por fin, el hombre se recompuso, Jón Jónsson, el asesino, se dio cuenta de que lo primero que recordó de aquella hora fue cómo el hinchado vientre de la mujer sobresalía del agua. Y luego pensó que le había sido difícil abandonar a su amante, cuando ya estaba muerta.

EN LA PÉRGOLA: EL FUTURO SEÑOR

Aquella nostálgica ironía estaba también en la música que sonaba; que penetraba a través de las palmeras, con sus largas hojas relucientes, lisas, y despertaba en él el recuerdo de unos labios tentadores, insinuantes, en la penumbra de la llama de unas velas, al final de una reunión. Las palmeras estaban plantadas en macetones y el parpadeo de las sombras apagaba y encendía reflejos en las rojizas urnas de cobre cuyo follaje se extendía en semicírculo delante de la orquesta.

Aquella alegría preñada de amargura no era alegre, mas tampoco simple amargura; había también en ella una vena soterrada de melancolía, que llegaba hasta sus mismas raíces.

El hombre estaba sentado a la sombra de una palmera que hacía las veces de chal sobre sus hombros, junto a una lámpara amarillenta que coronaba una esbelta columna de falso mármol con anillos de cobre, pálido por el invierno y la enfermedad, alto y delgado desde su infancia, con el semblante tenso por la búsqueda espiritual. Con largos dedos delgados se retorció la barba, que era reciente, clara como si hubiera crecido a la pálida luz de la luna. El bigote, que antes usaba vuelto hacia abajo junto a la comisura de los labios, ahora lo llevaba hacia arriba, pues ya era más largo y así se adaptaba mejor a sus facciones.

La sombra de una flor cortaba el resplandor de su mano. El hombre miró su mano como si la viera por primera vez, a una nueva luz; nunca la

había visto de aquella forma. Y repentinamente se da cuenta de que todo el mundo está bañado en una nueva claridad, tallado por nuevas sombras.

Es como si todo se hubiese hecho nuevo. Y sin embargo, el mundo era viejo y lúgubre... ese mundo con sus antiguas costumbres inamovibles y su estabilidad, las inquietudes amansadas, convertidas en tradición. Aquella era una claridad renacida que se le mostraba como algo nuevo. O quizá no era sino él mismo. Era él mismo, renacido, nuevo.

Consumido por el fuego, corroído por la ardiente enfermedad, quizá bautizado: nuevo.

Aquí. ¿Estaba aquí? Sí. Y no. Ambas cosas a la vez. Quizá estaba cubierto por alguna especie de yelmo transparente e intangible que le hacía sentirse más lejos de todo lo más cercano, de todo lo que le rodeaba. Una corriente de colores vivos, un fermento vital de luz y sombra en lo más profundo de sus entrañas, un mundo interior que adquiriría su fuerza embriagadora de una violencia indiscreta espoleada por la compacta muchedumbre. Vorágines de silencio y de ruido en turbulenta armonía arremetían contra él sin un momento de respiro; y acrecentaban en él, al tiempo, su presencia y su ausencia. Algo se interponía entre él y lo demás que sucedía en torno suyo y estimulaba sus sentidos; pero en su estado de ánimo vivía también otro tiempo, otra existencia. Como si dos niveles de consciencia se solaparan aunque sin interferirse. Uno de aquellos niveles recibía su fuerza de los obstáculos, de las restricciones, de los muros que encerraban su mundo, aquel instante efímero; el otro acrecentaba las sensaciones y el ánimo del hombre en un territorio de paz precisamente por todas aquellas dificultades.

En el mismo momento, se encontraba en otra realidad, en otro país en nada parecido a este, en el que actuaban fuerzas primigenias. Allí, el tiempo era tan extenso que su velocidad desaparecía. Con una gente que no guardaba relación alguna con la de aquí, una gente que crecía y se fortalecía simplemente por la dificultad de llegar hasta el otro, la ruta que pudiera unir a unos con otros era arriesgada, largos los caminos. El silencio. Y la máscara tallada por el esfuerzo y el clima y la tierra con su constante amenaza, y la eterna helada, un destino enraizado en la sensibilidad y en el deseo que cada uno recibió como herencia de los que pasaron antes y que

pervive mejor o peor en la soledad de la que nadie puede escapar, acompañado tan solo por espectros y monstruos creados por la oscuridad y las alucinaciones. Y con esa máscara ha de regresar al polvo que recuperará al hombre, inútil préstamo carente de todo valor, pero que al final ha de reintegrarse en su totalidad. Al final de todo, en repetición infinita, cada uno de los que recibieron por un breve tiempo el don de moverse sobre la tierra y acopiar su hermosura para guardarla en el cofre de su alma. Polvo eres y en polvo te convertirás.

Inclinarse bajo el peso de la monotonía, de la falta de oportunidades, cargar sobre los hombros lo que te ha deparado el destino. Pequeñas criaturas humanas en la vastedad infinita. Pero capaces, pese a todo, de engrandecerse cuando la dimensión de los días y las noches afloja su opresivo abrazo; y el hombre escapa a otra dimensión y ahora abraza la tierra, se convierte en tierra; y la tierra se convierte en él con sus impenetrables montañas y sus inviolados desiertos, sus glaciares y sus fuentes termales, sus oscuras landas y las afiladas cimas que fulguran en el gélido viento, sus barrancos donde los torrentes braman precipitándose por las ramblas y se abren, a golpes, un camino en el roquedal; y horadan en la piedra figuras que el liberto de una raza de esclavos percibe a retazos. Y por su gracia se engrandece en la mente del hombre la imagen de su raza en la roca, reflejada en un mundo de gigantes y dioses y enanos, que se abre a los impetuosos ecos del río; el rugiente combate de la piedra y el agua. Y de allí parte el joven hecho poeta.

Y entonces vuela sobre su tierra con alas recién nacidas, tan anchas que es capaz de remontarse en enormes círculos en torno a las cumbres, junto a las águilas, él solo en la límpida quietud. Se cierne su vuelo sobre el picacho de la montaña, y su aguda vista distingue roquedos y abismos, y atesora imágenes de la roca eterna, conjuradas por los vientos.

Haciendo luego volar su mirada sobre los valles de aquella tierra donde los ríos vistos desde el aire fluyen lentos a través del paisaje; y las granjas se vislumbran apenas a vista de águila.

Mogotes de hierba, elevaciones cubiertas de verdor, briznas que el viento acaricia sobre los tejados como buscando algo a lo que entregar su mensaje. Y en esas oquedades bajo la hierba vive tu gente. Como zorreras o

madrigueras de frailecillo. Y se afana día y noche en segar la hierba que cubre los mogotes para alimentar a las tímidas ovejas que triscan por montes y llanos inmemoriales, hasta que llega la hora de dejar hoz y rozón y lanzarse por toda la comarca en busca de las bestias para reunirías, hasta que rezuman por las laderas como leche de montaña, al llegar el otoño, con una sinfonía de balidos, ladridos, rumores de arroyos y agudos gritos, o chapoteo de cascos sobre el musgo de los cenagales, y tintineo de espuelas sobre la roca, o sonoros galopes sobre los campos; relinchos y suspiros; quizá gemidos del viento; hasta que cantos de aguardiente se mezclan con voces de niños y mujeres en el redil al pie de la montaña, y las ovejas cambian su voz cuando su libertad se desvanece en el mundo de los hombres.

Y el hombre desaparece dentro de su choza. Tu pueblo, tu gente. Siglo tras siglo. Tu estirpe sepultada en la tierra que se acurruca allí durante las grandes ventiscas invernales y busca cobijo frente a las inclemencias en su subterráneo refugio. Con las montañas en su recuerdo mientras la oscuridad y las tormentas de nieve bloquean la guarida de hombres y bestias, que allí conviven. Pero los tinados lejanos llaman todos los días a desafiar a las ventiscas para que la vida pueda ser preservada, una vez y otra. Mientras los espectros vagan libres y la primavera espera lejos, nadie sabe cuánto, tan lejos.

Todo aquello vivía en su alma y lo protegía, salvándole de ser atrapado por el júbilo de la multitudinaria compañía, de ser encadenado por las lentejuelas, por el rumor de las risas, por la tiranía de lo fácil, y así se tornaban en fugaces las tentaciones; y la conciencia despertaba con un deseo doloroso y con la añoranza de algo que apenas intuía vagamente; y que no conseguía entender.

En la corriente de imágenes que asaltaba su mente mientras hacía girar su copa en busca de una nota, habitaba una imagen obstinada que no se desvanecía aunque surgiera otra, una nota constante en un recital siempre cambiante, como si fuera el eje que las enlazaba a todas; y el joven percibe en su visión un roquedal que se alza en medio de la corriente y la rompe en dos, siempre erosionado pero siempre firme.

A veces le acudía el recuerdo de su madre. ¿Quién era esa mujer? Vivía en una especie de bruma misteriosa, allá lejos, en su infancia. Desde allí brotaba algo que él no comprendía, una energía que a veces parecía aliviarlo en sus aflicciones. Fuerte y fresca. Una fuerza carente de toda ternura. En su memoria vivía una imagen que era incapaz de convocar a voluntad; pero que se le aparecía por sorpresa; y sobre todo en los momentos de confusión, cuando todos los caminos parecían cerrarse. Entonces llegaba aquella mujer fuerte, su imagen, él no sabía de dónde. Y le abría un camino. ¿De dónde? El era tan joven.

El era tan joven cuando sus caminos se separaron. Cuando sus padres rompieron aquella guerra que era su convivencia. Ella, fría fuerte silenciosa. Su padre, impetuoso, nunca dispuesto a apearse de su vehemente retórica, y que pasaba de una cosa a su opuesta en un abrir y cerrar de ojos.

Aún llevaba consigo la carta que aquel inestable sentimental de humor imprevisible, su padre, le había escrito para avisarle de las dificultades y los conflictos anímicos de un juez; que tiene que ocultar la simpatía que pueda sentir o no por el acusado en un juicio; pero ha de mostrar firmeza inamovible y adoptar una máscara para ocultar el estado de su ánimo. En la carta describe con todo lujo de detalles el caso que le ocupaba en aquel momento: un asesinato en un valle remoto. Un hombre mata a su amante embarazada, ahogándola. Aquella historia había asaltado muchas veces su memoria, llevando consigo una imagen que le hacía ya imposible saber a ciencia cierta qué era fruto de su imaginación y qué le habían contado. Pero veía ante él tres cisnes nadando majestuosos en un lago, dos juntos y otro un poco más lejos.

*Det var paa Frederiksberg det var i maj*¹, canta la asamblea entera, y entrelazan los brazos y se balancean en el alegre vaivén de una armonía barata.

Se pasó la mano por el cabello para ordenar los rizos que armonizaban con su frente alta y con sus ojos penetrantes, que dejó vagar por la sala en medio de aquel torbellino de canciones, sabiendo que era muy poco lo que él tenía en común con aquella alegre concurrencia.

Sabía que su terreno se hallaba en los vastos espacios circundados de montañas, en la sala de las estrellas, o junto al juego de las auroras boreales

en la bóveda celeste, o en los veranos sin noche, en las últimas fronteras del mundo; pero al mismo tiempo imaginaba una futura recompensa en los altos, ilustres salones de los palacios de las musas, adornados con los colores y las notas elaborados según las reglas del arte, que siglo tras siglo han domado y cultivado el alma, consciente de que en ellos sería ciudadano de pleno derecho. Pero disimulaba su orgullo en el tugurio en que de momento se encontraba.

Toca entonces su brazo un leve roce de seda. Levanta la vista y ve unos ojos de profundísimo azul que encuentran los suyos.

Sí, seguramente fueron aquellos ojos, al principio. Aquellos ojos que tanto se sabían oscurecer, fueron ellos los que provocaron lo que sucedió más tarde. ¿Le había elegido ella entre toda aquella gente? Y luego había dejado que su madurez llevara las cosas en una u otra dirección; como si sucedieran por sí solas. Quizá él había soñado con una mujer como aquella. En la flor de su madurez, en el esplendor de su experiencia. Que toca a un hombre joven por propia iniciativa como diciéndole que ha acudido a una cita previamente acordada sin que hubiera forma de saber ni de recordar cuándo, cómo. Aquí estoy. ¿Llevas mucho esperando? Ella le arrebató su retraimiento buscado. Y lo ligó por un instante al territorio del que era reina. Sucedió sin forzar las cosas; como si no hubiera nada más natural que el que ella eligiese sentarse en la mesa que ocupaba él, que se pusieran a conversar sin que fuese necesario buscar, en silencio, nuevas palabras para proseguir su charla, que él pidiera al camarero una botella de vino; y que ella le contara un largo sueño de la noche anterior, lleno de enredos cotidianos, que nada fuera tan urgente como saber la forma en que se solucionaron los problemas en aquel lugar superpoblado que describía; los ojos de ella bebían entretanto los ojos de él, su juventud, la distancia que enseguida habían ido reduciendo; y así desapareció lo que le había tenido ocupada la mente y que se difuminó ante aquellos profundos ojos azules que irradiaban luz como si una violenta ráfaga de viento hubiera teñido de blanco en un instante la corriente de un río y a su paso hubiera acostado las briznas de hierba y hubiera acariciado la hojarasca del sendero del bosque elevándola para dejarla caer luego entre los árboles con un murmullo. Los

labios de la mujer sonreían como si le estuvieran preguntando algo que no precisaba respuesta, o como si le dijeran algo que él comprendería más tarde, cuando volviera a ser dueño de sí, quizá como si no hubiera dicho nada especial; sino tan solo algo que había que gozar mientras durara, fuera lo que fuese lo que pudiese suceder más tarde. Y algo habría de suceder, fuera lo que fuese; aleteaba un presagio, una promesa que al mismo tiempo proporcionaba agilidad a su mente y osadía a sus palabras, elocuencia y lentitud a las pausas de silencio.

Hasta que apareció un hombre entre ellos, excitado, y le dijo algo a la mujer en una voz tan baja que se perdió en el bullicio de la sala. La mujer pareció intranquila mientras el hombre hablaba poniendo casi los labios sobre sus cabellos. Ella no respondió. Hizo solamente una inclinación de cabeza dirigida a su compañero de mesa. El recién llegado lo observó con ira en los ojos. Pero cuando sus impertinentes ojos se encontraron con la mirada del otro, que le observaba con alerta calma, sus ojos se relajaron y sonrió con afectación; pero en ellos asomó también, por un instante, el desdén; y llevó los dedos hasta el borde de los cabellos y saludó con un servil saludo militar; que acabó como un puñetazo al aire cargado de humo de tabaco. Dibujó una sonrisa de complicidad y en su barbilla brotó un hoyuelo; entornó de nuevo los ojos y desapareció entre la muchedumbre. Ven conmigo al bosque, la música suena, una blanca vela hacia tierra avanza.

En el bosque juegan gamos y corzos de imponentes astas, la sesgada centella surgida del verde alumbra fugaz el claro apacible...²

Atravesaron un corto pasaje cubierto que salía de la noble calle comercial donde merchantes y anticuarios tenían sus tiendas de aspecto sofisticado, y elegantes tabernas en las esquinas de la calle, oficinas, comercios refinados. El pasadizo estaba inundado de hedor de cerveza y orines. Al otro lado había una plazoleta y un único árbol en medio del pavimento, junto a una valla con imágenes pintadas de un viaje por tierras del trópico, islas cubiertas de palmeras y un velero que le llegaba hasta la rodilla a un hombre de barba partida, atada a la altura del ombligo con un

lazo rosa en un extremo y azul en el otro; y mariposas revoloteando a su alrededor con deslumbrantes alas cubiertas de manchas multicolores. Entre los dos lados de la barba había un torso fornido, desnudo, y un tatuaje mostraba un pequeño león un ancla dos violetas y tres exóticos nombres de mujer. Gastaba turbante y quizá era Simbad el marino, aunque también podía no ser otro que Robinson Crusoe; y el barco llegaba cuando él ya había dejado de esperar y quizá había crecido demasiado en su soledad para que la nave pudiera sacarlo de aquella plazoleta donde había quedado varado mucho tiempo atrás.

Se detuvieron en la plazuela y la mujer, que llevaba un abrigo de imitación de leopardo, jugueteó con el cabello del joven. La luna estaba envuelta en bruma. Después entraron por una puerta pintada de azul y subieron una estrecha escalera empinada con rellanos, y placas de cobre en casi todas las puertas, y en muchas de ellas aldabas, o cordones de campana, e incluso, delante de las puertas, tiestos con flores o grandes macetas de barro. En las paredes exteriores había ventanas que se extendían desde el suelo hasta un palmo del techo, cubiertas con visillos blancos de estopilla. Los suelos de madera relucían de cera y barniz, que en algunos lugares estaba hinchado y endurecido, formando gruesas burbujas. En el último piso, la mujer abre una puerta con dos vueltas de llave, en la puerta hay una mirilla con una fina tapita metálica. Una puerta de madera maciza pintada de verde oliva con un estrecho tirador de cobre y un corto pomo. Se abre al principio a un pequeño pero espacioso salón sobrecargado de adornos que podían haber sido en otro tiempo el mobiliario de una amplia casa de muchas habitaciones, mesitas con mantel y sillas tapizadas, más placer para la vista que promesa de comodidad, curvadas y torneadas de un modo que difícilmente armonizaría con las formas del cuerpo. Altos jarrones con marchitos ramos de flores carentes de olor. Y un pájaro de plata bellamente tallado, con las alas extendidas como si estuviera a punto de posarse en tierra o de alzar el vuelo con largo cuello, ojos diminutos en una cabeza pequeña y un largo pico a punto de graznar. Se reflejaba sobre la lustrosa placa de una mesa oval de bordes curvos sobre un único pie con filigrana y terminado en tres garras de fiera. Entre las estancias había una puerta arqueada y cubierta con cortina de espeso terciopelo, que corría

sobre una barra de latón fijada a unos aros de hueso de color azul oscuro, con pomos decorados en los extremos. Al otro lado de la puerta había una estancia más grande pero con escasos muebles, un armario antiguo, dos grandes sombrereras y una cama de hierro de altas patas retorcidas de negro forjado, y altos pies y una cabecera con cabezas de animales coronando sus cuatro columnas: águila león oso y un grifo de larga, colgante lengua bifurcada y largas orejas de lobo.

Enfrente de la cama donde gozaron colgaba un espejo doble, ovalado, en un marco de figuras ondulantes.

Salió y se dejó ir por las calles pensando en la extraña aventura que se le había presentado tan inopinadamente. Se encontraba en un momento de inflexión de su vida, recién levantado del lecho de la enfermedad después de haber mirado a los ojos a la muerte. Camina mezclado con la muchedumbre y un capítulo entero de su vida se desliza veloz por su memoria; desde que abandonó la taciturnidad de su patria, con las enormes distancias que separan a unas personas de otras en una tierra dura y despoblada, para caer en la estrechez en medio del gentío de aquella ciudad que tantas cosas ofrecía para solaz del espíritu: salas de conciertos y pinacotecas, y cuyas bibliotecas brindaban todo cuanto el género humano había pensado y dicho sobre sus deseos, sus experiencias, sus alegrías y penas y sueños. Y se había sumergido por entero en aquellos manantiales con un fervor que al final fue casi incapaz de soportar. Y los hábitos nuevos para él, ya domesticados tanto tiempo atrás, de aquellas tierras poco tenían que ver con los que el joven había recogido de sus propias playas, así que buscó refugio en parrandas y francachelas, mientras aprendía las nuevas reglas del juego. Y en las tabernas y el bullicio aprendió muy pronto las nuevas normas hasta que supo situarse a la par de cualquiera de los jugadores más veteranos y dominó las habilidades precisas para desempeñar su propio papel en los juegos de la vida urbana. Pero jamás consiguió armonizar las contradicciones que habitaban en su interior, y en medio del bullicio lo atenazaba la soledad cuando su ánimo estaba en lo más alto y él menos lo esperaba. Pasaba largos ratos solo, haciendo a su vaso recorrer la

superficie de toscas mesas, esquivando en su viaje los vasos ya vacíos, y sentía que su vista se aguzaba hasta percibir tenues cambios de claridad cuando por la calle pasaba una sombra que velaba el sucio cristal, o cuando una nube oscurecía el sol. La luz del interior cambiaba de matices al aumentar los efectos del vino o la cerveza; mojaba las yemas de los dedos en el fresco vino de las tierras del sur, levantaba un poco la mano y veía cómo desde las yemas caían gotas sobre la mesa, y el juego le parecía entonces deseable. Y en su mente brotaban fragmentos de versos, rimas que escribía en su habitación, y que en ocasiones adquirían por sí solos una forma que él pulía, y que por fin se transformaban en poemas. Y dedicaba largas horas a aquellos poemas, pues no eran fáciles de conquistar, era incluso doloroso. Pero ese dolor se le aparecía como una prueba de que su vida tendría sentido, placer, plenitud; y entonces se sentía entero, ya no fragmentado. Y descubrió que entre la gente podía resultar encantador y que fácilmente lograba despertar la admiración y adquirir los provechosos saberes que deparan los festejos, el bullicio de las fiestas, las tabernas y los restaurantes. Y aunque enseguida supo lo rápido que desaparece todo eso, aprovechaba las variadas tentaciones que allí se ofrecían; y así había ido pasando el tiempo, entre placeres y bullicios y alborotos, y en la soledad que se enseñoorea en lo más hondo de los cortesanos que cantan y se divierten.

Cuando enfermó, todo aquello se presentó ante sus ojos cuando miró de frente a la muerte a la que siempre había temido, desde su infancia, que siempre le había angustiado. Cuando sanó comprendió la tremenda inutilidad de todo lo que había estado viviendo, con lo que había estado jugueteando. Aún más; muchas veces llegó a jugar con fuego, muchas veces hizo equilibrios al borde mismo del abismo. Poniendo en peligro su cuerpo y su alma.

En su interior palpitaba el ansia de sentir y comprender y saber. De un lado le movía el deseo de buscar y acumular conocimiento y experiencia y, de otro, le acuciaba la ansiosa búsqueda, por los órganos de los sentidos, del placer del instante fugaz, del intento de refrenar y detener el mundo para contemplar y guardar una imagen aunque la tierra siguiera girando, y los planetas y el sol y todos los astros, y el viento, y aunque volaran las hojas

que se asombran de sus nuevos colores al caer de los árboles; pero sin alas; y cayeran a tierra, frenadas en su carrera, para acabar amontonadas; y hallar así el fin; y aunque luego llegara una nueva primavera, sin ellas. Fijar una imagen fuera del curso del tiempo. Detener el tiempo pero, sin embargo, dejar que transcurra. Se había arrojado en brazos de unas quimeras rotas solo por el letargo, que empezaban de nuevo en cuanto recobraba sus sentidos. ¿Qué era el tiempo entonces? Aquella lucha le ocupaba semanas. Eso le contaron después, cuando ya estaba salvado de la muerte.

Y despierta en una habitación completamente blanca, rodeado de personas vestidas de blanco, deslumbrantes. El tiempo estaba inmóvil. Completamente inmóvil. Y aquellos seres blancos se deslizaban o flotaban a su alrededor sin que pudiera ver sus semblantes. ¿Estoy muerto? pensó con una sensación de extraña paz, de una calma tan grande que no sabía si podría ser pena. ¿De modo que así es estar muerto? Como si oyera el ruido lejanísimo de una voz, como si cuando estás muerto aún pudiera suceder algo. Sí, dijo el médico jefe a sus ayudantes y a los estudiantes y a las enfermeras, y a su adjunto: creo que saldrá de esta.

Estaba en una antigua bodega llena de recovecos y rincones envueltos en la penumbra y pequeñas lámparas que colgaban de largos cordones y llegaban casi hasta las mesas, donde formaban estrellas de luz e iluminaban jarras de cerveza y dedos y en un rincón una rosa roja de largo tallo, que una mujer sostenía como una antorcha y con la que apuntaba a un hombre de ojos oscuros con la barbilla caída sobre el pecho. Allí estaba, enfrascado en estas reflexiones aunque al mismo tiempo percibía nuevas imágenes y ensayaba versos que brotaban casi completos. Era como si aquella lucha con la muerte lo hubiese transformado. Como si hubiera abierto en él un nuevo espacio, inesperado, una especie de santuario secreto, a la vez con encantos nuevos pero también con una plétora de peligros, promesas y riesgos. Sabía que no podría conservarlo siempre abierto, era tan poderoso que no era posible vivir siempre con él. Pero tenía ahora una seguridad nueva de que podría volver a abrirlo cuando quisiera. Aquel regalo vital de la muerte iba acompañado de sabiduría suficiente para estar en guardia y no pretender vivir siempre en él. Si lo hiciera se abrasaría, entonces es cuando llegaría la auténtica muerte. Dejar de existir. Y ahora piensa: Cuando me

alcé de entre los muertos compuse un poema sobre un hombre y un espectro. El fantasma de la amada que aniquila al hombre que traicionó su amor.

Salió al sol tras unas cuantas jarras de cerveza en las salas siempre en penumbra de aquella antigua taberna, y fuera las sombras parecían azules, y la luz del sol era extrañamente blanca. Y la claridad le hirió los ojos.

Cuando vuelve al lado de la mujer, ella lo recibe vestida de blanco.

Estás acalorado, le dice: siéntate en la cocina. Toma un vaso de vino. Te prepararé un baño. Y mientras te bañas, te prepararé la comida.

Se metió en la bañera, en al agua caliente. La puerta estaba abierta. La vio atareada en la cocina, con su vestido blanco. Su piel era de oro.

Ven, dice después de un rato en el agua observándola.

Ella estaba en la puerta mirándolo desnudo en el agua, luminosa.

Ven, dice de nuevo, haciéndole seña de que se acercara. Ella se inclina sobre él y lo besa desnudo, en el hombro, en la boca.

Ven, dice él rompiendo el beso: Ven, báñate conmigo. Métete conmigo en el baño. Ella desapareció. Cuando volvió estaba desnuda, los senos grandes y prietos, cónicos. La cintura fina y las caderas anchas. El vientre, plano. Y se metió en el agua enfrente de él, que le levantó los muslos suaves y espléndidos y la atrajo hacia sí, y las esbeltas piernas de la mujer abrazaron la espalda del hombre, y él notó que el sexo de la mujer estaba dispuesto a recibirlo y ella se abrió para que el hombre entrara. La penetró con cuidado. Quedóse primero inmóvil. Empezó a moverse lentamente. Y jugaron así un rato sin prisa, calmos, sin impaciencia, acariciándose, hasta que su oreja encontró la boca de ella mientras continuaba su reposada exploración dentro de su sexo. Ven, dice ella: Dejémoslo así; y se separó de él, y él se retiró en plena erección; ella cogió la gran toalla blanca con rayas azules y lo cubrió con ella; y lo secó con alegres caricias por encima de la toalla; extendió entonces la mano para comprobar si su cetro estaban aún rígido; se agachó y lo besó con un beso profundo. Ven. Y cogió otra toalla grande que estaba aún seca, la extendió sobre una piel de oso blanco que había al lado de la mesa donde el pájaro de plata bañaba sus alas. Lo colocó

allí y lo esperó abierta, dilatándose en ardor sincero, y él la cubrió lentamente, se apoyó en las muñecas e introdujo un poco el glande, solamente el glande, lo sacó, volvió a introducirlo y entonces ella se arqueó casi con violencia, levantó su sexo ardiente y lo hizo entrar sin más dilación, muy hondo, y él noto cómo los jugos de la mujer lo inundaban y fluían sobre todo su miembro, y le arrebatava el alma con suaves deleites. Y gozaron ambos. Y entonces dice ella tras prolongar dulcemente el juego, ven, ven. Y se tensó violentamente contra él en un espléndido espasmo, revolvió los ojos en sus órbitas y llegó a un frenético éxtasis. Y él prácticamente a la par que ella, y se derrumbó sobre ella con un gemido, encima de la gruesa piel del oso blanco, con tal ímpetu que la cabeza del oso alzó las perlas de vidrio azulado que se habían convertido en sus ojos. Mientras el pájaro de plata batía las alas en su espejo con frenesí. Él miró los ojos de la mujer, abiertos, la mirada perdida en el infinito, ¿dónde? Mientras el sexo de ella aún temblaba y fluía, y de él manaba el sagrado, pagano néctar.

No sé quién es mi padre, dice la mujer. El sol estaba alto sobre la casa de enfrente. Y ruido de carruajes llegaba desde la calle y, en ocasiones, voces. Introdujo un cigarrillo egipcio en una larga boquilla sutil fileteada en oro. Sacó una larga cerilla de la caja con cantoneras de plata llenas de arabescos y filigranas floreadas al estilo del *art nouveau*, y se podía dar gracias de que entre los arabescos no asomara Audrey Beardsley con ojos burlones, los dedos en los rizos de Oscar Wilde, pensó él como buen conocedor de su época, con el chaleco abierto y la leonina del reloj colgando del bolsillo, el cuello suelto, acariciándole la columna vertebral con el meñique y el anular mientras sostenía entre el corazón y el índice un cigarro sin encender. Con la otra mano le palpaba distraído el hueso, prominente y un poco anguloso, de las caderas, mientras contemplaba la blanca cicatriz del vientre de la mujer; el pájaro de plata aún no había alzado el vuelo desde la mesa.

¿No conociste a tu padre? ¿Acaso es eso algo nuevo? ¿No crees que hay mucha más gente en tu misma situación? ¿Quién conoce a otro? ¿Te

conozco yo a ti? ¿Me conoces tú a mí? Nos amamos. Nos gozamos. Y después volvemos a convertirnos en dos seres humanos. ¿Qué es lo que sabemos nosotros?

No sé. Pero a mi padre nunca lo conocí, dice ella echándole el humo a los ojos.

Ya, ¿qué vamos a saber nosotros? Aunque hayamos dormido juntos. ¿Qué sabes tú de mis recuerdos? ¿Y yo de los tuyos? Aunque ahora mismo acabemos de levantarnos de la cama, juntos. Y quizá por un segundo llegamos a creer que sabemos algo de lo que está sucediendo ahora mismo. Algo que no sabíamos antes. Hemos sentido algo nuevo. Pero ¿y ayer? ¿Y anteayer? Hace un año, hace cinco años, veinte. Y aunque gocemos una noche más, mantenemos alejado el hálito del pasado, por un tiempo... ¿no regresará de nuevo todo lo que queríamos evitar? Queríamos olvidarlo. Todo es como en una novela, dice él.

La llamarada de la cerilla iluminó los finos dedos de la mujer con sus largas uñas afiladas que relucían como la obsidiana. Iluminaron la palma de su mano, donde la oscura línea de la vida era cruzada por otra aún más profunda, era difícil de interpretar. El resplandor del cigarrillo era como el ojo de un animal rezagado de los demás durante una cacería; y la mujer volvió a exhalar el humo blanquecino filtrado por los pulmones; prendió por capricho o por afectación una nueva cerilla y la llevó hasta el oído como para escuchar el lenguaje secreto de la llama, y le iluminó la mitad del rostro, recortado como el ala de un cuervo de ojo oscuro y húmedo, tan azul mientras el otro permanecía en la sombra; y luego agitó la mano y el fuego se extinguió.

No es así, dice ella; y él vio el curvo párpado cubrir el ojo y supo que la pupila se apretaba debajo de él; y las pestañas como huellas de aves sobre la fina capa de nieve fresca endurecida: No es como fantaseabas, joven filósofo. Fue un hombre que violó a mi madre. Nunca lo cogieron. Mi padre.

Era desde algún lugar lejano, desde la bruma. Se hacía más precisa a veces, se hacía una imagen cercana, volvía a alejarse. Ella le había contado

historias de sus viajes con un grupo de baile por muchos países. De su adolescencia en la residencia familiar, en la seguridad de la familia. Hasta que llegó aquella noche en que la hermana de su madre le contó la espantosa historia de sus orígenes. Y lo cambió todo. ¿Por qué? ¿Y era cierto? ¿O era una mentira surgida de un alma enferma? ¿Perversidad? ¿Celos?

Y el demonio nunca estuvo lejos, a partir de entonces. Siempre acechante.

Ella le había hablado de un hombre al que conoció en un país lejano durante sus viajes. De cómo se había enamorado y de cómo había acordado una cita con él en una pequeña ciudad dos días después, al terminar su *tournee*. Y de cómo sabía que aquel sería su primer hombre. Desde el momento en que llegara el tren al lugar donde habría de hacerse realidad su aventura, donde se casaría con aquel hombre. El tren se detuvo. Ella se puso en pie, se estiró para tomar la maleta de la red, la bajó al asiento sujetándola con una mano. La gente que salía por el pasillo se reflejaba en el cristal; por el que ella miraba hacia el andén; hasta que solamente quedó un ferroviario, con su gorra de uniforme y dos banderas de señales bajo el brazo, y otro tren vacío, parado en la vía vecina. Al otro lado estaba la estación, al otro lado del paso inferior por el que iba saliendo el río de viajeros con sus equipajes; desde allí llegaba el guirigay de la gente que esperaba, y el clamor de unas trompetas. Se sentó al lado de su maleta; y al poco, el tren se puso en marcha de nuevo; y la alejó de su cita.

Le habló de su convivencia con el pintor jovial y retraído, que en rarísimas ocasiones se volvía violento y furibundo; sus ojos dulces y cálidos se enfriaban de pronto como si les llegara un soplo de frío cadavérico, ella nunca supo de dónde había llegado; y entonces la golpeaba hasta hacerle daño, como si se hubiese transformado en otro hombre, al que ella no conocía.

Le habló de unos conocidos de ambos que habían sido compañeros de él en la escuela de arte y que irrumpieron una noche en su apartamento bajo la influencia de alguna sustancia extraña y golpearon a su amigo, casi desnudo, y le rompieron los huesos; la arrojaron a ella encima de él, inconsciente, atravesado sobre la cama, pero no la violaron; y solo se

llevaron el pájaro de plata de alas extendidas, y un cuchillo de cocina con el que había estado pelando cebollas aquella tarde.

El pájaro de plata, dijo el joven.

Sí, el pájaro de plata, responde la mujer.

¿Ese pájaro de plata? ¿El que tienes aquí?

Sí, dice ella.

¿Y? dice él.

Lo vi hace tres semanas.

¿A quién?

Vi el pájaro en el escaparate de un anticuario. En un primer piso. En la plaza esa al final de la calle. Intentaba escapar por la ventana alzando el vuelo. Pero seguía reflejándose en el cristal. Quizá tenía miedo, y por eso no conseguía escapar. Cuando entré a buscarlo, fue como si se alegrara. Ahora está muerto.

¿El pájaro?

Mi amigo. No volvió a pegarme. Tardó mucho en recuperarse. Y en realidad no se recuperó nunca.

¿Y los que lo maltrataron? ¿Los que robaron el pájaro de plata?

Ya han salido de la cárcel. Uno de ellos vive en esta misma casa, un piso más abajo. Cuando no está en casa de un amigo suyo.

¿Y lo ves por aquí, en la casa? ¿Te lo encuentras por ahí?

Sí, ¿cómo no? Si vive en esta misma casa. A veces viene a visitarme. Fue el que conociste en el restaurante. Cuando nos encontramos tú y yo. Fue él quien se llevó el pájaro. Hirió a mi amigo en la cabeza con la lámpara que me regaló el príncipe egipcio. Sí, ya lo conoces.

ANTECEDENTES DE LA SENTENCIA: EL ENVIADO DEL PADRE INVISIBLE

Cabalgaban al paso por los tremedales que se abrían al terminar el malpaís. El malpaís que empezaba donde el camino se retorció como un gusano y que hacía necesario prestar atención a grietas y hoyos e ir serpenteando entre los irascibles trols de lava que asomaban en medio de la enorme extensión de musgo gris, en el estridente silencio de sus territorios; y los dos hombres hablaron en voz alta durante un rato, los caballos relinchaban de vez en cuando, una pálida loma azulada más adelante y el camino volvía a hacerse recto.

De trecho en trecho había losas de piedra en medio del camino y las herraduras golpeaban la roca haciéndola rechinar; pero casi todo el tiempo retumbaban sordos los golpes de los cascos que se extendían por los nervios de la tierra transportando algún mensaje en clave. Sobre la vida de los seres humanos, cuando cesara el viviente desierto de trols y enanos.

No había sol, el cielo estaba ligeramente cubierto. El compañero empezó a murmurar para sus adentros buscando la senda, encontró por fin la huella y comenzó a canturrear una retahila de *rímur*³ mientras recorrían pausadamente el manso paisaje. Más adelante, su camino atravesó campos cubiertos de arena, hasta que el suelo empezó a ascender y se volvió rocoso. Atravesaron bajos pedregales y costaneras rocosas. Y la roca intentaba concertar su canto con el tintineo de las herraduras. Armonizarlos sin hacer mal a la mente humana. Arroyos y torrentes rompían el fraseo de rocas y

herraduras con misteriosas variaciones, para que no resultara demasiado monótono, y aún se oían más sonidos cuando cabalgaban sobre roca empapada, a veces sobre el musgo de las orillas, o sobre otra vegetación primigenia.

El semblante del paisaje se endureció. Ahora era desértico y adusto. Por delante, el páramo con las incertidumbres de los elementos y con sus apariciones espectrales, más tarde.

La tierra seguía subiendo y la vegetación se hacía más uniforme, míseros brezos, aunque aquí y allá había hondonadas cubiertas de hierba baja y reseca; el viento hacía temblar los cortos tallos; maderos resacos y pequeños matos de colleja, y acumulaciones de la persistente vegetación de aquella tierra en tenaz lucha contra la erosión, los vientos cargados de arena de la desolación.

Más tarde siguieron el borde de un barranco donde la tierra descendía en suave escalón hacia el río que ahora fluía por un barrizal pero que aún no se veía. El despeñadero se abría al otro lado, esculpido a lo largo de muchos siglos por la corriente del río, que crecía y menguaba y se enfurecía en primavera, precipitándose tumultuosa y azotando los costados de la espumeante quebrada y esculpiendo en ella nuevas figuras misteriosas: trols recién tallados asomaban por los contrafuertes del peñascal; conjurados para hacerte creer en misterios que rescatas de lo más hondo de tu conciencia; el alma del hombre primigenio.

Los hombres serpenteaban abriendo cada uno su propia senda, iban al paso, dejaban rienda suelta a sus caballos.

Delante, una montaña se cernía sobre el barranco de argayos y grietas llenas de arena; y blandos manchones de hierba como rugosos labios apretados, verdes por el efecto fertilizador de los hilillos de agua desprendidos del arroyo. Nubes de paso cambiaban constantemente los colores de las laderas más altas. Después el cielo se oscureció, y el día se fue apagando sobre el gran desierto.

Dos hombres, cuatro caballos. Guijarros erosionados con matojos de brezo y manchones de liquen de los renos, henchidos de musgo que lo

blanquea; raíces blancuzcas, raíces desnudas sobre el suelo; rocas manchadas de liquen.

Y el liquen de los renos ilumina todo a su alrededor, lo tiñe de gris blanquecino, con pálidos toques azulados.

Más arriba el paular, con mogotes de hierba. Hilillos de agua y ciénagas musgosas, matojos de descampsia. A trechos algodón de pantano. Aún más arriba, un arroyo corre por el tremedal, por encima de un ribazo inundado de brezos. El arroyo desaparece de cuando en cuando para reaparecer salpicando con ronco murmullo y monótono susurro. En las orillas hay un hongo bajo y delgado, blanco con una mancha roja en medio de la sombrilla como si se hubiera manchado de sangre en alguna leyenda popular. Y el algodón de los pantanos descuella en el llano con su verde amarillento y una alfombra húmeda a sus pies.

Las gotas sobre el filonotis tiemblan, rielan como pequeñas gemas.

Extraños ojos de agua las gotas en el musgo a la vera del arroyo, como agua brotada del hielo, o con venillas y cavidades aquí y allá, o charcos como calcedonias o cristales. En pie esperando que alguien introduzca un dedo que se hunda en el pálido musgo jaldo. Tembloroso en la brisa. Y hay brechas o grietas abiertas en el musgo, que está circundado de camariña; y por doquier, matos de descampsia. Charcos parduscos, lo que ha quedado de las pozas al secarse; surcos de arroyos con vegetación desnuda en sus lechos.

Desgalgaderos sin vegetación alguna se extendían desde las espaldas de la montaña justo por debajo de la cima, como si pretendieran descender hasta los rojizos lechos de las charcas secas. La senda se hacía más empinada cuanto más subían por los arroyos. Y aparecieron otras montañas. Pero una niebla empezó a deslizarse sobre sus crestas y a descender hacia las empinadas laderas rocosas. Mas se disolvió como vapor, agrandando las grietas, transformándolas en barrancos, las piedras en peñascos. ¿Trols? Esperando algo. Que llegaría, que quizá ya había llegado. El viento sopla, el estruendo de los picachos, rugidos tras las montañas.

Ahora había ventisqueros en las cuencas que atravesaban en aquellos momentos, y cuando llegaron a lo más alto de la esquieta apareció un valle poco profundo con grandes peñas, y una pared inesperada que despuntaba

en el valle con sus roquedos blancuzcos, verdosos, los líquenes como una capa de verdín, losas con dibujos de mármol. El cielo estaba despejado y limpio en la frialdad del valle, aunque neblina y bruma cubrían aún la montaña más adelante. Cuando llegaron detrás de la cima que durante largo rato habían estado contorneando por el cauce seco, se formaba una cuenca circundada por altos picachos desde los que se extendían largas lenguas de nieve, mientras la nube de niebla se desliza empujada por el viento y se cierne sobre las cimas, se deja llevar a un lado y otro de las crestas. Se hunde por las faldas, muestra o deja ver apenas, al azar, las rocas sobre el sendero virgen que se precipita hacia abajo serpenteando por empinadas cuestas llenas de argayos.

El musgo sobre las piedras de la hondonada era casi negro entre las grandes masas pétreas. La corona de grandes peñas provoca el nacimiento de imágenes aterradoras. Una imagen tras otra. La bruma lejana comprime más aún la cercana, y se desliza adelante y atrás casi pegada a ella, se cierne sobre los límites de la comarca como si la montaña respirase hinchando los costados. Una camariña solitaria entre rocas cubiertas de musgo y líquenes multicolores; y salpicaduras verdes sobre el negro musgo como pólvora oculta entre los tallos, también una sospecha de marrón, como requemado por el hielo y el viento gélido.

No hablan, de vez en cuando se separan, como si cada uno habitara en su propio mundo, con sus propios pensamientos y sus propias sensaciones y una misma tierra, y el mismo cielo, el mismo clima; cada uno dominado por lo que bullía en su propia alma; y eligiendo los instrumentos para sus propias ideas, seleccionando en el paisaje los decorados que pudieran servir al drama de sus pensamientos; retazos de imágenes que desarrollar y que en aquel momento eran suficientemente poderosas por sí solas; pero que más tarde se podrían entrelazar para tejer imágenes en una tela todavía desnuda, sobre las paredes de unos aposentos que ahora estaban aún muy lejos y donde la mente podría hallar algún día lo que deseara como suyo. Habían viajado largo tiempo en torno a los pedregales entre montañas cuando por fin empezaron a ascender la ladera que anunciaba su propia realidad. A menos que hubiera sido un sueño.

¿Un sueño?

Hierbas marchitas entre rocas, quizá en ellas se ocultaba el deseo de convertirse en cuerdas de un arpa enorme, digna de reunir secretos susurrados; traídos desde muy lejos por el viento en busca de algo capaz de darles voz; para no perderse las confidencias de quienes ansiaban color en su silencio.

Erguirse contra la furia del desierto. Y enlazar las imágenes con las raíces de aquella tierra que ponía obstáculos a la vida de todo lo que ignorase el conjuro de su propio terror.

Elegido en soledad. Arrancado de ocultos santuarios, arrebatado al peligro.

Sujétame, sujétame; suéltame.

Dejé al caballo ir a su aire, le permitía mordisquear la hierba. Y veo aparecer entre las peñas una ogresa, feliz con un niño entre las piernas, y un sabio de escasa talla sobre un berrueco que descollaba un poco por encima de las piedras de alrededor; un noble antiquísimo de alargado rostro y larga barba, entreverada de matas de musgo, y el cabello verde cayéndole por los hombros. Y entonces encaramos las terrazas del monte, que se iban reduciendo al aumentar la pendiente; la turbulenta respuesta gélida del norte, creada por sí misma, ajustada réplica a las creadas por el hombre en las laderas de los países de sur para plantar en ellas la limpia vid bajo un cielo donde el sol solamente cede ante la brusca llegada de la noche, que será breve y espesa y tibia.

Cuán lejanas quedaban entonces aquellas noches, y aquellos días achicharrados por el sol, y las desquiciadas mareas de los océanos de la vida humana, en las ciudades en las que residí por un tiempo y que ahora es como si perteneciesen a otra vida; no a esta por la que estoy pasando en este capítulo de mi vida; ni a este lugar, a esta pavorosa inmensidad que se interpone entre los seres humanos, a estos inmensos páramos y montes. Calla el desierto cuyos gemidos se encadenan sin solución de continuidad; y el río fluye apacible por la roca en la que año a año ha ido tallándose un camino que desciende hacia el mar, desde sus raíces sepultadas bajo la nieve, en el circo de picachos silenciosos por los siglos de los siglos, en los sagrados lindes del hontanar.

Desde aquella roca le llegaban tantas cosas que apenas conseguía percibir las todas, doquiera que el ojo mirase, se mostraban señas nuevas que lo invitaban a participar en la reunión nocturna.

Rodearon una cumbre al lado del templo pagano del que nadie era gran sacerdote; mas para entrar en aquella tierra era menester acopiar fuerzas paganas y convertirse en trol y enfrentarse así a los sagrados deberes de los tiempos pretéritos; que allí aún prevalecían; al llegar a aquel lugar. Ahora quedaba atrás.

El cielo se nubló, al llegar la noche. Y algo despierta mansamente en el oído, discontinuo al principio. El murmullo del mar, muy lejos, allá abajo. La brisa vuelve a levantarse, canturrea al oído, canta en las hierbas y los bordes de las rocas.

Los viajeros trazaban ahora una larga curva abriendo un único surco en la arenisca; descendían hacia el murmullo del mar. Bajo ellos, terrazas y pedregales, manchas de vegetación rala; arenas con inmensos tolmos dispersos.

Y de pronto se mostró ante los ojos inspirados una visión del redentor mismo, a la manera de esta tierra islandesa, esculpida a su imagen y semejanza, y otra figura a su lado, mirándolo de reojo, nacida también de la roca, un San Pedro autóctono, barbudo, tosco y rústico, juramentado para la imponente tarea del libro sagrado, que aquí no es sino un tema más de la charla cotidiana.

Oscurece poco a poco. La piedra retumba bajo los cascos. Un rumor sordo desde el mar; que lame los guijarros, los remueve con fuerza enloquecida y los devuelve a tierra, a la blanda orilla bajo los acantilados.

El movimiento de los hombres por el guijarral iba desplazando las rocas que se les ofrecían a la vista, y sus ojos disfrutaron ahora de la visión del redentor, y el juego de las imágenes se enriqueció; una mujer desnuda, recién brotada de la roca, empezaba a bailar, contorneándose para tentar al redentor y hacerlo abandonar su pesada tarea de guiar el curso del mundo. San Pedro parecía querer huir, la negación estaba de nuevo en su semblante, reprimiendo el estupor.

Lo dejaron a su espalda, y enseguida las piedras hicieron desaparecer las imágenes, las apartaron de la vista y cortaron el pico que había sobre ellas.

Viejos fragmentos de verso sonaban vagamente, mas sin llegar a completarse en la mente; las palabras eran también inesperadas, y él no sabía si las había recogido de algún sitio o si procedían de su interior, de algún oculto aforismo, de viejos recuerdos, o si eran material de poesía futura.

Y entonces, precisamente en aquel lugar inverosímil, brota en la memoria, como surgido tal vez de antiguas sagas, el recuerdo de una soledad en medio del bullicio de muchas voces, y una voz que le susurraba un relato inconexo sobre una pérgola en el sur, en la que está sentada la persona que fuiste tú en tiempos, escudriñando el camino que habría hecho mejor en no recorrer.

Escudriñando los velos que formaban en el aire las volutas de humo. Y excavó bajo montones de arena en la tierra donde tenía sepultado un recuerdo: Tú, dama de negras cejas cuya presencia nunca me abandona, repetía una y otra vez en su mente, en aquella pérgola con la sombra de las palmeras semejante a la hoja de un alfanje a punto de cortar la mano del malhechor. ¿Un ladrón? preguntó, y exhaló el humo de un largo cigarro toscano, sobre los vaporosos velos que revoloteaban en el aire, se alargaban, menguaban, perdían su capacidad para cambiar infinitamente la forma de su velo, se convertían en un vaho descabalado que se alejaba a impulsos del ventilador mecánico que removía el aire del centro de la sala, de cuando en cuando. Con sus relucientes alas de cobre, como una hélice bate el agua en la popa.

Mis cadenas alientan en las inmensidades arenosas del desierto, entonó arrastrando las palabras para sí solo, el viento se las llevó lejos, en dirección contraria a su compañero de viaje.

Cesó; no tenía necesidad de demostrarse a sí mismo su papel en aquellos lugares, con su vena dramática. Aquí no había necesidad alguna de hechizar a nadie con la esperanza de apartar de sí, de ese modo, algún recelo infausto, alguna duda profundamente clavada, de alejar una maldición de muerte acechante. Aquí la tierra misma invitaba a alargar ese

instante que es la vida, embrujándolo para hacerlo más profundo, para ensancharlo.

Al ponerse en camino mira sin pretenderlo el rostro de su acompañante, que llevaba de nuevo la máscara de su vida propia, y recuerda su aspecto en el contraluz, cuando lucía el sol: el rostro terso, reposando en una hondonada, una expresión amable, como una serena mascarilla funeraria, tranquila, casi parecía reflejar la serenidad de ese instante que precede a la muerte.

Una bandada de pájaros atravesaba el llano cubierto de grandes rocas.

Muy arriba graznaban los cuervos una profecía pagana.

Ahora se ve toda la comarca que se abre bajo las terrazas y se muestra espléndida a la recién despertada luz del día, hasta el mar.

Por debajo de la ladera se extendía un llano, y manchas herbosas en la tierra.

El acompañante había desmontado y había dejado suelto su caballo, había sacado el bagaje de las alforjas y estaba tumbado con la nuca apoyada en las manos, sobre el blando lecho de tierra de la hondonada. Asmundur se sentó al lado de su compañero, se cogió las rodillas con las manos y apoyó en ellas las mejillas. Veía al compañero tumbado a su lado, en armonía con la tierra en aquel momento. Veía cómo el rostro arrugado se suavizaba, cómo se pulían las runas que la vida había cincelado en el rostro y que hablaban de una dura lucha que nunca gozó de un momento de indulgencia. Ahora regía una tregua. Y el sol asomó al abrirse un hueco entre las nubes bajas movidas por una suave brisa.

Había dejado que Thórdur eligiera aquel momento para hacer un descanso. Retazos de palabras se le pasaban por la mente, buscaban lazos pero no lo apremiaban. Mas qué placentero escuchar a los caballos pastar en aquella brisa portadora de algún mensaje. Se tumbó con los ojos abiertos al desfile de las nubes. Las formas, pensó; aquellas formas que se ofrecen al

peregrino en las nubes, que el viajero solitario puede descifrar mientras se congregan como si llevaran algún recado urgente, o tal vez un mensaje, antes de seguir de nuevo sus caminos separados, cuando aparecerá otra diferente. Y empezó a pensar en las formas que había visto en los museos de países extranjeros y que tanto lo habían impresionado, las de Mantegna, en Italia, muchos cientos de años antes, que ocultaba en las nubes de sus cuadros distantes imágenes secretas que ahora se enlazaban con las visiones del viajero islandés en las montañas. ¿Qué estaba pensando su compañero? Le resultaba sorprendente de qué modo su ausencia lo había alejado de sus raíces, cómo lo había apartado de su pueblo. Aquellos años frenéticos y delirantes de formación, oscilando de una cosa a su contraria, intentando forjar una imagen de sí mismo que pudiera ser válida, intentando comprender quién era él. Y había momentos en que salía del marasmo del desenfreno, para él era como un inesperado bautismo de fuego en la soledad del hombre santo, había sido desgarrado por la angustia pero de pronto se hallaba liberado, su mente destelleante como si se hubiera despojado de una interminable opresión, y su mirada alcanzaba más lejos, de pronto había surgido una luz en las tinieblas de su mente, una luz que lo iluminaba tan hondo como nunca antes había siquiera imaginado, aunque en alguna ocasión hubiera llegado a atisbar la posibilidad de que sucediera.

Cuando Ásmundur vio rejuvenecerse el rostro de su compañero Thórdur, pensó sin querer en su propia edad. Aunque no se lo podía considerar viejo, y en las ciudades en las que había residido lo llamaban joven, él tenía otra vida más allá de la de sus compatriotas, llevaba dentro de sí un mundo distinto que despertaba en él la conciencia de que en su interior vivían dos hombres, que vivía dos vidas al mismo tiempo. Y con la dificultad, nunca salvada, de tener que armonizar aquella doble naturaleza para no fragmentarse. Quizá por eso mismo, era una especie de exiliado en todas partes, un fuera de la ley en su propio ambiente, a pesar del compromiso temporal al que a veces podía llegar, a la vez actor sobre el escenario y alguien tras el telón que dirige la representación. Y nunca alcanza el acuerdo pleno. En un solo ser, un joven y un anciano. Con frecuencia, cuando se relajaba la búsqueda de placeres, sentía un amargo deseo de soledad, pero conseguía arrojar algún conjuro sobre la reunión

aunque nunca lograba conjurarse a sí mismo, por mucho que lo intentara, y compartir la compañía.

Ásmundur sabía de la existencia de los caballos, sabía de la existencia de Thórdur que estaba allí tumbado. Con pensamientos secretos, quién sabe si allí sobre la hierba rala no estaba la herencia misma de la nación. Oyes palabras que transportan un mensaje misterioso de los espíritus desde los arroyos que seguían excavando sus cauces, generación tras generación, es el idioma cifrado que habla el agua al correr por estas tierras. Voces de todos los tiempos disfrazadas de agua, que hace al hombre solo y siempre igual; aunque los siglos se viertan en el mar. Donde no hay tierra más allá.

Nunca consiguen comer todo lo que les apetecería, dijo Ásmundur.

Thórdur abrió los ojos y del rostro desapareció la paz celestial, bajo la máscara.

Bueno, quizá sea ya hora de largarse de aquí; no podemos quedarnos aquí para siempre. En esta maravilla sin igual.

Thórdur se puso en pie y se sacudió las briznas de hierba con el mango de la fusta, la correa enrollada en el mango.

En la bendita paz del señor, farfulló, y ahora la cara era como habían sido durante mil años los rostros de aquellos hombres.

Cuando habían vuelto a colocar las bridas al caballo se entretuvieron aún por un momento antes de apoyarse en el estribo y acomodarse sobre el lomo. Ásmundur apoyó ambas manos en la grupa del caballo que estaba pastando la dulce hierba: Thórdur, dice, pasándole la bolsa del tabaco.

Thórdur tenía una mano en las bridas, justo en el arranque del freno, la cabeza del caballo apretada contra su pecho, como si el caballo estuviera preparado para responder, por si le preguntaban algo.

¿En qué piensas, amigo Thórdur?

Thórdur se movió despacio. Había tomado una porción de tabaco, ancha y corta, entre el pulgar y el índice, y una vena azul repujaba el dorso de su mano. Cuando hubo sorbido tranquilamente por la nariz hasta la última brizna, dijo: Te diré lo que me contó Einar el otro día, aquí, en Hóll. Es curioso, lo distintas que son las personas en cuanto a lo graciosas que

pueden ser. Tomemos a mi padre, por ejemplo, es uno de esos totalmente incapaces de decir nada que pueda resultarles divertido a los demás.

Montó.

Los caballos estaban reacios a dejar el pasto, cuando se pusieron en marcha intentaron varias veces bajar la cabeza para mordisquear la hierba.

El mar apareció a lo lejos, allá abajo, infinito, confundiéndose con el deshilachado telón del cielo. La playa como un arco sin tensar, las rocas inclinándose como en humilde expectativa.

Bajo la montaña se iba aclarando la bruma del borde del barranco, y en la ladera dormitaba una granja, como si su seguridad dependiera de descollar apenas sobre el verde almohadón de la tierra. En una explanada irregular que llegaba casi hasta el pelado pie del monte, donde la espuma de una cascada se precipitaba por las terrazas de la montaña hasta terminar en una poza desde la cual fluye el río, ladera abajo, en meandros, hacia los límites extremos de la comarca, como si alguna potencia rectora hubiera decidido segar de un tajo aquellas partes y separarlas del resto de la comarca, y apartarlas así de las leyes humanas.

¿Cuáles son los sueños de la muchacha casadera que se sienta junto al arroyo? Y oye a la cascada hacerle una promesa cuando se siente alegre. Hasta que empieza a retumbar una voz oscura desde el interior de la peña, pesada como el destino que rige la vida, y rompe los sueños contra los pedregales y los desfiladeros, donde apenas tienen espacio y todo adquiere una voz distinta. Y su largo cabello de oro se cubre de escarcha, y la suave mejilla se marchita, los ojos pierden los sueños y quedan adormecidos, mientras ella sigue en la orilla, mirando la hoya que se va haciendo más honda cada vez bajo el peso incesante de la cascada; abajo.

En la casa no había movimiento alguno. Aquí no necesito llamar a la puerta en nombre de la ley. En este oasis extremo. Los confines últimos de la obstinación humana, que desafía a las fuerzas que gobiernan el desierto.

Thórdur pasó la vista por una escarpadura tras otra, luego indicó en silencio con un gesto hacia el lugar de la ladera donde una figura humana se alejaba de ellos, bajo un fardo tan voluminoso que solo dejaba ver las piernas dobladas por la rodilla, y con el paso de la pierna izquierda la mitad de largo, aunque no parecía cojo, solo las piernas un poco torcidas.

No vieron a nadie más, nada obstaculizaba su viaje.

Ahí tiene el mar, amigo magistrado. Ya llegamos.

Iban por el sendero, uno al lado del otro. Lloviznaba.

Sí, ya llegamos. Pero ¿qué impresión te ha causado el paisaje que hemos atravesado hoy, amigo Thórdur?

Cabalgaron largo rato en silencio.

¿Quizá Thórdur no lo había oído?

La mujer de la cascada. ¿Desde dónde había llegado hasta su mente? Volvió a imaginar su juventud, la hizo sentarse sobre una piedra, peinarle el cabello con los dedos. Mirar la poza, el agua que cae rígida desde la cornisa, aunque el viento desvíe por un instante el chorro, y formarse olas en la hondonada, junto a la orilla donde estaba sentada la muchacha. No sabía cómo comportarse. Ahora que por fin había llegado la primavera. La primavera. Y la oscuridad no estaba ya en el alma, opresiva. Aunque su corazón no estaba tranquilo, y sus dedos recorrían lentamente los largos bucles, deteniéndose de vez en cuando. ¿No había sucedido nada, entonces? Cuando todo tenía que empezar a suceder justo entonces, como había estado esperando a lo largo del entero invierno. ¿Desde cuándo? ¿Qué había cambiado?

Las capas de la cascada se amontonaban sobre la roca. Arrancando de ella toda imagen. Pero casi todo había quedado ya atrás. La cascada, y la roca en la que no había nadie sentado.

Lloviznaba. Thórdur tiró de la rienda y el caballo se detuvo. El magistrado quedó solo, por delante.

Fíjese en los hermanos de Andrídarleit, dice Thórdur. Bastante pacíficos, los tres. Iban los tres juntos y estaban bien bebidos. Uno de ellos cayó por delante de su caballo, en medio del camino de herradura. Y rueda ladera abajo, una mala caída. Los otros lo recogieron, pero no se movía.

Debe de estar muerto, dice uno de los otros dos. Y lo cubrieron de piedras, para que no se le echaran encima los cuervos. Y se fueron a casa. Su padre, Karl, sale y ve delante de la casa a los hermanos borrachos como

cubas y con cara de estar medio dormidos. Y ve una yegua ceniza, que era la del hermano perdido.

¿Cómo andará nuestro hermano Páll?, dice uno de los hermanos.

Entonces dice Karl: Ya, vuestro hermano Páll. ¿No estaba con vosotros?

Le dicen que estaba debajo de unas piedras que le habían echado por encima. Se había desplomado y suponían que debía de estar muerto.

Karl monta la yegua ceniza y sale al galope.

Tuvo que coger justo la ceniza, dice uno de los hermanos.

Karl llegó al paso y no encontró más que un montón de piedras. Y se puso a retirar las piedras que cubrían al joven. Pone el oído junto a su pecho y cree oír la respiración, y otras señales de que estaba vivo. Y cuando coge en brazos al muchacho y lo coloca sobre los lomos del caballo, se le cae del bolsillo una botella, que había estado allí toda la noche, una botella llena, y el viejo se la vierte sobre la cara, y con ello el chaval vuelve en sí, estaba solamente dormido.

Estaba sano y salvo, sin nada roto, y pudo sentarse delante de su padre a lomos de la yegua ceniza para volver a casa.

Los caballos estaban completamente tranquilos, aunque a uno se le movían las orejas, con la cabeza inclinada porque le habían aflojado las riendas. Ásmundur no recordaba una historia que poder contar a su compañero. Estuvieron en silencio un rato. ¿Acaso Thórdur estaba esperando que le ofreciera rapé? Por el momento no.

Cabalgaron por la comarca sin acercarse a las granjas que iban apareciendo. Dispersas. Entre la lluvia.

La lluvia tenía un efecto calmante sobre la mente. El dulce semblante de la comarca. El extenso lago del que no se alcanzaba a ver el final por la longitud de la lengua de tierra que se adentraba en él, las granjas en torno al lago. El magistrado se alegraba de haber recorrido lentamente aquella pacífica comarca. También daba gracias por haber gozado de la espléndida belleza de las montañas que hacían que la mente se elevara muy por encima de las preocupaciones cotidianas, de sus pequeñeces y nimiedades. Le había venido bien tener que ponerse en camino separándose así de los libros, de

su hogar, de los poetas latinos que buscaban la belleza y rechazaban lo que ocupaba al hombre aquí abajo, la desventura y la apremiante necesidad que ahogaba tantas cosas desde su misma cuna, y las mutilaba y desfiguraba, lo que hacía la vida humana despreciable y miserable y maldita. El viaje había revitalizado su ánimo y su vigor, y le había dado fuerzas para enfrentarse a lo miserable y repulsivo y para no dejarse humillar ni amilanar.

Gozaba de aquella belleza agreste y majestuosa que lo robustecía y lo templaba; y llevaba ya en su interior suficiente materia mítica sacada del mundo de los trolls como para poder fiarse de que nada lo afectaría tanto como para hacer desplomarse su vuelo, con aquella urgencia que sentía de escribir poesía para aliviar su alma, y de aprovechar al máximo sus energías para su propia salvación y para elevar a su pueblo a la misión que había soñado para él, la misión que veía como un deseo de la providencia divina; alcanzar la madurez y cumplir lo que a aquella nación correspondía, recoger la antorcha, engendrar al que habría de llevarla a la vanguardia de su pueblo y crecer de un modo tal que el mundo entero oiría y vería el resplandor que lo iluminaba; las muchedumbres de las grandes ciudades recibirían las palabras llegadas hasta ellos desde las lejanas costas del océano, desde las últimas fronteras del género humano.

Ahora creía tener en su alma una coraza que le permitiría afrontar su deber sin perder un ápice de su propia energía. Sin rebajarse lo más mínimo aunque estuviera obligado a ocuparse de un asunto tan espeluznante.

En cierto modo estaba reconciliado con aquella misión que no podía rehuir. Y quizá podría aprender algo que utilizar de material para su escritura, aunque fuera más tarde, cuando retornara a las cumbres de la belleza sublime y regresar al foso de las serpientes, en una nueva forma. ¿No había seguido ya otra vez las huellas de Gunnar Gjókason⁴, y había tocado su arpa como hizo él? Y el dragón no había logrado morderle el corazón, no había conseguido enviarlo al mundo de los muertos.

Reprochaba a su antiguo compañero de clase, el sacerdote, no haber tenido la entereza suficiente para desvelar antes aquel caso. De haberlo hecho, él habría podido librarse de la obligación de aplicar la justicia. Había motivos suficientes para haberlo hecho antes de que le hubiesen encargado el caso a él. Hacía tan poco tiempo. Ya no experimentaba la ira que se

apoderó de él en un primer momento, cuando le llegó la denuncia. Ira de pensar que el pastor mismo hubiese tolerado que se cometiera un crimen semejante en su propia casa, en la sede misma de la parroquia. ¿Dónde tendrían que ser objeto de mayor respeto las leyes de Dios y de los hombres, sino en el hogar del sacerdote?

Durante largo tiempo, el reverendo Stefán había ignorado la insólita relación amorosa de unos hermanastros, en la que habían perseverado hasta desembocar en la espantosa situación que era de esperar y, evidentemente, durante mucho más tiempo aún había sido remiso en el cumplimiento de las obligaciones de quien tiene como misión pastorear las almas de los hombres, al hacer como si no se diera cuenta de lo que estaba en boca de todos, y que clamaba al cielo. Todo el mundo estaba al tanto en la comarca. ¿Cómo demonios podía suceder aquello en Islandia, entre personas que podían decirse ilustradas, entre unas gentes que hasta sabían leer y escribir? Toda la comarca murmurando sobre el suceso, sin que llegase noticia alguna a las autoridades correspondientes. Sin que nadie tuviese el coraje de tomar las riendas y evitar una cadena de crímenes aún mayores. No solo contra las leyes de los hombres, lo que ya era excesivo e inaceptable. Con toda aquella nueva generación nuestra de juristas que aprendieron del mismo profesor Emerich, quien nunca se hartaba de inculcarnos la idea de apagar las brasas antes de que se convirtieran en hoguera. ¿No está siempre el demonio tentando en todas partes? ¿No bulle constantemente el combate entre el bien y el mal, las fuerzas que pugnan por adueñarse del mundo, como han hecho siempre? ¿Qué sucederá si damos pábulo a las fuerzas de la oscuridad con nuestra desidia, con nuestra pereza en el cumplimiento inquebrantable de nuestra obligación de laborar por la divinidad y por mantener su orden en la tierra, en la comunidad de los hombres morales? Arrancar las malas hierbas del huerto de los cristianos. Pensaba como si estuviera ensayando un sermón, como si fuera ahora un Vídalín⁵ dispuesto a amonestar a los pecadores, como es menester hacer en todo momento. La frase «temor de Dios», ¿sería una palabra vacía? Y a todo ello se añadía que no se trataba solamente de una ofensa a Dios a través de la quiebra de las leyes del país, aquello era algo mucho más atroz, un puro y simple desafío al Omnipotente, que instituyó la norma fundamental de la comunidad de los

cristianos. Y de la naturaleza misma. ¿Adonde podía llevar una transgresión semejante? A engendrar monstruos. ¿No teníamos ejemplos suficientes en el reino animal? En las leyendas populares, ¿qué había más abominable que el endriago o la monuca? Cuando se unen quienes no deben unirse.

La lluvia no aumentaba. Caía mansamente sobre los hombres, sobre los caballos. Las piedras estaban empapadas. Cuando caía sobre el lago, era como si arrancara de él diez mil gotas de agua.

¿Tú los has visto, Thórdur?, dice de repente.

No.

Llegaron a un río que corría sobre un bajo fondo de guijarros en dirección al lago.

Mientras trepaban por la orilla del otro lado, dice Thórdur: Bueno, dijo, y calló. Bjarni, el que trajo la carta, del que estuvimos charlando ayer. Hablaba bastante bien de ellos. Bueno, en cierto modo. No había problema con ellos, nada de que quejarse en lo tocante a su trabajo. En realidad una pareja estupenda, en cierto modo.

¿Cómo son?, dice el otro. El magistrado pensó en la imagen que despertaba en él la descripción de su compañero. La mujer: cabello negro como el cuervo y pequeña estatura, ojos oscuros; linda boca y labios carnosos; manos pequeñas y piernas bonitas. Se la consideraba guapa, aunque callada. Lo que no le impedía expresarse si le interesaba y se trataba de algo importante. Quizá, Bjarni repetía la opinión del cura al decir que era bastante inteligente. No le faltaba carácter. Aunque frecuentemente optaba por ocultar su estado de ánimo. Tendría unos veinte años. El hombre era uno o dos años más joven. Se le consideraba bastante apuesto. Cuello largo y hombros algo caídos. Tenía mejillas sonrosadas y era bastante pecoso, ojos zarcos que cambiaban de color en una forma extraña, especialmente cuando estaba contento, como solía estarlo antes, entonces daba la sensación de que los ojos eran azules y brillantes; ahora ya no estaba siempre bromeando y divirtiéndose con las mujeres, a veces de forma incluso desvergonzada, hasta el punto de que en alguna ocasión llegaron a pensar en la casa parroquial que su lenguaje y su desvergüenza eran

excesivos. Incluso hacía que las viejas soltaran risitas con sus ocurrencias y sus chanzas, que algunos calificaban de payasadas; aunque tal vez se divertían más con ellas de lo que estaban dispuestos a confesar. En las raras ocasiones en que volvía a sentir ganas de bromear y se aliviaba su desánimo, a la gente de la casa ya no le sonaba natural y no despertaba el mismo regocijo de antes.

Algo había oído ya antes el magistrado. Que los hermanastros tenían la misma madre pero que nunca habían vivido juntos hasta entonces. Que los dos habían andado errantes por toda la comarca, y la mujer probablemente también fuera de ella. Pero había oído a alguien mencionar, aunque ahora no recordaba quién fue, que habían coincidido por breve tiempo en una granja unos años antes, y no sabía por qué a ella la habían hecho marcharse. Sabía que iba acompañada de una niña de corta edad.

Era todo menos agradable tener que afrontar un caso como aquel. Era demasiado para un funcionario normal y corriente, aunque uno fuese, encima, un poeta capaz de percibir el mundo como poeta, y que no puede sacudirse de encima con facilidad la miseria y la indefensión humanas.

Asmundur supo también por el relato de Thórdur que el joven cardaba la lana para su hermana mientras ella hilaba.

El magistrado recordó entonces una historia con la que responder a la de Thórdur.

A aquel fantasma recién despertado le dio el nombre una mujer que se lo encontró mientras estaba reuniendo las ovejas en un promontorio. Se le apareció entonces un hombre bien vestido, bastante bajo de estatura. La mujer le pregunta quién es. Él no responde, le pregunta si podría llegar a Skáli antes de la hora de acostarse. Si llegas allí antes de la noche te llamaré Centella, dice ella. Tras aquellas palabras, el viajero desapareció corriendo veloz como el fuego. Se aparecía en distintas formas y con distintos atuendos. A veces con un jersey parduzco, en figura de muchacho. Incluso en figura de perro. Pero otras veces vestido de punta en blanco, y tenía por costumbre, si lo saludaban cortésmente por la calle, quitarse la cabeza con toda naturalidad al levantar el sombrero para responder al saludo. De él

surgían a veces chispas que extrañaban a quienes no sabían qué clase de persona era. Tenía por hábito viajar dentro de una nube de humo gris y embromaba a las personas de diferentes modos y con distinta malicia, a veces con bromas pesadas. Algunos lo reconocían por el fuego de sus ojos. En todas las comarcas le tenían miedo.

Había un hombre llamado Ivar. Vivía en Vad, en Skriddal. Era considerado un hombre sensato, con fuerza de gigante y una talla en consonancia. Era inteligente, buen luchador y corajudo. Llegó a Skáli en busca de provisiones, pidió alojamiento. Se lo ofrecieron a pago. Él mismo llevó sus cuatro caballos al prado a pastar, pero cuando intentó trabarlos, se encabitaron. No consiguió trabarlos, pero no comprendía a qué había podido deberse su estampida. Tuvo que perseguirlos un buen rato y bregar mucho con ellos para poder ponerles las maniotas, mas nunca le había pasado antes una cosa así. Le preguntaron si se atrevería a dormir él solo en el cuartito del desván. Estaba tremendamente cansado y se echó a reír y dijo que no le daba miedo alguno.

Tenía una luz que dejó encendida mientras le llegaba el sueño, y la puerta de la escalera estaba abierta de par en par delante de él. Allí apareció al poco rato un hombre con sombrero de copa y pechera almidonada, vestido de etiqueta. Se quedó mirando a Ivar en silencio, e Ívar a él, pensando: es un señor distinguido al que le habrán dado la habitación de al lado. Le parece que se comporta de forma un tanto extraña, ni saluda ni hace ninguna otra cosa.

Buenas noches, dice Ivar.

El otro sigue en silencio.

Buenas noches tenga usted.

El otro calla, con una sonrisita burlona.

A Ívar aquello le parece altanería. Los dos callan y se miran a los ojos. Entonces dice Ívar, amablemente: ¿Se aloja usted aquí, o vive en la casa?

El otro calla sin perder su fría sonrisa.

Tiene que ser usted un huésped. ¿Por qué no me responde? Ívar se estaba empezando a enfadar. Acusó al otro de arrogancia. Coge entonces el orinal, y orina mientras sigue hablando con aquel huésped tan antipático. Entonces el otro empieza a hacer visajes dirigidos a Ívar, que ahora

sospecha quién puede ser aquel caballero, y le arroja encima el contenido del orinal: Toma esto, por las molestias. El otro desapareció como un relámpago huyendo del ataque de orina y no se presentó más ante aquel hombre.

Mucho peor y con un final menos claro fue cuando Stefán el Fuerte se las vio con Centella. Conocidísimo por su fuerza física y sobre todo por haber cargado una ternera de dos años todo el camino desde la cresta de Strytufjall hasta lo alto del páramo. Llegó a casa del cura y recibió espléndida hospitalidad. El pastor le preguntó adonde iba.

A Skáli.

¿Esta noche?

Sí.

¿No crees que Centella pueda cortarte el paso?

No le temo ni lo más mínimo.

¿Lo has visto alguna vez?

No. Pero me encantaría ver a ese espanto.

Verás a ese espanto si viajas esta noche por la playa.

Eso es lo que quiero, dice Stefán, y se despidió.

Stefán iba bien vestido, con ropas de lana nuevas y fuertes, y portaba un cayado de tres codos de largo con una punta ancha de lanza bien afilada. Era un hombre fortísimo; pero su corpulencia le hacía parecer más pequeño de lo que era.

La luna se deslizaba por un cielo levemente brumoso. Ni un soplo de viento. Al llegar a un banco de arena que se adentraba llano en el mar, iluminado débilmente por la luna, ve una nube de humo gris que descendía flotando desde una loma, rodeando las peñas. Se dirige hacia Stefán y se divide en dos al llegar a él, para volver a unirse después.

Stefán siente entonces que algo le oprime con gran fuerza, y comprende que dentro de la nube debía de haber algo. Aquella fuerza desconocida lo somete y lo va arrastrando hacia la orilla del mar, sin dejarle ver nada. Entonces empezó a albergar serias sospechas de que aquello era un desafío de Centella. Hace acopio de todas sus fuerzas y le asesta un golpe con su magnífico cayado, pero este pasa a través de él y se rompe en tres pedazos. Entonces intentó agarrar a Centella entre sus brazos pero no consigue

tocarlo, sus manos pasaban a través de la nube. Tiene la sensación de tocar algo tan viscoso que los dedos resbalan. Le parecía salido del mar, como si fuera un trozo de cazón cubierto de grasa. Aquello contra lo que peleaba aflojó un poco la presa, y se sintió empujado hacia el mar. Y así sigue todo hasta que no puede evitar acabar en el mar, en un sitio profundo. Mas logró salir del agua y liberarse. Pero aún no había escapado, pues ahora Centella está justo delante de él, retándolo. Stefán intentó esquivarlo pasando a su lado, y da una gran zancada al lado del mar, pero Centella lo acomete a tortazos y a empujones tremendos, sin parar hasta que Stefán vuelve a acabar en el mar, aunque ahora en un lugar de escasa profundidad. Siguen peleando en tierra y mar, Stefán había perdido su magnífico gorro y sus guantes, y las ropas estaban desgarradas y destrozadas.

Pero entonces, el demonio en persona se mete en el fantasma y las cosas van de mal en peor, porque ahora levanta a Stefán en el aire y lo hunde en el agua, donde no puede respirar. Era el momento de utilizar el último recurso, y el más efectivo era la oración, pues le daba fuerzas a él en la misma medida en que se las quitaba al otro. Le domina entonces un furor espeluznante, y finalmente consigue sujetar a Centella. Y logra con facilidad levantarlo en el aire, y se mete en el mar llevándolo por encima de la cabeza. Pero Centella vuelve a soltarse y se pone inflado como un gallo, soltando impertinencias y chanzas. A Stefán le molestó tanta presuntuosidad, y echó a correr hasta un pedregal, y Centella tras él, y volvieron a pelear. El fantasma era ya algo más material que antes. Stefán era quien peleaba con más furia, y mientras luchan salmodia a gritos el Padrenuestro y otras oraciones; y de este modo el espectro no consigue superarlo. Stefán lo arroja al suelo con tal violencia que creyó oír resonar el porrazo por colinas y collados; pero descubre entonces que no tenía nada entre las manos ni en sus furiosos brazos. Pero su contrincante desaparece entre fogonazos; y una nube de vapor va elevándose por la montaña como una cuerda de chispas, y desaparece completamente de la vista de Stefán; y los dos oponentes no volvieron a verse nunca más.

Stefán llegó a la granja exhausto y en tal mal estado que no parecía él, encorvado, con las ropas hechas un guiñapo y su magnífico cayado roto en tres pedazos; y contó su tremenda experiencia.

¿Has visto al espanto?, dice el cura cuando se volvieron a ver.

Desde luego, y fue más que una simple visión. Si aquel siervo del demonio hubiera tenido huesos, se los habría hecho todos migas. Imagino que Centella de Skáli no se arriesgará a caer de nuevo entre mis garras.

OceanofPDF.com

LA NOCHE DEL PASTOR

Anochecer en un valle deshabitado. El sol se pierde hacia lo invisible, al otro lado de la cresta del valle, tras las lomas del oeste. El agradecimiento de la tierra por el día que concluye asciende como una neblina violácea en el lejano poniente y el sol no tiene ya más que un breve trecho hasta quedar oculto detrás de las lomas, su despedida se extiende por el mundo con delicados colores. La hierba se vuelve oro y el musgo gris que cubre la lava empieza a arder.

Y las ovejas están inmóviles en las laderas, añoran la inconsciencia del día, cuando la hierba era verde y terrenal, y tan saludable que el verde jugo les corría por los labios. Ahora están quietas mirando, sin moverse; como si mirasen algo muy especial, o admirando el paisaje, quizá como unos viajeros. Pero se dan la vuelta para seguir mordisqueando la pendiente. Y de pronto echan a correr por las rocas y los achaparrados matos de hierba y los verdes pedregales, cruzan con saltos alocados los cauces de arroyos secos, donde en primavera se oían voces y canciones en los ecos del rocoso valle. Pero la parte más alta tiene roquedales ocre, y los peñascos se recortan contra el cielo azulado.

Y una oveja bala triste, llora en su idioma; y el eco abre nuevos espacios, multiplica el valle. Y el viento susurra a los oídos, despierto para la velada; las sombras se oscurecen, como ojos que miran hacia dentro. Se alargan, como si las estirara el viento, que sopla, sin embargo, en dirección contraria.

Allí hay dos ovejas, una negra y blanca la otra; miran a lo lejos al hombre que se acerca lentamente, solo, mientras cada piedra se va

independizando de su propia sombra.

Y en esa nueva luz enrojecedora que prende sombra tras sombra con una llama sagrada que vive por la tierra entera; allí las imágenes empiezan a retozar en la montaña; las rocas evocan rasgos míticos, y presagios, y sucesos que evocan el mundo de los hombres, imágenes que han huido de las circunstancias humanas y se vuelven con mensajes recién bautizados hacia los sentidos del hombre que camina, y le exigen que les sirva de mensajero.

Oye balar pesarosa a la oveja, muy arriba en la montaña, pero no la ve aunque la busque con la mirada y aunque trepe por una barranca, y las ovejas que antes lo habían estado mirando a él desaparecen a toda prisa hacia las rosadas nubes del levante.

Y el sol desaparece en el oeste. Las montañas violetas exhalan neblina. Mientras los contornos de las colinas y las lomas más cercanas se hacen más nítidos, la tierra se vuelve más y más como ella misma es; la distancia destruye toda materialidad, y se cierne cada vez más semejante a un poema.

El hombre sabía que una raposa le había arrebatado el cordero a la oveja, no podía hacer nada.

Entristecido fue hacia la laguna del fondo del valle, y hasta que hubo llegado a la orilla no vio los cisnes en el agua. Se sentó entonces sobre un matojo de musgo. Vio al macho aproximarse con noble prestancia, el cuello arqueado y la cabeza bien alta, el pico hacia abajo como si estuviera reflexionando. Entonces la curva del cuello se distendió y la garganta se estiró en alargadas notas, y el canto voló sobre el agua, resonó por todo el páramo, como si la quietud del atardecer hubiera estado esperándolo. Y llegó la respuesta desde el nido donde su esposa incubaba los huevos. Mientras él se acercaba recorriendo en zigzag, contra corriente, el último trecho, bajó la cabeza y la estiró casi totalmente horizontal hacia el nido. Allí, otra cabeza se alzó para recibirle y se inclinó hacia él, y los cuellos se rozaron. Fuera cual fuese el significado de lo que se dijeron, la que estaba en el nido alzó suavemente las alas extendidas como para dejarle ver por un instante los preciados huevos que reposaban bajo su pecho. Volvió a recoger las alas, muy despacio, para protegerlos de nuevo, y cabezas y cuellos

ascendieron y bajaron, y tejieron entre los dos una red invisible; mientras una brisa fría empezaba a acariciar el agua y a peinar la hierba de la orilla.

OceanofPDF.com

AMOR

Se levantó del cuerpo de la mujer, sus labios habían temblado sobre su cuello; se apoyó sobre los antebrazos, la miró a los ojos, embriagadores, alegres, ebrios de placer; se inclinó sobre los codos y se deslizó lentamente por ella, volvió a sumergir la cabeza en su vientre, la tomó suavemente por los muslos y la alzó hacia sus mejillas, descendió aún más abajo y con la mejilla acarició la mata de su vello, tumbado sobre las rodillas, con las nalgas levantadas; mientras ella le pasaba los dedos por el cabello, despacio, con dulzura.

Era tan dulce y amable, y él se apretó llorando contra ella: ¿Qué hemos hecho?

Todo ha sido bueno, dice ella: verdadero. Si esto fuera malo, me negaría a aceptar que lo es. Porque entonces empezaría a comprender al ángel caído.

Palabras, dice él, ¿qué pueden las palabras?

Ella rió, sombría. Ya no había pasión. Eres un fuego que enciende mi cuerpo, le susurra con solemnidad: un manantial que refresca mi ardiente sed.

El viento pasó sobre la hierba, salmodiando a los tallos, se arremolinó en la puerta abierta de la choza, gimió entre las vigas del techo. Y cuando despertó de nuevo, el rumor del mar era más fuerte que antes.

Desde la playa llegaba un golpeteo sordo, una línea de luz de luna se quebraba en la superficie del mar; una sombra de temblor recorrió su cuerpo, un frío su desnudez; como una corriente llegada desde el gran

escenario del mundo, desde más allá del telón que les servía de refugio; y la calidez de la piel desnuda de la mujer no conseguía conjurarla...

Mientras casi todos hacían lo posible por fingir que no se enteraban de nada. Que no sabían nada; aunque todos se sentían agobiados por aquello. Esa sombra amarga pendía constantemente sobre la pequeña comunidad de la parroquia y dividía a sus pocas gentes. La joven tenía bien alta la cabeza en su amor, y exhortaba a su amante a alejar de sí toda inquietud acerca de lo que pudieran pensar los demás, y a gozar las cosas mientras pudieran durar.

Tenemos este momento, este día. Esta noche. Esta hora de la noche. Nos tenemos ahora el uno al otro. Y ahora es ahora, pase lo que pase más tarde. No importa lo que pueda venir después. Aquí estoy yo, aquí estás tú. Ahora. Nosotros.

De este tenor eran las cosas que ella le decía para infundirle ánimos.

Si Dios está molesto, que se vaya.

Ten cuidado con Dios.

Vaya, ¿no tiene ya ocupaciones de sobra? dice ella. Y repitió que podría largarse si no quería tolerarles lo que hacían. Ellos no tenían nada más. Por eso, sería injusto. ¿Por qué iban a creer en un Dios injusto que desposee a quienes no tienen nada? Lo único que han tenido en toda la vida. ¿No era aquello lo que los convertía en seres humanos, los sacaba del polvo? Que escapa en una nube. El polvo. Sin amor, ¿qué es la vida? ¿Qué seríamos nosotros? ¿Simples bestias? ¿Y ese bendito Dios querría que fuéramos bestias? ¿Nos habría creado como lo hizo, entonces? ¿No nos habría hecho diferentes? ¿A mí, ratón, a ti águila? ¿O vaca o cordero, gusano, pulga? ¿O qué?

¿Qué?

Ella no puede seguir pensando en él como en un hermano. Es su amante.

Ella se enfurece ante la idea de que sea algo prohibido. Se inflama de ira. Chillaría. ¿Quién va a prohibírmelo?

¿Dios?

La voz de Dios me dice otra cosa dentro de mi pecho. Ese Dios que prohíbe, que busca aniquilar el amor, que se lo quede el cura. El magistrado. El Dios de la vida, a ese el magistrado no puede manipularlo, ni el rey, ni siquiera el papa. Entonces estaría muerto, quizá muchas veces muerto.

Y yo rechazo esa idea. Porque lo oigo dentro de mi corazón, está diciéndome: sí, hija mía. El amor es siempre justo. Es verdadero. Tú amas a un hombre.

Más que a cualquier otro. Quizá más que a tu propio hijo, al fruto mismo de tu vientre. Eso no puede ser un crimen. Y el pastor, él no dice nada.

Así es.

A veces mira, ciertamente, de forma extraña: si no avergonzada, quizá acusadora, con sus amables ojos parpadeantes. Quizá solo preguntando. Luego, enseguida, aparta la vista, mira otra cosa. Aparenta mirar el tiempo; o los colores de las montañas; los relámpagos en el cielo; o comprueba si las ovejas están ya en el prado. Lo que sea.

Extraños, esos ojos. Es como si se estuviesen marchitando. Aunque no se vea realmente. Quizá acaben volviéndose blancos como nieve que se derrite.

Y la señora del cura. Tampoco es que ella diga nada. Aunque suele estar siempre triste. Tan triste, y como tímida. Esa mujer bajita y un tanto regordeta, es como si no existiera. A veces es como si fuera a evaporarse. Un espectro que desaparece antes de que te des cuenta. Te olvidas de que existe. Pero está ahí, siempre atareada en algo. Es joven. Un poquito mayor que su criada aunque tendría que ser ella quien tomara las riendas en cuanto otros ofendieran al todopoderoso. Pero no es asunto suyo. No es más que una pobre mujer. Habla en un susurro. Le da miedo que pueda oírla yo. Pero me tiene un miedo cerval desde que...

El odio, ese es el crimen. Eso sí que es obra del demonio...

Le palpó el rostro en la oscuridad, imaginando que era un ciego. Incapaz de valerse solo.

Pero la veía ante él.

Pero veía los ojos de ella como si se le hubieran revelado al asomar la luna desde detrás de una nube.

Una nube oscura que se bordeó de plata en su vuelo; y los ojos de ella tan oscuros como la tiniebla de su ardor; de su negro fuego.

El cabello cortado a la altura de los ojos le ocultaba casi toda la frente.

La boca entreabierta; y a la luz espléndida que se derramaba sobre ella desde el cielo brillaba un hilo de saliva entre los dientes. Como el hilo resplandeciente de una araña solitaria que teje su engañosa red.

Empezar una nueva malla.

Luego volvió a cubrirse aquella luna sonriente. Su argucia.

Y como trastornado pasó sus manos por el cuerpo desnudo de ella, lleno de lujuria, de miedo; de horror.

¿Por qué estás tan encendido? dice ella, y aprieta sus manos contra el cabello del hombre, y contra su nuca y su cuello y sus hombros. A tirones, como si tirase de él para atraerlo hacia ella, como si lo empujara para alejarlo de ella, a tirones. No para tranquilizarlo, sino para provocarlo: No vayas tan rápido. Espera, espera, despacio.

Él se detuvo entonces, intentando sosegar para que pudieran gozarse más largamente, tensados ambos en la cuerda más alta. Apretó los dientes, intentó ir con lentitud, con cuidado, sin que la tensión se relajase. Ella ardía y se inflamaba en su abrazo. Y de pronto fue incapaz de controlarse, sintió la cascada liberarse y precipitarse e intentó volver a entrar en ella; pero con tanta vehemencia que todo se le escapó, y su plateado torrente se soltó y la llenó de espuma por fuera.

Se desplomó inerte sobre ella. Sollozando.

Todo está bien, susurró ella: todo está bien. Y lo estrechó flácido entre sus brazos, hasta hacerle daño. Con violencia. Fuerte: Mi amor, mi único amor...

La mañana era como si anunciara un nuevo mundo. Detener lo existente, todo sería nuevo otra vez. Total silencio. Como si todo fuera tan nuevo que cada criatura contuviese expectante la respiración.

El muchacho se tumbó entre las matas de hierba para estar solo en el mundo. En aquel nuevo mundo que tenía que llegar a ser hermoso, y para prometer vida al amor. Existir. Se tumbó de espaldas y se acomodó adaptándose a las irregularidades del suelo, y pensó en ella y en sí mismo, y en las nubes que se deslizaban por el cielo, dispersas. Mechones de lana. Rebujos. ¿Duerme? ¿Está despierta? Lo que ellos dos tenían no era asunto de nadie.

Sabía que las ovejas andaban cerca; que estaban rumiando en el pastizal. Pero Lappi, el perro, lo olisqueó, saltó sobre él, y se puso a lamerle el rostro.

Apartó al perro de su cara con un manotazo y lo estrechó contra su pecho. Que se quedara allí quieto.

Tenía que dejar al perro gozar de aquella felicidad prohibida. No podía traicionarlo. No podía hablarle del placer que habitaba en su interior. Del amor que se nutría en la perversión.

Poco a poco despertó la vida humana para participar de la gloria. En algunas granjas se descubrieron al pronto señales de vida en el tenue humo que se alzaba hacia el cielo, en delgada columna, rosada, cuando encendieron los hogares para hacer más agradable el despertar de los que aún dormían, o de los que empezaban a despojarse del sueño. Mientras pensaba en ello oyó también el rumor del mar, como perenne voz del fértil silencio.

Era como si el perro acertase a percibir lo que estaba pensando. Se acurrucó contra el hombre, tranquilo, gimió apenas por la alegría de poder estar tan cerca de él.

Leía la promesa de un futuro en las figuras de las grisáceas nubes, que se iban disolviendo de prisa.

Cuando se sentó en su lecho herboso y arrancó una brizna de hierba miró sin pretenderlo hacia su granja en el instante mismo en que se abrían sus puertas, y vio que alguien salía y miraba a su alrededor. Olfateando u olisqueando, más que mirando. El muchacho distinguió a la anciana Járnbrá.

No era solo el mar lo que se oía, si se prestaba atención. Sino también el río, que fluía tortuoso y calmo cerca de la granja. Y se empezaba a percibir

su armonía.

Se sumó al poco el ladrido de un perro en la distancia, unido al apacible balido de las ovejas. Solo en raras ocasiones creías oír también el murmullo del río que llegaba justo hasta donde te encontrabas, donde estabas tumbado, y la hierba apenas se movía...

La joven miraba el río.

Tenía las piernas rodeadas por sus brazos, la barbilla sobre las rodillas, y miraba. Cómo el río corría hinchado y agitado, formando curvas en el terreno llano, y pensaba en su propia vida.

El río corría ancho y plácido hasta que trazaba una curva y la velocidad de su corriente aumentaba en el recial, saltaba escalones y cornisas hasta que se estrechaba. Cómo había transcurrido su vida desde que llegó a aquel lugar y algo empezó a suceder en su monótona existencia; así había sido la suya hasta entonces.

Y de improviso aquella joven vida se tornó triste, dolorida... aunque tenía aquella felicidad. Dejó de mirar el río.

Se desperezó, entrelazó los dedos y levantó los brazos sobre su cabeza formando un anillo, se tumbó con los brazos como almohada. Separó los dedos y puso las manos abiertas bajo su cuello, alzó los codos para que sirviesen de protección a su rostro, y vio las briznas de hierba doblarse y acostarse cuando levantó el cuello hacia el borde del puente, briznas largas y ralas. Entonces oyó un ladrido, lejos.

La brisa llevó hasta ella lo que sucedía al otro lado de la hondonada que se abría en la orilla del río.

Como si llegase desde otro tiempo, hasta aquel lugar. Donde el río reinaba con lo que llevaba y con lo que se llevaba.

E hipnotizándola, la relajante rivera anuló el tiempo de aquel día, de la difícil vida de los hombres...

El hombre llevaba segando desde temprano. Aquel día no acababa nunca, como tantos otros días de aquella estación. Se detiene de pronto, se apoya en el mango de la guadaña. Siente que se cae hacia adelante, se incorpora. ¿Se había quedado dormido por un instante? Pensamientos que se tornan en sueños. Antes de poder darse cuenta. La tierra dorada, la tierra prometida de oportunidades doradas. Aquel extraño nombre que había oído mencionar al sacerdote, quizá al recitar un poema: Eldorado.

Espesos herbazales en campos infinitos, campos de grano como en la *Saga de Nial* y él sería el heredero de Gunnar de Hlídarendi, con ropas de colores; las espigas tan cargadas que los tallos se doblaban bajo su peso, y él allí, con sus colores y su olores, en el campo, adalid de paz, sin lanza, cuando cabalgan para enfrentarse a Otkel y Skammkel y su hueste...

Y entonces volvió a mover su dalla y a cortar la hierba; pero antes de que se pudiera dar cuenta, sus pensamientos volvieron con los rítmicos movimientos hacia los bosques americanos de doradas hojas, y al oro de las grandes praderas, donde la gente siega el grano entre canciones y lo aventaja cantando a coro; y otros se inclinaban sobre los manantiales, y otros más junto a los regatos para cribar la arena de dos en dos, en el cernedor quedaba el polvo de oro, y las pepitas; y negros pozos escupían al aire el oro negro, su negrura resplandece como el sol en la obsidiana; y el canto se refuerza con el retumbar de la labor; y la siega transcurre con más alegría de lo habitual para esa tarea inacabable.

Y los coros se reunían en las lejanas playas, luminosas, expectantes, descubiertas por Leifur el Afortunado, y por Karlsefni, y por Gudrídur, que fue caminando hasta Roma para recibir la absolución y hacer penitencia, y fue entonces cuando, por desgracia, se perdió Vinlandia⁶ feliz, tanto tiempo olvidada; hasta que ahora un canto recién despertado seduce de nuevo a los que malviven en esta roca en medio del mar y los tienta para ir hasta allí a buscarse el sustento; y la fortuna que ha de llegar a quien la persigue con empeño.

Ciertamente otras cosas se filtraban entre los vaivenes de la mente en las ondas de los movimientos regulares que de vez en vez perdían ritmo y se confundían, cuando en el lugar en que había un matojo de hierba que el rozón había logrado allanar, se colaba el elocuente siseo como de una

retorcida serpiente de bifurcada lengua; como una cantilena azul en el metálico repiqueteo del resplandeciente follaje del bosque dorado, de los roquedales de la montaña resplandecientes de oro, cuyo esplendor inundaba los ojos: Todo esto te daré contemplar. Si postrado me adoras.

Pero donde el hombre despierta es aquí mismo. En la tierra de nuestros padres y de nuestras madres. Donde murieron todos cuantos pudieron. Tierra islándica. Tierra de hielos. Helero del portal de los infiernos. Escollo de Naddod. Flóki el cuervo que se vio rechazado, rabioso. Y más tarde la llamaron Isla de Gardar, por quien primero escapó de ella, a la primera oportunidad que se le ofreció. Pero nunca le dieron nombre por el esclavo que huyó con su amada y pasó, solo con ella, un invierno entero en su pequeña ensenada. Se le dio un nombre espléndido que le convenía.

Náttfari: Viajero de la noche.²

Y por la mente del joven segador corrió el recuerdo del invierno que Náttfari pasó en su angosta ensenada, bajo las altas montañas, con la mujer. Aquella gente esclava, fugitiva.

Esclavos que se sintieron libres por vez primera en la servidumbre de la lucha por la vida en una tierra inhabitada, donde no había nadie sino ellos, y la muerte en constante acecho, donde nunca cesaba la pugna, simplemente, por sobrevivir.

El joven apresura su siega con estos pensamientos, y empezó a cantar con fuerza sonoras cantinelas acompañando los movimientos de su cuerpo en la faena, canta a la hoz, canta a la hierba, al río ondulante, retazos que el viento arrastraba, canta como si pretendiera componer un poema hinchado por los ritmos de la hoz, mientras acaba de amolarla, y la afilada hoz muerde, corte a corte.

Chas, chas, y sss, sss, y sss, sss... corte a corte en la alta hierba.

Afila de nuevo, otra vez, escupe en el filo, escupe en la piedra de amolar y acaricia con ella la hoja de la hoz, hace surgir un filo temible... A veces... ta - tata- tá - tatá - tatá. A veces era como si destellara... a veces era como...

Estaban sentados sobre una mata de hierba.

Veían a los demás camino de sus casas. Con el sol ya bajo, las sombras definían las formas de la tierra, crestas lomas y grietas, barrancos.

¿Crees que Dios espía lo que hacemos, aunque te tome aquí en medio de las matas de hierba, o aunque nos ocultemos? ¿Crees que nos estorbaría cuando otros no nos ven? Y pensaba: Sacrificar en secreto, y dijo: Si volviésemos a amarnos.

Nos arriesgaremos, dice ella jadeante, ardorosa.

Él se sobresaltó al ver su pasión.

Sí, si él está en contra nuestra. Lo que sea.

Vieron al anciano desaparecer dentro de la granja, detrás del resto de gente de la casa.

Antes miró a su alrededor; y ellos tuvieron la sensación de que miraba en su dirección, fingiendo buscar alguna otra cosa. ¿Circularían murmuraciones sobre ellos dos en aquella parte de la comarca, en aquella granja donde tenían recogido al pobre viejo?

Era un hombre pequeño y enclenque, encogido y de piel tan transparente que las venas se dejaban ver azules, abultadas, y la piel lustrosa y repelada, rosácea con manchas marrones, y sus ojos parecían estar siempre llorando. Como un arroyo que corre por la ladera. Tenía la boca entreabierta, colgante, casi sin barbilla, la frente corta y huidiza, ojos pequeños, con un puntito casi oculto en ellos.

Tuvieron luego la sensación de que debía de haberse pasado el resto del día detrás de ellos.

Ven, dice él. La atrajo hacia sí cuando estuvieron al abrigo de las miradas en una hondonada cubierta de blanda hierba; que tantas veces había sido su lecho durante aquel verano de amor...

Está acostado sobre la turba, llorando. Cuando se calmaron sus sollozos, la sintió moverse debajo de él.

No la turbera, ni la tierra.

Se movió al ritmo de lo que había oído.

Dolor, una melodía que no se llamaba conciencia ni ninguna otra cosa, o ¿acaso volvía a sonar la melodía del violín que había oído tocar a aquel

perturbado en la orilla del río? En su loco genio.

Era un genio diferente al de los demás, a los que sobrevivieron... en aquel exceso que no era un don de Dios, que no procedía de quien en ocasiones hace que el tiempo sea amable y da buena cosecha a los prados, peces a la caña, permite que escampe y que puedas llegar a casa pese a la negra ventisca.

¿Quién, entonces? ¿Aquel cuyo nombre no debe pronunciarse?

El otro, pensó. El ángel caído.

El que tiene nombre de luz pero habita en las tinieblas. Pero que dicen que habita en el fuego eterno.

El portador de la luz...

El sacerdote frunció el ceño, dice Járnbrá: no le gustaba nada hablar de aquello. Aunque no dijo nada. Porque no comentaba nunca nada, ¿cómo podría haber hecho un gesto de rectitud y de reproche? El, que no hacía nada. Pero alguien tenía que decir algo. ¿No veían todos que aquello no podía ni siquiera haber sucedido, por no hablar de que pudiera seguir sucediendo? Un escándalo. Una atrocidad pura y simple. Y aún peor que eso. Un pecado mortal. Imposible utilizar un calificativo más suave. Y además, a la vista de todos.

¿Cómo se puede tolerar un desafío semejante a la ley de Dios? Y de los hombres. ¿Ya no había nada sagrado? Y andar por ahí como hacía ella, con altivez, con aquel gesto provocador siempre en su rostro; desafiándonos a todos. A todos nosotros. Y ella y su hermano, los únicos sensatos, los únicos que tenían la razón en sus malditos amoríos. En su perversa lujuria desenfrenada.

¿No se había comportado con él aquella mujer con demasiado afecto, a la vista de todos, en su altanería y su soberbia, contra todo lo que nos han enseñado, y que hay que llamar pecado mortal con todas sus letras, aunque la pena de muerte esté ya abolida? ¿No merece la muerte semejante pecado contra natura? Yacer en lecho lujurioso con su propio hermano.

Esto farfullaba Járnbrá, aunque fuese tan solo para sí misma. Aquella mujer, envejecida antes de tiempo y carente de toda alegría en su vida. Ni

siquiera hallaba placer en su vigilancia de todos por cuenta de Dios...

A veces tiene miedo de ella, cuando la pasión derrota a la ternura, a veces no la reconoce. ¿Quién es ella? No es su hermana. En absoluto. Es una fuerza misteriosa, un espíritu resplandeciente que enloquece debajo de él, que lo mordisquea, lo muerde, lo araña como una fiera.

Se espanta.

Su amor lo aterra. Pero ella es demasiado fuerte. Demasiado natural. ¿Qué demonios tienen que decir los demás? ¿Los juicios de los hombres? ¿Qué leyes son esas que prohíben, que pudieran prohibirles el gozo? ¿Qué demonio estableció esas leyes? ¿Qué le debemos a quien estableció esas leyes?

¿Fue tal vez Dios?

¿Qué ha hecho Dios por ellos dos, para ser capaz de vetarles su amor?

¿Qué Dios? Ciertamente no el Dios del amor. No, ¿no sería quizá el del odio? ¿En las profundas tinieblas? ¿No es el demonio mismo quien se enfrenta a nuestro amor?

A veces tenía la sensación de que ella hablaba a través de él...

¿Qué otra cosa tenía ella? Nada, solo la hijita que había engendrado con aquel hombre horrible. Que la tomó como si fuera de su propiedad. Ni siquiera como una sierva. Su animalito doméstico. Se la quedó sin más, a ella, que no sabía nada, que no tenía nada. Como una pordiosera. Pero a su perro le hacía carantoñas, y lo recompensaba por sus servicios. Ella no era más que una niña. Cuando aquel hombre la tomó, como si fuera un animal cualquiera, hablando en voz bien alta mientras tanto. Y si la poseía no era para tenerla, sino porque le daba de comer. Y ni siquiera le aligeró el trabajo cuando estaba encinta. En eso se basa la sociedad de los hombres que luego, con su apelación a la ley sagrada, pretenden prohibir nuestro amor...

Él pregunta si su tormento no acabará jamás. Nunca jamás. No es que no intente resistirse. Porque aunque ella lo diga una vez tras otra, él no puede creer que aquello sea absolutamente natural.

Aquella fuerza en lo más hondo que los ha atado, por la que no pueden dejar de amarse... porque ella es demasiado fuerte; sí, ¿no fue ella quien le convenció para que se convirtiera en su amante? Mi sangre y tu sangre como...

Járnbrá sigue murmurando. Incluso se ha puesto a escupir en todas direcciones cuando habla consigo misma y con el todopoderoso.

Y ellos lo toleran, en su propio hogar, incluso el pastor. Incluso la esposa del pastor. Y en su propio hogar. Y se llama pastor. ¿Cómo se puede ser pastor de almas y tener esa forma de ser, tan tímido y reservado? Y esa tipeja suya. Es como si la ley de Dios ya no existiera, ni tampoco las leyes de los hombres. Ni la naturaleza. Tener a una persona así como pastor. Uno que se limita a mirar con sus ojos azules; tal vez acaben volviéndose blancos como la nieve, con tanta inocencia...

Son dos, cortando turba. Jón maneja el cortador y Saemundur Fridgeir tiene lista la cuerda para amarrar los tepes. Jón lo miraba de tanto en cuando, Saemundur se ha dado cuenta, y también de que quería decir algo, pero evitaba darle ocasión de hacerlo, mirándolo él a su vez. Cortaban la hierba por la raíz. Arrancaban largos tepes.

Oye, dice Jón.

Sasmundur no respondió.

Bueno, pues eso, dice Jón, levanta la hoz, mira el filo como para comprobar que está bien: Creo que tenía que hablar contigo, dice con una sonrisa forzada: pues eso, de lo que andan murmurando, dice: la gente, unos con otros, y casi hablaba en falsete al lanzar al aire aquellas palabras: unos con otros.

Ya. Siempre andan murmurando algo, dice Saemundur: de esto y de aquello. De todo.

Seguro. Eso seguro, y Saemundur notó que los ojos descoloridos de Jón intentaban esquivarlo mientras hablaba y añadió mientras evitaba mirarlo a la cara: Andan diciendo algunas cosas sobre tu hermana y tú, y empezó a tartamudear.

Vaya, dice Saemundur, oyéndose a sí mismo fingir sorpresa: de nosotros, debe de haber otros temas de conversación. Yo pensaba que la gente tenía cosas mejores de que hablar, no de unas personas insignificantes como nosotros. Claro que aquí no hay mucha gente importante. Y siempre tienen las viejas sagas.

Dejó escapar una breve risa.

Así es. Je je. Claro, es así. ¿Eh? Sí, qué demonios. Lo que tú dices. Pero la gente está empezando a hablar de que entre vosotros hay algo más de lo que suele haber entre dos hermanos, dice, y mira hacia el mar como si estuviera oteando la llegada de un barco, y cogió la hoz con las dos manos.

Los dos callaron.

Sí, dice Saemundur de pronto: como si no me hubiera dado cuenta. Todos andan siempre cotorreando. Deberían preocuparse de otras cosas. Como de lo poco crecido que está el forraje todavía. O de esta primavera tan dura. Y las parideras de las ovejas, tantos corderos muertos. Sería más sensato pensar en esas cosas en vez de en una pobre gente como nosotros que no molesta a nadie. Que apenas existe.

Bueno, eso es de lo que habla la gente. Entre ellos. Y hacía falta que alguien se atreviera a contároslo. Así, sin más. No es que a la gente le parezca bien.

¿El qué?

Bueno, la forma que tenéis de comportaros. Sí, eso. A la gente le parece demasiado. Pues eso. Y ya he dicho suficiente. No es bueno que nadie te diga nada, ¿de qué sirve? Como hacen casi todos. O todos. Y no digo más.

Todo los escandaliza. Como si no pudiéramos ser cariñosos entre nosotros. No tendrían que meter las narices donde no los llaman.

Dijo esto cortante, como truncando la pesada respiración del otro, que siguió en silencio un rato.

Sí, sí, así es, dice Jón: no es nada, y había cortado algunos tepes más. Empezaron a pisotear la turba para quitarle la humedad.

Brotó el agua bajo los pisotones.

Alguien tenía que decírtelo, dice Jón, pasándole el cuerno de rapé: divertido no es. Verse obligado a destapar lo que todos piensan; y lo que susurran, y que se va extendiendo por toda la región. Porque puede decirse que eso es lo que está pasando.

El aire estaba casi completamente quieto. El sol no se veía. Pero la mirada podía alcanzar hasta muy lejos por el llano, las nubes recortaban las cimas de las montañas.

El mar estaba grisáceo con una luz creciente en el horizonte.

Junto a ellos, el perro dormitaba sobre un matojo de hierba. Negro, con una mancha blanca en el hocico. Estornudó, se puso en pie, se sacudió.

Habían cortado ya suficiente para llenar las árganas. La que habían cortado antes había empezado a secarse, y una parte estaba ya lo bastante seca para enrollarla y apilarla.

No hablaron más. Pero Saemundur tenía la clara sensación de que Jón habría querido decir algo. Notó cómo lo miraba de cuando en cuando, lo oyó carraspear pero no le respondió, se concentró en terminar la faena.

Sintió que había ganado fuerzas al defenderse del ataque, y preguntó de dónde le habría llegado aquel dominio sobre un hombre de más edad. Tal vez era pura terquedad, pensó con amargura...

Ella mira afuera por la puerta de la granja, hacia la luna que flota en la inmóvil superficie del río; y hacia las oscuras nubes dispersas por el azul cielo vespertino. Era como si la luna estuviera justo por debajo de la superficie del agua y el río fluyera por encima de ella. Creyó oír a alguien detrás de ella, en el pasillo de la casa. Nadie vino. Sintió miedo.

Salió.

Levantó la aldaba de la puerta de la iglesia. La puerta crujió un poco cuando entró en la iglesia.

Él estaba sentado en el último banco, en el estrecho banco sin respaldo: su amigo, su amante. Hermano que ya no eres mi hermano.

Amado mío.

El estaba allí sentado, inclinado, y la oscuridad demasiado espesa no permitía verle el rostro.

Con la cabeza inclinada, sin decir nada. Sin moverse.

Ella se sentó a su lado, se inclinó sobre él. Y quiso que la besara allí delante de Dios mismo. De Dios todopoderoso. En la casa de Dios. Que hiciera abiertamente lo que los hombres no debían ver. Aunque ella había desafiado a los hombres con su amor.

¿No se mostraban cariño uno al otro delante de la gente de la casa? Ahora estaban los dos solos en la casa de Dios. ¿No deberían comprobar ahora si también Dios estaba en su contra y los fulminaba con un rayo o desataba una tempestad que se llevara la iglesia por los aires, pues había sido profanada: se había transformado en un antro de depravación; y que la hiciera girar en torbellino por el aire como una peonza, haciéndole dar vueltas en alocado remolino antes de arrojarla al mar? Si Dios fuera quien algunos afirman, iracundo y vengativo, aquel Dios perverso y fiero del Antiguo Testamento, un Dios de caudillos y funcionarios y del viejo diácono que había pasado por allí acompañando al juez, y del que hablaba la anciana cuando el reuma más la atormentaba.

Quería que fuese cariñoso con ella. Porque tenía miedo. Quería poder tener miedo y sentirse pequeña y acurrucarse en él. Pero tenía que ser fuerte y no podía permitir que él sintiera su debilidad. Aquello la atormentaba a veces, tener que ser siempre la fuerte, y defender y proteger su amor.

Ahora veía que él había crecido y se había hecho más fuerte desde la primavera pasada. Se apretó contra él, el rostro que no podía ver estaba encima de ella, inclinado sobre ella. Un mechón de pelo cayó sobre la frente del hombre y acarició la cabeza de la mujer.

Se echó hacia atrás de pronto, apartándose de él, para intentar verle el rostro; había demasiada oscuridad en la iglesia para poder leer la expresión de su semblante. Pero tuvo la sensación de que estaba cerrado en sí mismo, distante, sintió que sus ojos estaban fijos en algo, aunque no podía asegurarlo a ciencia cierta. Sintió que él estaba en algún otro lugar, no a su lado, en aquel mismo lugar, aunque tal vez no estaba con el amo de aquella casa, que era el mismo Dios, ni aunque Dios estuviera tramando separarlos, en aquel lugar donde dicen es mayor su poder; si Dios fuera como algunos

pretenden que es, un enemigo de la vida indefensa; un enemigo del débil, obstinado tan solo en que se le permita amar, fuera lo que fuere de los mandamientos y las leyes de Moisés, o como se llamaran. Ahora comprobarían, en aquella casa, si aquellas leyes no eran más que simples normas humanas.

Tal vez se podría comprobar también si Dios existía en una forma que no fuese la de incondicional instrumento de poder de los que ocupaban los lugares más altos en la sociedad, como la llaman.

Creció su temor, y apenas podía soportar el dolor que lo acompañaba, la angustia; tomó su brazo, extrañamente inerte, se rodeó con él, intentó de nuevo apretarse a él con más fuerza aún. Pero él se limitó a retraerse en su asiento ante su ardor, como si durmiera despierto, como si despertara medio envuelto en sopor, y como si fuera tal vez consciente del espacio y el tiempo pero sin ser capaz de reaccionar ante cosa alguna, preso de una especie de letargo, atado por algún nuevo encantamiento que lo deja inerte; y quizá se habría convertido en piedra si ella no hubiera llegado hasta él para liberarlo; para rescatarlo, sometiéndolo de nuevo a su propia magia; si sus sortilegios no lo hubieran conjurado, salvando su amor. Fortaleciendo su firmeza y prestándole nuevas energías para perseverar en su rebeldía y desafiar con ella todo y a todos.

Ella se puso en pie sin aflojar su caricia, y cuando el brazo de él cayó inerte al perder su apoyo en la mujer, ella se arrojó en su regazo y metió las piernas entre sus rodillas apretadas, y se introdujo entre sus piernas empujando con los muslos; y lo besó apasionadamente en el cuello, sin pensar que dejaría una marca; y recorrió todo su rostro con sus besos; y cuando iba a besarlo en los párpados, los ojos estaban abiertos como si él hubiese estado contemplando lugares ocultos en oscuras cavernas, o cavernas de una montaña horrenda, ella apenas le rozó los ojos levemente con su lengua.

Notó así el sabor de los ojos fijos, nublados o ciegos de su amado, mientras en lo más hondo de ella clamaba el grito silencioso que llevaba el nombre de él, llenando la vasta iglesia; y era tan doloroso, tan doloroso... tendría que conmover a Dios para hacerle salir del círculo de los nobles, y abandonarlos en sus impotentes protestas y sus gritos de escándalo y sus

gestos de desprecio, y para que los cuidara a ellos dos, y los perdonara, y les concediera lo que de más sagrado había para ellos, dijeran los demás lo que dijese; dijeran lo que dijese quienes estaban siempre acosándolo a él con sus ruegos incesantes y sus discursos halagadores, aduladores, quejumbrosos. En sus besos a tientas llegó hasta su boca. Pero él tenía los labios cerrados y fríos, como si careciese de una voluntad que ella pudiese despertar y guiar. Sin una voluntad que ella pudiese dominar y dirigir.

En aquella pequeña iglesia solitaria en la vasta noche.

Vivía aún una única vela en el sagrario cubierto por un paño, al otro lado de la balaustrada del altar, debajo del retablo, donde se guardaba el cáliz, y el paño para limpiarlo al irlo pasando de una persona a otra, y las hostias.

Y mientras estaban congregados tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y se lo dio diciendo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo.

Tuvo una sensación desagradable al pensar en la blanca patena redonda que el pastor tomaba entre el pulgar y el índice, y vio sus uñas anchas y cortas, encallecidas, gastadas, manos de trabajo, y estuvo a punto de dejar caer lo que se suponía era la carne de Jesús; la colocó, seca e insípida, sobre la lengua que ella tenía extendida, como si se tratara de un recorte de algún decreto del ministerio de hacienda.

Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada...

Fue entonces como si la llama de la vela aumentase e iluminase el retablo en lo más profundo de aquella casita. Estaba en pie en una cuba y olas de sangre fluían desde las heridas del costado y de las manos y caían en el barreño. Y la sangre le llegaba hasta media pierna. Y él estaba en medio de aquel lago de sangre.

MATAR A UN SER HUMANO

...Allí encontró a Kristján de Stóratunga, cuyos hijos habían llevado el ganado al lugar llamado Seljaland hacía ya un tiempo; y preguntó a Kristján si no podía ausentarse un momento del aprisco y él aceptó. Señala asimismo que además de las ocho ovejas que había traído desde Grjótárgerdi, había encontrado una oveja de las dos que había supuesto que podría encontrar en Svartárkot, pero que no había hallado, de modo que en total tenía nueve ovejas, y que en la rehala de Svartárkot había dos ovejas que eran propiedad de Kristján de Stóratunga. Sostiene que puso de manifiesto al granjero Kristján, que lo más adecuado sería que su hijastro Tryggvi fuera a Grjótárdalur para ocuparse de las ovejas en el extremo más alejado de las tierras, y que él mismo iría a buscar el ganado que estaba al sur, pero Kristján repuso que no podía marchar enseguida, de modo que dijo que había marchado con dos hijos más jóvenes de Kristján llevando consigo las once ovejas antes mencionadas, pero que se había separado de ellos en cuanto estuvieron al oeste del aprisco de Vídirker, y descendió siguiendo el río Sellandsá y el lugar llamado Hjalli y bajó hacia el este del mojón de Hjalli y siguió hasta el río en el lugar llamado Ytri-Lindir, donde se encontró con la difunta Konkordia junto al río, estaba sentada a poca distancia de este; sostiene que ella lo saludó, pero que él no respondió, dice que desmontó y puso las manos sobre ella y que le tapó la boca y la nariz con una de sus manoplas y con su pañuelo y los mantuvo allí hasta que se asfixió, y que una vez ella estuvo asfixiada, la arrastró al río; afirma que la metió en el río de modo que la cabeza estuviera contra la corriente, aunque de través respecto a la orilla oriental del río y que allí el agua en la que la

había metido no era profunda y solo le llegaba a las pantorrillas, de modo que no cubría completamente el cuerpo, aunque no recuerda con exactitud cuánto sobresalía, y dice que no se percató de si la corriente se llevó el cuerpo del lugar en que lo depositó, o no, pues había actuado con tanta rapidez, y había estado dominado por tal confusión mental y tal ofuscación mientras realizaba estos actos, que no fue capaz de controlarse para no dejar huellas. Recuerda, sin embargo, que había saltado de la orilla, aunque no recordaba sobre qué pie había caído, y señala igualmente que cuando recuperó la conciencia de sus actos y se dio cuenta de que había causado la muerte de la joven, se vio invadido de fortísimos remordimientos y rogó a Dios que le perdonara aquel crimen.

OceanofPDF.com

CONVERSACIÓN EN LA POSADA

Los campesinos, dice el señor de la casa, estamos unidos. Hemos conseguido aprender a unirnos. Me parece magnífico ser uno para todos, y todos para uno. Ese es mi sueño.

La luz vacila en el candil. El nivel del aceite estaba tan bajo que había que estar constantemente alargando la mecha para llegar hasta el fondo y alimentar la luz.

Y a la luz temblorosa se agitaban las sombras, y se cambiaban en formas monstruosas, arrojaban malignos conjuros hipnóticos sobre el pequeño grupo bajo las vigas del techo abuhardillado, en aquel camaranchón del mundo de los hombres mientras la lluvia golpeteaba con violencia sobre el bajo edificio de la granja.

Y aumentó el fragor de la tormenta, violentas ráfagas de viento se precipitaban oblicuamente una tras otra sobre las quebradas en las faldas de los montes. Un caballo gris, oscurecido por la lluvia en la orilla del lago, no pastaba la hierba húmeda, sino que miraba inmóvil a una joven elfina que desafiaba la tempestad y se lavaba en una fuente que nadie más que ella era capaz de ver. Y aquel viento eterno acariciaba estrechamente el pantano, agitaba el erióforo y hacía cabriolas por el prado hasta los collados, lamía con su lengua húmeda las piedras y también la tierra, los argayos y las sendas.

El río, decidido a alcanzar el lago, escapaba de las insistentes caricias y se hinchaba en la corriente.

En el fondo del barranco había surcos amarillos y rojos en las peñas; las rocas cubiertas de ocre o de amarillo. Y los arroyos se han vuelto blancos.

La cárcava estaba henchida de piedras amarillas y moradas, y masas de escoria volcánica empapada montaban guardia como si los eriales de aquella tierra hubieran querido dejártela allí como testimonio de la infinitud del tiempo, y preguntarte adonde has llegado.

Al subir más aún se alcanzaba un llano con un cauce seco, colores dispersos y barro pedregoso, turba rodeada de brezos, en una especie de nava.

Allí se veía un redil junto a la ladera, algunas rocas habían caído sobre el vallado, y había una brecha.

El viajero sabe todo esto mientras escucha. Huésped. Y habla. Imágenes que se han abierto ante sus ojos horas antes habitan en su memoria, persisten en su imaginación. El viento canta su canción, de fondo. Mira a su interlocutor en aquella reunión, que decía:

Esto es lo que se está extendiendo por nuestra región. Esta idea de que nosotros, que siempre hemos sido pobres y hemos estado indefensos frente al comerciante y el funcionario, podríamos llegar a ser tan poderosos que esa gente habría de empezar a comportarse con conciencia de que nosotros también existimos. Lo vemos en los libros que ha logrado traernos hasta aquí el círculo de lectura, y que hace circular entre los campesinos. Hemos repetido tantísimas veces las palabras más hermosas, que hasta ahora casi nadie había oído: en el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios. Pero el Verbo está ahora con nosotros, y el Verbo será nuestro. Por fin ha llegado hasta nosotros. Vemos en los ejemplos de la historia que no hay nada capaz de resistirse cuando los pequeños se levantan y se unen en un juramento; cuando despiertan a la acción colectiva. Ningún poder puede oponerse, ni en el cielo ni en la tierra. Mientras la solidaridad persista y el fervor del Verbo se mantenga despierto y crezca, mientras no se quiebre nuestra alianza. Sobre todas estas cosas hemos empezado a cavilar los pegujaleros, y a hablar con una sola voz. Y ya no hay vuelta atrás.

El viajero llegado de lejos veía endurecerse aquel rostro, su mirada desafiante bajo las vellosas cejas que parecía como si las estirase con sus enormes manos cuando componía en soledad un poema sobre un lago y sobre cisnes flotando sobre las olas, o mientras leía escritores noruegos o a Proudhon en danés. Unos ojos azules arrojaban blancos dardos de acero

sobre la oscura vida de aquella nación durante mil años, sin alas, pero que ahora había hallado la esperanza de un nuevo día.

Los campesinos nunca hemos visto el oro. No hemos visto dinero. Nunca hemos sabido suficiente sobre el valor de nuestros productos. Todo eso existía solamente en los misteriosos libros del comerciante. Ahora hemos visto el oro. Y no nos detendremos ante nada. Como los tiburones cuando huelen sangre en el mar. Desde que empezamos a vender nuestras ovejas vivas a los comerciantes escoceses. Pero no pensamos en el oro.

El poder de las cosas que es preciso hacer, dice el magistrado.

Exacto, dice el campesino: Es un instrumento.

Eso he dicho yo siempre, dice el magistrado.

Un instrumento para elevarnos, a nosotros y a todo lo nuestro.

A la nación, dice el magistrado: al país. Para dar fuerzas al individuo para que actúe.

A las masas. Así, la nación será capaz de sentirse a sí misma como nación; juntando todas las manos, el pueblo se convertirá en nación mediante la solidaridad. Sin ella nunca será una nación.

A eso sirve el oro. Pero no le sirve de bastón al tullido. Precisamos de individuos progresistas y pictóricos de ideas, dice el magistrado: hombres que entiendan y conozcan la época, lo que está sucediendo por el mundo, pero también nuestra singularidad, para ser capaces de domear las fuerzas que habitan nuestra tierra, para actuar en consonancia con la técnica, para crear. Hombres que comprendan el poder de la riqueza.

Pero ¿recuerdas la maldición de la riqueza mal conseguida? ¿No recuerdas los consejos de Sighvatur a su hijo Sturla, cuando intentó apropiarse de las riquezas de Kolur el Rico?⁸

Sí, y Sturla dice entonces, justamente, si no recuerdo mal, que sabe de otras riquezas, que...

Sí, dice el campesino: y habla de otras riquezas que pueden derivar en males aún mayores. Se refiere a las riquezas de su hermano Snorri. Pero ahora quiero recordar la historia del obispo Nicolás, y traerte el recuerdo del mercader del que habla nuestro Sighvatur de Borgarfjórður. Aquel que nunca pensaba en otra cosa que el oro. Pensaba en el oro día y noche. Y finalmente, muere el viejo. Entonces llegan sus vecinos a toda prisa,

ardiendo de impaciencia por ver cómo era todo. Antes de abrir el gran arcón del viejo lo abrieron a él en canal para saber cómo era por fuera y por dentro. No les extrañó ni pizca no encontrar corazón. Solo entonces abrieron su gran arcón, y no fue ninguna sorpresa encontrarlo lleno de oro. Pero tampoco se extrañaron lo más mínimo al ver un corazón humano diminuto encima del montón de oro. Y de él se elevaba una nubecilla de humo. Y no creo, dice el campesino, articulando muy despacio sus palabras y apretando el puño de una de sus manos contra la palma abierta de la otra, hasta arquear los dedos: estoy seguro de que no sería porque estaba caliente, sino porque estaba podrido. Y estoy seguro de que muchos sufrirán por culpa del bendito oro si lo pretenden sobre todo para sí mismos, en lugar de disfrutarlo junto a los demás, todos de acuerdo en sus ideales y en su humanitarismo, y por la cultura.

Puesto que nos hemos metido a buscar citas, citaré yo la *Saga de los Volsungos*,⁹ cuando Sigurd habla con Fáfnir, el dragón moribundo, que le previene contra la maldición del oro, dice el interlocutor del campesino: Todos desean poseer riquezas hasta su último día, pero a fin de cuentas todos han de morir un día.

Y pasó lo que pasó, murmuró el campesino: Aquel oro no proporcionó la felicidad, ni poder para hacer lo que es preciso hacer. Todo lo contrario, lo único que proporcionó fue puro infortunio. Puede ser útil si se emplea en beneficio de las masas y en forma colectiva. Pero más pronto o más tarde acarreará el infortunio si se lo valora por su valor intrínseco, y si el individuo se dedica a acumularlo. Se transformará en serpiente, o en dragón, lo enterrará en Gnitahéidi y se tumbará encima de él y lo defenderá con el veneno y la espada. El oro no debe convertirse en oro.

Asmundur, el magistrado, observa aquellas grandes manos que descansaban sobre las rodillas, las uñas resquebrajadas que parecían escamas de asta sin brillo, los dedos cortos y anchos, tierra largo tiempo incrustada en la piel; las anchas palmas de las manos gruesas, los dorsos de las manos llenos de grandes venas; la piel áspera y agrietada, los nudillos azulados; y la tez reluciente.

Ásmundur pensó que tal vez habría otro rostro debajo de aquel que lo miraba; en el que podría verse el bullir de su alma, si se pudiera retirar

aquella máscara moldeada por los elementos.

Lo que veía era un rostro ancho; y un profundo hueco entre los ojos hundidos, la nariz un tanto ancha y aplastada, las ventanas muy abiertas, la barba espesa; y la boca ligeramente curvada hacia abajo en la comisura derecha, a punto de abrirse donde estaba menos apretada, como para dejar ver un colmillo.

Entre los pelos de la barba entrecana asomaban briznas de rapé; a veces algunas hilachas caían de la nariz antes de ser detenidas por los nudillos y sorbidas. La frente, alta y amplia; y el cabello como alas de cuervo desplegadas, dispuestas a alzar el vuelo.

Ahora ya no estaba encorvado aquel trabajador que de continuo llevaba la cabeza gacha y se acariciaba el dorso de la mano y los nudillos y a veces hasta las yemas de los dedos con la otra mano, sin romper el silencio, lo que solo hacía cuando era imprescindible. Ya no se balanceaba ni estiraba los dedos de los pies, sino que se sentaba erguido en su silla y se comportaba como uno de aquellos antiguos sacerdotes paganos, y la habitación se había ensanchado y era como una sala de paredes enteladas sacada de otra historia muy distinta. Y no era solamente desde ayer, sino que deslumbraba con el frío resplandor profético del mañana al que conduce una difícil senda; no la del viajero solitario, sino otra que debe transitarse en compañía y que conduce hasta el progreso por arduas rutas que solo el valor colectivo sin límites es capaz de superar. En aquel momento; en aquella fe, la victoria estaba a la vista; a pesar de todo.

El Verbo está con nosotros, dijo con determinación.

Así es el campesino que tiene delante. Tal vez no lo había visto nunca antes. Y empezó a hablarle a aquel granjero sobre cosas que habían empezado a llegar al país para aliviar el trabajo de aquellos hombres, para que no tuvieran que vivir con la única ayuda de su tenacidad y de sus sueños.

Ya no precisaban cortar en cruz cada terrón de hierba con el rozón y quitar la tierra y separar tepe a tepe, como habían tenido que hacer siempre, con paletas de madera, para luego machacarlas con mazos. Ahora, esa buena gente podía uncir sus caballos a la rastra y levantar con ella la tierra, y nivelarla con la fuerza de los caballos.

Con la fuerza de los caballos se podía desgarrar el estancamiento de siglos. Luego podían transportar el estiércol en carretas y arrojarlo sobre la tierra áspera y lograr que en un corto tiempo se convirtiese en un campo llano y fértil. Los caballos arrastrarían arados y rastras y cualquier otra cosa; y el agricultor puede ir allí sentado como un poeta, corrigiendo la estabilidad para que las cuchillas no se limiten a cortar, sino que revuelvan el suelo excavado. Y se podía construir un bastidor de madera o un maderaje y pasarlo por el terreno al final de todo, si no había quedado aún suficientemente liso. De este modo, el esfuerzo se desplazaba del hombre a su leal servidor. Y el estiércol, hombre, se puede triturar con máquinas, una caja con una rueda dentada en el fondo y una manivela en un extremo, y el resultado es abono fino. Y luego lo vierte sobre los campos, los caballos, con esportones o capazos sobre los lomos. Y en el fondo una bisagra sujeta a un travesaño. Y lo único que hay que hacer es palear el abono. Eso es todo. No es nada. Lo único es que hay que tener cuidado para cargar el estiércol en ambos lados por igual para que los esportones no se inclinen, eso lo entiende cualquiera. Imagínatelo. Y basta con una palmada para vaciar los capazos, en vez de tener que acarrearlos vosotros mismos, un esfuerzo tremendo. Sí, amigo mío, están llegando tantas cosas nuevas para facilitaros la faena, dice el magistrado: y esto no es nada comparado con lo que está por venir.

Sí, claro, dice el campesino, dejando traslucir su impaciencia: sí claro. Pero ahora los campesinos hemos encontrado una nueva verdad que sustituye a lo que antes teníamos por verdadero. En eso se basa todo. Cooperación. En lugar de andar a codazos y puñetazos entre nosotros, de ir cada uno a lo suyo dándonos pisotones unos a otros, de andar a la greña por unas lindes de acá o de allá o por los pastos de invierno o por los prados como llevamos mil años haciendo, lo demuestran bien claro las antiguas sagas, para gran diversión del diablo y desgracia de vosotros, los que se supone que sois nuestras autoridades.

En las tierras baldías hay aún vastos espacios libres. Nada es pequeño. Todo es grandioso, dice el joven representante de la autoridad. Siente que la fuerza crece en su interior, y que su ánimo se ha visto estimulado con las montañas, con la fogosidad de los caballos en cuanto se percataron de que

se dirigían hacia su hogar, hacia aquella granja al borde del lago; que reflejaba los cúmulos de nubes espumeantes sobre las crestas rocosas que se derramaban como olas celestiales, como espuma aérea, sobre aquel poblado silencioso en el atardecer, que se iban haciendo más densas. Por las grietas brillaban los rayos de sol con crines blancas sobre la laguna refulgente, haciéndola resplandecer. La amplia cala oscura con elevadas montañas en el extremo de una herradura de tierra.

Grandioso, dice el campesino: pero ahora pretendemos empezar a respirar, aquí, en el campo. Sin tener que subir a las montañas para llenar de aire los pulmones. ¿Quién sube a la montaña sin necesidad? No queremos seguir siendo siervos de unas penalidades insensatas. Nivelar los campos, dices. No seguiremos peleando oprimidos entre los tepes ni caminaremos tambaleándonos de loma en loma, ahora nivelaremos los campos. Y lo haremos con cooperación fraterna. Finalmente sabremos quién está con nosotros, quién contra nosotros. Nuestra fuerza será una fuerza invencible. Y nosotros mismos estableceremos las condiciones, en vez de que sean el comerciante y su gentuza quienes nos den nuestra ínfima parte y acaparen los beneficios de nuestra vida de lucha. Esos demonios.

Pero no podéis olvidar el espíritu, dijo el poderoso: porque ¿qué es el progreso material? Pregunta: Cuando el espíritu pierde sus alas, cuando pierde las alas que le permiten volar.

El espíritu, dices, sí, claro; pero no puede volar solo, a contrapelo de todo y de todos, de las leyes de la sociedad, dice el campesino: Ahora ya no sirven las quimeras del desterrado que ha conseguido salvar la vida gracias a una oveja robada. Ahora hay un espíritu nuevo. Y nosotros, estos campesinos encorvados de un extremo del mundo, no decimos ni más ni menos que los que habitan allá en el sur: libertad, igualdad y fraternidad.

¿Decías algo? preguntó el magistrado; había oído que la anciana con su madeja de lana, al lado de él, farfullaba: Pero no olvidéis a Dios. Él ignoraba que para ella el orgullo es una mosca que el demonio mete a los hombres en el pecho para atraerlos hasta el borde del abismo y, con sus artimañas, hacerlos caer en él. Sobre brasas encendidas por el fuego del infierno. Hay más cosas, además de las palabras de los países del sur: ¿Crees que sería ventajoso tener una fila de vagones unidos que corran a

gran velocidad sobre raíles de una parte a otra del país, en un instante, atravesando las montañas a través de túneles? Para quienes han de ir a las pesquerías, por ejemplo. O para ir a la ciudad, sin importar el tiempo que haga. Y barcos de vapor para ir a buscar el pescado en mar abierto como hacen los ingleses con sus arrastreros, que en realidad os lo quitan mientras vosotros intentáis pescar en vuestras barcas de remo, a tan poca distancia de la playa. Y para llevar el correo entre lugares alejados, de modo que el cartero no tenga que poner su vida en peligro, y para que las inclemencias del tiempo dejen de tener el poder de maltratar a las personas. Vosotros os apoderáis de las palabras del otro lado del mundo y las masticáis con brillo en los ojos; y también reflexionáis sobre libros que carecen casi de cualquier relación con vuestra vida, mientras os dedicáis a componer *rímur*, lo que son cosas buenas, no cabe duda. Pero los saberes prácticos son la base de todo. En el conocimiento, ahí está el poder. Que os hará libres. La ignorancia es el peor tirano de la humanidad, un demonio. Piensa por un momento en esta tierra eternamente hambrienta, cuyo máximo sueño, a lo largo de los siglos, ha sido poder comer hasta saciarse. Y toda esa comida que se puede recoger en las playas mismas, que la gente sigue rechazando aquí pero que es considerada el manjar más exquisito en los comedores de reyes y príncipes por el mundo entero. Y aquí todos pereciendo de desnutrición, muriéndose de inedia. O el tímido curilla que escribe poemas en latín, y los campesinos que componen mentalmente esos poemas que pueden decirse hacia adelante y hacia atrás, con un arte que carece de parangón en el mundo entero; pero que no son capaces de sujetar decentemente una hoz en su mango. Y toda esa desolación en la siega, que no empezó a mejorar hasta que os llegaron las guadañas escocesas, que permitieron a los segadores triplicar su rendimiento. No fuisteis vosotros quienes las inventaron, aunque en cada granja haya un herrero. Y deberíais haberlo hecho mientras usabais las viejas dallas.

AQUELLA RISA, AQUELLA RISA

Destella en su memoria mientras está sentado en la oscuridad. Ve sus dedos blancos en los negros de ella. Se hacen más blancos cuanto más negro se hace su cabello.

Era como si se le estuvieran perdiendo entre aquellos cabellos que conservaban el frescor. Sus dedos eran traspasados por el fuego de su corazón. Ella rió con tanta vehemencia que él no supo dónde estaba. Aquella risa era tan abrumadora y tan frenética como si lo aniquilara con su frenesí. Ya no la reconocía.

El no sabía cómo comportarse, con los pechos de la mujer sobre su torso; y las piernas de ella rodeando sus caderas, sus nalgas. Los talones separando sus muslos, justo por debajo de las nalgas.

Reía.

Ella reía de tal forma que él sintió deseos de llorar.

¿Se reía de él en su pasión? Negro. Un resplandor en el frenesí de los ojos. Qué dolor, qué dolor.

El claror de la mañana les cubrió la desnudez.

Vuelve a clarear el día.

El fuego en el regazo de la mujer sigue inflamado. Él sigue atemorizado. Dejó de conocerla de pronto, en su ansia, en el gozo del orgasmo. Era otra, a la que nunca había conocido; y la temía.

Aquel gozo que la transformó en dueña del mundo.

Deseó huir de ella. Muy lejos. Y al tiempo volvió a desearla. Bañarse en el mismo fuego. Arder. Arder hasta las pavesas, que la brisa dispersaría en la claridad del día, en el sangriento resplandor de la aurora.

Arremolinarse como el polvo de los márgenes en el último oasis de vegetación. Tierra asolada por el viento. Y que se convierte en una nubecilla rojiza en el aire, y nada más. Nada más que el omnipotente desierto que no perdona siquiera al pájaro, que sabe encogerse para extender después las alas y volar por encima de todas las cosas en el azul mientras este perdura, y luego golpetear con sus alas sobre el polvo de estrellas del universo, con el canto en su pecho, sobre las centelleantes extensiones de estrellas que se comunican entre sí con señales luminosas, a años luz de distancia, puntitos en la inmensidad de lo que es y era y será.

Un pájaro en su pecho, en la jaula de su pecho. Y aquella mujer que lo llenaba de temor y ganaba nuevas fuerzas si acaso, con el miedo del hombre.

Para, grita él. Ella se movía adelante y atrás encima de él, y a su alrededor, y a su lado, y lejos de él, y junto a él. Como si quisiese triturarlo, con los ojos muy cerrados.

Para, aúlla él; para de reír.

No puedo.

Y entonces no fue él quien se echó a llorar; sino ella.

Entonces fue ella quien se echó a llorar.

Sin frenesí.

Sino calladamente, casi con calma, casi resignada.

Ya ha sucedido, dijo ella, por fin.

¿Cómo?

Sí.

¿El qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué es lo que ha sucedido?

Ha sucedido lo que yo temía.

El esperó a que ella se lo dijera.

Que estoy encinta.

Él se apartó de ella.

Embarazada, él no dijo nada: ¿todo había terminado, entonces?

Ella le coge entonces la cabeza con las manos. Con las palmas en las mejillas y los dedos detrás de las orejas, en el cuello, los pulgares sobre la arteria palpitante, apretó las yemas de los dedos contra su clavícula. Luego le puso una mano detrás de la nuca, en el cuello, la fue bajando por la

espalda y le acarició con fuerza la columna, llegó hasta el principio de las nalgas, pasó los dedos por su rabadilla, le acarició suavemente la espalda. Las lágrimas seguían brotando. Él se humedeció bajo las lágrimas de ella. Luego, ella esparció suaves besos por todo el cuerpo desnudo de él. Luego empezó a lamerlo como para quitarle la sal. No es posible hallar consuelo. A veces. Ni para sí mismo ni para los otros.

Y nunca para sí, aunque tal vez sea posible consolar a los otros. Tal vez, como mucho, calma, sosiego.

OceanofPDF.com

LA EDAD DE ORO

Oro. Precisamente para crear con él. Oro, no me refiero a eso que se consigue vendiendo unas cuantas ovejuchas vivas a unos ganaderos escoceses. Tenemos otra riqueza que jamás se agotará. Una fuente inagotable de riqueza y en consecuencia de bienestar. La fuerza que habita en nuestras cascadas y nuestros ríos está esperando a que alcancemos el vigor y la sabiduría necesarios para aprovecharla, para dirigir por un canal el inaudito poder del agua; para electrificar este país; que nunca volveremos a maldecir por tratarnos con dureza, sino que bendeciremos de generación en generación por sus infatigables dones; si despertamos de nuestra postración y nuestra indigencia y aprovechamos las ocasiones, esta época de oportunidades. Entonces se alzarán incontables ciudades florecientes, llenas de prosperidad y bienestar, industrias diversas movidas por la electricidad; entonces ya no precisaremos bregar con sudor y lágrimas hasta el agotamiento por un pedazo de pan; erradicaremos cientos de años de hambre, de piojos y de sufrimiento. Y entonces podremos dedicarnos a gozar de nuestras conquistas heredadas; y nos convertiremos en nación de naciones, por fin se alzará entonces la estirpe de Benjamín y las promesas se verán cumplidas. Una gran potencia del espíritu, que sabrá compartir con las demás. Una pequeña nación iluminará el mundo para todas las demás; no en menor grado que los antiguos atenienses, que crearon unos cimientos sobre los que se ha erigido toda la cultura de Occidente. La fuerza de las cascadas...

Se me ponen los pelos de punta, dice entonces la mujer del campesino, olvidando su timidez y rompiendo el curso de las palabras. Había

permanecido todo el tiempo junto a la puerta, con las redondas mejillas muy coloradas, ocupándose de que a los viajeros no les faltara comida ni bebida; y sin hablar más que las demás personas de la casa; que escuchaban con interés: Que nuestras benditas cascadas sean encadenadas. Qué será de la belleza que caldeaba nuestros corazones en medio de nuestros afanes. No está nada claro que la riqueza vaya siempre acompañada de bendiciones. Si todo ha de medirse por su utilidad. Me pregunto si no dejaremos de oler el bendito aroma de la hierba. Todas las mercedes de Dios tasadas y evaluadas. Me produce cierta inquietud que...

Calló de pronto, al notar que todos la miraban asombrados; atreverse a interrumpir a aquel elocuente heraldo de la edad de oro, cuando esta nación, la sojuzgada y humillada estirpe de héroes, se alzaría de sus cenizas para dar cumplimiento a las antiguas promesas; una nación que en el siglo de las sagas superaba a los demás pueblos en sus hazañas corporales y espirituales; y aquí estaba su adalid, el nuevo Freyr de los Valles;[10](#) y su semblante destellaba mientras hablaba. La mujer se ruborizó, sonrió con todo el rostro y sobre todo con sus limpios ojos azules; movió las manos como si el tentador estuviera revoloteando junto a su nariz disfrazado de mosca; calló con una suave sonrisa que tardó en borrarse.

Solo dijo en voz baja, pues el silencio se prolongaba, como confusa: Sería bueno plantar bosques, pues en la asociación de mujeres estamos...

Y la misma sonrisa iluminó su rostro esférico, y ofreció a la autoridad una nueva taza de café.

¿Por qué volvió a la memoria de Ásmundur la imagen presenciada horas antes en ese mismo día, la muchacha al lado de la cascada, y el pensamiento fugaz de sus sueños de mil años? Cómo se transformaban sus manos de doncella, convirtiéndose en garras de norna ciega; tan solo se veía el blanco en sus ojos de vidente. Como si el agua retumbante se llevase su juventud. Y en lugar de sueños llegara la visión de un mundo invisible que lleva en sí los destinos de otros hombres.

Sí, eso también, dice el joven adalid: eso se suma a lo otro. Vestiremos el país con bosques nuevos. Las campiñas. De las playas a las montañas. Pero las montañas conservarán su desnuda grandeza por los siglos de los siglos. Los desiertos. Reafirmaremos y reforzaremos nuestro ánimo para

alcanzar grandes visiones y grandes destinos. Y viviremos una vida doble. De progreso en los poblados, y de mitos en los despoblados. Y adquiriremos fuerzas titánicas en la lucha por fundir en una esas dos naturalezas. La temporal, que en su vuelo se aleja a enorme velocidad, y la otra, que es eterna, atemporal; que habita inmutable en la profundidad; y que hemos olvidado. Y entonces, por fin, todo alcanzará su plena sonoridad: todo cuanto habita dentro de nosotros. Y que nunca logró madurar; desde los tiempos en que aquí se escribía la más grande literatura del mundo. Todo eso volverá. Todo, dice, ebrio por la fascinación de sus ideales y el entusiasmo de su público en aquel palacio, en aquella salita a la luz vacilante de los candiles de aceite, mientras la lluvia hería con fragor la ventana en las alas enloquecidas del negro viento; que se desplomaba sobre aquella noche.

OceanofPDF.com

INQUIETUDES DEL JUEZ

Ásmundur estaba sentado en la alcoba que habían dispuesto para su descanso. Estaba junto a la pequeña ventana bajo el techo abuhardillado, y las briznas de hierba del tejado temblaban afuera, en la claridad de la lámpara de aceite, y su color verde amarilleaba en la luz. Una brisa de cuando en cuando rozaba la hierba del tejado. Intuía más que veía la presencia del lago. Porque no había luna. Sabía que era largo y estrecho.

La cabecera de la cama había sido alargada todo lo posible para que pudiera estirarse y no tuviera que dormir encogido, como los demás. Pero, en cambio, no había sido necesario hacerla más ancha, porque aquella noche no compartiría la cama con nadie. Y además, había una mesita que lo impedía. Y sobre la mesa, la lámpara.

Dejó que le fuera abandonando el entusiasmo tras la agitación de la charla en la sala; después de aquella reunión al anochecer que siguió a su viaje por las montañas en compañía de un solo hombre y de los sucesos con los que el escenario había ido llenando su alma a lo largo del camino, las amonestaciones de la naturaleza. Gracias a la clarividencia que le había otorgado la magia de aquella tierra, a su capacidad de oír los sonidos en el silencio de los despoblados.

Ahora, sentado en el borde de la cama, pensaba en lo que lo aguardaba.

Ante él estaba su primera prueba.

Y ahora gozaba de la soledad, pues no sentía aún sueño en su lecho. La demás gente de la granja ya se había acostado a reposar. Todo en sosiego. Solo un extraño zumbido en la inmensidad del silencio. Y todo crujía cuando el viento respiraba sobre el heno, sobre la hierba, sobre el pajón.

Calentaba con su aliento la siempre despierta superficie de la tierra, para infundirle fuerzas que le permitieran brotar, crecer. Para todos los que esperaban, hombres y bestias.

Ahora que estaba solo, despertó en él un atroz desasosiego. Sacó las actas del juicio por asesinato contra Jón de Raudengismyri, en el río Svartá. Había copiado aquellos papeles para disponer de un modelo ante las nuevas dificultades que lo aguardaban. Hacía poco tiempo que Jón, el asesino, había sido condenado a muerte; y el juicio había concluido sin problemas. Juzgado por su padre, al que ahora sustituía él en su ausencia.

Sacó la carta que le había escrito su padre, leyó en la vacilante luz.

Mi querido hijo:

Yo estoy perfectamente. Controversias vanas y discusiones interminables aparte. Igual que un gran baile de disfraces en el que el caballero lleva a su dama orgullosamente unos pasos adelante, y de nuevo los mismos pasos hacia atrás, sin que en ningún momento pueda llegar a abrazarla. Así quieren ser estos conflictos de patricios, pues aseguran que el juez pertenece a ese estamento y no debe dejar traslucir sus bajos instintos. Los patricios tenemos que servir de ejemplo para el pueblo. Los Demonios, nos llaman, como en la leyenda popular del alcalde aquel que fue a la iglesia mientras su mujer se quedaba en casa. ¿De qué habló nuestro pastor, Dios lo bendiga? pregunta ella cuando recibió de nuevo a su esposo con gran alegría. Bah, estuvo hablando de los Demonios. ¿Y quiénes son esos? pregunta ella. Bueno, dice el buen campesino, son gente importante, responde él. ¿Los jefes? pregunta ella. Sí, eso, responde él, eso es. ¿Así que son gente como nosotros? dice ella. Así es, en efecto, querida Hervor.

Bueno, no quiero alargarme mucho, hijo mío, mas para todo hay una primera vez. Ahora que te estoy escribiendo estas líneas estarás haciendo el duro camino destinado a todos y cada uno de los jueces cuando por primera vez se les encarga un caso que afecta al destino de las personas, y que incluso podría llegar a convertirse en asunto de vida y muerte.

Por eso quiero exhortarte a que no dejes que las lágrimas ablanden tu ánimo, y a que te acoraces contra todas las artimañas de las que puedan

echar mano para ofuscar la mente del juez y alejarlo así del deber que ha jurado al señor de la vida, haciéndole olvidar así la gran responsabilidad que reposa sobre sus hombros, de mantener las normas y principios morales que constituyen los cimientos mismos en los que se fundamenta la sociedad humana.

Todo dependerá de la firmeza que sepas demostrar, y de que no permitas los tejemanejes ni los trucos baratos con los que pretendan enredarte. Deberás mantener la distancia justa que es imprescindible a todo juez para poder juzgar con racionalidad inquebrantable, a pesar de todo. Deberás mostrar firmeza desde el principio. Y una resolución que nunca se doblegue. Deberás estar al mando desde el primer momento y no dejarás que te domine pensamiento de lenidad alguna. No permitirás obstinación ni contumacia. Las lágrimas no deberán llegar nunca a tu corazón, serán como las gotas que caen del canalón del tejado. Y también deberás estar preparado a emplear una dureza que a los ojos de los demás podrá parecer crueldad. Amenazar si es menester, para obtener confesiones.

A estas cosas quiero exhortarte, y a que ni ensoñaciones ni desvarios poéticos te lleven por otro camino. Todo se fundamenta en la entereza de ánimo y en la determinación inflexible de la autoridad cristiana, que no puede permitirse el verse rebajada o vencida ante la pequeñez humana. No hay que buscar la reconciliación con los delincuentes; sino que es menester extirparlos de raíz, a fin de que la mala hierba no invada el campo.

Habrás de saber que en esta vigilancia vela contigo, de todo corazón, tu padre afectísimo.

DE LAS ACTAS

...Debe mencionarse asimismo que en el día de hoy, el instructor, en compañía de siete de los hombres que, de acuerdo con la antes mencionada carta de *séra*¹¹ Jón Thorsteinsson estuvieron presentes cuando fue hallado el cadáver de Konkordia Sveinsdóttir, procedieron a examinar e investigar de manera minuciosa todas las huellas del delito que quedaban visibles en el lugar en el que fue encontrado el cuerpo de Konkordia Sveinsdóttir en el río Svartá, y en dicha circunstancia pudo comprobarse que la orilla del río sobre la que había sido colocado el cadáver había sido alterada de modo muy visible, pues la tierra estaba removida y la hierba aplastada, y se podía observar claramente una huella del pie izquierdo de una persona en una mezcla de barro y arena desmoronada de la margen del río, cubierta de hierba, que se hallaba aproximadamente a tres brazas río arriba respecto al lugar donde se hallaba el cadáver al ser encontrado, dentro del río, en la misma orilla de este.

Dejó a un lado por un momento las actas del juicio; se puso en pie y se empinó para mirar por el tragaluz, esforzó sus ojos para ver en la noche; que era ya demasiado profunda para sentirse cómodo en soledad, con el temor de que algo pudiera abrirse camino hasta la pequeña alcoba, donde nadie podía hacerse más grande con trucos mágicos para derrotar a persona alguna, ni ponerse un yelmo del terror.¹² ¿A qué, por ejemplo? ¿Acaso no había una plétora de espíritus vagando sin reposo por toda la eternidad? Todas aquellas almas que a lo largo de los siglos habían sido excluidas del suelo consagrado donde reinaban la armonía y la paz que acompañan a la recta despedida, la reconciliación con quienes seguían vivos gracias a la

práctica de unas exequias adecuadas, adiós. Ve en paz. Pero los otros, aquellos a quienes la mente de los vivos dotaba de espíritu, proporcionaban sustento a la imaginación hasta hacer que las almas errantes nunca pudieran dormir; la mente de los vivos las hacía vagar por los herbazales y los pedregales y los roquedales de la negra noche, que se cernía amenazante sobre ti y sobre la pequeña granja en la que todos los demás duermen, tú eres el único que ha de estar en vela; aunque no sea sino para que el espectro no llegue hasta ti mientras duermes, para arrancarte esos papeles que contaban la historia de aquel hombre y hacer que todos la conocieran. Estaba en pie al lado de la mesita junto a la ventana entre las estrechas camas apretando con fuerza los nudillos contra el borde de la mesa hasta que se pusieron blancos con aquel juego solitario.

Y continuó el juego, se sentó en la cama en el lugar opuesto a donde había estado leyendo la carta de su padre; se sentó donde había dejado la carta y miró su puño cerrado con fuerza, poco a poco fue abriendo los dedos; y vio la sombra de su mano extenderse sobre las hojas de papel contra el palpito de la luz que llegaba desde los estrechos cristales de la lámpara. A pesar de todo cuanto habitaba allí fuera en medio de la noche, siguió moviéndose de puntillas en torno a los documentos que había llevado consigo en aquel viaje.

...El tribunal de instrucción volvió a reunirse en el mismo lugar ... para continuar la investigación de la muerte de la joven Konkordia Sveinsdóttir..., A continuación el instructor mostró al tribunal una caja conteniendo la huella sobre el barro en... pum pum, dejó escapar, y continuó... y uno de los testigos, *séa* Jón Thorsteinsson de Halldórsstadir, la reconoció diciendo que era la misma caja con un terrón de barro y una huella que había sido recogida en el lugar de aparición del cadáver ese mismo día, e igualmente la reconoció el testigo Halldór Marteinson de Bjarnarstadir, que fue uno de los miembros del grupo de búsqueda que halló el cadáver, señalando que reconocía la huella, que en aquella caja estaba la misma huella que él había visto en el barro del río en el lugar antes mencionado, y a continuación el instructor mostró al tribunal el zapato del pie izquierdo que Jón Jónsson de Raudengismyri llevaba en el río Svartá el domingo 13 de los corrientes, cuando desapareció la difunta Konkordia. El

alcalde juez Jón Sigurdsson de Hvarf, presente en el tribunal, reconoció que aquel era el mismo zapato que le había sido entregado el día anterior en Raudengismyri por la servidumbre de Jón Jónsson de Raudengismyri y por su patrón, Jón Sigurdsson.

El instructor exhortó a los testigos a manifestar si aquel zapato podía corresponder con la huella que se veía en el barro, y a su pregunta respondieron: Que la huella del barro les parecía ser considerablemente semejante al zapato, a pesar de que se hubiera encogido al secarse. El rasgo peculiar que comparten es la curvatura de la parte exterior, mayor de lo que esperaríamos en el común de los hombres.

Se decretó un receso de la vista. Se reanuda la vista. A continuación comparece ante el tribunal Adalbjörg Karadóttir de Svartárkot, soltera, de cuarenta y dos años de edad..., Al ser preguntada, manifiesta que la difunta Konkordia Sveinsdóttir se encontraba en estado, lo cual le había revelado en la vigésima semana de este verano, mencionando que no daría a luz al niño hasta justo antes de la Navidad, y en la misma ocasión dice que Konkordia q.e.p.d. le había dicho que el padre era Jón Jónsson, trabajador de Raudengismyri, y que le oyó decir igualmente que albergaba la esperanza de que Jón Jónsson reconocería a la criatura, e informó de que había hablado de su estado a Jón antes de que él abandonara el servicio en la granja la primavera p.p., y recordó que Konkordia había añadido que a Jón Jónsson no le había «gustado demasiado», y en consecuencia, dice la testigo, no había vuelto a hablar a Konkordia del asunto hasta la mañana del domingo 13 de los corrientes, después que Jón hubo estado allí la noche anterior... Entonces declara que preguntó a Konkordia: ¿Jón ya no es amable contigo, ahora? Dice que Konkordia respondió afirmativamente, y que su conversación no continuó. Expone que no sabía cuándo se fue Konkordia el domingo mencionado, pues estuvo con la señora de la casa atendiendo a los huéspedes, y que tenía motivos para pensar que Konkordia q.e.p.d. no quería que nadie notase su marcha, pues había pedido a un muchacho que cerrase la puerta de la sala donde estaban charlando ella (la testigo) y una visitante, mientras ella bajaba de la buhardilla y salía, aunque cierto es que acostumbraba a comportarse de modo bastante retraído cuando había visitantes en la casa.

La testigo declara que desvistió el cadáver cuando lo llevaron a la casa, el 16 de los corrientes, en compañía de Guðrún Einarisdóttir, y afirma que no notó la presencia de arena en las ropas, excepto una pequeña cantidad en el cuello y en la parte frontal del cuerpo, pero absolutamente nada en la espalda. Declara que no pudo ver nada destacable en el cadáver, y que tampoco vio que hubiera salido agua de este. La testigo señala que por lo que puede recordar con exactitud, Konkordia q.e.p.d. debió de salir de la casa ese domingo hacia las tres pasadas, y que por lo que sabía, la testigo pensaba que Konkordia q.e.p.d. tenía por costumbre caminar muy deprisa, y calcula en consecuencia que como mucho necesitaría una hora y media para ir a pie desde la granja hasta el lugar del Svartá donde fue encontrada difunta... según todo lo cual, Konkordia q.e.p.d. debió de llegar al lugar donde fue encontrado su cadáver en torno a las cuatro y cuarto.

Comparece después ante el tribunal Sigurlaug Jónsdóttir, señora de Svartárkot, de cuarenta y cuatro años de edad... La testigo declara que Konkordia Sveinsdóttir q.e.p.d. había trabajado para ella durante siete años, y que siempre le había parecido persona de humor equilibrado, y que a su parecer, había estado de óptimo humor este verano. Declara que Konkordia q.e.p.d. le había dado a entender indirectamente, aunque sin decírselo a las claras, que se hallaba en estado, pues dijo que no podría trabajar en invierno; dice que por lo que pudo presenciar, había estado despreocupada y de ánimo alegre la mañana del domingo de autos, y que poco después de que Jón Jónsson se hubiera ido de allí, pidió permiso para ausentarse por un breve tiempo, lo que le resultó extraño porque hacía un día muy ventoso y soplaba tormenta de arena, pero que al ser domingo no quiso prohibírselo, pues pensó que querría ir a dar una vuelta alrededor de la granja para recoger leña, pues no tenía costumbre de ir de visita a otras granjas ni la testigo supo en ningún momento que se hubiera cambiado de ropa. Añade asimismo que una niña de nueve años que vive aquí dijo que Konkordia q.e.p.d. y Jón Jónsson de Raudengismyri estuvieron conversando en la sala el domingo de autos, pero que nadie sabía de qué estuvieron hablando.

LA PAGA DEL PECADO

El muchacho se levantó de encima de la mujer, se incorporó sobre los brazos, desnudo sobre su desnudez. Vio sus ojos ebrios de distancia en la cercanía de los dos. Luego volvió a dejarse caer con la cabeza en su vientre, la tomó con cuidado por los muslos, la levantó un poquito, la elevó hacia sus mejillas. Dejó que el vello del pubis cosquilleara su barbilla, y se tumbó apoyado en las rodillas con las nalgas levantadas; ella le pasó los dedos por el pelo, suavemente, calmándolo.

Tú que eres el fuego, inflamas mi cuerpo, susurra ella: la fuente que refresca mi ardiente sed.

El viento llevó sus palabras hacia el mar, sobre un peñasco dormitaba una foca con su cría. No llegaba de allá sonido alguno.

El sol centelleaba en la hierba, el viento mimaba la hierba, rápidamente iba dispersando las nubes: Tú eres el joven faraón. Y yo soy la princesa egipcia; tu hermana y tu esposa; estirpe de dioses.

Cuando estas palabras llegaron hasta él, el hombre mantuvo la pluma sobre la negra tinta en su hogar, con la punta hacia arriba; esperando.

La paga del pecado, piensa: Venganza contra sí mismo.

No podía seguir viendo aquellos ojos, aquel orgullo.

Aquella expresión muda, desafiante, que siempre lo acompañaba.

LA CONFESIÓN

Compareció ante el tribunal libre y voluntariamente Jón Jónsson de Raudengismyri... Dijo cumplir los veintiún años de edad el día dos del mes de octubre próximo.

Al ser preguntado, declara que los dos años anteriores había trabajado en la granja de Einar Fridriksson de Svartárkot, y que cambió de empleo para ir a Raudengismyri la primavera pasada; afirma que durante esos dos años, la joven Konkordia Sveinsdóttir q.e.p.d. estuvo al mismo tiempo que él en Svartárkot. Afirma que ella, desde muy pronto el primer año, durante la siega del heno, había, como suele decirse, andado detrás de él, o había dado a entender que pretendía su amor, y él dijo que por su mucha juventud había intentando evitarla cuidadosamente, y que no se le pasó siquiera por la cabeza que aquello pudiera ir en serio, y hasta el otoño de ese mismo año no quedó convencido de que ella pretendía realmente su amor, hablándole de ello más de una vez; pero él siguió oponiéndose, y así continuaron las cosas hasta el invierno pasado, hasta la Pascua, cuando pensó en aceptarla, aunque no se sintiera suficientemente maduro para formalizar con ella un amor que hubiera podido considerarse adecuado; pero afirma que como consecuencia de todo ello la joven quedó preñada de él. Al ser preguntado, declara que el motivo por el que sintió que no podía formalizar de modo definitivo su relación con la muchacha era porque sus temperamentos eran muy distintos, ninguno de los dos tenía un carácter excesivamente bueno, pero que no recordaba haber otorgado importancia alguna al hecho de que ella fuera mayor que él, si bien no desconocía que sus padres no habrían visto bien tal matrimonio, habida cuenta de su juventud.

Declara a continuación que, además, su afecto hacia la muchacha había empezado a ir disminuyendo poco a poco, hasta desaparecer finalmente por completo, y que fue de manera inconsciente, sin que la muchacha le diera motivo alguno para ello, y se llegó de este modo a la situación en que empezó a pensar cómo podría librarse de ella, o de su relación amorosa con ella; pero nunca pensó en negar su paternidad. Dice que lo había discutido con la joven, la última vez cuando él vino a Svartárkot en la época de la siega, aunque ella no fuera nada receptiva (o estuviera dispuesta a aceptarla) a la propuesta de romper su relación, sin que en momento alguno él le hubiera prometido matrimonio, de manera explícita. Pero afirma que ella se mostró totalmente contraria a la idea, asegurando que él le había dado promesa de matrimonio; lo que en forma alguna podía ella afirmar en justicia. Pero ciertamente él le había prometido encontrarle un lugar de acogida al año siguiente, si buenamente podía. Sostiene que ella le hizo muchos reproches por ello, y que él sintió que ella estaba equivocada, de modo que en esa ocasión se despidieron con cierto resentimiento.

Declara que por eso empezó, desde entonces, a sentir que en su corazón se instalaban malos pensamientos y el ansia de poder librarse de ella de la manera que fuere; pero que no veía otra forma, u otro medio para ello, que quitarle la vida; y aquel ansia fue manteniéndose y acrecentándose porque estaba plenamente convencido de que en un principio fue ella la causante de la relación entre ellos. Pero, por otro lado, le faltaba entereza de ánimo para romper por completo con ella y también para decidirse a continuar la relación.

Declara que así fue tomando forma la determinación de quitar la vida a la joven. Y a fin de llevar a cabo tal determinación fue a Svartárkot el sábado 12 de los corrientes, pero también para preguntar por dos ovejas que había dejado allí la primavera pasada, y que llevaban en la oreja la muesca del granjero Einar Fridriksson.

Reconoce que por eso se había puesto de acuerdo con Konkordia q.e.p.d. la mañana del domingo 13 de los corrientes, en la sala de la casa, que se encontrarían en un lugar del trecho entre la majada de Vídirker y la cascada llamada Ullarfoss, en el río Svartá, y que no le explicó más sino que esperaba que se reuniera con él en el lugar mencionado, y que ella

aceptó gustosa; luego dice que lo había hablado con ella antes de salir de Svartárkot, y que a su entender sería en torno a la una y media. Pero que se quedó aún un breve rato más, tanto en la granja como en el patio de la misma, antes de marcharse, lo que hizo en torno a las dos.

De dónde habrá salido semejante sinvergüenza, piensa el magistrado en funciones, lamentando no poder tomar contacto con su padre para preguntarle más detalles sobre las dificultades que acechan a un juez en un caso como aquel. Y admiró los recursos y la perspicacia del viejo, al hacer presentar ante aquel pequeño tribunal instalado en una granja perdida la huella del pie del hombre y mostrársela a sí mismo, juez supremo, y a aquellos destripaterrones, y a sus criados: la huella del asesino transportada por todo el distrito en una caja. Empezaba a sentir cierto desasosiego.

Era bastante probable que aquel desasosiego estuviera causado por el juicio que lo esperaba al día siguiente. Ahora era su turno de dar aquellos pasos. De ser juez. Se le iba haciendo cada vez más grande esa noche en vela, sentado en su alcoba, solo, con nadie cerca que pudiera darle fuerzas para lo que tenía que hacer, algún compañero que pudiese aliviar su alma de aquella opresión. Liberarlo de los espíritus de los muertos. Porque no eran solamente los fantasmas corrientes de la región, o los espectros del lugar quienes lo amenazaban en aquella hora. Y tampoco el miedo a la vida de condenación de aquel pueblo desdichado, el pensamiento de su nación sin esperanza que alimentaba su mente con sus monstruos, sus fantasmas, que eran casi lo único que tenían todos en común. No todo el pueblo era dueño por un igual de la poesía sublime de Jónas Hallgrímsson.¹³ Piensa en lo distintas que serían las cosas si los poemas de Jónas hubieran sido capaces de unir a la nación. ¿Acaso la nación no tenía nada en común que no fueran la miseria y los fantasmas? Las antiguas sagas, claro. ¿Pero no eran solamente los héroes, sus quimeras? No era Sturla Sighvatsson; pensó: la próxima vez que nos veamos mi anciano padre y yo, tengo que preguntarle si aquel Sturla Sighvatsson que pretendía adueñarse de Islandia entera, no era sino un tonto. ¿Por qué no mató a Gissur¹⁴ cuando pudo hacerlo? ¿En qué erró Sturla como heredero del rey? ¿O en su peregrinaje a Roma? Ver

un océano de miseria, gentíos camino del infierno, o más bien, ya condenados.

Escapar de los dispersos poblados de aquella tierra hacia pestíferos nidos, las pozas de hirviente barro, los ardientes cenagales donde se revolcaba la muchedumbre. Quizá. Y Sighvatur, el hombre más sabio de su siglo, ¿por qué acompañó a su hijo a la muerte? Los sueños no tienen significado.

No hay vuelta atrás. Nunca hay vuelta atrás, piensa. Con las mismas intenciones que Sturla. Solo que su padre no era ningún Sighvatur. Aunque es inteligente. Ese genio ágil, impulsivo. Que hace que las palabras jueguen ligeras en la lengua, con ánimo tan apasionado que lo hacen caer, con exquisito estilo, eso sí, en las arenas movedizas. Y después resurge de la ciénaga cubierto de lodo sin perder un ápice de su dignidad, se sacude como un perro y continúa su divino discurso coronado por las rosadas, doradas nubes del Olimpo. Oropel de palabras.

No podía sino admirar a su padre: que lo había perdido todo una vez tras otra en el vértigo de su genio. Pero que volvía a iniciar el juego, siempre profundamente convencido de que ahora tendría mejor mano que ninguna de las veces anteriores. Y todos aquellos naipes ganadores que descartó. Y que, por eso, nunca pudieron descubrirse. Volvía a levantarse tras las derrotas padecidas, contento y satisfecho, como tras una borrachera, cuando la resaca ha desaparecido.

Sentía ahora, en esa noche de soledad en su alcoba, una mayor afinidad con aquel majestuoso vividor del espíritu, con aquella lumbrera de la elocuencia aunque las palabras le arrebatasen su poder. Cómo se embriagaba de su propia facundia aunque amenazara el peligro, y en verdad el peligro acechaba constantemente, y pensó: intoxicación verbal. Pero cuando concluía la intoxicación verbal, qué tipo más patético podía volverse entonces. Como un pájaro que sufre un ataque de reuma en las alas, tan fuerte que no puede elevarse del lugar del que quería escapar.

Pero al mismo tiempo, por muy cercano que se sintiera a aquel hombre que era su padre, percibía también lo distintos que eran los dos. Sentía muy dentro de sí la presencia de aquella mujer que tan pocas ocasiones había tenido para conocer, su madre. Su soberbia, su firmeza, su dureza. Su

orgullo frío y violento. Así era también la vida de él mismo, una vida con doble naturaleza. Con el eterno conflicto de tener que armonizar las fuerzas heredadas de sus padres, incapaces de vivir juntos. Y...

Y no, volvió a las actas del juicio. Que eran su viático en su primera expedición tras las huellas de su padre.

Juez.

Recordó a su viejo profesor de la universidad. Que nunca se cansaba de decir: Solo la dureza sirve. Con el mal se desarraiga el mal. Aquel hombre imponente, rígido, salido del antiguo testamento con sus espejuelos: ojo por ojo, diente por diente. Con dureza. La lenidad queda para los santos. Que viven ocultos por un velo especial en medio de los demás hombres. Y que no necesitan solucionar problema alguno. Para ellos. Para los jueces, no. Ellos tienen la obligación, que podría llamarse sagrada, de asegurar la preservación de la sociedad humana.

Sí, ¿de dónde podía haber salido un muchacho como aquel, que era capaz, como si tal cosa, de una perversidad semejante; un pastor que al tiempo que perpetra un crimen inaudito, se esfuerza en recuperar su ganado?

¿Alguna vez en la historia se habrá presentado ante un tribunal la huella del pie del asesino guardada en una caja? Impresa en barro. No unas huellas dactilares, la huella de un pie. ¿Algún juez se habrá permitido semejante ceremonia? ¿Para quién?

Esto lo arrancó momentáneamente de su camino: ¿Quién es mi padre? pensó, y finalmente logró conciliar el sueño.

INTERROGATORIO MATUTINO SOBRE EL ORIGEN DE UN ASESINO

Ásmundur, el magistrado, esperaba su almuerzo sentado en la sala, y ordenaba sus documentos. Lo que había estado releendo durante la noche ocupaba aún su mente, pese a lo que tenía por delante. Seguía pensando en cómo llegan a caer los hombres en la perpetración de actos que no les permiten desaparecer de la historia. Y de este modo se convierten en fantasmas en la conciencia del pueblo. ¿De dónde procedía aquel hombre? Vivió con sus padres hasta los doce años de edad, y después en distintos sitios de año en año, a veces como jornalero en granjas situadas en distintos lugares. Ásmundur sintió la tentación de hojear su copia de las actas del juicio. Ese hombre de unos veinte años posee algo: unas ovejas, una silla de montar y unos arneses. Acaba de pagar la silla, con lana, a la cooperativa, aunque no sabe a cuánto asciende el precio. El salario de su trabajo en la granja esa temporada está aún pendiente; tiene además medio baúl y un escritorio y diez coronas en efectivo, el deudor había prometido pagarle en efectivo el otoño pasado; en cuanto a él, debía cuatro veces más a su padre, pues le había prestado el dinero para el precio de un caballo. Y tiene también heno, y las ovejas habían dado tanta leche como habían gastado en forraje, aunque esa cuenta estaba sin saldar, de acuerdo con la documentación. No se encuentra en aquellos papeles nada más sobre el origen del muchacho y de su situación, y ahora su padre está demasiado lejos para explicarle qué aspecto tiene un asesino. Cómo se comporta, cómo

suenan su voz, cómo son los rasgos de su rostro. Así que eres un poeta libre, dice Ásmundur: ¿cómo quieres que sea el asesino en una historia?

Hubo una espera mientras preparaban el almuerzo. El granjero había salido a ocuparse de que el caballo del magistrado estuviera bien atendido. Y había visto al magistrado con su montón de documentos, de modo que quizá pensó que necesitaba tranquilidad.

El magistrado hojea los papeles despreocupadamente y repasa algunos pasajes que tenía señalados en el margen. Una especie de adiciones a las deposiciones de testigos, cuando todo había sido confesado ya. La mujer de Svartárkot, al ser preguntada, declara que no podía negar que Konkordia Sveinsdóttir q.e.p.d. había andado detrás de Jón Jónsson, y confirma que las declaraciones de este sobre el tema eran exactas y no exageradas, por lo que ella había podido observar, y que no podía negar que se quedó muy extrañada cuando le fue dado saber que Konkordia q.e.p.d. había quedado embarazada de Jón, teniendo en cuenta el trato que había notado de Jón hacia Konkordia q.e.p.d. Esto fue confirmado asimismo por otro testigo, una muchacha que ya había testificado previamente y que estuvo en la granja al mismo tiempo que ellos, y que declara que Konkordia q.e.p.d. había andado detrás de Jón Jónsson, y que le resultó sorprendente que entre los dos pudiera existir relación amorosa alguna.

Ásmundur oyó las pisadas del granjero, recogió las actas, las metió en su portapapeles y comprobó que los actores de aquella tragedia se desvanecían del todo. Aunque cuando aparecieron a la luz de aquella mañana estaban ya pálidos y casi inexpresivos, casi transparentes.

¿Por qué seguía interesado en aquel caso? Que era cosa del pasado, caso juzgado. Pensaba en la turbación del juez, que en aquel caso era su padre, que ha de condenar a un hombre a la pena de muerte. Un juez que en el nombre de Dios y de las leyes tiene que matar.

Sabía que lo que debería hacer era concentrar su mente en el espantoso caso que le esperaba como juez. En la atrocidad en que iba a tener que sumergirse, para depurarla e iluminarla. Allí comenzaría su carrera de juez.

El granjero entró y lo liberó por un momento de aquellos pensamientos.

Dedicó unas palabras al campesino aparentando buen humor. Y justo detrás del granjero entró la mujer con las viandas y una sonrisa alegre y

cálida, y no tuvo que decir nada. Entretanto, los hombres charlaron de cosas sin importancia en la hora de la despedida, e intercambiaron chanzas.

Miró por la ventana y vio que el sol brillaba sobre el lago; pero en su extremo sur pasaban algunos jirones de niebla que iban disolviéndose.

Había notado el frescor de aquella mañana sobre su rostro y sus manos, con la brisa en su cabello, cuando salió a orinar.

Y el día le esperaba, algo debería traerle. Un escenario nuevo, personajes nuevos en un drama diferente, en otra tonalidad, y mensajes urgentes.

Cuando montó en su caballo, el campesino le estrechó la mano largamente y se despidió con pocas pero bien elegidas palabras. La mujer estaba en la puerta entreabierta de la granja; parpadeaba y encogía sus claros ojos azules, gruesa, con sus hijos pequeños colgados de sus faldas; y uno de ellos tenía apoyada su cabecita rubia sobre el abultado vientre de la mujer, que había dado a su marido tantos hijos, proporcionándoles durante un tiempo albergue y alimento frente a aquel mundo hosco, hasta que les llegó el momento ineludible de salir a la intemperie. Los mayores estaban en el prado, algunos en los pastos con los braceros, recogiendo el heno. Aquí todo se hacía en comunidad, bajo una dirección segura que siempre decía en voz baja lo que era menester que hicieran, o sugiriendo lo que tenían que hacer. El rostro de la esposa del granjero era ancho, casi redondo como la luna llena, sin plata, donde reina la paz y la vida ha de ser feliz, si es posible.

El primer largo apretón de manos del campesino fue más bien flojo, y luego hubo dos suaves apretones en aquella mano enorme que transmitía su fuerza pero tenía cuidado de no causar nunca daño alguno.

Luego se pusieron en camino. Los que andaban por el prado que rodeaba la granja, rastrillando, y los que andaban en los pastos, interrumpieron su labor y miraron con una sonrisa a aquellos huéspedes singulares, sin poder negar que les habían impresionado sus palabras y sus maneras.

Los caballos no parecían nada contentos de abandonar la granja.

EN UN ERIAL DESIERTO

Estaban llegando el final del lago. Entonces se detuvieron. Desmontaron y se sentaron en silencio, escuchando el agua acariciar suavemente las piedras de la orilla. El sol extendía su haz de rayos sobre el agua, a través de la neblina que aún permanecía. Unos cisnes nadaban.

Miraron a los cisnes deslizarse por el lago con su arrogante majestuosidad de largos cuellos; en los islotes había patos y gansos. La flota de cisnes arrastraba suavemente a otras aves. Un pato nadaba junto a su hembra y tenía una cabeza azul que se difuminaba en verde bajo el sol. Todo estaba en calma pero un macho empezó a acosar a una hembra, una y otra vez, en cuanto ella se posaba; hasta que uno de los cisnes se acercó a ellos para que se tranquilizaran, para que se comportaran y no deslucieran el precioso sol de aquel día. Luego continuó su navegación con el cuello arqueado como si quisiera tragarse algo, algún saltón, o simplemente sus propios pensamientos. Se detuvo y quedó completamente inmóvil, esperando que el agua se aquietara a su alrededor y dirigiendo hacia su propio reflejo el pico con su cuña dorada rematada en azabache, y sus ojos como lucientes puntos negros, e introdujo el pico en su propia imagen en el lago, la desbarató y se apoderó de un saltón.

Se juntaron entonces otros machos jóvenes en cuyas cabezas aún vivía el amarillo infantil aunque el gris ya había desaparecido, se deslizaron blancos a su lado y al avanzar pusieron en fuga arrogantes a una flotilla de hembras. De pronto se alzaron dos cisnes, se irguieron uno contra el otro y batieron las alas y se golpearon uno al otro con el pico y azotaron el agua, y la bandada entera se alborotó. Uno mordió en el ala al otro, que pareció que

iba a ser derrotado pero inesperadamente redobló sus fuerzas y superó al otro y lo puso en fuga y volvió la paz. Y la calma renació.

Thórdur, el acompañante, callaba pensando en la velada del día anterior en la sala de la granja, cómo había brillado el joven magistrado y cómo había despertado en torno suyo la animación y la alegría con sus palabras y sus historias, por no mencionar a quienes hablaron con él en privado para decirle que jamás habían tenido un huésped como aquel. Así han de ser los magistrados, le dijo la anciana Saeunn, desdentada, con la piel arrugada como un pellejo doblado, encogido.

El magistrado tenía miedo de llegar a su destino. No hay nada malo en demorarse deliberadamente, pensaba. Pero tenían que continuar su camino.

Bueno, dijo.

Sí, dice Thórdur: Pues sí. Así es.

Volvieron a montar y cabalgaron junto a la deslumbrante punta del lago, y llegaron al páramo que comenzaba en el lago.

Había sol. Ahora había desaparecido. El cielo era gris. Recorrido por nubes más claras. La brisa era fresca.

La tierra era llana, las montañas estaban lejos. A veces había arena yerma, o pedregales, turba cubierta de musgo asolada por el viento, matojos de arenaria.

Pasaron junto a las ruinas de una granja.

Por su mente corrían historias de aparecidos en aquel páramo que atacaban a los viajeros solitarios.

Personas que habían desaparecido y fueron encontradas con huellas de haber sucumbido a una muerte extraña.

Y aquí vivía gente, dice Ásmundur, y pasan junto a las ruinas: Tenía que ser duro en invierno.

Y no hace tanto tiempo, dijo Thórdur: Magistrado, permíteme si no tengo muy buena opinión de los poderosos. Pero creo que puedo correr el riesgo, después de haber escuchado sus espléndidas palabras de ayer noche, acerca de esa vida mejor que aguarda a este bendito pueblo. Así que ahora hay que seguir debatiendo cómo debe ser el futuro. Quizá recuerde la granja

del fondo del fiordo, antes de que entráramos en el páramo. Allí pasó algo no precisamente insignificante. Tal vez convenga recordarlo en relación con aquello de lo que estuvo hablando sobre la ayuda recíproca, usted puso su confianza en los individuos que destacan y arrastran a los demás hacia algo mejor, hacia el progreso, en vez de depositar toda su confianza solamente en el espíritu social.

El espíritu social, repite Ásmundur sin añadir una palabra más, esperando el relato de su acompañante.

Sí, el bendito espíritu social, dice Thórdur. Y cuenta pausadamente la historia del campesino que vivía al lado de la charca junto a su mujer y sus hijos, y que era alcalde pedáneo. Pero en el transcurso de unos pocos meses perdió a su mujer y a todos sus hijos excepto los tres más pequeños, aunque acabaron por morir también ellos, todos menos una niña de diez años que no tuvo más remedio que encargarse del cuidado de la casa y de atender a sus dos hermanos menores mientras se iban consumiendo. El espíritu social, ¿qué fue de él? ¿Acaso todos se mostraron dispuestos y ansiosos a echar una mano? Se sabe, al contrario, que fue expulsado de sus tierras cuando quienes eran más poderosos que él pensaron que más fácil resultaría, a la vista de la catástrofe que se le había venido encima. La historia añade que había logrado conservar una cabaña, donde guardaba el cadáver de su hijo menor, gracias a su coraje, según cuenta la historia. Y vivieron solos el padre y la hija. Con todos los poderosos en su contra.

¿Quiénes estaban en contra del campesino? pregunta Ásmundur: ¿quiénes maltrataron de semejante forma a ese hombre?

¿Quiénes iban a ser sino los poderosos? responde Thórdur: y el magistrado de distrito, el primero de todos.

¿Qué fue de esa pobre gente? La niña, ¿qué fue de ella?

El campesino nunca se doblegó ante las adversidades. Nunca cejó en su empeño de regresar al extremo del páramo, donde había tenido su casa; aunque los poderosos estuvieran en contra suya, y aunque todos obedecen serviles al poder. Y comenzaron largos pleitos sobre las tierras que le habían arrebatado. Obtuvo una sentencia favorable en el tribunal de Copenhague.

Así que vio reconocidos sus derechos, dice el magistrado. Finalmente, las cosas le fueron mejor de lo que habría podido parecer.

No, nunca vio reconocidos sus derechos, responde el acompañante: Los poderosos se limitaron a no cumplir la sentencia.

El magistrado no dijo nada, pero sujetó las riendas con más fuerza. Cabalgaron un rato en silencio hasta que de pronto dijo: Oye, una cosa. ¿Qué fue de la niña? ¿Tuvo que andar de acá para allá con su padre mientras él luchaba su guerra santa para volver a su casa del páramo? ¿Qué edad dijiste que tenía cuando los obligaron a marcharse con todos sus muertos?

Thórdur tardó en responder. Era menester mucho tiempo para conversar con el compañero, a veces, y frecuentemente parecía no oír cuando se le hablaba. Incluso podía suceder que hubieras olvidado lo que le habías preguntado cuando él se dignaba responder. En aquellos momentos venía bien porque no había prisa alguna. Sobraba tiempo. Lo que le esperaba en su destino no era nada agradable. La brisa había refrescado. Subieron una cresta rodeada de enormes peñascos, la atravesaron oblicuamente por debajo de aquel templo de roca y cruzaron una pequeña alcarria. Al otro lado de la cresta había una pendiente que bajaba en la otra dirección; llegaron a una paramera cubierta de brezos y con abedules enanos y enebros que apagaban los pasos de los caballos, que casi no se oían, y entonces dijo Thórdur en voz baja: Ya, la niña, dice. En realidad se crió desde entonces en la granja más cercana a la de usted, mi querido magistrado. El viejo se estableció allí, donde tenía una hermana. La niña empezó a coleccionar conchas en la playa cercana, y también algunas plantas tan antiguas que se habían convertido en piedra. Y tenía ante sus ojos los trols que se transformaron en piedra en mitad del mar cuando la luz del día cayó sobre ellos mientras chapoteaban en el agua, delante de la playa. Aquella fue la universidad de la niña, mi buen magistrado, porque era muy receptiva a lo que sucedía a su alrededor, y soñadora. Y llegaba muy lejos en sus sueños. Y se fue a trabajar a una buena casa de la comarca. Su ama era una viuda muy hacendosa y de bastantes posibles. La muchacha y el hijo de la buena mujer se enamoraron, y trenzaron juntos sus sueños, y el resultado fue un niño. Pero la adinerada señora quería algo mejor para su propio hijo, y

aquella huérfana no le parecía suficientemente buena para su hijo; y no se quedó tranquila hasta que consiguió echarla, arrancándola de su amado y del hijo, y por si fuera poco se apropió de su herencia, que pasaría a la criatura que le había arrebatado. Y todo aquello se quedó preso de las férreas garras de su alcurnia, oprimiendo feliz y contenta a su propio hijo igual que a todos los demás.

Ahora fue de nuevo al magistrado a quien tocó guardar silencio. Hasta que le pasa a Thórdur su petaca, que saca del bolsillo del chaleco. ¿No va siendo ya hora de sorber un poco de tabaco, amigo Thórdur?

Había por allí bayas que azuleaban entre los matos que pisaban.

¿Conoces algo más de esa historia? dice luego, cuando los dos hubieron tomado una pulgarada de rapé: ¿Qué fue de la pobre chica cuando todo se vino abajo?

Thórdur entornó los ojos para ver el paso de las nubes por el cielo gris, y respondió antes de lo que acostumbraba, como si: estuviera leyendo un libro en voz alta: Bueno. Otra vez se vio arrancada de su hogar. Desarraigada. ¿Adonde fue? Bueno, de allí regresó al páramo. A las tierras de su niñez. Bueno, un poco más arriba en el páramo, en realidad. Ahora comienza un nuevo capítulo. Entra a trabajar en una granja en la que vivía un matrimonio de edad avanzada, con su hijo. Allí encuentra un hombre realmente magnífico. Muy parejo a ella. Allí no había nadie que se escandalizara porque cogieras un libro para sumergirte en él. Y en aquella granja del páramo no se contentaban con leer libros, el aislamiento lo rompían con los libros. Allí discutían y analizaban hasta el fondo. Allí no se acurrucaba cada uno en su rincón como mensajero de alguna desgracia, allí, el insignificante no era rechazado como huésped, allí reinaba la concordia entre las personas, y el hombre era el gozo del hombre.¹⁵ Y ahora florece por fin la vida de esa mujer que ya en su infancia tuvo que echar sobre sus hombros cargas tan pesadas. Tuvieron hijos, retoños del páramo, que se criaron bien y aprendieron oficios, porque el granjero era famoso por la habilidad de sus manos, y fueron madurando en la noble escuela de la sala de aquella granja, donde siempre intentaban todos mejorar; y la esposa del granjero, aquella niña del extremo del páramo, se dedicó a la poesía, e incluso más aún a la erudición; mientras su chiquillería crecía e iban

abandonando el nido paulatinamente. Les iban tan bien las cosas en el páramo que se empezaron a decir las cosas más inverosímiles, como que había un misterioso arcón del que se sacaba oro a espuestas. Incluso que tenían buenas relaciones con la gente oculta, con los elfos. Una de las historias contaba que habían ayudado a una elfina en un parto difícil. A mí todo eso me da igual, no hay nada malo en oír buenas historias. Pero esa gente no dejaba nunca las manos quietas, y no les era indiferente cómo se realizaban las labores.

Porque cada tarea se hacía con la máxima escrupulosidad. Y mientras las mentes se ponían de acuerdo en la sala con la lectura y las conversaciones, cada uno, naturalmente, tenía su propio trabajo que hacer, como debe ser, e incluso más. Y naturalmente los pastizales son espléndidos en el páramo. Y se podían cazar cisnes para comer. No solo zorros, aunque el hijo mayor es el mejor cazador de zorros de toda la comarca y...

De modo que entonces todo fue bien, dice Asmundur: al final todo resultó magníficamente, la vida floreció, dijiste. Todo es...

El banco, hombre, dice Thórdur: ¿no has oído hablar del banco?

¿Cómo?

Allí en el páramo nació un extraño banco.

¿Un banco?

Sí, empezó a llegar gente de todas partes, incluso desde comarcas lejanas, para pedir dinero en préstamo. Allí, donde apenas se veía el dinero, que estaba envuelto en una especie de halo de cuento, escondido en el fondo de un arcón, que servía más que nada para gozar de su visión a la luz de la luna, *spesia* sobre *spesia*.¹⁶ O botones de plata de los que hay que echar mano para defenderse de fantasmas contra los que solamente vale una bala de plata.

Spesia, dice el magistrado, *spesia*, has dicho. *Spes* es latín, amigo Thórdur.

Y significa esperanza, amigo magistrado. Pero ese matrimonio del páramo, ahora podía prestar dinero a la gente y además tenía la mejor disposición para hacerlo, y la historia sigue contando que quienes pagaban podían tomar prestado más dinero.

Es un buen ejemplo, dice Ásmundur, el magistrado del distrito: Gente como esa eleva a todos quienes los rodean. Ese es el poder del individuo.

Con la condición de que no esté solo, murmuró su compañero para su barba, negra con un larguísimo hilillo que caía desde la comisura izquierda de la boca, como si se le hubiera quedado allí alguna salpicadura de un rayo de luna.

¿Y conociste a esa mujer del páramo? ¿Donde todo se aviva y madura y progresa?

Desde luego.

¿Y cómo fue? ¿Cómo era ella?

No sé si uno debe andar contando esas cosas a gente de otras comarcas. Pero me da lo mismo, te lo diré. Ahora mismo. Fue cuando yo era niño. Y era la Navidad. Fue un invierno particularmente duro. Los malditos témpanos. La gente tenía miedo de que los osos blancos llegaran a dar un paseo por allí.¹⁷ El suelo constantemente congelado, no se podía sacar provecho alguno de él. Éramos bastantes hermanos, como quizá sepas ya. Allí en el páramo. No había medios para regalarnos velas a mis hermanos y a mí. Si no hubiera sido por la visita de aquella buena mujer; no había demasiada distancia entre las dos granjas. Y tuvo la feliz ocurrencia de comprar velas para todos nosotros, y así lo hizo. Nos trajo velas, una a cada uno. Creo que siempre recordaremos esa Nochebuena. Cómo cambió todo cuando encendimos nuestras velas en la casucha, iluminamos la oscuridad de la sala. Incluso podíamos iluminar con ellas la angosta entrada. Llevar la Navidad también hasta allí. E incluso alargar la Navidad hasta la nieve helada, para que incluso allí hubiera también un poco de Navidad. Pero en esos tiempos los niños sabían disfrutar con sensatez, y en realidad siguen teniéndola. Y no quemar del todo las velas, para poder volver a encenderlas más tarde; por la mañana; y tener también entonces un poquitín de Navidad. Pero faltaba la vela de uno de mis hermanos pequeños; cuando le tocó a él encender la suya, lo único que quedaba era la mecha. El rapaz se había comido su vela enterita para calmar el hambre. Se había comido su Navidad en lugar de bañarse en su luz. Pero mi hermano mayor tenía su vela entera. Todos le rogamos con insistencia que prendiera su vela. Aunque no fuera

más que un momentito. Para poderla ver. Entonces cogió su vela y la encendió por los dos extremos, y la dejó consumirse.

OceanofPDF.com

UN SUEÑO

Habían atravesado un río por una amplia vadera, algunas zonas menos profundas se habían llenado de arena en el fondo y los caballos dejaban sus huellas. Se habían alejado del río una corta distancia cuando el magistrado empezó a sentir sueño, tras la noche pasada en vela y cavilación; y el sedante rumor del río al otro lado de la loma, y una cresta baja que habían atravesado y después un trecho cenagoso, y estaban en un vallecito: Haremos un descanso aquí, dice el magistrado, me estoy cayendo de sueño.

Así lo hicieron. Se durmió profundamente pero su sueño fue muy agitado.

Cuando despertó estaba sudoroso, se pasó la mano por la mejilla y dijo: Tantas veces se ven cosas horribles en sueños, como dijo Sturla Sighvatsson.

Mejor soñar que no soñar, como dijo Gissur, responde Thórdur; cuéntame tu sueño, amigo magistrado.

Creía ver una manada de caballos galopando por un cabezo alargado, recortándose contra el cielo arrebolado por el sol poniente. Los caballos eran oscuros y destacaban en aquella riada de luz, y de repente vi al otro lado del cabezo el mar, que era azul, con una franja sangrienta que surgía del sol medio oculto ya. Creí ver una barca en las olas, acercándose a la franja, y un muchacho joven a los remos. No conseguí reconocerlo. Me pareció pelirrojo y rubicundo. Durante largo rato fue como si remara sin moverse del sitio, cuando estaba ya a punto de llegar hasta el borde del sol en el mar azul, como si una ola no se refrenara, sino que lo estuviera sujetando a él; hasta que penetró en el rojo reborde, y entonces tuve la

sensación de que faltaba alguien en la barca, tuve la sensación de que antes había una mujer en la barca con él, una mujer joven con un vestido muy largo. Pero ahora ya no estaba en la barca, mientras él movía lentamente los remos en el resplandor del ocaso, rojo y amarillo y deslumbrante. Entonces creí ver una nube oscura que se deslizaba por el horizonte y ensombrecía el llameante sol poniente, y una fría corriente de aire se desplazaba por el mar, que estaba ahora calmo y seguía aún azul, límpido aunque el sol se fuera apagando; y la barca oscura se movía por la ensenada azul, que me parecía brillar de una forma extraña, como si le llegara un resplandor desde las profundidades; y aquella barca oscura producía una sombra que ondeaba sin que yo pudiese saber por qué. Y entonces, de pronto, surgieron chispas de un fuego que yo no sabía dónde ardía. Y la barca se había convertido en una piragua de piedra, y allí seguía aquel hombre con un solo remo, mirando hacia la profundidad, como buscando algo. Entonces creí ver una ola que se alzaba y se deslizaba sobre la calma superficie del mar, llevando consigo algo que al principio no supe qué era. Y cuando llegó hasta la piragua en la que estaba el muchacho con su remo, y que me pareció extrañamente larga para lo que es habitual entre nosotros, más parecida a las barcas que he visto en otros lugares, donde bogan con un solo remo sentados en la popa, entonces me parece ver al muchacho de pie, con las piernas abiertas en la proa de la barca alzando acongojado su remo, y vi entonces que lo que tenía levantado en el aire era el vestido largo, y que al principio era pesado; pero luego alzó el vuelo; y en ese momento me pareció que el joven se sentía aliviado de que no hubiera nadie dentro del vestido, aunque la tristeza no se borraba de su rostro.

Ahora creí en mi sueño que había visto a la mujer con la cintura muy hinchada; pero al mismo tiempo estaba seguro de que justo antes de desaparecer de la barca era esbeltísima. Pero el vestido que ondeaba en el remo sobre el mar a la luz naciente de la luna estaba hinchado como si cubriera un vientre inflado, que quizá no era sino el céfiro. Y las chispas del fuego habían desaparecido, ahora había aparecido una luna redonda y pálida, con un tono fúnebre, pensé, y vi la oscura piragua deslizarse hacia una sombría ensenada. Y la argénteo luna lo seguía, y algo como un túmulo pagano me pareció ver, iluminado por los rayos de luna que desaparecieron

detrás del hombre cuando bajó a tierra y saltó entristecido de una piedra a otra; pero parecía evitar el túmulo como si tuviera miedo de alguien que viviera en él. Tuve la sensación de que oía el indistinto gemido de algún animal atormentado, o de un niño; y entonces se fue desdibujando la imagen del hombre, y la playa también cuando los caballos volvieron con tan gran ímpetu que todo lo demás se veía ahuyentado. Ahora creí ver que el primero era mucho mayor que los demás, y los dominaba de tal forma que dejé de prestarles atención ninguna, aunque sabía que seguían allí, y escuchaba el estruendo de sus cascos, tan poderoso que todos los demás sonidos se volvían inaudibles, dominados por él; miré al corcel galopando gris como las piedras hacia la luz de la luna, y destellando contra la palidez de la luna. Y me parece ver con toda claridad que tiene alas, pues se alza en el aire y se desliza por el cielo raso; pero nunca tan alto como para no poder tocar el suelo con sus deslumbrantes cascos si extiende del todo las patas; pero las llevaba encogidas contra el pecho y los costados, las crines sueltas y la cola enhiesta. Voló así un breve rato sobre un paisaje constantemente cambiante, bajo él se deslizaban montañas y valles y blancos glaciares y géiseres de tenues vapores, campiñas oscuras y picachos luminosos, ríos rugientes que se derraman sobre rocosos barrancos, aullando, para labrarse un cauce entre las rocas, mientras él flota solitario con sus recién nacidas alas sobre los picachos, observado apenas, tal vez, por un águila que desde la punta más alta del monte, aguza la vista en busca de un saliente donde asentar su nido, y luego se deslizan las visiones de su mente por amplios valles y desde el aire ve los ríos fluir asombrosamente lentos por las tierras, y a la mirada del águila aparecen granjas y más granjas y ruinas cubiertas de hierba verde donde ya no vive nadie, a no ser ánimas transparentes que se mueven cansinas como nubes de vapor sobre los prados invadidos de malas hierbas.

Esto sentía yo que sucedía al tiempo que contemplaba el vuelo del semental. Y me vino a la cabeza la idea de que deslizándose sobre esta gran tierra y su multitud de historias aún sin contar, yo estaba ligado a aquel caballo volador, y que él se había vuelto yo, y yo me había vuelto él, y éramos un doble centauro de dos naturalezas, la del corcel alado y la del hijo de la tierra, unidos y libres al fin.

Y de pronto aquel vuelo concluye en la orilla de un arroyo, cenagosa, y todo está en calma. Incluso el agua sube con lentitud excesiva, tan lentamente. Y creo ver en el agua una mujer de ojos azules, cada vez más azules que mira hacia la cúpula del firmamento, y unas diminutas campánulas azules en la orilla, y nomeolvides.

Y entonces vi llegar a un hombre, no sabía si era el mismo que había estado antes remando en la barca, aparece allí y se sienta sobre el vientre de la mujer que apenas sobresalía del agua, acomodándose lentamente, y se va remando con las manos abiertas, y los cortos dedos juntos, gruesos, con uñas cortadas en ángulo, afiladas, como garras. Va remando por el arroyo poco profundo, superando el fondo cenagoso, y un perro con una mancha blanca en la frente y en una oreja, negro, corría con monstruosa lentitud, aunque corría, al lado del arroyo, la mancha blanca de una oreja como un monóculo.

El hombre siguió remando en su trono del vientre hinchado de la mujer, arrastrándola por el fondo del arroyo, su cabello ondeando en la corriente. Inclino la cabeza hacia atrás, volteó los ojos e hizo una mueca, contrajo el pálido rostro y cantó: Dios, Señor mío, hacia Ti, en voz alta, mientras unas ovejas empezaban a correr hacia él corriendo montaña abajo como blancos arroyos de leche. Entonces me pareció que la cabeza de la mujer se levantaba del agua mientras él remaba, con los ojos abiertos, que no dejaban de ser azules, y la boca abierta, y arena negra en las comisuras de la boca, y algo también entre los dientes. Cuando el hombre se dio cuenta, echó las manos hacia atrás y mantuvo la cabeza de la mujer debajo del agua a su espalda, sin mirar siquiera por encima del hombro. Y creí ver sus nudillos emblanquecer, y que salía sangre de debajo de las uñas, formando una estrecha cinta en el arroyo detrás de ellos, y se difuminó en el pálido musgo verde de la orilla.

Y entonces desperté. ¿Sabrías, amigo Thórdur, interpretar mi sueño?

Thórdur no mostró prisa alguna en contestar. Siguió masticando un largo tallo hasta la espiga. Luego lo tiró y dijo: Los sueños no tienen significado, como dijo Sturla Sighvatsson.

CAMINO ADELANTE

Recogieron sus cosas y las metieron en las alforjas, que Thórdur dispuso a lomos de las bestias. Estaba junto a la grupa del caballo y se pasó un dedo por la punta de la nariz para detener la porquería parda que le caía de la nariz, apretando en la mano su pañuelo rojo, y mirando cómplice a Ásmundur.

Creo que no nos vendría mal un trago de aguardiente, amigo, dice el magistrado; y se acarició con el pulgar y el índice su cuidado bigote espeso con los extremos doblados hacia arriba: Así que tendrás que volver a darme mi bolsa.

Sacó una botellita de plata del bolsillo de su capote de viaje, impermeable y de voluminoso cuello y con fuertes cierres de piel en los bolsillos, sirvió a Thórdur un vaso tan lleno que no le vino mal tener manos firmes, y Thórdur se echó en la boca el contenido entero del vaso, retuvo un momento el líquido bajo la lengua, sacó la barbilla y tragó, y la prominente nuez se agitó al pasar el líquido.

Una vez hubieron bebido dos vasos cada uno, volvieron a montar y continuaron su viaje.

Estaban saciados y al principio iban tan despacio que casi parecían inmóviles.

El tiempo seguía seco.

Tenía que contarte alguna cosilla más, amigo magistrado, dijo Thórdur pausadamente, al tiempo que se acariciaba la barbilla con sus largos dedos, hasta la mejilla derecha, hasta el principio mismo del ojo; hablaba despacio con prolongadas pausas: Ya que me he puesto a hablar, e incluso en exceso.

Así que tal vez sea justo que cuente algo más, qué fue de la joya de la familia de esa gran mujer.

¿Sí? dice el magistrado; me encantará oírlo.

Cabalgaban muy juntos uno al lado del otro, y era como si los caballos alargasen también sus orejas esperando la historia igual que sus jinetes, avanzaban de forma que el narrador no sufriese la menor molestia.

Sí, dice Thórdur, sí. Esta última palabra fue como un filosófico punto y final. Era como si con ella hubiera llegado a una conclusión para su propio uso, tras larga reflexión sobre el tema. El último «sí» lo pronunció en una nota más grave, casi como la de un chelo. ¿No habría nada más? El magistrado y los caballos esperaban. No se oía nada más que el tranquilo pisar de los lentos caballos, el terreno era blando, arena o barro, extensiones herbosas de cuando en cuando, en ocasiones los cascos rechinaban sobre la roca. Una nube apareció más blanca que las demás y corrió por el cielo, y se fue alargando más y más hasta deshacerse.

Pues sí, dice Thórdur: Allí en el páramo, todos los chicos eran muy prometedores, cada uno más que el otro, y crecieron y se hicieron buena gente, todos ellos. Pero uno tenía disposición para el estudio. Alguna ventaja debieron de ver en él. Estuvo incluso en el extranjero estudiando, y luego volvió a casa, y naturalmente lo recibieron con los brazos abiertos y todos le mostraron el mayor cariño, un hombre cultivado, lo fue desde que era niño allí en el páramo, donde el banco de que hablábamos antes. Campesino y maestro. Sin alargar las cosas, diré que encuentra una mujer muy buena para él. Se sentían bien juntos y hacían buena pareja. Y llega el momento en que van a celebrarse los esponsales. Él era como todos los demás de su familia, cuando tenía que celebrar una fiesta no reparaba en gastos. Han sacrificado un buey que les iba a proporcionar mucha carne, y cordero, y no faltaba de nada en lo tocante a comida y bebida. Habían llevado mucho aguardiente, e incluso coñac. Pero falta una cosa. No hay trucha. Y al novio aquello no le pareció bien. Así que designa a un hombre de la vecindad para que lo acompañe. Lo hacen venir y allá van los dos juntos a echar la red. El compañero sujeta un extremo en la ribera, y el novio se quita zapatos y calcetines, se remanga las perneras de sus pantalones porque no tenía allí botas de pescador. Y se mete en el agua con

el otro extremo y se aleja todo lo que la red da de sí. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pues se le consideraba un magnífico pescador y cazador, fuera con escopeta o con todas las artes de pesca en lagos y ríos, y sabía cazar a tiros a las focas o a palos a sus crías. Sabía cazar raposas si era necesario, aunque en eso no era tan famoso como el otro. Uno de sus hermanos era el mejor de todos en eso, hasta se puede decir que era el mejor de toda la región. Pues sí. Todo va estupendamente, a pedir de boca, no hay que gastar muchas palabras para explicarlo, todo el mundo sabe cómo se pesca; y menos que a nadie te lo tengo que contar a ti, magistrado, pues tú eres el poeta. No yo. Fueron recorriendo el lago con la red, el novio en el agua y el otro en la orilla con su cabo. La red ya había engordado, parecía que habría suficiente para el banquete de bodas; en realidad nadie podría pensar otra cosa, pues lo hacían dos hombres como aquellos. Pero entonces el compañero se da cuenta de que el novio se ha hundido hasta las rodillas. Se va hundiendo poco a poco, ya se ha hundido hasta el pecho. Hasta la barbilla. Había caído en arenas movedizas. Y siguen tragándose, hasta que desaparece. Entonces sucede lo que ya sabes, que en ocasiones las fuerzas de un hombre se redoblan, y el compañero tira con una fuerza sobrehumana de la cuerda, que se rompe justo al lado del novio, quien se hundió hasta el fondo con su extremo de la cuerda en las manos.

Y ha desaparecido. Y ahora, el otro hombre tiene que volver a casa con la triste noticia. En el camino ve que se acerca un grupo de hombres con ánimo alegre, y otras partidas de hombres a caballo. Eran invitados que se dirigían con gran alegría a los esponsales pues iban a contraer matrimonio las personas más apreciadas de la comarca. Y él vuelve a casa y la alegre fiesta se transforma en dolor, y todos lloraron a Baldur, como dice el poema. La novia, que estaba en casa esperando a su amado, se acostó en la cama. Ansiaba con todas sus fuerzas que pudieran encontrarlo, para al menos poder cuidar su tumba el resto de su vida; pero no había esperanza alguna de que las profundidades lo devolvieran nunca, y se quebró de dolor y murió. A la primavera siguiente, el río cambió de curso y se desplazó a un cauce completamente distinto, y la corriente se vació y apareció el hombre muerto, totalmente intacto, aparte de ser un cadáver; la arena lo había

protegido impidiendo la putrefacción, no estaba devorado ni mutilado, ni corrompido, pese al tiempo que había pasado allí.

Hicieron entonces que los caballos aceleraran el paso, y aumentó la distancia entre los dos, porque el magistrado iba por delante sumergido en sus reflexiones. La tierra estaba desierta, vegetación rala, arena y en algunos lugares montículos de barro endurecido. No se veía criatura viviente por parte alguna, ni ovejas ni aves. Su mente estaba aturdida por el desierto que volvía a despertar sus miedos. Refrenó el paso y esperó a Thórdur, contento de no estar solo en aquella tierra desolada, y pensó en lo que podría asaltar al que viajara en soledad, cuando comenzara a oscurecer; y si era así incluso a la luz del día, con un tiempo como el de aquellos momentos, qué horrible sería con mal tiempo.

A saber desde dónde podrían atacar. Provocado por una mente culpable, una culpa que no conoce nadie sino tú, o los relatos del pueblo, almas en pena, errantes en busca de venganza sobre quien se pusiera a su alcance. Todo ese gentío de muertos que arrastra consigo este pueblo, generación tras generación, por los siglos de los siglos. Los extraviados en arenales como aquel, las almas asfixiadas o mutiladas por la miseria y la crueldad de la vida humana. Los niños abandonados a la muerte, engendrados en el pecado. Pensó en lo exigua que sería la fuerza de la razón para poder servirle de amparo ante la acometida de los fantasmas. Quizá ni siquiera bastaría para arremeter contra los propios pensamientos y refugiarse en la disociación. La brisa había empezado a levantar arena y a arrojársela a la boca, a la nariz, a los ojos.

A lo largo de la cresta que se alzaba ante ellos corría una nube ocre.

LA CASA DEL PÁRROCO

Ya había oscurecido cuando llegaron a la explanada de la granja, los caballos se mostraban alegres. Creyó distinguir algún movimiento cuando entraron por el sendero que conducía hasta la casa, pero había demasiada oscuridad para poder estar seguro. El sacerdote estaba en el patio con su joven esposa, alto y flaco, de rostro alargado y con una sombra negra de barba en torno a la boca, en las mejillas y el largo mentón, y hasta el cuello, que era también alargado. Un poco encorvado, la nariz larga, con una verruga; la frente bastante estrecha pero alta; y el pelo liso aunque con un bucle, y entradas, negro y algo grasiento. Tenía la cabeza un poco inclinada como si estuviera preparándose para recibir una ráfaga de viento, y las manos delante, unidas por las palmas, y los dedos no cerrados aunque sí doblados sobre el dorso; y los pulgares cruzados como suelen hacer los monjes franciscanos, como si hubiera adoptado tal costumbre desde que fue consagrado sacerdote, a fin de ocultar la juventud de sus años.

El viento estaba en calma. La mujer era de baja estatura y un tanto corpulenta, pecosa y tímida; llevaban casados un año, y ella recibió las llaves de la despensa de un ama de llaves que se marchó disgustada.

Llevaba el pelo recogido en una trenza, atada formando un moño. Se ruborizó un poco al estrechar la mano del magistrado, una vez los dos compañeros de clase hubieron intercambiado saludos; no se habían vuelto a ver desde que terminaron sus estudios en la escuela.

Los hombres tuvieron que agachar la cabeza al cruzar el umbral de la granja. No había vuelto allí desde que era un muchacho que estudiaba con el viejo sacerdote, y entonces no precisaba bajar la cabeza al entrar en la

casa. No recordaba con especial alegría aquella época, cuando se fue de allí estaba en un estado lastimoso, enfermo por la humedad y el frío. En tan mal estado se encontraba, que una tía suya se lo llevó a vivir con ella a otra granja de la comarca y lo cuidó hasta que hubo sanado. Sintió como un escalofrío con aquella evocación, al evocar los recuerdos de su estancia allí, tanto tiempo atrás; cuando recordó todas aquellas veces en que se sintió pequeño y solo entre los ancianos que vivían por entonces en la granja, taciturnos y huraños; y los lejanos tiempos resonaban por todos los rincones; fantasmas cuchicheando en el pasillo y en el desván. Y endriagos en la playa, vestiglos en las grietas, gomias entre los matos de hierba.

Y a nadie podía contarle que el miedo lo dejaba paralizado y nervioso, sobre todo cuando lo hacían ir al ovil junto al mar. O hasta la orilla del mar a algún otro mandado.

En aquella época había muchas cosas a las que temer, aparte del demonio mismo, ante quien había que estar en guardia permanentemente y atenerse a la recta moral para no caer en sus garras. No podías vaciar nunca tu mente, pues era entonces cuando el diablo podría hallar ocasión de adueñarse de ti. Y las fuerzas benéficas, que habrían querido socorrerte, estaban en una posición demasiado débil para vencer al maligno, pues su larga lucha para decidir cuál de las dos potencias era la más fuerte aún no había sido decidida. Esta sabiduría la había obtenido de la anciana ciega de la casa, que evitaba siempre hablar de forma directa, pues veía más de lo que cualquier otro era capaz de ver. Nunca se cansaba de enseñarle a evitar al demonio, el constante acosador. La señal de la cruz, los crucifijos, eran útiles, aunque distaban de ser suficientes, decía la anciana desde su oscuridad con un suspiro, y sorbiendo por la nariz si había conseguido hacerse con una tabaquera. Si no tenía tabaco por un tiempo se ponía malhumorada y se dedicaba a refunfuñar y a gruñir, aunque de vez en cuando escupía al aire, si la asaltaban visiones de espíritus malos. Sabía hablar de muchos de ellos, pero le agradaba en especial contar historias horripilantes de Centella de Skáli, a quien había conocido en su comarca de origen, y al que había visto con harta frecuencia, y no pasaba un día en que tal cosa sucediera, que no fuese por allí alguien de Skáli. No acababa de comprender si el chaval había surgido en el exorcismo de un vejete muerto,

llamado Árne Kaleikur, y que mientras vivió fue una persona insignificante, o si era el espectro de un holandés, cocinero de un barco, al que encontraron en la playa cuando el barco holandés naufragó con toda su marinería, y hay quien dice que en la playa todavía conservaba una pizca de vida y que seguía tibio, y con fuerzas suficientes para poder hablarles. Los que estaban presentes se pusieron de acuerdo en vengarse de su enemigo, y ofrecieron un trato a un hombre muy buen conocedor de esas cosas, que se llamaba Arbjartur. Y cuando la anciana, sentada en su rincón, se ponía a hablar de su fantasma favorito, Centella de Skáli, y de sus espantos, se fortalecía como si Árbjartur en persona se hubiera brindado a despertarla también a ella cuando estuviera ya bien fría, y sus ojillos ciegos empezaban entonces a chispear. Se escuchaba un silbido que brotaba de su garganta cuando, a ruego de los demás, contaba la respuesta de Arbjartur: no sé si seré capaz de vérmelas con un fantasma adulto, aunque con los chavalillos sí que me las apaño bien, y ella alargaba el silbido entre sus encías marchitas hasta el respiradero del techo.

En ocasiones, mientras la anciana contaba sus historias, él se divertía escuchándolas igual que los demás; pero le quedaba un poso de aquellas historias cuando se quedaba solo, y el pavor lo invadía. Entonces sentía miedo de la soledad. Y lo padecía de modo especial cuando lo enviaban a la orilla del mar, y le llegaba hasta el fondo del alma cuando penetraba en el ovil. No podía confesarlo ante nadie y por eso no tenía forma alguna de evitar aquellos paseos, aunque ya las tinieblas hubieran empezado a descender.

Cuando entraron en la casa, casi todos estaban en la sala. Un hombre mayor que trenzaba cuerdas de crin de caballo miró al huésped de soslayo.

Había unas mujeres trabajando lana que levantaron la vista para ver al recién llegado. Todas, excepto una mujer joven, morena; su cabello negro como el cuervo le caía sobre la cara y no dejaba ver el rostro; porque estaba sentada con el huso en la mano, hilando, con la cabeza gacha. Y no se interrumpió al entrar la gente, y era como si tuviese los ojos clavados en algo más allá del huso; algo que no se sabía lo que pudiera ser.

EL PONCHE

La gloria de esta tierra, decías, sí, brillante y luciente, eso dijiste también, ¿verdad? En el poema. ¿A qué te referías realmente? ¿Cómo puede permitirse el poeta decir algo así, por muy poeta que sea? En este valle de lágrimas, dice *séra* Stefán, y su palidez cedía ante el rojo que el ponche había pintado en sus mejillas, y las manchas rojas de la frente se hacían más marcadas: Cuéntame. Mi misión es ir y venir como mal puedo por este lodazal de dolor, por este piélago de desventura, para usar tu lenguaje, querido compañero de escuela, caído en este arenal de muerte a tu regreso de los esplendentes salones del extranjero tras una vida de estudio en vergeles. Ya no estás allí, mi querido amigo, de quien tanto espera nuestra nación. Tal vez no la nación que ve en ti solamente al patricio, más aún nosotros mismos, que creemos saber o vislumbrar lo que bulle en tu interior. El poeta. Pero lo mío es intentar llevar algo de consuelo a este pueblo sin esperanza. Eso es algo distinto. Ahí no sirve tu poesía. Ellos prefieren seguir adelante con sus propios estribillos gastados, y no hablo de las *rímur* de metros complejísimos. Alguna vez aprendimos algo sobre Sísifo, que estaba eternamente subiendo la piedra por la ladera. Siempre estaba en algún lugar de la falda del monte, sin llegar jamás a la cima. Eso es lo que nos separa. Tú te enfureces por la desventura de este pueblo, y lo ves en la entelequia de tiempos aún por venir. ¿Qué sabrás tú? Tú, que eres poeta; y tienes a tus espaldas, o ante ti, una vía de escape. Puedes huir a más hermosas playas, como dicen. ¿No lo ha dicho alguno de vosotros, en algún sitio? Los ilusionistas. Bendita ilusión. Bendita sea, muchas veces bendita. Era como si aquel hombre de Dios fuese otro y tal vez llegase a volverse

transparente al resplandor del quinqué, cuya luz vacilaba tras el vidrio y humeaba apenas visible por la estrecha abertura en el extremo. Y al momento exclamó emocionado: bendita ilusión.

Es para los otros, dice el poeta, encendiéndose un cigarro: para la otra gente.

¿Estaba ocultándose tras el humo? Cuando le había llegado el turno de jugar. Ofreció al pastor un cigarro, que el clérigo aceptó, y aceptó también la lumbre:

No sabes qué precio pagamos por ella; eso no puedes saberlo. Naturalmente que no. ¿Cómo ibas a poder? No. Poder llevar la luz a la vida de otros. No creerás que eso se pueda conseguir gratis. Que se pueda hacer sin tener que pagar nada. Imagino. Nosotros no hemos alcanzado la gracia de la apatía. Ni de la fe que tú repartes. Que revenden, se podría decir de algunos. No de ti, viejo amigo, añade, aunque nunca había llegado a conocer a aquel reservado camarada de sus años escolares. El sacramento de la iglesia, y todo eso. Oh, no.

Sera Stefán echó el aliento sobre su vaso, pasó el dedo por el vaho que lo cubría. Se hundió un poco en su asiento, estiró los labios y alargó el mentón con los párpados bajos, y tembló; y cayó la sombra de sus largas cejas, que eran casi femeninas, como huellas de un ave, por debajo de sus ojos, sobre las mejillas hundidas, se dibujaban sus pupilas como frutas en una estrecha cáscara, como hierbas. Sois demasiado sublimes. Chapoteáis despreocupados en vuestra embriaguez poética. Allá arriba, en las doradas nubes de la inspirada exaltación; y sabéis poquísimo sobre la vida humana en este valle de lágrimas tan conocido por la Biblia. Y que está precisamente aquí.

Dime una cosa, pastor, dice el magistrado: ¿Conoces mayor placer que el de follar con una mujer?

¿Hablas del cielo o del infierno? dijo el pastor, que dejó caer la cabeza sobre la mesa. No se le oyó emitir sonido alguno; pero era recorrido por convulsiones que intentaba contener.

En esas se le cayó el vaso, y el líquido se derramó sobre sus cabellos y sus manos.

No se puede beber contigo, maldito seas, masculló el magistrado.

Pero al tiempo pensaba que era muy distinta su capacidad de resistencia, y que en buena medida era su propia culpa. Sabía que al otro lado de aquel delgado tabique esperaba la esposa al esposo, a aquel frágil hombre de Dios, de virtudes ocultas, que era responsable de tantas almas, asustada por el efecto que le causaría la bebida y quizá también por la conversación en privado con aquel viejo compañero de escuela que, sin embargo, nunca fue un compañero; y que ahora había aparecido como fulgurante gloria de la patria, trastornando la armonía y alterando todas aquellas cosas con las que uno tenía que vivir, pisoteando la hierba y aplastando con su éxito y su fama a su hermano pequeño en la más apartada orilla de los mares.

No tenía miramientos; y era incapaz de ver, en su intransigencia hacia todo aquello que le parecía pequeño; pero que era tal vez el asidero imprescindible que podía permitir la vida allí y no perecer en los trances que amenazaban todo lo que intentaba vivir. Y lo instigaba a romper sus pactos y a pasar a la acción, contra lo que hasta entonces lo había guardado la benignidad de su temperamento, que ahora se le reprochaba.

No, piensa Ásmundur más tarde.

No, dice. ¿Le engañaba la memoria? ¿Era pura imaginación que el pastor Stefán había dejado caer la cabeza sobre la mesa, y que había derramado su vaso de ponche, y que le cayó sobre el pelo y sobre las manos?

Que el alcohol se le había subido a la cabeza, ¿también era aquello un falso recuerdo?

Que a aquel curilla dejado de la mano de Dios se le había subido el alcohol tan rápido que quedó imposibilitado para continuar la conversación. ¿Acaso se había justificado él mismo para su mayor tranquilidad en los automatismos de la memoria? Cuando empezó a analizar todo aquello, no consiguió saber a ciencia cierta cuál era la verdad.

CONTINÚA LA CONFESIÓN DE JÓN, EL ASESINO

...Declara que cabalgó tras una borregada que había pasado justo delante de él desde Svartárbót hasta el aprisco de Víðirker, y que iban con él Jón de Sigríðarhóll e Illugi de Svartárbót y Sigtryggur de Thrómgadal... Que cabalgó junto con ellos a recoger ganado, un cierto trecho. Pero que después se adelantó él para ir a Víðirker. Luego declara que fue al cerradero del Grjóta para encontrarse con Sigurpáll de Halldórsstaðir, quien había sido encargado de recoger el ganado de las gentes del lado de poniente del río y llevarlo al aprisco de Víðirker, y Sigurpáll ya había recogido siete ovejas propiedad de Raudengismyri, que decidió llevar a Raudengismyri y pidió a Sigurpáll que le ayudase a separarlas de la rehala que había encontrado al oeste del Grjóta, en la majada del Grjóta, y así lo hizo, pues aquellas ovejas estaban marcadas, y luego llevó las ovejas al sur hasta el redil de Víðirker, y entretanto también la rehala de Svartárbót, y llegó al redil y allí se encontró con Sigtrygg de Thrómgadal a quien pensaba acompañar al oeste, más allá del río Svartá, hasta Thrómgadal, pero que los hijos de este habían dejado el ganado en el lugar llamado Seljaland poco tiempo atrás; y entonces preguntó a Sigtrygg si no podría abandonar el redil por un rato, a lo que fue autorizado.

Sostiene asimismo que, además de las ocho ovejas que se había llevado de la majada del Grjóta, había encontrado una de las dos ovejas que había esperado hallar en Svartárbót pero que no encontró allí, de modo que en total llevaba consigo nueve ovejas; pero que en la rehala de Svartárbót

había dos ovejas que pertenecían a Sigtryggur, el granjero de Thróngadal. Declara que explicó al granjero Sigtryggur que lo más adecuado sería que su hijastro fuese a Grjótárdal para encargarse de las ovejas que estaban en el extremo de Seljaland, mientras él mismo (Jón) iría a por el ganado que estaba al sur. Pero afirma que Sigtryggur no pudo ponerse en camino enseguida; así que declara que fue él por delante con dos hijos pequeños de Sigtryggur, con las ya mencionadas once ovejas. Declara que se separó de ellos cuando estuvieron a corta distancia al oeste del aprisco de Vídirker, y que entonces fue al río de Seljaland y subió al lugar llamado Hjalli y luego bajó hacia el este del mojón de Hjalli y al río en el lugar llamado Ytrilindir.

Y allí encontró a Konkordia q.e.p.d., junto al río, sentada a escasa distancia del río; declara que ella lo saludó.

Pero que él no le devolvió el saludo.

Dice que desmontó, y la sujetó. Y le puso una de sus manoplas y el pañuelo sobre la boca y la nariz. Y que los mantuvo allí hasta que ella se asfixió, y que una vez estuvo asfixiada, la arrastró al río.

Afirma que la metió en el río de modo que la cabeza estuviera contra la corriente. Aunque de través respecto a la orilla oriental del río. Y que allí el agua en la que la había metido no era profunda y solo le llegaba a él a las pantorrillas. Y también que no cubría completamente el cuerpo.

Pero no recordaba con exactitud cuánto sobresalía. Y dice que no se percató de si la corriente se llevaba el cuerpo del lugar en que lo depositó, o no.

Pues había actuado con tanta rapidez, y había estado dominado por tal confusión mental y tal ofuscación mientras realizaba estos actos, que no fue capaz de controlarse para no dejar huellas.

Recordaba, sin embargo, que había saltado de la orilla. Aunque no recordaba sobre qué pie había caído. Y declara igualmente que es incapaz de recordar con claridad los detalles de estos sucesos. Pues en el instante mismo en que recuperó la conciencia de sus actos y se dio cuenta de que había causado la muerte de la joven, se vio invadido de fortísimos remordimientos y rogó a Dios que le perdonara aquel crimen.

El instructor señala que la declaración del acusado parecía sincera y carente de toda falsedad.

Por otra parte, le fue mostrada en el tribunal la antes mencionada caja conteniendo la huella, y declara que no tiene nada que oponer a que la huella pueda corresponder a su propio pie.

Aunque por los motivos anteriormente mencionados no puede recordar con exactitud sobre qué pie cayó al bajar de la orilla.

Dice entonces que inmediatamente después cabalgó al norte, siguiendo el Svartá, pero a un corto trecho de distancia del mismo, al este de la cascada llamada Ullarfoss, y luego hacia el lugar denominado Vado de Melpallur, donde vio a los tres chicos de Sigtryggur Ásláksson, el granjero de Thróngadal, que conducían la rehala a poca distancia del vado y reconoce que cogió, según cree, un cordero blanco, de un año de edad, que estaba en la orilla a poca distancia del vado, y lo metió en el río...

El magistrado dejó los papeles, se tumbó. Por la mañana precisaba estar bien descansado para rendir adecuadamente en la difícil tarea que le esperaba cuando empezara a interrogar a la gente.

De momento se había contentado con dictar las disposiciones necesarias para que los hermanos no pudieran estar juntos ni un momento.

LA VISTA

Ei magistrado resolvió citar en primer lugar a la anciana Járnbrá. Le repugnaba aquella vieja chismosa que moría de ganas de poder soltar todo lo que llevaba guardado, de vomitar lo que había ido almacenando para daño y vergüenza de otros. Era pequeña y daba la sensación de que sintiese ganas de escupir, aunque estaba en la sala y había de reprimirse, pestañeaba constantemente y casi se quedó sin respiración cuando empezó a hablar. El rostro era pequeño, los ojos diminutos y la nariz afilada, y unas arrugas oscuras junto a la boca, rehundida y casi por completo desdentada. Es una variedad de serpiente ártica, piensa el magistrado frío y solemne en su asiento, no totalmente libre de los efectos del ponche que habían estado bebiendo la noche anterior. Se contentó con indicarle que empezara, planteándole preguntas secas y precisas, pues la anciana no necesitaba que la espoleasen.

Los actuarios del tribunal no mostraban interés por lo que sucedía, estaban cabizbajos y parecían incómodos, casi como si cargasen con alguna culpa en aquel caso. Uno de ellos, Thórdur, se conformaba con mirar por la ventana, como si temiese que su caballo se escapara del prado. El otro, que era el médico de distrito, sostenía una cajita de rapé, de asta, con una retorcida escritura floreada en la tapa, y en ella leía su nombre, una y otra vez.

La anciana hablaba sin parar, describía el tiempo y las condiciones del ganado; y explicaba en detalle sucesos que no atañían al caso, y soltaba indirectas sobre murmuraciones diversas que circulaban entre las granjas y que afectaban a personas diferentes a las acusadas. Varias veces, el

magistrado tuvo que sacarla del lodazal de sus palabras, y sentaba en acta solamente lo que atañía directamente a la causa, mientras la anciana seguía parloteando sin cesar y en ocasiones su vehemencia hasta le hacía perder el resuello. Había estado mucho tiempo esperando que le dieran rienda suelta. Declaró que había visto frecuentemente al hermano con su hermana sobre las rodillas. Sí, dice, y los había visto besarse muchas veces, dice asintiendo repetidamente con la cabeza, y calla de pronto, apretando los labios descarnados hasta que la boca parecía casi un puntito. Tenía el cabello ralo bajo la pañoleta, y de color gris amarillento, y estaba constantemente rascándose con un meñique. El magistrado pregunta si había visto que sucediera algo especial entre ellos, algo que pudiese considerar indicio de actos delictivos. Responde ella que no puede callar algo como aquello, sobre todo ante su elevada autoridad, respetado magistrado, que no se le había escapado que la relación entre aquellos hermanastros era total y absolutamente distinta a lo que uno esperaría como natural entre dos parientes tan cercanos, y no tengo más remedio que decir que me resultaba asqueroso tener que presenciar aquello.

Cuando el magistrado reitera su anterior pregunta, de si había visto algo especial que pudiese considerarse actividad delictiva, la anciana responde que quizá no habría nada realmente especial; pero lo dice en una forma que podría haber sido perfectamente un sí a la pregunta del magistrado, a juzgar por la actitud de la anciana y su tono de voz, aunque él anotase solo, sucintamente, el sentido de las palabras que brotaban de la anciana. No pocas veces, dice, pude ver a Sasmundur sentado con su hermana sobre las rodillas, repite como si pensara que el magistrado no la había oído: y más aún, los vi acostados en la misma cama un día de fiesta.

El magistrado pregunta si estaban sin ropa. No, claro que estaban vestidos, pero eso a mí me da exactamente igual, dice ella. ¿Fue por la tarde o por la noche? pregunta el magistrado. No, desde luego era en pleno día. Entonces pregunta el magistrado si lo que había sucedido entonces la había escandalizado más que otras caricias que se hubieran dado uno a otro. No, dice ella con una larguísima inspiración. Luego soltó las palabras en un soplo, suspirando que de todos modos, y a fuer de sincera, aquello le había resultado horriblemente incómodo de presenciar.

El médico tomó una pequeña pulgarada de rapé de la cajita con escritura floreada en la tapa. Thórdur se sonó largamente y dejó de espiar a su caballo. El médico se sobresaltó. Fuera, se oyó graznar voraz a una gaviota, junto al río que fluía culebreando a poca distancia de la granja. Una sombra atravesó el patio y ascendió por la cuesta; y desapareció de la vista de la ventana del desván.

Járnbrá sigue hablando por los codos. El magistrado anota poco de lo que dice. Pero había declaraciones de otras personas de la granja que apuntaban en la misma dirección, eso lo anota en el acta. Y mi marido, dice ella, está totalmente de acuerdo conmigo, mi Jón, que trabaja también en la granja, aquí, y que sabe de lo que habla, está abochornado de verlos. Que unos hermanos se comporten de esa manera uno con otro, él dice que no cabe la menor duda de que eso no puede ser lícito. Eso mismo le he dicho a la buena señora esposa del pastor, dice la anciana rascándose su escaso cabello: Se lo he contado montones de veces, y por lo que he oído decir de ella, no está nada contenta con la manera de comportarse de los hermanos.

El magistrado pregunta si había hablado del asunto con el pastor. ¿Eh, con nuestro pastor? ¡Qué va! Me pareció suficiente mencionárselo a su esposa.

¿Y vio usted alguna señal de que Sólveig Súsanna estuviera en estado?

Me parecía que no se podía ocultar. Y eso les parecía también a los demás con los que he hablado.

Me parecía más que evidente. Saltaba a la vista que ella estaba cada vez más gorda, y de pronto la gordura había desaparecido. También a otros, además de a mí, nos pareció ese un cambio muy raro, nada corriente.

¿Habló de ello con los hermanos?

¡Qué va! De ninguna manera. Pero tengo entendido que la señora de la casa, a la que puede preguntarle usted mismo, noble magistrado, ella sí que se lo mencionó a Sólveig sin que yo sepa cuál fue su reacción. Pensé que no era asunto mío meter las narices allí, aunque no me gustara nada tener que presenciarlo. Era cosa de los benditos amos, Dios los bendiga y proteja por siempre.

El magistrado estaba ya cansado de tanta verborrea y llegó la hora de dejar descansar a la anciana. Ella quería seguir hablando pero él se lo

impidió; y llamó a declarar a la otra sirvienta, la joven. Tenía el cabello castaño rojizo, rizado, ojos azules y mejillas sonrosadas, y no estaba nada contenta de comparecer ante su señoría, estaba con la cabeza gacha mirándose las manos y tironeando de un padraastro, que acabó por arrancarse, y dijo en voz baja que había visto muchas veces a los hermanastros abrazarse y besarse y tratarse de tal forma que ella no había podido evitar sentirse escandalizada. Calló entonces y miró sus pies, inclinados hacia dentro, sentada en su silla, con las medias enrolladas y los zapatos cosidos en piel de oveja.

¿Ha visto alguna vez a los hermanos en la misma cama?

Sí, dijo la muchacha, y guardó silencio.

Venga, dijo el magistrado; ¿no va a decir nada más? dice con brusquedad, impaciente.

Pues sí, los había visto acostados los dos juntos en la cama de Sólveig por la noche, en el altillo de la sala. Dice que Sólveig estaba desvestida.

¿Y Saemundur?

Eso no se atrevía a asegurarlo.

¿Los vio usted ir de una cama a la otra?

No, dice que despertó cuando estaba con su marido, que trabajaba allí. La cama está justo al lado de la de Sólveig. Y a decir verdad, yo me dormía siempre antes de que se separaran.

¿Y la criatura? dice el magistrado, ¿qué era de la hija de Sólveig? ¿Se percató usted de que la niña estuviese intranquila, o tal vez de que llorase cuando los hermanos estaban juntos en la cama?

No, responde ella; de eso no vi nunca nada. Pero la niña no tiene más que. cuatro años, dice en un susurro.

Lo sé. Pero ¿sabe usted algo más sobre todo esto?

Una vez escuché a la niña decir algo. En relación con esto.

Cuéntemelo, dice el magistrado con el ceño fruncido.

Bueno. En verdad oí a la niña decir algo una vez, era en la época del destete de los corderos, mi tío duerme en mi cama.

¿Habló de esto con alguien?

Bueno, primero sobre todo con mi marido, dice ella, con la frente llena de manchas rojas. Bueno, y también con Járnbrá, la criada, y con Jón, que

trabaja también aquí, su marido. En realidad muchas veces. Y también con la esposa del pastor. Estaban todos tan escandalizados como nosotros.

¿Ha oído a otros mencionar que no ignoraban que los hermanos se acostaban juntos?

Sí, a mi marido. Exactamente igual que yo. Muchas veces. Y también a la esposa del pastor, una noche. Yo estaba despierta. La señora tuvo que bajar por la escalera desde la alcoba donde duerme con su marido. Y ellos estaban otra vez juntos en la cama.

¿Sabe cómo reaccionó la esposa del pastor?

Sí, sé que estaba horrorizada de que algo así sucediese en su propia casa.

¿Notó que Sólveig engordara?

Sí.

¿Y cómo lo interpretó?

Creí que, dice, y calla.

Bueno, mujer, qué pensó usted, déjenos oírlo.

Que estaba encinta.

Continúe su relato. ¿Siguió engordando?

Cambió de la noche a la mañana.

Ajá.

Sí, estuvo un día indispuesta.

¿Se metió en la cama?

Estaba vestida. Se tumbó en la cama un ratito.

¿Cuánto tiempo?

Bueno, como dos o tres horas.

¿Pero seguía vestida?

Sí, sí.

¿Habló de esto con alguien?

Sí.

¿Y qué opinaban ellos?

Pensaban lo mismo que nosotros.

¿Quiénes son nosotros?

Mi marido y yo.

¿Y qué era?

Bueno, en realidad que estaba embarazada de su hermanastro. Y que se había quitado a la criatura de encima, dice la mujer, en voz tan baja que apenas se oía.

¿Habló sobre esto en alguna ocasión con los hermanos?

Sí, dos veces. Fue Sólveig la que empezó a hablar. La primera vez fue cuando la hija de Sólveig, la pequeña Aróra, le dijo a su madre que la señora del pastor y yo habíamos estado hablando sobre las relaciones de los hermanos, y entonces la señora del pastor dijo que tenía que decirle a su madre que aquello no se podía hacer. Y por eso Sólveig me dijo que no había motivo de prestar oídos a lo que pudiera decir una niña pequeña, pero no pude menos que decirle que no me gustaba nada su forma de comportarse. La siguiente vez dijo que se había dado cuenta de que le habíamos aligerado las tareas. Que no hacía ninguna falta en absoluto. Que tenía la sensación de que la gente creía que estaba embarazada. Estaba tristísima y dijo que ya le parecía suficiente con tener un niño a cargo de la beneficencia.

El magistrado declaró entonces una pausa en el proceso; pues tenía hambre y la comida estaba ya en las mesas. Comió con el pastor en una sala pequeña, y apenas hablaron. Se sentía violento, no le apetecía lo más mínimo tener que dedicarse a aquello. La gente a la que había interrogado le parecía insustancial. Muy lejanos. Así que este es mi pueblo, pensó, y sintió repugnancia.

El pastor carraspeó varias veces, como si pretendiese decir algo. Sus ojos estaban más claros de lo habitual. Como si hubiese un presagio de muerte en su mirada, pensó el magistrado.

Vio aparecer un rostro en la ventana.

UN ROSTRO EN LA VENTANA

Justaba en el prado pasando la dalla. Todo estaba húmedo tras la lluvia de la noche. Había más lluvia en el aire, sin sol. No la había visto en todo el día. Nunca había encontrado nadie que lo espantase más que el magistrado aquel. Aunque solo lo había visto de lejos, le llegó la frialdad de aquel hombre pensativo y lejano que apenas concedía un saludo a nadie más que a los señores de la casa, pero que era como un dios llegado de un Olimpo resplandeciente con dardos de fuego en su carcaj. Así que ya no podía esperarse clemencia alguna. Ningún amparo en la indiferencia, ninguna defensa en el olvido eterno de aquella tierra, demasiado humilde como para acordarse de la gente de aquella comarca y andar persiguiendo sus pecados y sus crímenes, como los llamaban los justos. Ahora tampoco podía hallar apoyo alguno en ella. En aquellos momentos estaba solo.

Hacía pasar la segadera sobre la hierba alta y la iba cortando a pasos regulares. Sentía unos escalofríos de los que no lograba liberarse con el trabajo de la siega. Llegó hasta él el recuerdo de cuando, tan joven aún, se separó de su madre, a su padre apenas era capaz de recordarlo. Sin embargo, lo habían sabido mantener con su trabajo durante los primeros años, habitualmente de forma alterna, para que no tuviera que pasar al amparo de la beneficencia. Había estado ganándose su propio pan desde que tenía diez años, yendo de una granja a otra. Aquel era su mundo. No conocía otro. Desde muy pronto se sintió solo en el mundo.

Sentía el fresco aroma del aire, pero no lograba enlazarlo consigo mismo. Intentó mover la guadaña con más rapidez, pero no notó calor alguno capaz de arrancarle aquel frío. Un frío semejante lo había sentido

muchas veces cuando pastoreaba a las ovejas en verano al otro lado del río, cuando no podía ni guarecerse en la borda pues tenía que moverse con el rebaño; noches heladoras cuando la tierra toda estaba cubierta de escarcha y la inquietud había invadido a las ovejas, que corrían por los escobios y escapaban del perro cruzando el río; y el perro regresaba empapado y se sacudía delante de él, convencido de haber hecho suficiente, no quería obedecer su orden de bajar de nuevo por el gollizo a buscar a las ovejas; días de lluvia cuando toda la existencia era un escalofriante valle de lágrimas, y en ningún sitio había fuerza alguna que pudiera aliviarlo; empapado, comprobaba por la corriente del mar, cuando se abría una grieta en la niebla, que era demasiado pronto para llevar las ovejas al ordeñadero, las mujeres lo reñirían por no haberse quedado con las ovejas más tiempo para que dieran más leche; solo, pequeño y congelado; pensando que a todos les daría lo mismo si no volvía a sentir calor nunca más; que lo maldecirían si se mataba arrojándose de un acantilado, o si se ahogaba en el río sin haber llevado antes las ovejas a casa. De cada ramita de brezo y de cada brizna de hierba goteaba el relente, el agua rebosaba de sus zapatos a borbotones. En la niebla todo estaba envuelto en cernidillo y aparecía extraño, todo se había vuelto gigantesco e imágenes de toda clase flotaban truculentas a su alrededor; los almiarres devenían pilares del infierno con forma de trols, aterradores; aves surgían de la nada y pasaban raudas, espantándolo; y un monstruo gigantesco se aproximaba con una gran presa en las fauces; y por suerte no se podía saber qué era hasta que te acercabas, con el chucho a tu lado; y resultaba ser un simple zorro con un jirón de cecial entre los dientes.

Cuando concluyó la faena se puso camino a casa. Allí se sentía mejor, e incluso de buen humor. Hasta que conoció el amor. No pudo reprimir el deseo de detenerse un instante y llegarse a la ventana. En ese momento, el magistrado levantó los ojos y vio un rostro en la ventana.

JÓN EL BRACERO; Y OTRA CONVERSACIÓN NOCTURNA

Cuando Jón, el marido de Járnbrá, compareció ante el tribunal, no pareció tener miedo alguno de declarar. Dijo que había hablado muchas veces con el resto de la gente de la casa, y también con los hermanastros, que fueron los primeros en referirse a las habladurías que corrían acerca de ellos, asegurando que no eran más que sandeces. Pero eso no me dejó tranquilo, declara: Pues eso. Incluso hablé de ello con nuestro pastor. No hizo nada. Yo solía defenderlos. Y es que había mucha gente de la granja que me hablaba del asunto. No, no los recuerdo a todos. Eran tantos. Pero no pude evitar decirles que ya no pensaba seguir guardándoles las espaldas.

Al magistrado, aquel bracero le parecía un fanfarrón, aunque no hablara en exceso, e incluso por segundos asomaba una sonrisa de suficiencia en su rostro rechoncho, de mandíbula grande y frente echada hacia atrás, con una extensa calva. Confirmó la mayor parte de las cosas que se habían mencionado con anterioridad. Pero ya era una hora avanzada y había llegado el crepúsculo.

El magistrado aplazó los siguientes testimonios hasta el día siguiente, dejando para más tarde a los imputados.

Cuando hubo tomado las medidas necesarias tocantes al caso, cenó con el pastor, con intención de retirarse pronto a descansar para poder encontrarse en óptimas condiciones cuando más falta haría. Salió al patio a orinar y estuvo contemplando la luna que flotaba en un cielo preñado de

lluvia. Parecía casi redonda en aquella niebla. El viento estaba en calma y apenas se oía el rumor del río, como llegado de una nueva lejanía.

Entró en la casa, cerró sin hacer ruido; y confió en que tampoco se oyeran crujidos en la escalera. Tenía la mano en el tirador de la puerta de su alcoba cuando oyó a alguien susurrarle algo en la oscuridad.

Se sobresaltó al oír aquel ruido en la granja en tinieblas, un ruido, cuando nunca habría esperado escuchar nada que rompiese el silencio si no era algún ronquido del primer sueño, o quizá algún cuchicheo. Creía estar solo, y sintió un escalofrío al notar como un frío aliento sobre la nuca.

Se quedó en silencio con la mano en el agarrador de la puerta, que era de cobre, de algún barco naufragado.

¿Tal vez alguien echaba de menos el cobre de su barco? Aguzando los oídos, creyó percibir el rumor del mar. Quizá era el murmullo del río, o el viento que acariciaba la hierba del tejado, una serenata vegetal. Sintió que el sudor le cubría la frente. Los terrores de su infancia solitaria junto a los seres que habitaban la oscuridad. Jamás había conseguido dominarlos por completo, ni en los dormitorios escolares de los colegios en las ciudades ni con el cultivo de la razón, ni con la charla intrascendente para despertar la risa en las veladas: cuando llegaba la noche y se quedaba solo, sus defensas se rompían, era vulnerable.

Entonces escucha el susurro de otra voz, y consigue distinguir lo que le dice:

Ya te he visto en ese papel, escucha decir al murmullo en la oscuridad. Un claror casi imperceptible emanaba del candil de la puerta y llegaba apenas hasta la habitación del huésped. Pero no podía ver a quien le hablaba. Quizá fuera transparente, o un fantasma disfrazado, con jersey marrón o coraza resplandeciente. ¿Quién se lo había enviado?

¿Por qué? Era incapaz de moverse. El miedo resonaba en las tinieblas. Fuera, dentro, en sus oídos.

Entonces siente una mano seca y fría, de repente, sobre el dorso de su propia mano; y en el mismo instante en que apartaba del tirador de la puerta su mano húmeda, la otra mano se apartó también de la suya con idéntica celeridad. Contuvo la respiración y oyó en la oscuridad una respiración breve y pesada llegada desde muy dentro.

Apareció de pronto en su mente la redondez de la luna en la niebla plateada y recordó cómo su propia sombra se encogió en las losas del patio y se quedó allí acurrucada cuando él entró en la granja. Pero entonces una mano se posa sobre su hombro, y la voz susurra: Soy yo.

¿Eh?, se sobresaltó al oír su propia voz.

¿Te apetece beber algo? dice la voz en la oscuridad, y la mano lo sujetó con más fuerza.

Ahora ya he visto al juez en acción. Y la mano desapareció de su hombro y abrió la puerta; y en la parpadeante claridad del candil vio al demacrado pastor casi irreal en aquella luz como si la hubiese evocado él mismo para salvarse. ¿Puedo ofrecerte un poco de licor? Creo que nos vendrá bien a los dos. Ha sido un día difícil. Y lo que queda por delante es aún peor.

Y aún no has hablado con los acusados, dice el pastor, aceptando un cigarro que le ofrecía el magistrado. Ásmundur miró su rostro inflamarse al encender el cigarro para su viejo compañero de escuela, y volvió a tener la sensación de que nunca lo había conocido. Tal vez nunca lo había considerado digno de hablar con él, alguien anodino; hasta la noche pasada, cuando estuvieron bebiendo. Sin embargo, lo recordaba bien de aquellos lejanos días de la escuela.

Sí, eres juez, dice el sacerdote: Nunca he podido imaginarme cómo serías en esa función. Durante todo este tiempo que estuve esperando a que vinieras para aclarar el caso. Para juzgar.

El magistrado echó el humo hacia la luz de la luna, allá fuera, y siguió las volutas con la mano abierta y rasgó el velo al abrir los dedos: Uno cumple con su obligación.

¿Y hacia quién es esa obligación? ¿Hacia qué?

Juntaron las copas, las hicieron sonar como sonaría una campanita de fina plata.

¿Hacia qué? dice el magistrado, mirando en silencio la sombra del pastor inmóvil sobre el tabique, tan grande que parecía cernirse sobre los dos. Y tembló un poquito ante los jadeos de la luz en el vidrio de la lámpara, de la llamita que se alimentaba de blanquísimo algodón de pantano.

¿Sí, hacia qué? dice el pastor. ¿Hacia la vida?

Sí, hacia la vida. Para que la vida esté viva. Para que la sociedad pueda prosperar. Para que no se vea emponzoñada por la depravación. Para que sea posible mantener en pie una sociedad civilizada.

Tú, el individualista. Tú, que crees en la fuerza del individuo. Pero abominas de su debilidad. Lo débil y pequeño, ¿nunca piensas en eso? ¿Nunca piensas en cómo se siente el reo? Lo que vive en su pecho. Su deseo de vivir. Sus sueños. El naufragio de su deseo. Las esperanzas que luchan contra la desesperación. Tú, que eres poeta.

Aquí tengo otras tareas que cumplir.

¿Cómo puedes ser dos personas en una sola? El poeta con el deber de comprender lo que intenta vivir. Y el juez implacable que se cierra ante aquello que no concuerda con los párrafos de esas artificiales leyes nuestras.

¿Quién dice que el poeta tiene que comprender a todos? ¿O a todo? ¿Crees tú que un poeta tiene que ser pastor de almas? ¿Tiene que meterse en tus zapatos, acaso? ¿Y consolar y curar? ¿Tolerar hasta lo prohibido? ¿Incluso lo más tabú? No, el poeta es el creador. A los demás toca comprender. Lo que él ha creado. Y la creación es su vocación sagrada. Ninguna otra cosa. Solo le importa lo que puede utilizar. Entonces es poeta. Lo otro es cumplir su deber como ciudadano. En cualquier cosa a la que se dedique. Cumplir su deber de manera que nadie pueda reprocharle nada. Y hacerlo de forma que no turbe jamás al poeta. Que trabaje para el poeta pero que lo deje en paz.

Yo soy de distinta opinión, dijo el pastor de almas: Yo me imagino al poeta de una forma muy diferente. Como aquel que ama la vida tan ardientemente que no puede juzgar. Y siente su propia debilidad, y es entonces cuando su fuerza es mayor. Pues es entonces cuando más verdadero es. Lo suyo no es juzgar. Lo suyo es intentar con todas sus fuerzas comprender, intentar no hacer daño a nadie.

Pero envías a tu bracero a acechar en una zorrera para exterminar a una familia que vive allí en paz y armonía. Por lo que sé, el reo es tu brazo derecho y tu instrumento en esa tarea. He oído contar que es el más hábil de estos alrededores, después de Arnór el Joven, de Múlaberg, en mantener a

raya a los zorros. ¿Cómo se compagina eso con lo que me estás enseñando, o con lo que pareces estar predicándome? Y sales a pescar con tus braceros. ¿No sientes el placer de la caza cuando la faena ha ido bien? ¿No sientes el placer de la caza? ¿No se regocija tu alma cuando notas el tirón en el sedal y empiezas a tirar? Sé que en esos momentos estás contento y entusiasmado, cuando metes el pescado en la barca. No tengo ninguna duda de que puedes imaginar cómo se siente el que está al acecho en la raposera y ha capturado al zorro y a su buena esposa y mata a las crías. Tienes que conocer esa mezcla de sentimientos. De la ira y la alegría purificadora de matar. Uno los conoce por los relatos aquí y allá. El orgullo de haber superado a un digno adversario, la sed de venganza cuando encuentra un montón de huesos o partes enteras tras el ataque de la alimaña. Has visto igual que yo una oveja viva con el morro destrozado a mordiscos y medio devorada por ese animal astuto que ha matado al cordero y se lo lleva a su guarida para alimentar a sus propias crías. ¿No es así la vida entera? ¿Cómo podría ser diferente la vida humana? Ojo por ojo, harías mejor en predicar lo que dice tu libro: diente por diente. No es posible mostrar clemencia a un malhechor que amenaza a la comunidad. Al bienestar de los seres humanos.

Calló a la espera de la respuesta del pastor. Pero este no dijo nada, se limitó a seguir haciendo girar sus pulgares.

El zorro caza a los corderitos para alimentar a sus crías. Mientras la raposa apenas se aleja de ellos y les lame los ojos ciegos, el morro y el trasero para aflojarles el intestino. Y me cuentan que en pocos animales se encuentra una dedicación mayor al cuidado de su descendencia. ¿Cómo explicas que esa misma criatura, el zorro, se abalance contra su propia descendencia para matarla?

Eso no sucede sino cuando tiene miedo, cuando está aterrorizado, temblando de pavor. ¿No será para salvar a sus crías de un destino aún más espantoso? Lo sé por un cazador de zorros que me contó alegre y orgulloso que había descubierto un sistema para capturar al zorro después de matar a la raposa. Cogió dos de las crías, ató cada una en un sitio distinto para atraer hacia allí al padre, cuando escuchara sus gemidos. La zorra era cautelosa y experimentada y conocía el peligro, y en las dos noches siguientes no salió.

A la tercera noche se acercó el zorro para ocuparse de sus crías, pues la madre ya estaba muerta. El cazador se quedó allí acurrucado, inadecuadamente vestido para aquella fría lluvia incesante, sin poder cerrar un solo ojo por un momento, sus escasas provisiones completamente empapadas y nada apetitosas, calentado solamente por la excitación de la caza, y mató al zorro. Mata al padre y deja veneno en el cubil para las crías, si no consigue capturarlas, y está fuera de sí de alegría por el placer de la naturaleza a la que ama y el goce de vivir allí, en despoblados que él mismo ha hecho habitables, aprendiendo de la naturaleza; sabe suficiente para confiar en ella y no se extraviará ni perecerá aunque se abata sobre él una tempestad a la que nadie más podría sobrevivir.

Ya ves, la crueldad, por doquier hay crueldad. ¿No es ella la fuerza primordial que hace posible la vida? Es así en todas partes. No puedes negar que la crueldad es una fuerza al servicio de la vida. No puedes...

Lo sé, dice el sacerdote: somos débiles y contradictorios. No podemos vivir sin destruir otras vidas. Pero eso no ha de alegrarnos, sino apenarnos. Estar obligados a realizar ese sacrificio contra nuestra sana conciencia, para poder existir. Tú puedes hablar de eso con erudición. No eres un campesino. Tú no te ves obligado a degollar en otoño unas ovejas a las que conoces y a las que quieres. Tienes que proveer para tu hogar. Y no puedes permitir que haya tantas ovejas que sea imposible mantenerlas con vida durante el invierno, hasta la llegada de la primavera. Eso lo sabemos nosotros, los campesinos. Pero no podemos evitarlo. Con tu hoz cortas la más bella flor. Pero no lo haces con alegría. Es ciertamente doloroso.

Pero la alegría de la caza. ¿No sientes la alegría de la caza? ¿Alguna vez, al menos? Eres un santo, amigo, dice el magistrado con una sonrisa irónica.

Somos muy imperfectos. Lo bueno que queremos, ya lo sabes, o lo malo, somos complicados. Y es todo menos fácil lograr no desbaratarse con las contradicciones. Mi alma no se alegra. Pero hay que vivir la vida, hay que aceptar sus injusticias, hasta cierto punto. Aunque preferirías evitarlas. Y hacer lo que es justo según tus convicciones y tus deseos, lo que sea mejor posible. Pero tú, continúa, ¿tú, qué? ¿Eres cazador?

No me interesa esa actividad. No sé disparar una escopeta. Tampoco me divierte pescar. Mi pasión de cazador se esconde en lo que consigo escribir. En la poesía. También conozco la pasión de la caza que creo propia del erudito. Acechar algún antiguo saber, enlazar hechos fragmentarios y adivinar dónde se agotan las fuentes, o excavar otras nuevas que pudieran arrojar alguna luz sobre lo que antes se sabía. Comprender las cosas para poder crear. No, no hallo placer alguno en destruir la vida, como el cazador.

Sí, tú no destruyes la vida. Tú husmeas en los secretos de los muertos, como poeta. ¿Y qué será de los que están vivos? ¿Los respetarás a ellos? ¿Salvaguardarás sus secretos? Tú, que juzgas. No, tú no destruyes la vida. No juzguéis y no seréis juzgados.

Fumaron en silencio durante un rato, bebiendo un sorbo de cuando en cuando. Iba bajando poco a poco el nivel de la botella que estaba sobre la mesa, nimbada de luz, allí se juntaban el débil resplandor de la lámpara que vivificaba las cosas con su efímera luz, y el pálido brillo plateado de la luna que nunca se apagará por completo.

Crecemos y crecemos, dice el magistrado: porque nunca estaremos plenamente satisfechos con nosotros mismos.

Buscad y encontraréis, dice el pastor con tristeza.

¿Algo distinto a lo que buscamos? pregunta el magistrado: buscad y descubriréis que aún queda algo por encontrar.

SUEÑO: *LARGO*

Campanas de cristal de color agua teñidas de rosas rojas y azules tintineaban como hielo como carámbanos cuando chocan como bolas y se rompen se le clavaron las astillas de vidrio en el dorso de ambas manos ensangrentadas mientras intentaba proteger su rostro de los tonos de ardiente oro con unas manos que la claror hería con rayos inquietos de luz o el azote de plata de la luna que brotaba rompiendo nubes rasas con palidez de muerte, una luna ya no de plata sino casi blanca se situó junto a una hilera de ventanas en forma de cuña en una hendidura bajo el tejado de la iglesia que formaba un alto gablete en la gran sala, nunca había visto ninguna igual, y las campanas de cristal se quebraban una tras otra cuando el latido del corazón las tocaba, despedían esquirlas de pronto la caravana de caballos llegaba al galope se habían desembarazado de los fardos o llevaban a rastras bultos destrozados sobre las filudas piedras por los pedregosos caminos de una loma ay allí donde estaba ella tumbada sin poder evitar sus férreos cascos su ay ay más fuerte ay detente dice él al viejo dios de larguísima barba que parecía una divinidad eternamente joven y de hercúlea talla con la aljaba de los rayos oculta bajo el manto en que se envolvía, y las astillas de las campanas rotas se clavaban en la blanda tierra marrón buriel en aquella granizada de blancas crines de los fuegos fatuos del peligro, y resbalaban en los estanques, y quedaban allí como dardos ponzoñosos o saetas.

Vuelve a oír las herraduras resonar sobre la roca repicar sobre hielo azul gris mas se amortiguan en las manchas de nieve no puedes volver a tocarme no hemos hecho ya bastante eh si uno pudiera volver a tocar esos suaves

cabellos entonces la luna se habría retirado al instante otra vez luna nueva sí y los caballos esperan de espaldas al viento en la cresta en un nuevo bautismo de nieve cada vez más blanca y aguardan pacientes hirsutos torpes bajo las hinchadas nubes violáceas con un zumbido cerca pero lejos de esa imagen silenciosa, que de pronto está completamente calma un sonido con un gemido atronador aún más lejos que horripila siempre aquel agudo tono tan tensado hacia los límites últimos del canto pero vuela errante por el espacio mientras la imagen ata al ojo por un instante y salva salvó a quien no podía perder su visión ciego oiría aquel tono aquellos tonos que ahora parecían revolverse a punto de despertar, el brillo en los ojos de los caballos hirsutos que no se mueven la vida siempre espera de una muerte venidera que vela en la eternidad de las inmensidades en los campos en las montañas en los precipitosos hielos azules sobre un mar que emblanquece con azules tan sombríos que parece a punto de ennegrecer en el aire más fuerte más fuerte ay más rápido... hasta que se disuelve, hasta que amaina, y hasta que se apaga...

Y todo continúa menos eso; y nada está vacío, excepto lo que cesa de existir. Su materia transferida a alguna otra cosa, a algo nuevo,... totalmente distinto.

¿Ya basta?

¿Destruir?

Cuando la tierra tembló, dijo el viejo campesino de rostro arrugado surcado doquiera por letras indescifrables, y ojos llorosos con una mancha en el azul: tembló, entonces el temblor rajó el hielo de la bahía el hielo del mar como si fuera una delgada costra imagina en la profundidad, todo a una sola vez, y de pronto el hielo se había vuelto todo sí se había convertido en pequeñas láminas en el mar el hielo que lo había cubierto todo cuanto alcanzaba la vista desde la orilla en la niebla helada. Día tras día. Habíamos empezado a pensar que llegarían los osos blancos, grandes y pesados, pero a la vez tan ágiles hambrientos no lobos no, no conocemos ningún caso, qué va, viven en otros sitios... Pero de pronto todo el hielo se había roto, sí era lo de los osos blan...

Grandes gemas rocío helado en gotas multicolores entre hilos de cuerdas trenzadas con crin de caballo entretejidas en un matorral situado

sobre el brezo colgado de un gavilán en la pared de una grieta al lado de los helechos para avisar de un socavón para avisar quizá de un cordero atrapado, aquí no había árboles, ya no había montañas, ya no había lago hecho hielo, ni retumbar de herraduras, no está la cresta con los caballos esperando de espaldas al viento en la ladera; rebullendo de cuando en cuando con las ráfagas de viento o el silbido al pasar, y que esparcía gotas de rayos verdes por el deslumbrante helero, por la nieve que se funde en una hondonada tan iluminada por el sol que la mujer habría podido bañar sus pies remetidos en unos zapatos de piel de oveja, bordeados de pelo y la piel de borrego negra que llevaba puesta y que brillaba tenue sobre los cortísimos añinos negros en los que la luz despertaba chispas azules y él que no era luna no tenía el poder de la luna no tocó la piel menos aún el negro cabello de la mujer. Menos aún. El corazón contenía la melancolía del violín para que la imagen no se hiciera añicos qué lejos ahora el brezo del otoño con sus colores. Rojo no era, no era amarillo, la luna volvía a estar llena, y se inclinaba al surcar el luminoso cielo nocturno, y las estrellas ofrecían inmensidad, no tiempo.

Entonces atronaron las trompetas (había llegado pues el día inevitable, el día del juicio, el día de la ira) caballos amarillos y azules conducidos por riendas pajizas con relucientes bridones hirsutos como antes con lustrosos belfos negros casi azules, arrastrados sobre la panza por el hielo gris metálico, e intentaban arañarlos golpeando con los cascos, sobre montones de prístina nieve blanca, con una rosa roja o rosa engarzada en una ventana de la nariz o en ambas. Pero las altas torres de la iglesia se rajaron con desesperada violencia, él colgaba del badajo de la gran campana que se movía despacio demasiado despacio sobre su eje en el torreón abierto que quedó en pie cuando lo demás cayó a tierra y se desintegró en el enlosado del patio en las grandes losas en las lomas rocosas donde ella estaba en lo más alto del castillo élfico un perro corría escapando a duras penas de la ruina intentaría empujar con las piernas si el badajo se acercaba demasiado a la reluciente concavidad metálica de la campana para aplastarlo al tiempo que hacía surgir un sonido apagado. Muy por debajo de él vio unos ratones jugueteando en el suelo a la luz de tres largos cirios blancos, y otro azul que

era el más consumido, y que estaban metidos en un candelabro gigantesco, alineados.

Recordó los caballos allí colgado al sacerdote lo había visto de pie ante la puerta de la iglesia con los largos brazos levantados en el aire bendiciendo, antes de que se hundieran las torres. Ahora se pregunta cómo había llegado adonde estaba.

¿Había salido volando en la explosión? ¿Había sido arrojado al aire? Y oscilaba despacio. Despacio...

Hasta que se halló en la orilla del mar, y el henasco amarillo y pálido a la luz de la luna, y el rumor del mar pesado contra los escollos, y espumante sobre los guijarros de la playa, no distinguía huellas en la arena negra entre las peñas de la playa, entre piedras entre las algas de la orilla del mar; el pájaro planeaba lentamente.

Ni una barca.

Ni un barco.

Ninguna luz humana. Ni nieve. Ni caballos de espaldas al viento en el prado congelado de una granja sin luz. Solo algunos pardillos y tordos dando saltitos sobre la rosada tierra dura bajo las casas desiertas.

Y el sonido se entesó en el rumor del mar y...

¿Y ahora, qué? Cree oír el susurro de la voz de ella. Nunca supo desde dónde.

Cuando clareó estaba aún en la playa, mirando el hinchado mar. Se había encalmado el viento que había rizado el mar, blancas cabrillas rodaban por la mar entera.

El horizonte bajo, un borde color crema lo deslindaba de la vasta extensión de nubes zarcas con coronas azabache que crecían poco a poco.

Las grandes campanas de bronce giraban en la rompiente, y algunas veces se arrojaban tan lejos que alcanzaban carcasas de aves que yacían sobre montones de nieve, arrastradas por el rebufo de las pesadas campanas al detenerse. Los badajos aplastados en su golpeteo, rascaban a las campanas en el vientre, o golpeaban el metal con un sonido espectral en el estruendo del mar, como si estuvieran cantando a las aves muertas por el mundo entero.

Nada se movía.

Excepto una mujer. Desnuda en el olor de las algas, por el empuje le corrían conchas, balanos por los tobillos, como broches para proteger ojos perdidos mientras se disolvían.

Estaba desnuda, sus pechos pesados de leche; y sacudía la cabeza como si intentase quitarse de encima algo que era incapaz de soportar por más tiempo, y arrastraba un largo velo un manto ensangrentado, y teñía las olas que la perseguían, y se adueñaban de su sombra, y la lastimaban. No prestó atención alguna cuando las aves muertas flotaron alrededor de sus pies.

Ni una luz. Ni una barca en el mar.

Ni un solo pájaro en el aire.

Solo una plétora de pájaros muertos en la playa, girando en la menguante, y volteando en la marea.

En ese momento desperté y no sabía dónde estaba.

Creía seguir inmerso en el sueño, creía que la marea menguaba sobre el sueño y escurría por debajo de la puerta; y entonces empezó a aclararse mi mente y a comprender dónde estaba y por qué. No sé si sucedió despacio o en un amén.

SEGUNDO DÍA

Al principio, las declaraciones de los testigos fueron del mismo género que el día anterior, y confirmaron lo ya declarado. También otros más habían visto a los hermanastros en la misma cama. Un bracero de la misma edad que el pastor, veintidós años, responde a la pregunta del juez de si recuerda haber visto a Sasmundur Fridgeir pasando de su cama a la cama de su ilícita amante.

Desde luego, dice el testigo; claro que lo vi a altas horas de la noche salir de su cama en ropa interior y pasar a la cama de Sólveig Súsanna.

¿Tiene idea de cuánto tiempo permaneció allí?

Sí, desde luego, lo sé. Desperté mientras estaban juntos en la misma cama. Calculo que habrán sido dos horas. Sí, sí, estuve despierto entretanto. Hasta que vi a Saemundur Fridgeir volver a su cama.

¿Habló de ello con los hermanos, protestó usted por ello?

Entonces no. Yo no hablo mucho con la gente de la granja, aparte de sobre cosas intrascendentes, si no son cosas del trabajo. Es sobre todo mi mujer. Pero calculo que la señora del pastor debe de haber visto a esos dos arrejuntados en la cama, juntos. ¡Oh no!, nunca se lo he mencionado al cura. ¿Eh? ¿Si he oído decir que Sólveig anduviera con otros? No desde que vine aquí el año pasado.

Por lo demás, confirmó lo que había dicho su mujer. Y añadió que había oído rumores, o había sabido que la opinión general apuntaba a que la mujer estaba embarazada; y que había notado que la gente daba por sentado que era cosa de su hermanastro.

El juez consideró entonces que no era justo seguir manteniendo al margen a los señores de la casa, y convocó a *séra* Stefán. El clérigo no pudo evitar hablar de todo lo que había ido notando desde que los dos coincidieron en la casa, y de lo impropio de su conducta; pero añadió: no presté demasiada atención al asunto. Me pareció que su relación era más parecida a la que puede apreciarse a veces entre parientes muy cercanos, no tanto algo relacionado con la pasión carnal, aunque no puedo negar, ya que se me ha preguntado por ello, que me parecía algo que más valía no comentar y que era un tanto desagradable de ver.

¿El testigo comentó esto con la gente de su casa?

Séra Stefán no se apresuró demasiado a responder, se rebullía inquieto en su asiento como si fuera un mero huésped en aquella sala y no supiera cómo conducirse: Bueno, en realidad mi bracero Jón ciertamente me hizo ver en cierta ocasión, sin preámbulo alguno, que le parecía bastante poco natural la gordura de la pobre mujer, aunque no recuerdo exactamente cuándo y...

Bien, ¿y cómo reaccionó el testigo? dice bruscamente el juez, aunque con mayor amabilidad de lo habitual.

Ya, yo no entiendo mucho de ese género de cosas, y no presté especial atención al hecho, quizá.

Pero algo diría tal vez el testigo cuando se hizo alusión a esto...

Sí, dice el pastor: sí, supongo que sí. Claro que le expresé mi opinión a Jón, que ya se vería en su momento si estaba embarazada.

¿Pero qué opinión le cupo al testigo personalmente? ¿No vigiló el testigo este hecho con más detenimiento? Caso de que no lo hubiera notado él también. Tal vez no se puede pasar por alto algo como eso. Cuando es más que evidente.

Sí, ciertamente no se me escapó por completo que ella lucía unas redondeces que no eran del todo lo que se suele considerar normales. Pero, como ya he dicho, no entiendo mucho de esas cosas. No tengo hijos, y además llevo poco tiempo casado.

¿El testigo nunca intentó examinar en detalle el asunto, una vez hubieron comenzado las sospechas?

Sí, estaba de viaje con nuestro médico, que está aquí entre nosotros y puede confirmarlo, y le pregunté si esa clase de gordura en una mujer no podría deberse a motivo alguno que no fuera el que la mujer se encontrase encinta, que fuese por algún otro posible motivo, y el médico me dijo que tal posibilidad existía.

¿El testigo no reparó en que la ya mentada redondez aumentaba con el tiempo?

No reparé en ello.

¿El testigo no albergó, pues, sospecha alguna? ¿Ninguna? ¿No percibió el testigo que la mujer había adelgazado de manera un tanto brusca?

Bueno, eso no puedo negarlo.

El magistrado interroga entonces, repetidamente, a su antiguo compañero de clase, que mostraba el ánimo muy acongojado. ¿Nunca había visto nada ilícito, en su opinión, en relación con los hermanastros?

Nada que yo pudiera calificar así sin vacilación.

¿Nada?

Bueno, ciertamente mi mujer me dijo una noche, cuando fue a traerme agua, me dijo, eso sí, que los había visto en la misma cama a los dos.

¿El testigo no hizo nada al respecto?

Bueno, hablé en una ocasión con Saemundur, respondió mientras pasaba los dedos con fuerza sobre el mantel, largas pasadas con la yema de los dedos, mirándose el dorso de las manos.

¿Sí? pregunta el magistrado.

Sí, dice el sacerdote: Cuando empecé a comprobar que algunos estaban escandalizados por causa de los hermanos, le hice algunas serias advertencias en el sentido de que tenía que dejar de escandalizar a la gente comportándose con su hermana de una manera tan atrevida, y que no podía dar a la gente motivo alguno de reproche, ni convertirse en piedra de escándalo, haciendo cosas que podían entenderse de maneras muy diversas, y que no eran en absoluto oportunas, y que tendría que ser innecesario si...

El magistrado le pareció que su perorata estaba resultando excesiva y quiso saber cómo había reaccionado el joven, si había protestado.

No. En realidad, desde luego no directamente, esto es, qué va, no lo negó en absoluto ni que le hacía carantoñas a su hermana. Pero dijo que

todo era de lo más inocente. Así que la conversación no fue más allá.

¿Pero no comentó usted el asunto con otras personas de la granja, aparte del médico?

Sí, en realidad puede decirse que sí. Con nuestro alcalde pedáneo. Pero a decir verdad no fue nada especial, casi ni vale la pena mencionarlo. Eso sí, nuestro alcalde, a él le oí decir que Saemundur, el de nuestra granja, al parecer le había dicho algo a Bjartmar Sigurláksson, un bracero de Beyla, como que era suyo el niño que parecía estar esperando su hermanastra Sólveig. Pero no puedo afirmarlo con total certeza ni recuerdo exactamente qué palabras usó, y no estoy nada seguro, en absoluto, de que se tratara de nuestro alcalde pedáneo, y no de algún otro que no viva en la granja.

El sacerdote recordó entonces, o creyó recordar, que oyó a Arnór Björnsson de Múlaberg, carpintero de ribera, mencionar que él y Bjarni Ásláksen de Sydra-Hóll coincidían en que no se podía demorar más el llevar el asunto al magistrado, tan extendido estaba el rumor, que se había generalizado por la comarca, y que incluso había empezado a filtrarse fuera de esta. Dijo que no había forma de acallar las murmuraciones, prosigue el pastor, alargando su discurso para aplazar así las preguntas del magistrado que le habían empezado a resultar ya agobiantes: No hay escapatoria, dijo Arnór. No hay manera de pararlo, ya se habla de ello por todas partes. Aunque nadie diga nada en voz alta...

¿Cuándo? pregunta el magistrado, cansado ya del largo discurso.

Ah, suspiró el pastor, deteniéndose para secarse el sudor: ¿Cuándo?

Sí, ¿cuándo?

Bueno, recuerdo que fue después de que nuestro alcalde, que en realidad me habló de ello, bueno, ya había denunciado el asunto ante el magistrado...

¿Tras consulta con el testigo?

Ya, ¿qué va a hacer uno? ¿Consultar, ponerse de acuerdo? ¿Qué puede hacer uno? No dije que no. ¿Cuándo dice uno que sí?

¿Oyó el testigo al acusado admitir que la mujer estaba encinta?

Recuerdo vagamente algo así...

¿No puede recordar el testigo...?

... como que le preguntaron a Saemundur ahí en la granja vecina, al este...

¿No puede ser más preciso el testigo? ¿Quién preguntó...?

... el granjero Sigmundur, si la mujer, Sólveig, estaba sola y...

¿Y? dijo el magistrado: ¿Qué respondió entonces?

Que si era así, él sabría quién podía ser el padre.

¿Ya, y qué, qué quería decir con eso?

Bueno, eso significaba que el que preguntaba había creído poder concluir de las palabras de Ssemundur que el padre era otro y no él. Y ahora me acuerdo, y quizá al señor magistrado le parezca bien que lo mencione, ya que hemos empezado a hablar de lo que podrían llamarse chismorreos, sí, bueno, que la madre de los hermanastros, que estaba en Múlaberg, aquí en la comarca, en esa época, fue en algún momento del año pasado, parece que estuvo reconviniendo a sus hijos para que no escandalizaran a la gente con su forma de comportarse.

¿Cómo sabe eso el señor pastor?

No lo recuerdo. Pero indudablemente no lo oí antes de algún momento de este verano. Se me ha venido a la memoria ahora que hablamos del asunto, ay, es porque no podemos evitar recordar las cosas en ciertos momentos.

¿Y no se le vienen más cosas a la memoria? pregunta fríamente el magistrado. Thórdur, su compañero de viaje, y el otro actuario tuvieron la sensación de que sonreía con ironía.

Ya, qué puedo decir, sí, algo hay. Pero no lo recuerdo bien. Pero hubo alguien que dijo...

¿Quién?

Bueno, me parece que fue el alcalde quien dijo...

¿Qué? ¿Qué es lo que dijo?

Bueno, dijo que había oído alguna insinuación de que Saemundur y la señora de aquí, de Sel, que es como llaman una granja al oeste de aquí, habían estado charlando, y que en su charla salió a relucir que la hermanastra de él estaba preñada, y que entonces él había empezado en broma a adivinar quién podía ser el padre, y había mencionado a varios, entre ellos al joven Arnór de Múlaberg, con quien había estado cazando zorros poco tiempo atrás. Y hay que añadir por lo que le oí contar a ella, si

no confundo los recuerdos, que él añadió algo así, como en broma, que quizá la gente se lo achacaría a él...

¿Y no se sabe nada sobre la respuesta de la mujer? pregunta el magistrado, sardónico.

Sí, parece que ella dijo que nadie se atrevería a algo así, o que probablemente no.

Bueno, pregunto formalmente al testigo si escuchó que algún otro hombre, aparte de Saemundur Fridgeir, hermanastro de Sólveig Súsanna, ambos acusados, fuera relacionado con ella, esto es, después de que los dos empezaran a residir en esta granja, y le informo de que su respuesta constará en acta antes de que el acusado se retire del tribunal, y por el momento lo consideraré suficiente.

No recuerdo tal cosa, y no me acuerdo de nada más que pudiera aclarar el caso, al menos por lo que hay en mi conciencia. Si el señor magistrado desea un juramento...

Ya veremos, ya veremos.

Se encontró en la puerta a su mujer, que acababa de ser convocada al tribunal. Se miraron a los ojos por un instante, él bajando la cabeza, y ella, más pequeña, levantándola hacia él. El magistrado esperó con impaciencia poder concluir aquella sesión; y también sus dos actuarios, cada uno a un lado, y una silla vacía para la mujer. Ella estaba angustiada y no pudo acercarse a su marido; que retrocedió incómodo en dirección al pasillo y se quedó en el primer escalón, en el pasillo de suelo de tierra, dirigiéndole una mirada por encima del hombro; soltó la puerta que encajó en el quicio y se cerró entre ellos.

Y comenzó el interrogatorio.

MIENTRAS LA ESPOSA DEL PASTOR ESPERABA FUERA; Y EL INTERROGATORIO POSTERIOR

Ella no esperaba consideración alguna por parte de aquel hombre presuntuoso que había pasado dos noches bebiendo con su marido. Sus recelos aumentaban mientras *séa* Stefán comparecía ante el tribunal. ¿Qué habría respondido? Estaban obligando a los dos a hablar de lo que habían callado por tanto tiempo. Lo que ni siquiera entre ellos habían hablado.

Revolvía el mantel, moviéndolo hasta que vio que lo había descolocado. Lo empujó para volverlo a poner en su sitio, a punto estuvo de tirar la lámpara que había sobre la mesa. El cristal del quinqué cayó sobre la mesa, pero consiguió cogerlo entre las manos antes de que cayera al suelo. Vio crecer y menguar la sombra de una silla junto a la ventana mientras una nube se separaba del sol; pero otra fue cubriéndolo a su vez, lentamente. Oyó la brisa sobre la ventana, y la sintió también en la sombra de las hierbas del tejado, que crecía y disminuía alternativamente. Oyó al perro, Snati, ladrar a lo lejos, y pensó que el sonido llegaba desde la orilla del río. Oyó también al toro mugir, atado como estaba en su establo. Oyó también a la vaca Skjara responderle desde el prado. Se sentó en la silla y olvidó en sus manos el vidrio de la lámpara, se quedó allí sentada con la boca abierta y el rostro relajado y dejó los ojos perdidos como si intentara imaginar cómo sería estar embarazada.

¿Cómo iba a saberlo?

Oye entonces a la niña, Áróra Anníasdóttir, llorar con vehemencia. Probablemente en la despensa, pensó, pues sabía que la vieja Járnbrá estaba allí con la cara tiznada delante del fogón en la asfixiante humareda, refunfuñando y escupiendo a los calderos, pestañeando con rapidez sus ojos pequeños y mezquinos, y en el humo no veía nada extraño que pudiera calmar su curiosidad. Suspiraba, a veces suspiraba como si intentase ahuyentar algo que los demás no veían.

El llanto de la niña llegaba a través del pasillo hasta el cuartito revestido de madera; maderas arrojadas a la playa por el mar el año anterior. Era como si no hubiese visto nunca aquellas vetas. Era como si nunca hubiese estado allí sentada, ociosa, mirando las cosas de su propia habitación. Apretó las manos sobre su vientre que nunca se había hinchado con una nueva vida, sorbió por la nariz; y se puso a escarbarse uno de los agujeros de la nariz con un dedo corto y grueso con una uña pequeña. Vio a Saemundur a lo lejos, en los prados, dedicado a la faena. Sabía por Jón, el bracero, que Sólveig estaba en su pequeña alcoba, vigilada; no podía salir de ella si no era acompañada. Sintió con dolor su propia juventud.

El llanto de la niña era ahora discontinuo. Tal vez, más que oír el llanto en el cuartito, se daba cuenta de que existían aquellos sollozos. Pensó que debería ir a ocuparse de la niña. Pero sintió un pavor del que se avergonzó. ¿Cuándo había hablado alguien a aquella niña?

El interrogatorio se iba prolongando en la sala. Ay, ¿en qué podía entretenerse? No podía apartar su mente de la criatura. Un niño que había sido sacrificado. Un sacrificio humano. Tal vez habría nacido vivo. Era tan pavoroso que no pudo seguir pensando en ello. Pero no podía apartar de ello su mente. Sintió la punzada de la idea de que ellos dos habrían podido adoptar a la criatura. Criarla como a su propio hijo. Pero se habían quedado de brazos cruzados. ¿Por qué no habían buscado a alguno dispuesto a cargar con la paternidad? ¿Sin coste alguno? Como si no se hubiera podido convenir de balde con algún soltero de la comarca. Incluso habrían podido pagar a alguien para ello. Llevaban un año entero casados.

Dio un respingo cuando la puerta se abrió y apareció su marido cabizbajo y con el ceño fruncido; e intentó mirarlo a los ojos, pero él apartó la mirada. No consiguió acercarse a él, no se dio cuenta hasta que estuvo

sentada ante aquel juez prepotente que había aparecido como caído de las nubes para embrollar todo lo que había podido mantenerse a flote un día tras otro. Ve ante sí la mano del escribiente con el dedo tieso sobre el palillero, y un pequeño callo en el principio de la pluma, donde se introducía en el palillo, semejante a un ave de presa cerniéndose en el aire sobre el tintero. Un cuervo, piensa ella. Aquella siniestra ave carroñera. Aquel bronco engendro del averno que medra entre cadáveres. Tuvo la sensación de que era otra persona la que hablaba tan solemnemente dentro de ella en aquel pensamiento. No, se dice a sí misma mientras escucha al magistrado leer para su escribiente alguna introducción que reseñar en el acta antes de dar comienzo al interrogatorio. Veía ante sí un cuervo atacando a una oveja encima de su cordero muerto para sacarle los ojos, negro como la noche sobre la blanca oveja en el otoñal paisaje nevado, immaculado. Todo blanco excepto aquel pajarraco negro, aquel pajarraco que aseguran conoce lo que aún no ha sucedido, y que presagia desgracias.

Había una gran sonoridad en aquella voz que ella habría preferido no tener que escuchar.

¿Fue usted testigo de intimididades inapropiadas entre las personas a las que se acusa?

Ella se oye a sí misma decir sí en un susurro, se irguió y dijo entonces sí en lo que a ella le pareció voz suficientemente alta para aquella pequeña sala. Demasiado alta para ella aunque respondiera a media voz. Pero aquella voz pertenecía a lugares muy diferentes, su hogar no estaba en aquella sala. Ella vivía allí y no acostumbraba a alzar la voz. Pero la culpa era del nudo que tenía en la garganta.

Se apresuró a añadir: Solo una vez los vi, dice, los vi acostados en la misma cama. Era bien entrada la noche. Estaban acostados en la cama de ella. Se sentía extrañada de oírse hablar tanto: Pero él, Saemundur, estaba en camisa. Aunque estuvieron los dos bajo las mismas sábanas y...

Sintió arderle el rostro, se quedó sin respiración y dijo tres veces «y».

¿No oyó la declarante a la gente de su casa hablar de que hubieran notado algo que en opinión de ellos resultase particularmente indebido en la conducta de los dos hermanos?

No que yo recuerde.

¿Nada en especial?

Bueno, sí, algo hubo, ahora que lo pienso. Sí, fueron Kristín, que trabajaba de criada, y su marido Vigfiís, los dos están aquí en la granja. En una ocasión mencionaron, no recuerdo cuando fue, ella me dice...

¿Querría la testigo hablar un poco más alto?

Bueno, estuvieron hablando de que habían advertido que los hermanos se acostaban juntos.

¿Y eso es todo?

Bueno una vez le pregunté a nuestra comadrona, Marsibil de Beyla, si creía o había creído en algún momento que Sólveig estuviera en cinta. Recuerdo que eso fue después de que hubieran estado hablando de que Sólveig ya no estaba gorda.

Bien, ¿y qué dijo la comadrona?

Bueno, dijo que hacía tanto tiempo que no la veía que aunque hubiera alguna base para los rumores esos de que estaba encinta, a ella no le sería posible ver señal alguna de ello en la constitución de la muchacha y que además no había podido ver nada anteriormente.

Bien bien. ¿Eso era todo?

Bueno la comadrona dijo como que le había parecido algo extraño el gesto de su rostro.

Y la declarante, ¿la declarante no vio nada?

No se pudo oír la respuesta de la esposa del pastor así que el magistrado alzó el tono de voz.

¿Sencillamente nada?

Quizá. Sí bueno una cierta gordura poco natural hace tiempo.

¿Y fue aumentando o no?

Sí en realidad sí.

¿Tuvo la sensación la declarante de que aquello podía ser indicio de que la mujer estuviera encinta?

Sí, dijo en un murmullo.

¿Y la declarante vio tal vez que la gordura se reducía repentinamente?

¿Eh? ¿O no? ¿Eh?

Sí en realidad sí.

¿Y puede recordar la declarante algo más preciso sobre este particular?

¿Eh?

Bien ¿puede explicar la declarante algo más en lo tocante a estos hechos? Si la mujer estaba indispuesta, o si se acostaba sin hacer nada, quizá si estaba incapacitada para trabajar, algo por el estilo.

No lo sé.

¿No lo sabe? ¿Cómo es eso?

Bueno estuvo indispuesta parte de un día, unas horas. En esos días. Cuando pareció producirse el cambio.

¿Se percató la declarante de que la acusada Sólveig permaneciera en el exterior más tiempo del normal por las noches?

No que yo me diera cuenta o que yo recuerde, dice, y añade apresuradamente: en realidad se dedicaba a unas labores que la hacían acostarse más tarde que otras personas de la granja, sí, y luego se quedaba sola un rato. Era completamente normal.

Y por lo demás ¿no hay nada en particular que quiera mencionar la declarante?

No.

Se sintió aliviada cuando el juez ordenó una pausa en la vista. Salió a toda prisa, sudorosa y con el rostro arrebolado e hizo todo lo posible por no mirar al juez ni a sus actuarios, y vio que el perro la esperaba en el pasillo cuando abrió la puerta, con el rabo curvado; y mirándola expectante. No sabía dónde podría encontrar a su marido pero primero necesitaba estar sola para reponerse.

CAUTIVA

Aquella mujer joven que apenas había salido de su terruño, nunca había visto a un hombre como aquel. ¿Qué sabía ella de lo que podía encontrarse más allá de las montañas? Primero estaban las colinas cada vez más elevadas, una tras otra; y empezaba una larga cresta en declive. Se elevaba hasta convertirse en una sierra, en una meseta. Ella nunca había viajado en aquella dirección. Y la tierra que comenzaba más allá de las montañas acababa en el mismo océano ártico.

El mar de hielo, no había tierra alguna más allá de aquel mar, solamente una isla. Solo un mar que se extendía hasta el cielo mismo.

Ella nunca había ascendido aquellas laderas. Había viajado por la comarca con todas las montañas a su alrededor. Y entonces llegó aquel hombre como un enviado del todopoderoso, para juzgarla a ella. Cruzando las montañas, si no bajado directamente del cielo. Venía de otras tierras en las que había ciudades. ¿De dónde había venido? Ella casi ni había imaginado que existieran las ciudades; y ni siquiera había ido a la aldea.

Nunca había visto un hombre como aquel. A no ser en una fotografía del rey que tenía el pastor en la sala. Bueno sí quizá también la foto del presidente Jón Sigurdsson. Pero era completamente distinto. Tanta serenidad y tanta dignidad.

Pero le recordaba incluso más al hombre de la pared junto al escritorio del pastor con la boca enterrada en la barba. Aquellos ojos que llameaban día y noche en el cuartito del pastor. Aquellos ojos que llameaban y se consumían como si dentro de ellos ardiera un fuego, pero como si también pudiesen mirar mucho más allá de la granja, hacia el prado y más allá del

río, quizá a través de lomas y cerros. Él era mucho más del mismo estilo. El rey no llameaba.

A veces, cuando limpiaba el polvo de la foto del rey, se había sentido extrañada de que el rey no tuviera ojos más bellos. Y eso que era rey. Era más bien apagado; como si no fuera diferente a las demás personas; aparte de que tenía comida suficiente. Igual que el factor de la tienda. ¿Quizá no tenía sueños? Quizá había velado demasiado tiempo por sus súbditos y había empezado a aburrirse; porque había muchos intermediarios entre él y ellos, y todo género de quejas y protestas.

Ella había visto a aquel hombre temible llegar a caballo en el crepúsculo. Pero creyó percibir como un aura a su alrededor, ahora que pensaba en ello, como el centelleo de un fuego fatuo.

Observó arrogante al guardián que le habían asignado. Pobre tipejo, en realidad sentía por él cierta lástima desdeñosa. No la doblegarían. Nadie la doblegaría. Cuando pensaba en el interrogatorio que la esperaba, era como si le desapareciera la angustia, como si se sosegara. No la doblegarían. Al principio, cuando pensaba en aquel hombre, en lo diferente que era a todos los otros hombres, sentía acelerarse los latidos de su corazón; pero el desafío despertaba en ella su orgullo y su arrogancia.

Se sentía crecer con la idea de batirse con aquel emisario de los dioses. Y comprobar de qué lado se ponía Dios en aquel combate. Y aunque estuviera del lado de los poderosos, ella no se acobardaría. Ya no sentía miedo. Era como si lo hubiese dejado a sus espaldas. Notaba que el guardián evitaba mirarla a los ojos, como si deseara decirle algo. Ambos callaban. Ella estaba sentada en el borde de la cama en aquel cuartito en que la tenían encerrada, rígida; y miraba hacia adelante, tenía las manos frías en el regazo, con los pies un poco vueltos hacia dentro en sus desgastados escaupines. Se le había pasado un momento por la cabeza el recuerdo de su hija, a la que sin duda tenía desatendida; no la quería demasiado, quizá nunca la había querido. Ahora, en aquel instante, recordó cuando le pusieron a la criatura recién nacida entre los brazos. Era como si nunca hubiera tenido especial apego por aquella niña. Porque se la habían metido en el cuerpo por la fuerza y no se la pudo quitar. Más tarde intentó forzar a querer a la niña; pero casi nunca pudo sentir que fuera carne de su carne.

La niña ya llevaba con ella cuatro años. Era precisamente en aquel momento cuando más la echaba de menos. Tal vez era más por sentimiento de propia culpa que por añoranza.

La niña nunca había estado cerca de ella. La seguía como una sombra más. Que desaparecía cuando la luz brillaba de cierta forma, reaparecía y daba vuelta a su alrededor como tenía que hacer, sin llegar a estar nunca cerca de ella. Sin embargo, la había parido con dolor, gritando y agitándose como un animal caído en una trampa, como un zorro incapaz de liberarse. Incapaz de destrabar con sus dientes el miembro atrapado en el cepo.

Intentaba recordar en vano cómo había sido sentir aquello crecer en sus entrañas, y no recordaba si había sido más la angustia o el vacío lo que sintió al descubrir que estaba encinta de un hombre que la había hecho suya sin preocuparse lo más mínimo de sus deseos o su voluntad. Tal vez ignorancia, desesperanza, apatía. No poder verse a sí misma como su propia dueña. Reprimir los sentimientos, ignorar un día y otro la propia arrogancia, imposibilitada de hacer gala de ella. Eso llegó más tarde. Conocer su propio cuerpo y llenarse de un orgullo surgido de la obstinación, nutrido en el desafío a todos y a todo; y reclamar su derecho. Y ser consciente de la fuerza de su alma.

Y otra vez había sentido despertar un ser vivo en su cuerpo, y había notado cómo iba creciendo. Pero esa vida nunca debería nacer. Estaba condenada. Era el gran sacrificio humano. Para ella fue más difícil que para Abraham cuando Dios mismo le ordenó sacrificar a su hijo Isaac. Lo que todos saben sin hacerse preguntas, sin la más mínima turbación. Todos dispuestos a comprender y aceptar. Y Dios habló a Abraham y le exigió que le entregara su hijo. Que demostrara su fidelidad. Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Y Abraham obedeció y puso a su hijo Isaac en el altar sobre la leña. Y extendió luego la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová lo llamó desde el cielo: ¡Abraham! ¡Abraham! El respondió: Aquí estoy. El ángel le dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada, pues ya sé que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste a tu hijo, tu único

hijo. Y Jehová ofreció entonces a Abraham un carnero trabado por los cuernos en un zarzal para ofrecerlo en holocausto.

¿Qué le había ofrecido Jehová a ella sino una durísima vida? Ocultar su criatura. En su pacto de amor figuraba que su fruto estaba envenenado para ellos y para sí mismo. Llevaba la muerte dentro de sí. Ella había llevado en sus entrañas un ángel de la muerte. Los dos sabían que aunque el castigo sería para ellos si se llegaba a saber, sería aún más atroz el que caería sobre quien era inocente de todo. El hijo de ambos estaría marcado al fuego por lo que llamaban crimen. Por lo que a otros les parecía el más aberrante de los pecados: su amor. Para ellos estaba fuera de toda duda que no había forma de evitar aquel sacrificio. Ya era suficientemente miserable la vida del acogido por caridad en casa de extraños. Cómo sería entonces con un crimen capital sobre los hombros de un niño pequeño.

Una vida así sería un infierno para él. También nuestra vida ha sido mala, pero la suya sería mucho peor aún. Por su propio bien era preciso dejarlo morir. Nos caería encima todo el peso de la ley si vivía, entonces podrían demostrar lo que quisieran y hacer que nuestra culpa cayera sobre su cabeza.

Se dio cuenta de que en el establo había alguien más. Oyó algo que se mezclaba con el sonido del chorro que salía de las ubres de la vaca y caía en el cubo. Algo bullía en la oscuridad, aparte de la débil claridad del candil colgado de la viga. Un escalofrío la recorrió cuando pensó en espectros de hombres y de mujeres. Se percibía la intranquilidad de la vaca, que notaba algo impuro. Casi había terminado de ordeñarla. Entonces sintió que algo la cogía del hombro y decía en voz ronca: Qué tal, cariño; estás creciendo. Ya eres casi lo bastante grande para complacer a este pobre viejo.

Se dio la vuelta sobre el taburete de ordeñar sin conseguir quitarse la mano que le apretaba el hombro, y un rizo cayó sobre uno de sus ojos y clavó el otro en su amo que estaba pegado a ella con una mano en la entrepierna, como acariciándose.

Estaba rígida de miedo aunque aquello no fuera un fantasma.

Estaba congelada y paralizada.

Je je, dice el granjero quitándose un hilacho marrón de la nariz con la mano que había estado moviendo en la entrepierna. Jo jo, dice: jo jo, y se oía un silbido en sus jadeos.

La bajó del taburete de un empujón y puso las dos manos sobre sus pechos recién brotados; que a veces ella misma se miraba por las noches cuando nadie la veía. No podía preguntar a nadie.

Le tenía agarrados los pechos que desaparecían en sus manazas. Era un hombre nada alto, desgarrado. Pero tenía fuertes los pies, y también las manos; brazos y piernas cortos, huesudos. Gastaba un espeso bigote y el vello de la barba le llegaba hasta los ojos. Uno de ellos estaba medio cerrado con una pupila amarillenta; pero el otro parecía estar siempre intentando mirar al otro lado de la persona con la que hablaba, como si estuviese esperando la llegada de un pájaro dispuesto a arrancarle los ojos a su interlocutor, o al cordero que había detrás de él.

¿Qué quería de ella?

Escúchame, corderita, dijo el hombre como si estuviera hablando con alguna otra persona. No acostumbraba a dirigirla la palabra a ella. Algunas veces había notado que la seguía con uno de sus ojos cuando ella entraba en la sala. Pero no estaba segura. Nunca lo había visto mirándola directamente. En aquella granja rara vez hablaban. Y la atrajo hacia sí hasta que la barbilla de la muchacha quedó apretada contra el hombro de él, donde tenía desabrochado el jersey.

Estaba tan asustada que no se dio cuenta de lo que pasaba hasta que se encontró tumbada sobre la paja del suelo, con el hombre encima. ¿Es que había hecho algo malo? ¿Por qué la estaba castigando?

Y no se dio cuenta de nada hasta que las manos del hombre empezaron a palpar sus desnudeces. Y a dar tirones para arrancarle la ropa interior. Le había levantado la falda, como si quisiera cubrirla la cabeza con ella para matarla.

Le arranca el ligero y las ligas y las medias de lana bajaron por las piernas, y con las rodillas le separó los muslos y desgarró la braga de lana, y ya tenía las manos entre sus piernas de ella y una de sus manos intentaba desabrocharse la bragueta. Y cuando la logró abrir, ella ve su miembro fofo que comienza a levantarse, nunca antes había visto un miembro viril;

apenas conocía la diferencia física entre hombre y mujer. Temblaba horriblemente y oyó al hombre farfullar: así así corderita. Corderita. Corderita. Tranquila, niña. Tranquila. No pasa nada. Así así. Y ella sollozaba y gemía, estremecida de terror y el hombre le abrió las piernas y se cogió el miembro apenas erecto y se lo introdujo con un chasquido pero ella no se dio apenas cuenta hasta más tarde; pero sí sintió que se endurecía de pronto dentro de ella, y que se agitaba por un corto instante y sintió un dolor desgarrador en su interior como si algo se rajara o se rompiera, como si la estuvieran partiendo en dos, como si hicieran jirones de ella, y se desvaneció; hasta que volvió en sí, tumbada en el suelo del establo; y la vaca a su lado, se sobresaltó al ver que la miraba rumiando con briznas de seco forraje amarillento asomando por sus belfos, sin un mugido, y las ovejas estaban apiñadas en su rincón, no habituadas a sucesos semejantes. Ella estaba desnuda desde el vientre hasta por debajo de las rodillas; y ensangrentada y sola; y su llanto aumentó la intranquilidad de los animales que se apretaron contra el extremo opuesto del corral. Y el viento era racheado y violento allá afuera, no se oía movimiento alguno desde el desván, desde la sala.

El caballo la miraba apenado desde su pesebre, y no estiraba el cuello para alcanzar el heno.

Poco a poco se fue acostumbrando a que el hombre acudiese a ella con los mismos fines. Por lo general tardaba muy poco rato en terminar. Pero ella jamás consiguió acostumbrarse. Intentó vencer su repugnancia. Vaciarle mientras dejaba que aquello siguiera su curso. Que su amo entrara en ella. Ella no tenía ni la menor idea de que ella misma pudiera ser su propia dueña.

Cuando pasó aquel invierno empezó a sentirse de una forma muy extraña, estaba siempre revuelta y como enferma. Pero no enflaquecía, al contrario. Había empezado a engordar, y le creció una barriga que nunca hasta entonces se había dejado ver en su escualidez.

Entonces se dio cuenta de que la taciturna gente de la granja había empezado a cuchichear, y el bracero no hacía más que sonreír burlón cuando se cruzaba con ella. Nadie le dice nada.

Un día había venido el anciano deán, estaba en la sala hablando con los amos de la muchacha. A los demás les habían ordenado ir a otros sitios a sus quehaceres.

Cuando estaba para irse, el anciano deán dice: Vaya, pobrecita.

Le dio una palmadita en la mejilla, tan floja que ella apenas la sintió, con sus suaves dedos transparentes por la edad.

Entonces la enviaron a vivir a otro sitio, donde nació su hija.

Nunca la sintió cercana. Aquella niña; no la sentía como su hija. A la que había parido con sudor y con lágrimas, como si la estuvieran desgarrando por dentro, y que colgaba de ella por un cordón, empapado en sangre, que se extendía desde sus entrañas hasta las manos de la comadrona; a la que habían hecho acudir atravesando dos grandes ríos.

Y luego cortó el cordón, hizo un nudo, sin que por ello se pudiera ver libre de aquella sombra que la acosaba.

¿Me dejarías beber un poco de agua? dice poniéndose en pie bruscamente pasando por delante del guardián, que saltó de su asiento; y la siguió como un perro faldero.

CONFESIÓN DE UN CRIMEN

¿Qué edad tiene el acusado?

Ya no se llamaba Saemundur Fridgeir. Ahora lo llamaban acusado; y ninguna otra cosa una vez que su auténtico nombre hubo sido debidamente registrado en el acta, la primera vez que él estaba presente. Se encontraba en pie delante de aquel hombre poderoso. Tenía veinticuatro años de edad. Pero ¿quién era él, allí de pie inmóvil, bajo su inhumana carga? Nada más que un muchacho como cualquier otro.

Procuraba no mirar el gesto intimidatorio del juez; pero sentía clavados en él aquellos ojos penetrantes bajo las cejas arqueadas. Tuvo al instante miedo de no poder ocultar nada a aquellos ojos fríos; que sentía capaces de despojarle de todas sus defensas, de su coraza, abrasado por el resplandor infernal que surgía de aquellos ojos que eran apenas humanos, así le parecía, nunca antes había sentido un frío glacial como el de aquellos instantes, se sentía arder y tenía miedo de echarse a temblar. No es más que un hombre, pensó, intentó repetir las palabras de ella, recuerda, no es más que un hombre. Sé fuerte por el divino nombre de nuestro amor. ¿Quién podrá golpearnos entonces? Solo tienes que negar y negar. No te dejes persuadir. Piensa en nuestro amor y grita sí dentro de ti y con el sí del amor resonando dentro de ti, enciértrate en nuestro amor. Acurrúcate e imagina que estás protegido dentro de una concha en la que puedes vivir, no te dejes engatusar para salir de ella, pues entonces todo habrá terminado. Y no digas nada, y si dices algo, di solo no. Intenta mentir sobre todo con el silencio, y con pocas palabras si no hay forma de evitarlo. Mantente firme en lo que hemos hablado tantas veces. No ha pasado nada. Nada.

Lo había ensayado muchas veces con ella, solo en la niebla, con el perro allá abajo en el río, en la montaña junto a las ovejas, o simplemente junto a una piedra en el borde del barranco, y de pie en el corte mismo de un despeñadero donde el río se abre paso a golpes por medio de la roca, donde se retorció espumeando y borboteando y escupiendo sobre la peña con solo las rocas para responder con sus ecos a sus gritos y sus retumbos. Y en la incertidumbre de vida y muerte, manteniendo el equilibrio en un balancín con dos extremos, la vida y la muerte, también allí había ensayado el enfrentamiento con el poder humano, y a luchar por lo que más les dolía, y por todo.

Pero todo era muy distinto ahora que estaba ya ante aquel recaudador del omnipotente, con habilitación legal para representarlo, y verse tratado de usted como un cura, y que se dirigieran a uno llamándolo acusado. Aquello lo confundía de tal manera que le resultaba imposible hacer acopio de fuerzas pensando en su amor, aunque ahora se llamaba crimen, y cómo demonios negar el intenso terror con el que llenaba la sala aquella palabra, y su ortodoxia, y su inmensa fuerza santificada por las leyes, para transmutarla en otra, por muy verdadera que pudiera parecer en algunos momentos aunque no fuera más que como un simple asidero, incluso como un áncla de salvación en el drama que se representaba en aquella temible sala; que excluía todos los demás mundos, que vedaba toda vida que no fuera la que allí mismo recibiera justificación. En las transformaciones que allí se estaban produciendo.

Era como si la sala se hubiese convertido en una casa aparte de las demás, y como si se hubiera destruido todo lo que la rodeaba, toda la vegetación, y por mucho que pensaba era incapaz de alcanzar nada que estuviera más allá de aquella celda de juicio y tormento.

Está cabizbajo y abochornado y sudoroso. Los hombres que conocía, era como si fueran unos hombres distintos a los que no conocía. Sabía quiénes eran, pero ya no los conocía. Aquí reinaba una sola voluntad, y su vida dependía de saber mantenerse firme y no vacilar.

Oye desde una inmensa lejanía aquellas preguntas terribles cercanas amenazantes, y sabe que ha de echar mano de todos sus recursos para

protegerse de las asechanzas, para descubrir dónde está tendida la trampa, lista para cazarlo.

Poco a poco va pudiéndose dar cuenta cabal de que le acaban de hacer una pregunta a la que debía responder de alguna forma que pareciese plenamente natural. Y oye la pregunta: ¿En alguna ocasión, en privado o de cualquier otra forma, tuvo usted con su hermana algún trato que pudiera considerarse escandaloso?

De ninguna manera. ¿Cómo podía ser eso?

¿No está seguro?

No sé cómo podría ser tal cosa.

Bueno escandaloso a ojos de usted.

Terminantemente no.

O que pudiera resultar escandaloso para otros.

Eso es absurdo.

¿Nada en absoluto?

No comprendo.

¿Qué es lo que no comprende?

La pregunta que se me hace.

¿El imputado no comprende la lengua que hablamos?

Yo creía que sí. Cuando se habla normal, dice, y por fin siente crecer su firmeza.

No nos venga con contumacia, dice el juez golpeando la palma de la mano sobre el extremo del dedo índice de la mano izquierda.

El imputado no responde, espera el siguiente golpe y descubre de pronto que sería capaz de recibir una bofetada sin perder pie, y de defenderse con fervor en aquel drama en el que se sabía en una situación tan apurada que no le quedaba nada que perder. Oyó exasperación en la voz del poderoso y se sintió fortalecido. No es más que un hombre.

¿El imputado nunca oyó mencionar que...?

¿Qué? soltó con descaro ante la bronca impaciencia del contrincante, se sintió feliz de su osadía, e incluso estuvo a punto de decir: como qué clase de cosa, pero se contuvo.

Espere a la pregunta, hombre.

Miró fijamente las manos del magistrado que ahora estaban cerradas encima de la mesa, y vio al escribiente alzar sobre el tintero el palillero con el índice estirado apoyado en él, e introducir lentamente la plumilla en la tinta como si tuviese los dedos helados.

¿Nunca oyó a nadie, al hablar con la gente, mencionar que le pareciera escandaloso algo en la relación de usted con su hermana?

Volvió a guardar silencio, vio la pluma salir y garabatear la pregunta en el libro de actas mientras el magistrado esperaba a que terminara, e inclinarse como para señalar a la pluma con la punta de la nariz dónde se hallaba el lugar correcto en la hoja, y el cuidado bigote del magistrado ocultaba el labio superior como un escalón peludo encima del labio inferior, y la barbilla larga y esbelta aunque firme, y el gesto cortante extendido por el largo rostro, con cejas arqueadas, nariz recta pero no alta, frente elevada y cabello corto y espeso; y las orejas no muy grandes con un lóbulo que no colgaba suelto sino que estaba casi pegado a la cara. Aunque jamás había visto un hombre más distinguido, no sentía miedo.

No sé a quien podría ocurrírsele pensar algo así. ¿Nadie lo mencionó?

No que yo recuerde.

¿Nadie?

No.

Vaya. ¿Nadie en absoluto?

Bueno...

¿Bueno qué?

No las personas con las que yo haya hablado. ¿Quizá las personas con las que no ha hablado? Bueno yo...

¿Quizá sabe algo más sobre lo que piensan las personas que no dicen nada?

Quiero decir...

Sí, diga el imputado lo que quiere decir.

Ya, puede...

¿Puede qué? ¿Puede ser tal vez que alguien haya hablado del tema con usted?

No. No, en realidad no.

Pero en realidad tal vez sí.

No, visto así...

Ya ¿qué tal si nos indica lo que hay que ver? Quizá se podría ver la verdad. Si no es pedir demasiado.

Bueno quizá puede ser que alguien haya dicho algo.

Claro, puede ser. ¿Que haya dicho qué? ¿Lo que yo le pregunté?

¿Qué? dice el acusado intentando recuperar terreno.

Tal vez ha olvidado ya de lo que estamos hablando. ¿Quizá no tiene usted la menor idea sobre nada? ¿Quizá sabe usted dónde se encuentra? Se encuentra ante un tribunal. Y queremos la verdad sin rodeos.

Sí pero yo...

Ya, no vale la pena intentar complicar el curso de la justicia con divagaciones. Pero repetiré la pregunta. ¿Oyó el acusado a alguien mencionar que encontraba algo escandaloso en la con...?

Nadie con quien yo haya hablado...

¿Seguro?

No. Bueno, aquí, ya quizá algunos han hablado de que oyeron a otros decir que había algo que les parecía escandaloso en...

Vaya. Ah sí. ¿Más de uno quizá?

Sí. Algunos.

¿Cuántos, cuántos fueron?

En realidad no lo recuerdo.

Pero alguno al menos.

Bueno en realidad recuerdo a mi amo.

Vaya.

Sí, él me dijo en una ocasión algo por el estilo aunque en realidad no lo recuerdo ahora bien.

¿No querría intentar recordar algo más preciso? ¿Qué dijo el sacerdote? ¿Ni siquiera es capaz de recordar lo que dice el dueño de su casa? ¿Es usted un completo asno?

Sí, o sea no. Dijo que trataba a mi hermana con demasiado cariño.

¿Y se sentía escandalizado por ello?

Sí, dijo que le parecía escandaloso.

Puede consignarse en acta que el sacerdote dijo sentirse escandalizado por las expresiones de afecto de usted con su propia hermana.

Casi no se oyó cuando el acusado dijo: Sí. Y repitió en voz aún más baja: sí.

¿Comentó el acusado con su hermana Sólveig que la forma en que se comportaban uno con otro era motivo de escándalo?

No.

¿Nunca, en ninguna ocasión, que podía resultar escandaloso?

No, responde, no nunca. En voz baja.

Entonces le preguntaré formalmente y recordaré al imputado su obligación de decir verdad y le exhorto a que tenga en cuenta el lugar donde se encuentra y que por encima de nosotros está aquel que todo lo ve, ¿se ha acostado usted en una sola cama con su hermanastra?

Silencio.

¿Y bien?

No. No. No.

Se lo pregunto otra vez...

No.

¿Ni de día ni de noche? Exhorto al acusado a tener cuidado con lo que dice.

Bueno nunca se me ocurriría irme a la cama con Sólveig con intención de ser cariñoso con ella. No. Solamente en una forma que no resultara innatural entre hermanos, digamos.

Quiero indicar al acusado que los vieron juntos en una misma cama. En este libro de actas están consignados testimonios que así lo demuestran.

¿Que lo demuestran? ¿Que demuestran qué? dice el imputado en voz baja intentando rescatar su obstinación y recuperar sus fuerzas: ¿Quién lo dice? No se puede preguntar nada a los charlatanes. Quién...

Bien aquí constan testimonios documentados de que...

Bueno sí que puede haber sucedido una vez. Sí que recuerdo una ocasión si eso importa, si se puede decir que algo así tenga o no alguna importancia. Puede ser que en una ocasión por la noche tarde me acostara junto a mi hermana en su cama, aunque yo estaba completamente vestido, y estoy seguro de que todos los demás estaban durmiendo en la estancia y...

¿Permaneció usted mucho rato allí para calentarse?

Bueno, para calentarme. Bueno, no tenía ningún frío. Porque estaba completamente vestido. ¿Siendo así, cómo iba a tener frío?

Pregunto si permaneció usted mucho tiempo en ese lugar en el que no era natural que estuviera, dadas las circunstancias.

¿Natural? ¿Qué es más natural que el que uno se tumbe un rato junto a la persona más cercana que tiene uno?, no hay nada anormal en eso. Aunque sea su hermana. No comprendo cómo se puede pensar mal de algo así. ¿Hay en ello algo que no sea completamente normal? ¿Con la hermana de uno? Encima, completamente vestido. Qué difícil puede llegar a ser la vida. Y en realidad yo no habría tenido ni que hablar de esto, porque es algo de lo más inocente. Y además estoy seguro de que todos dormían.

¿No quiere responder a la pregunta en lugar de arrastrarnos con usted a un lodazal como si nos fuera a resultar divertido andar con usted por él, perdidos entre divagaciones y rodeos? Límitese a responder. De forma clara y precisa. ¿Permanecieron mucho tiempo allí, en aquella cama?

No. Oh no. No creo que se pueda decir tal cosa. ¿Y quién va a poder decir que lo sabe? Yo me había ido de allí mucho antes de la hora a la que suele despertarse la gente.

Vaya. Justo. Así que usted asegura que todo fue inocente. Sin embargo, aprovechó el momento en que pensó que todos dormían para ir a escondidas a su cama. Y es curioso que se apresurase a marcharse antes de que los demás despertaran. ¿Por qué tanto disimulo si todo es tan limpio e inmaculado e inocente como quiere hacernos creer, amigo mío? Ese es el quid. Pero lo tenemos aquí en este libro. No todos dormían. Porque aquí está escrito bien claro y de forma inteligible. Y en realidad muchas más cosas. Y la única salida que tiene usted es confesar de inmediato el crimen. Y ahora me dirá si no fue con harta frecuencia que acudió usted al lecho de ella, y con menos ropa, como han atestiguado otros bajo juramento, y que otros han confirmado, buen hombre. ¿No fue otras muchas veces a la cama con ella?

Bueno si lo pienso bien creo recordar ahora que fui a su cama una vez mucho antes. Fue en algún momento de la primavera. Solo para descansar un poco. Un momentito nada más. Por entonces solo me encargaba de las ovejas. No sé lo que habría podido ser más ino...

Y naturalmente con ropa de domingo...

No claro que no. En realidad creo que el señor magistrado debe de saber que la gente como nosotros no tiene ropa de domingo.

Vaya ¿entonces iba vestido de andrajos? ¿Completamente vestido? Y quizá hasta con una gorra encajada hasta los ojos y cubriéndole las orejas. ¿Y por qué no también la nariz para no poder sentir el olor de usted y de su hermana de usted, el común aroma de familia en un nido de podredumbre, eh? El olor de la sangre compartida por los dos. ¿Por qué no responde? Ahora no tiene la gorra tapándole los morros. ¿Quizá se le ha congelado la boca al imputado, en pleno verano, por culpa de algún chaparrón? Bueno, ¿quizá llevaba puesta usted toda la ropa? Cosa distinta es la que dicen los testigos que le vieron andar por ahí a escondidas para alegría del demonio y para congoja de Cristo todopoderoso.

No, quizá no.

Bien, ¿pues cómo iba usted entonces? ¿Se paseaba completamente desnudo?

No, creo que quizá estaría en ropa interior.

Bueno, bueno, ya estamos encaminados. ¿Quizá iba usted para allá bien deprisita cuando creía que los otros estaban durmiendo? ¿Una carrerita cada noche?

No. En absoluto. No no.

¿Pues cuántas veces más?

No hubo más. No fueron muchas veces. Solo esa. Solo esas dos veces.

Vaya, digamos que vale por el momento. Aunque opino que debería usted darse más prisa en confesar. No sé a qué sirve alargar el caso de esta forma. Demuestra una gran cortedad de miras y un pésimo cálculo. Pero ¿en esas dos ocasiones tuvo usted relaciones carnales con su hermanastra?

No. No. Noof, resopló: No. No. No.

Quizá hagamos bien en pasar a otra cosa. Tal vez sea sobrepasar demasiado las entendederas de usted suponer que se daría cuenta de que su hermana estaba engordando.

No, la primavera pasada vi que había empezado a engordar.

Y todo parecía natural, ¿no?

No, no me pareció del todo natural.

¿Y notó que siguiera engordando después?

No, no lo noté. En realidad noté que en verano adelgazó muy deprisa.

Quizá haya oído usted que otros hombres tuvieron relaciones con su hermanastra, ¿verdad?

Sí efectivamente. He oído que otros hombres tenían relaciones con ella. Sí sí es cierto.

Vaya. ¿Por ejemplo?

Sí claro el granjero de Beyla me habló de un hombre de la comarca, al que se relacionaba con Sólveig. Sí y la señora de Múlaberg también, ella oyó hablar de otro.

Bien no vamos a ponernos a rastrear nombres ni ninguna otra invención suya. ¿A qué considera usted que se debía la mencionada gordura de la que ha dicho que se dio cuenta incluso usted, cuál podía ser la causa?

Bueno ella me dijo que era por enfermedad. Dijo que había ido a nuestro médico, que puede confirmarlo, ese que está sentado aquí, y también que fui yo al médico a por medicinas. Fue a finales de verano.

Vaya vaya. Ya va siendo hora de empezar a decir la verdad. Ya ha estado usted suficiente rato complicando las cosas y haciéndonos perder tiempo. Ya basta. Pero hombre, ¿no ve las incoherencias en que está incurriendo? Y se está contradiciendo aunque solo sea porque negó haberse acostado en alguna ocasión en la misma cama con su hermana, y lo negó porque se supone que sería algo de lo más inocente, pero luego acaba de admitir que fue a su cama con ella en más y más ocasiones, muchas veces.

No yo...

Calle ahora. Ahora hablará única y exclusivamente para decir la verdad. ¿Cuándo se acostó usted con su hermana por primera vez?

El muchacho se echó a llorar. Lloraba en silencio, intentando ocultarlo tapándose los ojos con una mano, mientras con la otra se tiraba del jersey hasta hacer emblanquecer los nudillos, y temblaba.

¿Y ahora tiene intención de echarse a lloriquear, en su desfachatez? dice el magistrado, impaciente: ¿Cuándo tuvo relación con su hermana por primera vez?

El muchacho lloraba.

Bien, seremos comprensivos si dice usted directamente la verdad, dice el magistrado: ¿Cuándo coincidieron ustedes por primera vez en una casa?

Hará justo dos años, dice el muchacho.

Un poco más alto. No se le oye.

Hará como dos años. Cuando vino aquí de criada.

¿Y cuándo surgieron los pensamientos lujuriosos?

Bueno un poco después de su llegada noté que mis sentimientos hacia ella eran bueno distintos a lo que es natural entre hermanos.

¿Y quién llevó la iniciativa? ¿O quién empezó?

Bueno, suspiró el muchacho: En realidad fue ella la que empezó a comportarse mejor conmigo pero puedo decir que me pareció algo perfectamente conforme. Y poco a poco empecé a sentir bueno realmente no puedo expresarlo tan bien como lo haría el señor magistrado pero quizá se trata de eso que ha llamado pensamientos lujuriosos. Me daba horror. Me daba horror que me estuviera pasando aquello. Y luego fue como un año más tarde, se puso rígido y continuó: Bueno, como un año más tarde pasó eso entre nosotros, la primera vez, y luego muchas veces, una y otra, hasta que mi hermana me dijo el verano pasado que se había quedado embarazada de mí. Y entonces estuvimos juntos mucho más a menudo, mucho más. Hasta que de repente me dijo que había parido un niño. Dijo que había sido en el establo de la granja, a pleno día, fue en pleno día, y dijo que lo había escondido en su arcón, en su habitación, en la habitación pequeña debajo del techo, hay que enterrarlo, entiérralo. Tienes que enterrarlo. Yo prometí hacerlo. Lo prometí enseguida.

¿Con vida? ¿Le dijo ella si el niño había nacido con vida? el magistrado interrumpió bruscamente el discurso cada vez más excitado del hombre, entrecortado por sollozos y gemidos: ¿Mencionó ella si el niño había nacido con vida?, dice despacio y con extraña amabilidad, si su actuario y acompañante Thórdur no oyó mal.

Hubo un silencio en la pequeña sala. Solamente se oía la pluma rasgando el papel. Y los sollozos del muchacho cuando se calmó su llanto, que acabó en un gemido; al final fue como un hipo.

El magistrado ya no tenía ninguna prisa. Ya había cobrado la presa. Ahora solo quedaba recogerla. Ni siquiera había tenido que insistir en la última pregunta.

Uno de los actuarios tomó una pulgarada de rapé de su lata. Sin ofrecer a los otros. Era como si evitase llamar la atención sobre sí en aquella triste hora. Aunque seguramente se le pasó por la cabeza ofrecer la tabaquera a los otros, seguramente incluso a quien estaba confesando un crimen. Pero se metió la latita en el bolsillo. Era el médico. Aquí era simple testigo de unos sucesos horribles. No tenía ninguna otra tarea que cumplir. Se sonó en una esquina de su pañuelo rojo, con discreción. Ya habían tomado acta de lo sucedido hasta el momento, terminando en las palabras «con vida».

Bien, dice el magistrado despacio y sin dureza alguna. Como si ahora hubiese tiempo de sobra, como si todo se hubiese calmado ya: ¿Le mencionó la mujer si el niño había nacido con vida?

Creo que sí, seguramente.

¿Lo dijo?

Creo que sí porque vi que tenía un moretón en la cabeza.

¿Cuándo lo vio?

Sólveig me llevó a la habitación. Donde estaba el arcón. Me mostró el niño.

Y...

Pues cogí al niño y me lo llevé escondido en mi ropa hasta la orilla del mar...

¿Usted solo?

Sí, yo solo.

Y luego...

Y lo enterré cerca del ovil.

¿Cómo estaba envuelto? ¿Estaba envuelto de alguna forma?

Estaba tapado con una pañoleta.

¿Una pañoleta? dice el magistrado despacio, pensativo, algo sonó fuera y se mezcló con esa palabra en su rostro; escuchaba algo mientras decía la palabra: pañoleta, repitió, casi en una salmodia.

Sí, de tela, dice el muchacho: era de mi hermana.

¿Recuerda usted exactamente, y podría reconocerlo, el lugar donde enterró al niño?

Sí. Estoy seguro de poder reconocerlo. Completamente seguro de recordarlo y reconocerlo.

Todo estaba tranquilo. En calma. Se sentó en acta sin apresuramiento. Las preguntas estaban más espaciadas.

Tengo que preguntarle si continuó usted acudiendo a la cama de su hermana, dice el juez sin clavar la mirada sobre la víctima, ahora había empezado a estudiarlo cuando lo miraba, sin sacar ventaja de su propia prestancia.

Sí pero solo tres veces. Pero muy espaciadas; y digamos que no sucedió nada entre nosotros.

¿Afirma el imputado que no mantuvo relación carnal con...

No de eso no hubo nada. Bueno quiero decir que en ese sentido.

¿Nada?

Nada.

Bien. Creo que no seguiremos hoy, dice el juez en funciones: Esto bastará. Una confesión sin asomo de duda, de que usted llevó a cabo un crimen de sangre en compañía de su hermanastra, y ayudó a quitar la vida a un niño que ella había parido secretamente, lo haré consignar en acta. ¿Tiene alguna observación que hacer? Queda escrito. Ya no puede borrarse. Y aplazaremos la continuación hasta mañana.

Cuando el juez ha leído en alta voz lo consignado en acta, repasándolo dos veces, pregunta al acusado si está correctamente escrito lo que ha confesado.

Entonces el juez dicta las disposiciones pertinentes para la custodia de los reos, estableciendo que inicialmente sean mantenidos en custodia en el domicilio, y que el dueño de la casa, el párroco, de acuerdo con el magistrado en funciones, se encargará de que las condiciones sean lo más adecuadas posible en lo referente a alojamiento, hasta que se hallare otro lugar de custodia para uno o para ambos. El veredicto es leído al acusado; y la acusada fue convocada ante el tribunal por primera vez para escuchar la resolución antes de iniciar su proceso.

OceanofPDF.com

LECTURA DE LA RESOLUCIÓN

Ella no decía nada.

Estaba allí de pie erguida y orgullosa, desafiando a quienes gobernaban en cielo y tierra.

Parecía tan frágil, pero no se deja doblegar; fuerte. Nadie puede mandar ya sobre ella. ¿Quién iba a ser capaz de mandar sobre ella ahora?

No cabía la más mínima duda. Desde el momento mismo en que entró en la sala y franqueó resuelta el umbral. Había apartado la mano marchita de la anciana que la acompañaba, y que hizo ademán de retenerla; la rechazó con un rápido manotazo, como si un ratón hubiera saltado desde un cajón entreabierto y en su confusión hubiera caído sobre su hombro.

Había entrado por la puerta baja con un silbido como de un látigo; y se situó perfectamente erguida delante del tribunal. Silencio.

Cuando miró al joven, este estaba acongojado, con la cabeza gacha como si esperase que el ratón apareciese corriendo. Si ella se sorprendió supo disimularlo, agitó la cabeza y echó hacia atrás sus negros rizos. Y sus ojos eran oscuros y duros en su negrura cuando compareció orgullosa ante su juez y sus actuarios. Que hasta entonces habían sido hombres corrientes como los que viven en todas las comarcas del país, y que seguían siéndolo aunque estuvieran ahora encargados de aquella tarea al servicio de la justicia.

El magistrado le leyó la resolución formal con la declaración de culpabilidad basada en la confesión inequívoca del acusado. Los detalles de la confesión no se enumeraron, mencionándose solamente aquello que la atañía directamente a ella.

El magistrado tenía el libro de actas en las manos, los dedos apretados contra las cubiertas mientras leía, y miraba de reojo a la mujer, a la que nunca antes había visto sino de lejos.

La mujer tenía los ojos fijos en el infinito como si se hallara en una gran sala espaciosa y de altos techos, escuchando el eco de otras salas. A menos que se tratara de las salas de roca de los elfos y el eco de su idioma, salido de grietas y brechas, y el tiempo fuera otro muy distinto a aquel. Como si los evos se encontraran, fragmentos de palabras de tiempos pretéritos resonaran de nuevo encarnándose en nuevas historias o en temas para nuevas historias si hubiere tiempo, si hubiere algo por delante.

El magistrado hacía todo lo posible por limitarse a lo que correspondía a su función. Nunca había visto a aquella mujer. Pero era como si la hubiera visto alguna vez, en algún lugar. ¿Dónde? Probablemente en ningún sitio. Pero había algo que le resultaba conocido en aquella altivez de mortal palidez. Algo que conocía, que sabía, que creía comprender de alguna forma; nunca antes la había visto.

¿Había sido en un sueño, había sido en la poesía? Era algo que él había intentado componer y que tal vez jamás había logrado concluir, hasta el instante en que la ve en pie ante él y sabe que su poder no puede alcanzarla.

Jasón, piensa: Medea que se halla ante Jasón y toma venganza. Le devuelve el golpe. Venganza para la que jamás podrá haber compensación alguna, ha matado a sus propios hijos. ¿Por qué piensa en Medea en aquel relámpago cuando se encontraron sus ojos con los de ella, y se da cuenta de que su poder no podrá alcanzar jamás a aquella mujer?

Medea, la princesa raptada del palacio paterno, que vaga huérfana por el mundo con su amante que fracasa cuando se le pone a prueba, que la engaña, que engaña su amor y prefiere a otra mujer, y otro reino. Y despierta la bestia que habita en lo más hondo de la mujer enamorada; la bestia salvaje que devora a su propia descendencia, cuando ya no hay escapatoria.

¿Por qué se le vino aquello a la mente? Cuando sus ojos se hunden en el oscuro abismo que vivía en aquellos párpados que se habían abierto ante él, y todo lo demás desaparece de la escena.

Todo, la pequeña sala, las sillas, la mesa, la tinta y la pluma, los labriegos que se rebullían en los asientos y dudaban si toser o sonarse, el joven sacerdote en su angustia y su timidez, el muchacho, más joven todavía, que había confesado su crimen condenándolos a los dos, solo, acurrucado y apartado; las sombras que recorren el prado; y las nubes que atravesaban el cielo; el sol sobre la verde hierba, brillando sobre la cinta del río; los dos perros que peleaban fuera, todo, excepto aquella mujer que está allí en pie sometida a su destino; ante él se abre una visión de lo que no ha visto jamás en persona alguna, de lo que nunca ha sospechado salvo en sí mismo cuando miró a la muerte a los ojos, una vez, hace mucho. Tai vez no hace tanto.

Aquellos ojos no eran negros. Quizá eran castaños, como lana parda. Quizá eran verdes. Y miraban desde tenebrosas forestas remotas, se abrían ante él haciéndole imposible escapar de ellos. Es absorbido hacia un remolino, arrastrado a su interior, hacia ella, o hacia sí mismo. Enseguida piensa: hacia los dos, como si se hubieran hecho uno solo en aquel instante en la inconcebible riqueza de la penuria, de la angustia, donde no queda nada sino el ser humano mismo en el confín de su miseria, la esencia que queda al caer la máscara; al desaparecer lo espurio.

No es consciente de la existencia de nadie más, solo la de aquella mujer, y se horroriza ante la idea de que la desea, intenta liberarse de ella; pero sus ojos lo tienen atado, lo sujetan cautivo.

Es ella la que ha vencido, ella que lo ha perdido todo.

Ella es libre, nada puede atarla. Ninguna cárcel podrá encerrarla. El magistrado se zafa de aquella presa terrible, de aquel abrazo lacerante; retrocede, intenta alcanzar la orilla, a su espalda; agarra el palillero como si fuera a escribir algo. Ha pasado el momento.

Declara levantada la sesión.

Se quedó solo en la sala cuando los demás se marcharon. Se sentó junto a la ventana y miró afuera; e intentó despertar de nuevo la tierra para que aceptara a un proscrito más, llegado de las lindes del páramo.

Los perros habían dejado de pelear, estaban acostados con la cabeza sobre las patas, al sol; mientras una brisa cálida transportaba el aroma de la

hierba. Y las nubes se habían dispersado, y quedaban solo algunos jirones; que se disolvieron.

OceanofPDF.com

DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

Corría frenéticamente. El caballo galopaba y galopaba. Su cabeza bañada en un resplandor de fuego; y el cuerpo azotado por ondas azules de la luz que se derramaba por la tierra, se quebraba sobre el circo de rocas y reverberaba desde allí.

Constantemente lo seguía la imagen del caballo galopando, asustado, lleno de pavor, hostigado por el fuego que corría por sus venas, daba igual que tuviera los ojos abiertos o cerrados.

En el azul metálico de los acantilados se reflejaba el arrebol del ocaso; nubes azules se acurrucaban abajo, junto a la roca desnuda; y la abrían y creaban un albergue suave y mullido y fácil de ver, donde reposar; donde detenerse.

Y el musgo gris esperaba seco, la sed de rocío en las promesas de la noche que esperaba, y era esperada.

El caballo corrió a la espesura azotado por las ramas cubiertas de follaje, avanzó al galope, bañado en savia que se mezclaba al sudor, y cambiaba su curso en torno a la baja zona boscosa donde se erguían un árbol y otro más, con ramas y más ramas que se erguían de pronto como para retenerlo o detenerlo. Pero lo acompañaba el fulgor de una luz o un rayo que ya no visitaba su cabeza como antes, se desplazaba siguiéndolo en su rauda carrera.

Hasta que se detuvo.

Y se quedó inmóvil como una estatua; ya había llegado el crepúsculo; pero en los campos había aún luz suficiente para viajar; negros circos de roca, precipicios como fauces abiertas llenas de agua engañosamente

sonriente, que ofrecía plata en sus profundidades si por un instante la rozaba la luna; plata del abismo, plata en el abismo.

Y la luna estaba invitada. Invitada. Invitadora.

Y la luna tenía ante sí una nube oscura de bordes luminosos.

Mientras el caballo estaba inmóvil como una estatua.

¿Por qué estaba así? ¿Estaría escuchando voces susurrantes llegadas del otro lado de las montañas?

El susurro llegó hasta el hombre. Aquellas voces seductoras, tan persistentes en el tiempo. Y que se extendían por todas las tierras.

¿Desde dónde?

Tranquilas en el agua que fluye. Esas voces. ¿Necesitaba entonces el fluir del agua para percibir aquel cuchicheo, para volver a oír hablar?

¿Otra vez?

Se tumbó de espaldas sobre el blando musgo; que lo invitaba a reposar con ojos abiertos; y a ver levantarse la luna, las nubes dispersas que parecían bordadas en plata, como espiradas por el aire para sus ojos; y cuando cerró los ojos había luz; todo desbordante de luz.

Y en aquella desbordante luz los centelleantes dorsos de las nubes eran arrojados arriba y abajo; intentó cerrar los ojos con fuerza para crear así la oscuridad. Entonces cayeron a plomo manchas cerúleas destelleando y estallando y se convirtieron en zafíreos cometas (como si la luna estuviera dominada por un inextinguible fuego ponzoñoso), y aquella esfera que se precipitaba llameó (sin que se apagara su previo aliento glauco); hasta que se mudó en algo semejante a una esfera de color siena quemado y pajizo, desgarrada y tornadiza, encerrada en el fuego azulenco; y restos cerúleos en el oscuro abismo de estrellas.

Pero volvió la calma, y la riada de luz era entonces granate con oscuras briznas glaucas, y una red añil, como si hubieran pasado un lápiz sobre ella.

Abrió los ojos de pronto; y todo era nuevo en el mundo.

Miró el cielo que había surgido en aquel instante; ya no estaban las voces susurrantes.

No había puntos de referencia. ¿Cómo habría podido comprender aquellas voces de la cascada, no, del río, de incontables arroyos, de un solo arroyo, mientras la cascada se precipitaba pesadamente sobre la roca?

¿Cómo hubiera podido a comprender lo que le decían?

Aquellas voces; ¿qué mensaje le traían?

La luna lo iluminaba todo. ¿Adonde quieres ir? ¿Quién quieres ser?

Baja hacia el río. Descendió por la pared del barranco, por el cantil de una torrentera que permitía llegar hasta la orilla del río. Se sentó allí en la espesa hierba entreverada de matas de angélica; miró los remolinos del río entre las piedras.

Y tiró al agua un botón de oro, lo vio girar, agitarse, hasta que se liberó de la piedra; y se fue con la corriente.

OceanofPDF.com

EL GRITO

Ahora estaba todo tranquilo y calmo. El día declinaba. La luz persistía aún al comienzo de la noche. Parecía que pocos trabajaban. La gente se iba congregando poco a poco en la sala. El acusado estaba vigilado y un hombre lo acompañaba. El pastor y su esposa estaban en su habitación. El magistrado en la alcoba de huéspedes. No había hallado la tranquilidad necesaria para dedicarse a sus documentos, como era su intención. Intentaba recurrir a Nietzsche.¹⁸

Un día en que Zaratustra estaba atravesando el gran puente, lo rodearon los lisiados y los mendigos, y un jorobado le habló así:

¡Mira, Zaratustra! También el pueblo aprende de ti y comienza a creer en tu doctrina: mas para que acabe de creerte del todo se necesita aún una cosa — ¡tienes que convencernos primero a nosotros, los lisiados! ¡Aquí tienes ahora una hermosa colección, y, en verdad, una ocasión que se puede agarrar por más de un pelo! Puedes curar a ciegos y hacer correr a paralíticos; y a quien lleva demasiado sobre su espalda podrías sin duda también quitarle un poco: —¡este, pienso yo, sería el modo idóneo de hacer creer a los lisiados en Zaratustra!

Tenía el libro delante con el dedo entre las páginas, y escuchaba el silencio tras los difíciles sucesos del día. Aunque no disfrutaba de sosiego alguno, era grato descansar en silencio. Iba a leer la respuesta de Zaratustra, esperó un instante sin oír sonido alguno y entonces leyó que Zaratustra replicó así al que había hablado: Si al jorobado se le quita su joroba, se le quita su espíritu — así enseña el pueblo. Y si al ciego se le dan sus ojos, verá demasiadas cosas malas en la tierra: de modo que maldecirá a quien lo

curó. Y el que haga correr al paralítico le causa el mayor de todos los perjuicios: pues apenas pueda correr, sus vicios, desbocados, lo arrastran consigo — así enseña el pueblo a propósito de los lisiados. ¿Y por qué no iba Zaratustra a aprender también del pueblo, si el pueblo aprende de Zaratustra?

No pudo avanzar más en su lectura de Nietzsche, se oyó un grito tan penetrante que nunca había oído tantas cosas escondidas y expresadas en un único sonido.

OceanofPDF.com

LO QUE SE ESCONDE EN UN SOLO GRITO

El magistrado se levanta de su silla de un brinco, no había sido capaz de moverse mientras el grito lo atravesaba; y se quedó en pie como si un clavo de hielo de proporciones humanas lo hubiera traspasado desde la coronilla hasta las elegantes maderas de la alcoba de huéspedes, y a través de ellas hasta la misma tierra madre. Aquella lanza infernal lo había traspasado clavándolo al suelo paralizado y había inyectado en la mortal corriente de su sangre el gélido taladro de aquel grito desde las yemas de los dedos hasta los pies y las raíces de los cabellos haciéndolos centellear, ¿es así morir? pregunta su consciencia lúcida en el marasmo, no era capaz de moverse.

Y qué podía importar todo lo demás, aunque fuera el irse separando los miembros del tronco y sentir en la piel el tenebroso fuego del hielo de la muerte, de arriba abajo, por todo él; y ver el reflejo de un rostro blanquecino de ojos muy abiertos, fuera de sus órbitas, y un semblante exangüe que era el suyo.

No tenía idea de cuánto tiempo había podido durar aquel grito, que no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Y cuando el abismo sin fondo se abrió repentinamente ante él, era apenas consciente de dónde se encontraba.

¿Fue entonces cuando volvió en sí, cuando aquel libro que hablaba del superhombre se le cayó de las manos y quedó en el suelo formando un ángulo junto a sus pies como un refugio de montaña abandonado, o como

una borda lejana cuando el pastor se ha extraviado en la ventisca y su albergue es un lecho bajo la nieve de alguna ladera?

Se da cuenta entonces de que ha abierto la puerta con violencia y que ante él está la sala como iluminada por un relámpago la gente a medio levantar en el borde de sus camas o extrañamente contorsionados junto a la rueca o petrificados con cuerdas de crin o cintas sueltas entre las manos caídas sobre las rodillas, e incluso la anciana balanceando la cabeza sin querer enmudecida, el sacerdote en la puerta de su estancia agarrado al quicio para servir de apoyo a su mujer que estaba detrás de él para no caer los dos, para no ser arrojados al suelo por los filos de aquel grito fulgurante que incendió la granja.

Tiene agarrada a su mujer, y se le oye gritar: ¡Que nadie se mueva! ¡Todos quietos! Quietos. Aquí. Yo...

Y ya está abajo, y el grito fuera entre los riscos de roca; pero desde dentro se oye un atroz llanto convulsivo que llega desde el cuartito debajo de donde están todos. Todo el mundo se había quedado en la sala grande siguiendo sus instrucciones, cuando resolvió ponerla a ella bajo custodia, a la rea, a aquella estoica infanticida, convicta de incesto con su propio hermano.

Difícilmente habría podido permanecer mucho tiempo delante de la puerta en una situación tan extrema; pero en ese momento recordaba vagamente haber pensado, allí mismo ante la puerta, lo tranquila que parecía la mujer al entrar en su alcoba y desaparecer dentro de ella, lo calmada que estaba, y ahora recordaba que tuvo la sensación de que tan gran dominio de sí misma no presagiaba nada bueno; una tranquilidad estoica. Y apenas dispuso de tiempo para pensar, pero luego pensó que fue por eso por lo que no consideró necesario hacerla cambiarse de ropa, ni ordenar un examen a fondo de su lencería, pues no parecía necesario ni correspondía a la costumbre campesina, que conocía por otros casos semejantes en que las personas quedaban en custodia en las fincas mismas. Y cuando ella hubo entrado en aquella estancia apartada, solicitó que le preparasen el lecho, quería tumbarse a descansar. Se lo concedió quien tenía la responsabilidad de hacerlo, el juez en funciones. Se hizo al momento, y se metió en la cama al momento. Fue también más tarde cuando se recordó

con la mano sobre el pomo, lo que debió de durar solamente un instante, y en los posos de su mente debía de estar aún que no fue otro sino él mismo quien registró los bolsillos de la acusada; y que había sacado de ellos todo lo que le pareció que podría ser utilizado para causarse daño. No encontró en la acusada sino una llave grande, que le fue retirada. La mujer llora con tanta violencia que parecía un ataque de epilepsia. Y su guardia impotente intentaba sujetarla mientras se agitaba en la cama aturdida y frenética, para que no se hiciera daño golpeándose la cabeza contra las barras de la cama o hiriéndose contra el borde o arrojándose sobre el suelo de tierra enlosada.

Pensé que era la desesperación, dirá más tarde el magistrado al pastor cuando estaban los dos solos, de noche: Pensé quizá que se podía deber en parte a la tristeza de que le hubieran quitado la niña.

¿Quieres que te traigamos a tu hija? le dice confuso a la mujer temblorosa y trastornada.

¿Quieres a tu hija contigo? dice a la mujer bañada en lágrimas, sin que su llanto o sus convulsiones se calmasen.

No sabía qué carta tomar ante aquella conmoción, ante aquella desesperación irrefrenable. Siguió repitiendo aquellas palabras como si fuera un inútil conjuro que ni siquiera lograba calmar su propio trance. Ni una palabra se cruzó entre él y su fiel compañero Thórdur, que se turnó con Jón, el bracero, en la vigilancia de la mujer, y aquel viajero, siempre lleno de recursos, no supo encontrar un remedio, menos aún alguna solución. Así están los dos hombres ante una sola mujer, sintiendo su impotencia y el poder de la desesperación y el dolor, como una tormenta que asóla las tierras, y no se puede hacer nada sino acurrucarse como un pájaro entre la nieve mientras la ventisca ruge y pasa.

Poco a poco, quizá después de un largo tiempo, quién podría decirlo, los ruidos empezaron a calmar se, y aquel que ostentaba toda la autoridad en aquel lugar recuperó la fuerza suficiente para salir y hacer llamar al médico. Era como si una especie de sopor se hubiera adueñado de la mujer, quizá el sueño se extendía por sus miembros.

Entonces el magistrado sale muy alterado y grita vehemente que traigan un médico y sin tardanza.

Más tarde apenas sabrá lo que hizo después, tal vez había dado y recibido órdenes, pues la confusión reinaba ya en la sala cuando volvió a ella. No lo recuerda con exactitud, más tarde. Aunque recuerda que regresó a la pequeña estancia del sótano para ver a la mujer.

Tuvo la clara sensación de que Sól..., no, la acusada estaba muerta. O en algún estado semejante a la muerte.

Se asomó a la puerta y gritó: ¿No hay nadie por aquí?

Luego se volvió de nuevo hacia la mujer sin apreciar señales de vida. Los labios estaban azules y el rostro como de piedra pulida, como de mármol. O quizá como de cera endurecida. Solo era distinto el blanco de los ojos. No respiraba.

Volvió al umbral y gritó: ¡Oídmelo! Venid para acá. Todos. Y al poco se aglomeraba la gente en la puerta mientras él intentaba atenderla, el guardián se había apartado hacia la pared, para nada se le necesitaba. Nadie sabía qué hacer para revivirla, solo salpicarla con agua que la esposa del pastor había traído, y él le humedeció la frente y el pecho, y la esposa del sacerdote también. Aquello no despertó a la mujer. La gente estaba apiñada junto a la puerta intentando ver lo que sucedía en el interior de la habitación; mientras el magistrado echaba agua a la mujer sin vida, con ayuda de la esposa del pastor, y el pastor estaba junto a ella, como atontado. En el grupo estaba el joven, el amante de la mujer, su hermano, no se le oía ni un sonido, y su guardián cumplía con su misión y lo tenía sujeto por la espalda del jersey para evitar que se escapase a las montañas, o al río o al mar. O para que se convirtiera en un proscrito, como Grettir.¹⁹

La anciana movía la cabeza sin parar como un pájaro preso en las fauces de un zorro; y de ella surgía un silbido como aflautado; y farfullaba algo y se oía como si estuviese diciendo así tiene que ser, así tiene que ser, y luego silboteaba para sí: Pero no podía ser de otro modo, no temías a Dios; sea cual sea el castigo que dispusiera, lo estableció con justicia. Bien lo sabía el ladrón en la cruz, dice la anciana en voz baja, la oyeran o no; bastaba con que la oyese aquella que no daba señales de oír y que no conservaba ya asomo alguno de vida.

Así estaba aquel grupo de gente acongojada; apiñada ante la puerta de aquel escenario en el que nadie sabía lo que había sucedido.

Y esperando al médico.

OceanofPDF.com

REUNIÓN NOCTURNA

Justaban sentados en silencio los dos hombres, no conseguían evitar que la noche les descargase encima su terrible peso y sus tinieblas ni que la negrura de sus espacios inundara sus conciencias; que fluyera por sus venas y aplastara sus corazones. Aquella noche. Dos hombres. ¿Cómo defenderse?

El sacerdote hojeaba el libro sagrado; miraba al hombre poderoso y veía cuán consternado estaba; ninguna gloria lo nimbaba, ni podía buscar defensa alguna en sus máscaras, ni escapatoria alguna en su prepotencia y en su orgullo. Nunca habían sido amigos, piensa ahora. Pero cuando llegó a la granja para convertirse en juez en este pequeño mundo nuestro, con la tierra y los trols y las vivencias del viaje en su alma, se comportó conmigo como si tuviéramos algo en común, apelaba a que entre nosotros existía algo que nos unía. De aquellos lejanos años de escuela, aunque no hace tanto tiempo desde que éramos jóvenes. Y estábamos en la escuela. Compañeros de clase, ¿qué significa eso? Difícilmente será un pacto de por vida, difícilmente se asemejará a las promesas que atan para toda la vida, menos aún a la alianza de una fraternidad de sangre. Nunca mezclamos nuestra sangre, nunca mezclamos nuestras almas. ¿Recuerdo acaso que habláramos los dos, por entonces? Él, un jefe aceptado sin discusión, que repartía riquezas a espuestas; yo, un muchacho tímido, un solitario en casa de mi tía, donde se comía en silencio, donde nunca olvidaban bendecir la mesa. Y sin embargo, me trata como si fuéramos amigos. Y pretende que me siente a su lado cuando celebre el juicio. No juzguéis y no seréis juzgados. ¿Cómo voy yo a juzgar a unas personas que me habían sido

confiadas? Mi pena es no poder llegar a aquellos a quienes he de servir, pensaba el sacerdote. A los pobres y los menesterosos. Pero yo no tengo nada en común con este hombre; que llegó desde el otro lado de las montañas con sus caballos y su acompañante, y dos caballos extra; y llevando de las riendas otro más en el que iba sentado el demonio con báculo y guadaña, cargadas ambas armas al hombro, invisible a todos menos tal vez a la vidente que lleva escupiendo en todas direcciones tres días seguidos, refunfuñando y bufando, mugrienta, con los párpados hinchados y los ojos descoloridos. Tal vez nunca lo he apreciado, aunque lo haya admirado. Tal vez. Nunca lo había pensado. No hasta ahora que siento pena por él y la aversión ha desaparecido. Ahora que sus encantamientos están destrozados, rota su varita mágica. Y ni siquiera puede hallar al poeta que lleva dentro, se lo impide la atroz responsabilidad del juez. La poesía será su salvación cuando haya entrado en las tinieblas sin encontrar el brillo de una luz. Entonces, la poesía lo iluminará. Tal vez. Pensó: Sí, es cierto.

Luego empezó a leer como para sí mismo; del libro de Job, donde se ponía en labios del mismo Job: ¿En qué has ayudado al que no tiene fuerzas? ¿Cómo has protegido al brazo débil? ¿Qué has aconsejado al que está falto de ciencia? ¿Qué plenitud de inteligencia has manifestado? ¿A quién has dirigido tus palabras? ¿De quién es el espíritu que te inspira?

Guardó silencio por un momento y luego siguió recitando Job: ¡Las sombras tiemblan!

Volvió a callar el sacerdote un momento antes de continuar y vio el gesto abatido del magistrado cabizbajo contra la ventana y la negrura de la noche, mientras la vela emitía intranquila su resplandor en el ritmo de la respiración del hombre. Repitió las palabras: Las sombras tiemblan en lo profundo, los mares y cuanto en ellos mora. El Seol está descubierto delante de él y el Abadón no tiene cobertura. Él extiende el norte sobre el vacío, cuelga la tierra sobre la nada. Encierra las aguas en sus nubes, y las nubes no se rompen debajo de ellas. Él encubre la faz de su trono y sobre él extiende su nube.

En esas aparece la esfera de la luna en un banco de nubes sobre la montaña, y sobre el silencio de los dos fluyó el rumor del río, no había viento. Mientras la nube intentaba que su resplandor atravesara la masa de

nubes, guardaron silencio, hasta que asomó de nuevo; el sacerdote volvió a la lectura, como si continuase la lucha: Ha puesto límite a la superficie de las aguas, hasta el confín de la luz y las tinieblas.

Veía el dolor en el gesto de aquel hombre hundido, caído desde las cumbres del poder, incapaz de hallar un punto de apoyo en su hora de necesidad, fingía no ver lo que veía; sufre, pues. Y alzó la voz en su lectura, hasta entonces había estado leyendo en voz baja, como si ahora hubiese dejado de pensar en los que podían estar durmiendo, y leyó con énfasis: A su reprensión, las columnas del cielo tiemblan y se espantan. El agita el mar con su poder y con su entendimiento lo hiere en su arrogancia.

Guardaron silencio hasta que el juez en funciones volvió su rostro hacia la ventana, como buscando el lugar donde había desaparecido la luna, aunque la negrura no permitía ver nada.

Lee, dice: Lee más, dice poniendo un dedo sobre el vidrio, parecía arañar el cristal. Y el pastor volvió a bajar la voz; lee, y su voz se había vuelto oscura, teñida por la noche: Su espíritu adorna los cielos; su mano traspasó a la serpiente tortuosa. ¡Y estas cosas no son más que los bordes del camino — se detiene en las últimas palabras, deja de mirar el libro, observa al hombre que no prestaba atención a otra cosa que a la noche negra como un abismo, repite las palabras: Los bordes del camino, — dejó aquellas palabras flotando en el aire en medio de los dos. Luego recitó de memoria lo que venía a continuación en el libro, mirando fijamente la llama de la vela: Apenas el leve susurro que oímos de él! Pero el trueno de su poder — pasó un tiempo hasta que concluyó el versículo:

¿Quién podrá comprenderlo?

¿Me dejas ese libro, amigo? Busca un momento sin prisa, se detiene un instante, continúa. Luego entorna los ojos otra vez y con los ojos cerrados empieza a leer lo que mostraba el gran libro:

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos — calla, respira hondo y mantiene la respiración, tiene la boca abierta mientras se recupera, y abre los ojos, y lee el libro casi pegado a los ojos — y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento; — se frotó los ojos con las manos, pareció enarcar las cejas y se apretó la frente en el nacimiento de la nariz, en el puente, y prosiguió

— antes que se oscurezcan el sol y la luz, la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia; cuando tiemblen los guardias de la casa y se encorven los hombres fuertes; cuando cesen de trabajar las molineras, porque habrán disminuido, y se queden a oscuras las que miran por las ventanas — pareció ponerse rígido y la voz empezó a aumentar en la quietud de la noche — cuando las puertas de afuera se cierran, y se vaya apagando el ruido del molino; cuando se escuche la voz del ave — y entonces dice el sacerdote mientras se va haciendo más fuerte la voz del magistrado: Pero las canciones dejen de oírse.

Se hace el silencio. ¿Qué sonidos viven en esta noche, en esta tierra cercana al mar que no acaba sino en el hielo eterno?

El magistrado se pasó la mano por el cabello, demasiado corto para dejarlo caer sobre la frente y cubrir así aquel silencio absoluto. Que no lo era, sin embargo; porque oía la breve respiración del sacerdote, que en su irregularidad indicaba impaciencia o irresolución. También se oía a sí mismo respirar. Y no podía excluirse que le llegara el sonido del río, e incluso el de la fresca brisa del mar; ¿o era un runrún? Tan bajo que casi no se sentía. Quizá solo en la mente, de modo que retomó la lectura:

Cuando se tema también a las alturas, y se llene de peligros el camino, y florezca el almendro, y la langosta sea una carga, y se pierda el apetito — entregó entonces al sacerdote el libro que creía reconocer de lejanos tiempos, y el siervo de Dios tomó el libro con ambas manos como si le hubieran entregado un niño para bautizar, miró las páginas abiertas a la luz de la lámpara; que bendecía también sus manos, y que titilaba en la parte inferior de su rostro y por el largo cuello, agitando la sombra de su mentón; pero los ojos estaban en la oscuridad de las cejas, hundidos y ocultos; y su voz era como un arroyuelo tras el atronador oleaje que vivía en la voz contenida del poderoso: Porque el hombre va a su morada eterna, y rondarán por las calles quienes hacen duelo; antes que la cadena de plata se quiebre, se rompa el cuenco de oro, el cántaro se quiebre junto a la fuente y la polea se rompa sobre el pozo; antes que el pozo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.

Apenas se oyó cuando el magistrado dijo en un susurro lo que ponía en el libro que reposaba sobre las manos del sacerdote:

¡Vanidad de vanidades —dijo el predicador—, todo es vanidad!

OceanofPDF.com

SENTADO EN ACTA

El médico del distrito compareció ante el tribunal y presentó para su inclusión en acta una declaración relativa a los sucesos del día anterior.

Ayer noche, dice, un bracero de Kaldbakur había ido a buscarlo a Sjávarland con el anuncio de que la acusada Sólveig Súsanna Jónsdóttir estaba enferma, y que gritaba. Mayores aclaraciones no había podido darle el mensajero, pero sí le llevó el recado de la autoridad de que el médico tenía que acudir de inmediato a ver a la enferma.

Dice entonces que salió para allá al momento, tras coger los medicamentos que le parecieron necesarios, y llegó a Kaldbakur y entró en la habitación en la que estaba tumbada la acusada. Dice que observó varios indicios de muerte que una vez analizados indicaban que la mujer había fallecido, y pensó que la causa había sido el tétanos.

Dice entonces que al momento realizó los intentos de reanimación que consideró posibles, con ayuda de las personas presentes; no obstante, y a pesar de repetidos intentos no consiguió descubrir señal alguna de vida. Dice que en compañía de la autoridad y de Thórdur Níelsson, vigilante de la enferma, registra el dormitorio en busca de algo que hubiera podido ser utilizado para causar la muerte de la mujer. En su busca hallaron un frasquito con restos de un polvo blanco, metido en un pequeño montón de lana en la cama en la que se había acostado la acusada esa noche cuando se retiró a descansar.

Dice luego que tras una rápida inspección el olor apuntó a que debía tratarse de estricnina. En especial si se relacionaba con la aparición de espasmos precediendo a la muerte.

Finalmente declara: En todo caso, no desea realizar un pronunciamiento de modo definitivo, reservándolo para después del análisis químico del polvo y la autopsia del cadáver.

A continuación, el juez instructor añade que disponía que dos hombres quedaran encargados de velar el cuerpo toda la noche, con órdenes estrictas de estar muy atentos por si aparecían señales de vida en el transcurso de la noche, en cuyo caso deberían despertar al médico, quien no abandonó Kaldbakur esa noche.

Luego dice el acta que, por la mañana, el juez suplente había expresado su deseo de que el médico informase si se podía asegurar que se había producido realmente el óbito. Declaró que tras un detenido examen pudo declarar muerta a la mujer.

Con cierto nerviosismo, el juez hizo consignar en acta aquellas palabras e interrogó al testigo en una forma tal que este hubo de rogarle que repitiera las preguntas. En algunos momentos, el médico no llegaba a oír siquiera la pregunta del juez. En otros casos no la comprendía bien, o le parecían más que nada simples comentarios absurdos, en su opinión. Estaba asombrado pues se trataba nada menos que de aquel hombre. Pero al mismo tiempo pensó que no debía dejar traslucir su extrañeza por lo visiblemente alterado que estaba el magistrado. Su firmeza y su tenacidad se habían esfumado. Nunca había visto en nadie una transformación tan rápida y repentina.

Tanto más llamaba la atención por cuanto aquel hombre solía destacar entre los demás por su porte y su forma de comportarse. Ahora había otro hombre en la presidencia del tribunal, inseguro y vacilante. El médico observó la presencia de breves convulsiones, especialmente en los hombros, que parecía intentar reprimir, y espasmos en el rostro, especialmente alrededor de la boca, y que los ojos parpadeaban constantemente. No está nada claro que esto vaya a quedar bien recogido en el acta, pensó, pero cuando la leyeron pudo comprobar que todos los pormenores habían sido perfectamente reflejados en el acta. Se le concedió entonces permiso para abandonar el tribunal, en cuanto hubo mostrado su conformidad con lo recogido en acta.

Se demoró un poco en la granja, sin embargo, sin saber muy bien por qué.

A continuación comparece ante el tribunal el sacerdote, *séra* Stefán Arinbjarnarson, quien declara, cuando así se le ordena, para que conste en acta, que tras la resolución adoptada por el tribunal en el día de ayer, y de acuerdo con el juez en funciones, había tomado las medidas oportunas de custodia de los acusados, de forma que el acusado, Saemundur Fridgeir, permanecería en la sala principal y su hermanastra en una alcoba separada por tabiques en el extremo norte del edificio; ambos bajo vigilancia de hombres plenamente adultos.

El sacerdote no había dormido desde la noche que pasó en vela con aquel hombre importante que tenía miedo a la soledad. No era solamente la falta de sueño, sentía como si le hubieran quitado algo más. Aunque se daba cuenta de que habría querido disponer de fuerzas suficientes para apoyar al joven en su momento de prueba, la compasión que experimentaba ahora era por el otro hombre joven que estaba allí sentado, encorvado, en la presidencia. Percibía también su sufrimiento, ahora que se enfrentaba a un difícil momento para cualquier persona, ahora que había encajado un duro golpe. Aunque se podría denominar castigo autoinfligido o cegamiento por altivez, no era asunto suyo encontrar la palabra que pudiera describirlo. O aliviar de alguna manera la lucha de quienes sufrían.

Aquel era su oficio. Quizá no había elegido aquel oficio movido por la vocación. Pero era consciente por naturaleza de sus deberes. Le angustiaba horribilmente no tener fuerzas que ofrecer a los débiles. No tener un mensaje. No tener quizá nada que dar a los demás. Lo laceraba ser tímido y apocado, incluso en una hora como aquella.

Cuando concluyeron las formalidades, se leyó en voz alta lo que constaba en acta, fue confirmado y se lo autorizó a abandonar el tribunal, se quedó sentado, quieto, como si deseara decir algo.

En la sala reinaba el silencio.

Tras un rato de silencio, el sacerdote se percata de que los campesinos que estaban allí como testigos lo miraban de reojo, casi no se notaba debajo de sus espesas cejas, y sus miradas estaban llenas de interrogantes. Él no devolvió la mirada en su aislamiento, se miraba las palmas de las manos alternativamente como buscándose callos.

Finalmente el magistrado sale de su letargo y dice: Gracias. El testigo puede irse, repitió sin mirarlo, sin mirar a los demás, y después de carraspear dos veces antes de hablar.

Llega ahora Thórdur Níelsson. En su testimonio se pone de manifiesto que se había relevado con el bracero Jón Snaebjarnarson de Kaldbakur en la vigilancia de la difunta, Sólveig Jónsdóttir, y que no se percató de que llevara a cabo allí dentro acto alguno que le hubiera podido causar daño.

Sostiene que se dio cuenta de que la mujer se hundió en una especie de sopor en cuanto dejó de gritar. Pensó que se trataría de un desvanecimiento. En la declaración se pone de manifiesto que en aquellos momentos entró el juez en funciones a ver a la enferma y que tuvo la sensación, al igual que él mismo, de que la mujer parecía muerta. Sostiene, al ser preguntado, que ayudó al médico para intentar reanimarla, pero sin que aparecieran señales de vida. Finalmente declara que veló el cadáver en compañía de otro hombre durante la noche, y que no apareció señal alguna de vida. Dijo que no tenía nada más que declarar en relación con el caso y se retiró del tribunal una vez concluidas las formalidades. El otro vigilante no fue convocado para su interrogatorio porque estaba con las ovejas.

Resultó una suerte que el médico se hubiera quedado en la granja, pues se lo vuelve a convocar y se le solicita que acelere los análisis científicos del cadáver y el polvo. Y asimismo le solicita el juez que en el transcurso de la autopsia compruebe si existe embarazo, o si podía apreciarse indicio alguno de que se hubiera producido un aborto. Igualmente expresa el instructor su deseo de que el médico asista a la búsqueda del cadáver del niño en la orilla del mar ese mismo día para, caso de ser hallado, practicar examen del mismo en presencia del instructor.

Se recoge en acta.

Finalmente se establece, según dice el libro de actas: que en relación a la custodia del acusado, Saemundur Fridgeir Björnsson, que una vez que parece asegurado que la difunta, Sólveig Súsanna Jónsdóttir, se suicidó ingiriendo veneno, se le ordenó que se cambiara de ropa en presencia del médico y del juez instructor en funciones, vigilando especialmente que no pudiera causarse a sí mismo daño alguno.

En vista de que declinaba el día se decidió proceder de inmediato a la búsqueda en la orilla del mar, pues el alcalde pedáneo ya había llegado y estaba dispuesto para participar en la misma.

Los demás hombres, sombríos, se levantaron de sus asientos y se dispusieron a dirigirse hacia el mar.

OceanofPDF.com

JUNTO AL MAR

Ei mar no estaba hinchado. En el cielo no había funestas nubes, portadoras de fúnebres presagios. Ni había una tenebrosa rumazón en el horizonte, arrastrando funestos augurios hacia la orilla del mar.

Ya basta de esas cosas.

La tarde era calma, soplaba una suave brisa bastante cálida. El cielo levemente brumoso, no se veía el sol. En la orilla del mar está el grupito de hombres silenciosos con herramientas para cavar. No necesitan mirar a su alrededor.

Bueno, ¿dónde?

No hay respuesta. Los campesinos nunca miraban de frente a aquel joven destrozado. No llevaban la cabeza alta.

Venga, dice el magistrado: Estamos esperando.

El oleaje parecía tranquilizador. Dos correlimos saltaban en la playa. Llegaron hasta la línea de la marea y escaparon de la pleamar sobre la lisa arena compacta donde había una piedra pequeña, y donde seguía aún la huella de cuando había sido desplazada por última vez. En la orilla donde se encontraban, las hierbas se entregaban a la tibieza de la brisa. En el ovil había una oveja con sus dos corderos, uno negro y el otro blanco, bien engordados durante el verano.

No vamos a esperar eternamente, dice entonces el magistrado: Díganos dónde tenemos que excavar, joven. ¿Aquí?

No, dice el muchacho encorvado, y quiso el azar que la brisa llevara esa breve palabra hasta el magistrado, y no hacia el mar abierto.

¿Y bien? dice el magistrado: ¿No es aquí? Pero es lo que usted nos dijo en el tribunal, lo dijo en su confesión, ¿no? ¿No era verdad?

En realidad no.

¿Y dónde entonces?

Allí.

¿Allí, dónde?

Ahí al lado. Allí en el redil.

El redil estaba también al borde del agua, hacia allá fue aquel grupo de conjurados, ligados por el crimen horrible cometido en aquel gran país y contra la gente pequeña y abandonada que vivía en él; unos pocos hombres que formaban un grupo disperso en el borde del mar, en la playa más lejana de un mar infinito.

Cuando llegaron al redil atravesaron el cercado de piedra por una abertura y, cuando iban a mirar a su alrededor, se lanzó de improviso hacia ellos la oveja que tenía un cordero blanco y otro negro, y atravesó el agujero a todo correr, los corderos pegados detrás de ella, y salieron al páramo a toda prisa en su miedo al hombre, señor de la creación.

Allí dentro, el joven les señala el lugar donde tenían que excavar y no necesitaron llegar muy hondo, encontraron el cuerpo tal cómo él había indicado, enterrado aproximadamente a un codo por debajo de la superficie. El médico dirigió el trabajo y lo desenterraron con prudencia siguiendo las instrucciones del médico.

Cogieron el fardo entre dos hombres como si contuviera huevos. Fuera del redil desenvolvieron la pañoleta.

La pañoleta era de la mujer, nunca se la había puesto para bailar.

Apareció ante ellos el cuerpo de un niño que no había sido puesto en un pesebre sino enterrado en el suelo de un redil. Ninguna estrella lo anunciaba. Y nadie sabía si había nacido con vida.

¿Nadie?

Comenzó entonces un exhaustivo examen del cuerpo. El médico decía en voz alta lo que había que consignar en el acta y de vez en cuando el juez preguntaba algo. Esa moradura en la cabeza. ¿Qué significa?

Trabajaban en silencio, decían tan solo lo imprescindible, y el día se agotó, y por deseo del médico aplazaron el examen hasta después del día de

reposo, comenzaría de nuevo dos días más tarde, en la mañana del lunes, cuando hubiera luz suficiente tras el amanecer.

OceanofPDF.com

LO MÁS LÓGICO

Se reúne de nuevo el tribunal en la misma sala de la sede parroquial de Kaldbakur junto al lago, al fondo del fiordo. Concluidos los preámbulos, se sienta en acta que comparecía ante el tribunal libremente el acusado y que se le mostró el cuerpo y se le interrogó exhaustivamente acerca de si había percibido la presencia de sangre u otras heridas en el niño cuando su hermanastra se lo entregó para enterrar. Finalmente se le dijo que su hermana había fallecido; quizá el juez no se había dado cuenta de que él era uno más de los testigos cuando la mujer fue descubierta muerta en su alcoba. En todo caso, no vio señal de alteración psíquica en él; daba la impresión de que no estuviera plenamente consciente; estaba en pie, rígido y lejano, y pálido como un cadáver con los ojos clavados en su juez, y respondía a las preguntas con una voz monótona como de sonámbulo. Fue menester preguntar repetidas veces hasta que se obtuvo una respuesta conforme con lo que había confesado en el transcurso del interrogatorio, que había visto solamente moraduras en la cabeza del niño.

¿Dónde?

En la parte que no estaba envuelta en la pañoleta.

¿Y eso dónde era?

En la frente, y la parte delantera de la cara.

¿Cómo llevó el cuerpo a la playa?

Lo había llevado tapándolo con su propia ropa. Entonces fueron examinadas sus prendas. No se vio en ellas señal de que se hubiera manchado de sangre en ningún momento.

¿Ha lavado esta ropa desde entonces?

No.

Entonces se le preguntó repetida y exhaustivamente si mantenía lo declarado en su interrogatorio, que le habían quitado la vida al niño después del nacimiento, quizá.

Dijo que creía que así había sido.

¿De qué extrae esa conclusión el acusado?

Pensé que sería lo más lógico.

Quiero exhortar al acusado a que tenga cuidado, dice el magistrado casi con amabilidad: No confiese nada de lo que no sea usted responsable. Pero tampoco oculte nada de la verdad, para que se pueda aclarar todo, no oculte nada. Pero no añada tampoco nada a lo que es. No hay forma de evitar hablar un poco más sobre este asunto. ¿Tal vez hablaron ustedes de lo que pensaban hacer cuando llegara el momento, cuando naciera el niño?

Sí, el imputado confiesa que los hermanastros se habían puesto de acuerdo en hacer todo lo posible para ocultar el nacimiento del niño.

¿Incluso si eso obligaba a quitar la vida al niño? pregunta el magistrado con tristeza.

Sí, responde el otro diciendo la palabra hacia adentro en vez de hacia afuera.

¿Para que no se descubriese el nacimiento? dice el juez.

Sí, y dejó escapar el aire, suavemente.

Entonces no hay más remedio que preguntar otra vez cuánto tiempo había mantenido el acusado esta decisión. ¿Puede decirnos cuándo lo acordaron, a fin de que lo consignemos en el acta?

Silencio.

¿Quizá justo antes del nacimiento del niño?

No.

¿Antes?

Sí, antes.

¿Cuánto antes? ¿Meses antes?

Podría ser dos meses antes. No yo creo que más.

¿Digamos que aproximadamente dos meses antes del nacimiento del niño?

Sí.

¿Que usted y su hermanastra se pusieron de acuerdo en este tema?

Sí. Eso es.

¿Y se mantuvo la decisión? ¿Todo el tiempo? ¿Hasta el momento mismo en que se llevó a cabo la acción?

Así se puede decir.

¿Podemos consignarlo así en el acta?

Sí. En realidad sí.

¿Qué pretende señalar el acusado al utilizar esa expresión? dice el magistrado con prudencia: ¿Pensó el acusado en algún momento, durante el periodo en cuestión, en abandonar sus planes?

No.

¿Nunca?

No.

¿Nunca se mencionó tal posibilidad en sus conversaciones con su hermanastra?

No.

¿Pero seguramente hablaron de esta decisión más de una vez entre ustedes?

Sí.

¿Muchas veces?

Sí, muchas veces. Muchas.

¿No se le pasó por la cabeza, cuando su hermana le habló del niño, no se le pasó por la cabeza contarle a la gente lo que había sucedido, incluso abandonar su determinación de ocultar el nacimiento costara lo que costase, incluso si costaba la vida del niño?

No.

¿Eh? No lo oigo. Un poco más alto.

Aquel «No» fue aún más bajo y se consignó en el acta.

SOMBRAS DE NUBES

Sombras de nubes grises se deslizaban por el suelo, corrían azuladas por la arena negra; trepaban por las laderas y se apartaban del camino para dejar paso a los espectros que pasaban.

Pero, ay, cómo pasan los días. Apenas el sonido del viento sobre una ventana, apenas un canto en la hierba que se tornará en henasco, amarillo. Así será con todos nosotros, a su tiempo. Ahora hay silencio.

Día de descanso.

Martillazos sobre un yunque. Alguien afila una guadaña.

Empieza a oírse entonces la campana de la torre de la iglesia. Débil, la nota busca el camino de la montaña, se extiende pero se ve arrastrada muy cerca, hacia el mar; le responde una gaviota con su graznido llevado por las alas del viento sobre las olas tempestuosas, onda tras onda caen presurosas con su espumante cenefa, ¿estoy confundido si creo oír que la campana del portón de la tapia le responde? No lo sé.

Doblan las campanas.

Hacia la montaña se dirige el sonido de la campana, siglo tras siglo, busca un sonido entre los espíritus de los montes o entre los elfos, como si el río lo llevase corriente arriba en sus meandros hasta el interior de un angosto valle, hasta sus últimas raíces.

Pero esta campana suena también desde el mundo de los hombres, y convoca a acudir a la iglesia.

La gente habla en voz baja delante de la iglesia, y calla. Se acercan el pastor y su esposa. Todos callan y observan al magistrado que avanza hacia la iglesia, sin prisa. Incluso cuando pasó el médico callaron todos. Incluso

hicieron callar a los perros cuando empezaron a brincar por la alegría del encuentro.

Después van entrando lentamente en la iglesia; primero las mujeres en un grupo casi compacto, con sus vestidos tradicionales, no se oían los pasos de sus zapatos de piel de oveja, y un hombre y después otro entraba también entre ellas y se sentaba muy estirado en el lado de los hombres mientras los bancos de las mujeres se iban llenando; otros aún tenían que sorber rapé en la puerta, ofreciéndoselo unos a otros, otros mascaban tabaco, y algunos tenían que fumar y preguntar cómo iba la siega del heno y otras cosas que desconocían, antes de decidirse a entrar en la casa de Dios; y al poco, también los bancos de los hombres estaban llenos; delante los funcionarios, los Demonios, con el magistrado y representante del rey a la cabeza.

El sochantre se sonó con tanta fuerza que resonó el eco por la iglesia, hizo dos ensayos de afinación y encontró la nota con su desmañada manaza y la profirió con una voz como una estalactita rechinante, y entonó en solitario con fuerza el comienzo del salmo. Y la congregación fue siguiendo y repitiendo con desgana el trueno de su director y respondiéndole y surgió una especie de antífona con la misma melodía entre el sochantre y la congregación, y aquí y allá algunas voces fuera de tono.

El sochantre era un hombre grande, calvo y de nariz larga, con una costra en el cráneo y un bulto en la nariz. La frente hundida y con una cicatriz en lo más alto, y las cejas espesas; los ojos como melosos arándanos. La boca ancha y suficientemente espaciosa para el potente y oscuro sonido que brotaba de ella y resonaba en la iglesia, y la barbilla grande, con anchos maxilares; de ellos brotaba una larga barba entera que habría podido ofrecer refugio a los tres hijos de su hija debajo de la barba, para esconderlos de su irascible madre. Tenía los brazos largos y sostenía el salterio en una mano, utilizaba la otra para guiar el tono con dedos abiertos y curvados. A veces levantaba los hombros y ensanchaba el pecho y movía la cabeza hacia atrás girando el cuello, balanceaba la cabeza como para mantener el equilibrio en los torbellinos de la música.

Cuando el sacristán estaba ayudando al sacerdote a revestirse, se dio cuenta de que el sacerdote temblaba. Sí, es muy joven, pobre hombre. Bendito pastor nuestro, pensó el sacristán terminando de revestirle. Sintió el

deseo de ponerle una mano sobre el hombro; pero no se atrevió. El sacerdote fue hasta el altar, se arrodilló en la grada.

La tabla del altar se mostraba ante sus ojos sin pecado. Aún sangraba la herida del costado, los hilillos de sangre estaban aún limpios y nítidos, caían desde la herida del costado y las palmas de las manos sobre la cuba en la que estaba en pie nuestro redentor triunfante, la sangre corriendo por sus piernas. Sus ojos estaban enrojecidos de cansancio y angustiados por nuestros pecados y nuestra maldad y por la soledad de todo el que se convierte en redentor. Qué solo, qué solitario. El soldado estaba todavía secando la sangre de su lanza, también él estaba solo en la tarea que le había sido encomendada. Era como si hubiese quedado olvidado allí al acabar el cuadro, terminada ya su tarea. No se había apresurado lo suficiente para volver a su casa, al seno de su familia que lo esperaba en el santuario del hogar; los niños con los que jugaba, ¿no podían mantenerse despiertos hasta que su padre volviera a casa? Y la esposa cansada y fatigada, sí, es duro el trabajo del soldado en un país lejano, aunque se le permita tener consigo a su familia; es duro sentir el odio de la gente y el servilismo de los empalagosos aduladores, y volver a casa después de hacer lo que te han ordenado y responder a las preguntas de tus hijos, y mirarlos a los ojos, o acariciarles la mejilla y el cabello si ya están durmiendo cuando llegas. Ya tendría que haberse ido, tendría que haber abandonado el cuadro. Claro que había de tener cuidado para que no lo salpicara la sangre que se vertía sin pausa en la cuba desde las heridas del hombre en la cruz desde la noche anterior. ¿Solo quedaban ellos dos, una vez concluida la fiesta y la bulla del pueblo?

El sacerdote, hoy reza mucho más tiempo del habitual, le susurra una mujer joven a su anciana madre. La anciana se limitó a asentir con la cabeza varias veces, miró la nuca del pastor y la cabeza se le movió, ¿había visto algo? El sol penetraba por la ventana, un resplandor extrañamente blanco que cortaba de través como el destello de una hoja de sierra sobre la coronilla del sacerdote y que bajó hasta la nuca cuando inclinó más aún la cabeza salvando a sus ojos de los sucesos sanguinolentos del retablo.

Al pie de la cruz me humillo;

*Cristo veló por mí mientras dormía;
tu pie besando me arrodillo,
que llegue la esperanza al alma mía.*

El sochantre alargó el mentón, echó la cabeza atrás, cerró de nuevo los ojos, apretó sus enormes manos en torno al negro y pequeño salterio y desató de nuevo el estruendo que tenía encerrado en su poderoso tronco. Y la congregación diluyó su disperso canto en las palabras: que llegue la esperanza al alma mía. El sacerdote estaba en silencio en el pùlpito, inclinó la cabeza como para pedir ayuda a Dios, que le diera palabras, que le concediera su gracia, que hablara a su corazón, que lo inspirase. No para hablar en lenguas, no para hechizar, solo algunas palabras sencillas que pudieran proporcionar consuelo a alguien, que pudieran iluminar a alguien en aquella terrible oscuridad que se adueñaba de su corazón, que se aposentaba en su alma.

Unas palabras, pensó: Y con tu espíritu.

Empezó lentamente, en voz baja, indeciso; vacilante:

Antes de leer la epístola del día quiero decir una cosa, aunque no sea conforme al rito: Dios es amor.

Pasó la mirada por la iglesia como buscando algo, quizá en cada una de las personas allí sentadas, quizá algo que no estaba allí. Pero lo buscaba como si estuviera. Allí dentro, en la iglesia. Entonces dice cauto como si estuviera estudiando sus reacciones: Dios es amor. No pregunta nada. Excepto una cosa, ¿eres puro? El silencio era denso, roto solo por algunas tosecillas. Alguien estornudó tras intentar evitarlo. Mira a su alrededor los rostros indescifrables, las paredes blancas, las manchas negras de moscas muertas en las ventanas que ni siquiera el estruendo del sochantre había conseguido eliminar, solo empujar a las gruesas moscardas recién caídas, que estaban de espaldas sobre sus relucientes alas con las patas levantadas hacia el cielo. Pensó que tenía que añadir algo más a lo que había dicho ya antes de empezar a leer la epístola a su congregación.

¿Qué? ¿Qué podía decir? Dios mío, dame palabras con tu espíritu. Dame palabras, Dios mío todopoderoso:

Dios no es vengativo. No. Dios es amor, dice: Dios es...

Calló y esperó como si esperase oír algo. Luego dice: Es.

Apretó las manos con fuerza sobre el borde del púlpito, y se sosegó; luego apretó los dientes. Y dice en voz baja: Lectura de la Carta a los Romanos VIII, 12-17.

OceanofPDF.com

UNA NUEVA VIDA

La mujer.

Cuando se acercaba la hora de nona, empieza a encontrarse indispuesta, y a sentir dolores. Por la mañana se había tenido que detener varias veces, que apoyar levemente las dos manos sobre el extremo del mango del rastrillo que al lado de sus pies parecía una esbelta ramita que hubiera sacado sus hojas antes de lo debido, y que invitaba a los pájaros.

Se secó el sudor del rostro con el borde de su pañuelo de hierbas. Era sudor frío. Estaba empapada, tenía escalofríos.

Cuando sintió llegar el dolor dice ay y dice que parecía que se estaba poniendo mala.

Creo que tengo que ir a tumbarme un rato.

Sí, cariño, acuéstate.

Fue a casa.

En casa no había nadie. Estaba sola en la granja y se tumbó en la cama, se alternaban las sensaciones de frío y de calor. El sol lo calentaba todo, todos se esforzaban en sus faenas en aquel día seco y radiante. Allá en el prado. Y oyó a los hombres afilar las guadañas. Aquel sonido silbante de la piedra afilando los filos como caricias, y pensó de pronto entre un dolor y otro qué blancas quedaban, y creyó ver cuánto mejor cortaba la reluciente hierba, y el heno que cae, como explicaba la Biblia de los días del hombre.

Qué mal me encuentro, estoy delirando, gimió cuando le llegó el siguiente ataque, e intentó dominarse; aunque estaba segura de que no la habría podido oír nadie a no ser un perro. Todos estaban fuera en la siega

del heno. Y su hijita jugando con el cordero. El negro, criado en casa, que siempre acompañaba a la niña.

Se apretó el cojín sobre la cara cuando el dolor se hizo más fuerte. Lo mordió. Pero tuvo la cordura de evitar hacerse sangre mordiéndose los labios, y de proteger la lengua.

Llega un momento en que se da cuenta de que ha llegado la hora. Va a parir.

Se envuelve el vientre entre los brazos y baja a trompicones, encorvada, por la escalera, apretando los muslos y las rodillas, con los tobillos separados y los pies torcidos hacia dentro, dando pasitos cortos, desplazó aquel horrible peso de los talones a las puntas de los pies, e intentó que no se le soltaran las tripas, aprieta con fuerza el útero para cerrarlo, y va tambaleándose por el pasillo a oscuras, apoyando la mano en una pared y luego en otra de pura tierra, y sabe que ahora tendrá que hacer todo lo posible por alejarse de la gente, y de la mirada de Dios, aunque apenas conseguía pensar porque lo importante es solo aguantar hasta algún sitio donde nadie pueda verla, y alejarse sin ser vista antes de que salga la criatura, de que se descubra lo que nadie puede saber, lo que nadie puede ver, estar sola e invisible, ocultarse de todos, sin ayuda de nadie, sin compasión de nadie, sin apoyo de nadie, sin consuelo jamás, sin pensarlo, sin saber.

Llega a un boquete en la roca ahí podría haber un zorro esto podría ser un cubil si la granja se quedara abandonada, si no hubiera granja, si no hubiera personas. Pero no es muy profunda, se puso en cuclillas sobre un hoyo. Doblada en dos, mas pese al dolor, pese al frenesí que la invadió, recordó que no tenía que morderse hasta que saliera sangre, ni arañarse. Y cuando salió el feto, quizá la espera no fue tan larga como a ella le pareció, cuando llegó el momento y salió, ella se incorporó, encima del hoyo, se levantó polvo del suelo, un polvillo finísimo de aspecto cenizoso en una nubecilla, cuando aquel insignificante bulto cae a plomo sobre el fondo poroso del hoyo, choca contra él con un ruido sordo que reverbera fantasmagóricamente en su mente ofuscada y extraviada.

¿Cómo saber si la pérdida de memoria había durado más o menos? Durante un rato no supo qué había sucedido, ni cómo había llegado a

aquella cueva. Puede ver la granja si no se inclina, y que no hay nadie. A cierta distancia ve algunas personas. A gran distancia. Y no sabe nada. Ni quién es ella ni por qué está allí, ni lo demás. ¿Lo demás? ¿Qué es lo demás? Nota algo que le cuelga entre las piernas. Un cordón pegajoso. Y con un frío de muerte despierta por completo su consciencia, su mente; los sentimientos adormecidos, quizá muertos, asesinados.

Y sabe lo que queda. Lo que tiene que hacer. Se quita aquella pegajosa cuerda que cuelga de ella, la dobla, hace un nudo. Se había roto con el tirón al caer el feto. Y siente entonces que algo volvía a meterse dentro.

Se arroja al suelo, arranca tierra y hierba en un frenesí gélido y la arroja a manotadas sobre aquel objeto irreconocible que yacía accesible en el hoyo; silencioso como una tumba. ¿Había producido algún sonido? Solo el ruido sordo al golpear sobre el fondo polvoriento.

Quizá se había quedado adormilada en su madriguera. Había llegado el atardecer. Tenía que volver. Ocuparse mejor de eso. La vida de ambos dependía de ello.

Sacó el cuerpo del niño del agujero y lo envolvió en una pañoleta floreada que tenía desde mucho tiempo atrás. Probablemente desde que tuvo el primer niño que nació vivo. El que nunca le dejaron ver. Y que no sabía si vivía. Y que ni siquiera pensaba ya si seguía vivo.

Llevó aquello en el envoltorio a un almacén y lo dejó en el arcón de su hermano, donde guardaba el veneno para zorros. Lo cerró con llave y volvió a meterse la llave en el bolsillo de su delantal.

Se acostó en su cama en la sala principal y se cubrió la cabeza con las ropas; se quedó allí tumbada con los ojos abiertos, secos.

Completamente secos, y clavados en el oscuro cielo del edredón.

LECTURA Y SERMÓN

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne, porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios, pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

Nuevo canto con su melodía.

Evangelio según San Mateo VII, 15-23:

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les declararé: Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!

Así reza el texto del día. Guardaos de los falsos profetas. Y yo os digo, querida congregación: guardaos de aquellos que pretenden engañaros, seduciros o corromperos con oropeles y baratijas o apartaros de la recta vía que habita inmaculada en vuestro corazón, si lográis escuchar esa voz, que es la voz de Dios en vuestro seno. Que repite la orden de Dios: amarás a tu prójimo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¿Pero cómo, y con qué clase de amor? ¿De qué modo puedes y debes amar a tu prójimo? ¿Y de qué modo y en qué términos amarás, y renunciarás a ti mismo?

El árbol bueno, dice el evangelista, un buen árbol no puede dar mal fruto, dice: ¿Podemos permitirnos el disputar las palabras de Dios pronunciadas por boca del evangelista? Sin hacerlo, imaginemos la circunstancia de que incluso el árbol bueno dé un fruto que nuestra sociedad considere malo y podrido. Pero hemos de recordar bien que estas no son palabras de Dios. Porque Dios es amor y Dios es vida, y ama todas las vidas. Y aunque el evangelista utiliza esas palabras, nosotros debemos atender al significado de lo que pretende decir la Escritura, tenerlo siempre en mente y nunca alejarnos de él, y dejar que viva perennemente en nuestro corazón, y que concuerden en todo tiempo mente y corazón: Dios es amor. Y cuando emitamos nuestros juicios, por mucho que nos apoyemos en las leyes de nuestra patria y en las convenciones sobre las cuales hemos erigido nuestra comunidad, lo que hemos dado en llamar sociedad o nación, reino o como queramos nombrarlo, entonces no nos regocijemos en nuestros corazones por lo que acaecerá a aquellos que rechacen nuestros juicios, sino recordemos que hay alguien por encima de nosotros todos que todo lo ve, también aquello que deseamos ocultar y que a nadie decimos, sea lo que fuere que nos viniere a las mientes. El lo ve todo y nadie podrá ocultarse en lugar alguno, ni en la más oscura caverna, ni en la estancia más cerrada a llave, en lugar alguno. Y él es amor. Hemos de recordarlo cuando gemimos o nos retorremos en nuestra miseria. Y sin esta certeza todo carece de valor, todo está vacío, todo es mísero, mezquina e insustancial vanidad, y carente de cualquier fundamento, nuestra vida no vale para nada que viva o muera.

Dicen los Proverbios, capítulo XXX, versículos 11-14:

Hay generación que maldice a su padre

y que a su madre no bendice.
Hay generación limpia en su propia opinión,
si bien no se ha limpiado de su inmundicia.
Hay generación de ojos altivos y párpados altaneros.
Hay generación cuyos dientes son espadas
y sus muelas cuchillos,
para devorar a los pobres de la tierra
y a los menesterosos de entre los hombres.

Ruego a la asamblea que recemos todos juntos para que tal cosa no nos suceda jamás a nosotros.

El magistrado estaba en la primera fila de bancos de la iglesia, en el extremo derecho de los otros notables, el primero y más destacado de todos. Su mente no estaba recluida en la iglesia, se dirigía hacia los verdes campos, sabía que el verano llegaba ya a su fin, como si ya hubiera entrado el otoño, quién sabe si el mar helado llenaría todos los fiordos, cerrando los puertos, y sobrevendría un invierno infinito con blancas montañas y torres y campos de desnudo hielo, nieve sobre la tierra entera y en ninguna parte tierra fértil, todo blanco y frío; y la noche interminable y negra.

LUNES

Y ha concluido el día de fiesta. El día de descanso, ¿a quién aprovecha ese descanso? ¿De qué se descansa?

Ahora van pasando nuevas horas de trabajo con la arena del reloj.

Vuelve a reunirse el tribunal, en la misma sala que antes. Y son los mismos quienes participan en la reunión. Son los mismos que antes.

Tenemos que terminar con esto, dice el juez: Le voy a pedir, Saemundur, que no oculte nada, para que podamos concluir el caso.

Ahora todo va ágil y la pluma tiene trabajo de sobra. Sale a relucir cuándo tuvo el acusado relaciones carnales con su hermana por primera vez, y que después sucedió una y otra vez hasta que la primavera pasada ella dio a luz al niño. Él sostiene con firmeza que desde entonces acudió a la cama de ella por la noche en tres ocasiones, pero que no sucedió nada de eso.

¿Y por qué?

Era como si no fuese yo quien lo decidía.

Consignaremos, pues, en acta que fue de manera involuntaria. El imputado asiente con la cabeza varias veces.

Y reitera por lo demás lo que ya había declarado, que su hermana y él habían hablado, después que ella le comunicase que se encontraba encinta, que tenían que mantener oculto el nacimiento, aunque costara la vida al niño.

¿Discutieron si habría que quitar la vida al niño si era preciso, a fin de ocultar el nacimiento?

Desde luego que de eso no hablamos. Pero para mí estaba totalmente claro que uno de los dos tendría que matar al niño.

¿Pensó usted más tarde, que probablemente sería ella quien realizara dicha acción, o se dio cuenta cabal de ello?

No.

¿Y bien?

Bueno, no puedo negar que pensé que eso sería lo más lógico. Sería más fácil que ella hiciera lo que habíamos decidido. Cuando tomamos la decisión de hacer todo lo posible para ocultar el nacimiento, me dijo, o mato al niño, o me mato a mí misma. Yo intenté hacerla desistir de lo que decía, de eso de matarse. No podía ni imaginarme algo así. Me parecía mucho más terrible perderla a ella que al niño.

¿Hablaron más sobre este asunto, más tarde? Más tarde, dice el juez con cautela.

No recuerdo que lo hiciéramos.

Ya no existía tensión entre ellos, sino una especie de acuerdo que recordaba a cuando unos parientes lejanos se encuentran después de un accidente en la familia, y sienten que deben conocerse mejor.

El imputado continúa sin que se lo pidan: Recuerdo también que ella estuvo hablando de ir al médico a buscar unas medicinas para abortar; pensaba decirle que no paraba de perder sangre. Sé que consultó al médico. Más tarde fui yo a su casa a buscar medicinas pero ella tomó demasiado poco. No sirvió de nada. Cuando me habló de eso recuerdo muy bien que me pareció una solución muy buena.

Y mantuvo usted la determinación, todo el tiempo que...

Sí.

¿No se les ocurrió ninguna otra solución para que no se llegara a conocer el nacimiento, que no fuera matar al niño? Esto es, si nacía vivo.

No.

¿Nunca? ¿Ningún otro medio?

Nunca.

¿Habría sido posible encontrar un hombre que cargara con la paternidad? ¿No habría valido la pena intentarlo? ¿Quizá lo intentó usted?

No no.

Entonces pasaremos al nacimiento. Ahora tiene usted que intentar decirme lo más detalladamente posible lo que...

Bueno, era un día, era en primavera, yo volvía a casa de recoger las ovejas, era en plena paridera, lo recuerdo bien, me dijo que acababa de dar a luz al niño. Pero en realidad no fue hasta más tarde cuando bajamos juntos al almacén. Allí estaba el arcón, dijo que había metido el niño allí. Yo no estaba del todo seguro en ese momento de si había matado al niño, y es que no me dijo nada al respecto y...

¿Pero no miraron en el arcón? ¿No miraron dentro?

Entonces no.

¿Y luego?

Bueno, probablemente fue como medio mes después de que ella me lo contara, cuando lo enterré.

¿Medio mes? dice el magistrado, su voz delataba más asombro que acusación.

A continuación se anota en acta, de acuerdo con sus palabras, que le había resultado durísimo desde que empezó la primera vez a tener relaciones carnales con su hermana, y hasta el presente. Aunque no había dejado que se notara mucho. Dice que aquello se debía al sentimiento de culpabilidad por su falta, y a su arrepentimiento de que aquello hubiera sucedido. Aunque no fue capaz de cambiar su decisión.

¿Sabía usted, o le resulta conocido por algún motivo distinto a lo que nos ha contado, que su hermana pensara en quitarse la vida?

No, dice escondiendo el rostro entre las manos.

¿Ningún indicio?

No, dice dejando caer las manos, los ojos estaban secos.

Entonces se trata de averiguar cómo pudo hacerse ella con el veneno a tal efecto.

Bueno, en mi arcón, ahí había un frasquito, ella tenía acceso al arcón. Con veneno para zorros.

Reconoció la llave que habían sacado del bolsillo de su hermanastra cuando se la detuvo.

Sí, es de mi arcón.

¿La animó usted a ello?

No. De ninguna manera. No.

¿Pero por qué tenía usted el veneno allí?

Pues porque estaba allí.

¿Tal vez para ayudarla en la realización de sus planes?

En absoluto, jamás se me pasó por la cabeza. Es que ni lo pensé siquiera. En algún sitio tenía que guardarlo. Es que ni se me ocurrió pensar en algo así. Supongo que lo habré olvidado allí. Sí, creo que tuvo que ser eso.

¿Tal vez se pusieron ustedes de acuerdo en matarse juntos?

No. No. Pero yo siempre tenía miedo. De que ella lo hiciera. Si se llegaba a descubrir.

¿Por qué?

Es la sensación que tenía, por lo que habíamos hablado.

¿Y el veneno para zorros?

Me lo dio el amo. En algún momento del año pasado. Para envenenar los zorros. Solo quedaba un poco en el frasco. Había envenenado a siete perdices.

¿Y ese veneno se puede encontrar en cualquier sitio?

Bueno, conozco varios. Pero no me lo ha dado nadie más. No hablé con nadie más. Solo recuerdo que fui a cazar zorros con un conocido mío de Beyla. Los dos teníamos ese veneno.

Se aplaza la sesión.

REGRESO

Una roca en la lluvia.

Ahora la lluvia caía densa sobre ella. No habían hablado en mucho rato.

Los acantilados se oscurecían rápidamente. Por doquier aquella roca gris apelotonada, sobresaliendo del suelo, un crestón cubierto de vegetación, en algunos lugares con agudos filos que rasgan el tapiz verde para erguirse en una cresta o un tormo; cortan la vegetación con una delicada alternancia de amarillo y verde; en lo más alto de una piedra gris hay un pajarito; el cielo gris sobre el relieve bajo.

Espigones de roca se alzan sobre una loma o un otero con los rostros hinchados como máscaras de piedra, como cautivos seres primigenios con semblante humano surgidos de míticos mundos. Allí yacen y no pueden sino aceptar la suave lluvia sobre sus bocas cubiertas de musgo.

Vio que el caballo castaño de su compañero se había vuelto casi negro con la lluvia. Aún había manchas de nieve en las montañas; creyó ver un águila deslizándose por los picachos, tal vez tenía un nido con su hembra, unas nubes pasaron más arriba borrando las cimas; argayos descendían doquier por las gargantas ensanchándose al bajar, y franjas verdes se extendían ladera arriba; y en algunos sitios brillaban arroyos y regatos, saltando sobre rebordes y filos, derramándose estrepitosos sobre pozas y charcas; y abajo lagos y estanques; paulares aún más abajo, con regachos y resplandecientes matas de filonotis; y la lluvia peinaba los montones de musgo y las bajas lomas, y flotaban aguaceros dispersos sobre las colinas; oscuras nubes empujadas por el cielo gris, reflejándose en los barrizales.

Veían aún, si querían, el mar a lo lejos, casi completamente liso y resplandeciente; y se vislumbraba el rizo de la marea en islotes y peñas. Unos pájaros nadaban en grupos en las orillas donde se reflejaba la tierra, donde el verde de los prados se extendía sobre el fiordo, y los oscuros frontones abruptos, y elevados.

El acompañante observaba al poderoso con disimulo, lo miraba a hurtadillas, sin atreverse a dirigirle la palabra. No recordaba haber visto a nadie cambiar tanto en un tiempo tan breve.

Por doquier, el terreno estaba húmedo y blando donde no había oscura roca, y las huellas de las herraduras se llenaban al momento de agua que rebosaba por todas partes con un esponjoso chapoteo; y los regueros dejaban oír su rumor como si el todopoderoso hubiera hundido la existencia toda en alguna clase de nostalgia henchida de agua, piensa el poderoso en silencio, seguro de que era inútil rebuscar temas para su poesía, a la vista de lo sucedido en aquel viaje.

Más tarde, ese mismo día, llegaron al embarcadero, y dieron con el campesino que estaba sacando la barca a la orilla después de cruzar el río a otras personas. Cargaron su impedimenta en la barcaza y empujaron los caballos al agua, donde empezaron a nadar delante de la barca. Las enormes manos del barquero parecían gigantescas sobre los remos en los que se apoyaba con fuerza, empujándolos de través a favor de la corriente, y clavaba grises en ellos los ojos bajo las cejas, tosco y vivaz, de cabello negro y mejillas blancas por los pelos de la barba, la boca abierta en una media sonrisa inmutable en la ancha boca de labios gruesos; y una cicatriz roja que cruzaba el labio superior desde lo alto de un ala de la nariz, mentón grande y una mancha oscura en una brecha y la frente bastante baja pero ancha. Escupía marrón sobre los remolinos de la corriente que balanceaba la barca, corregía la dirección cuando se desviaban, y empezaron a navegar con mayor ángulo todavía en la corriente, y la barcaza se escoró, y el agua se coló al interior, saltando por la borda más inclinada cuando la corriente se hizo más fuerte. Podíais achicar un poco, les soltó con malos modos; si tenéis interés en que sigamos.

Los otros no dijeron nada. Thórdur cogió el balde y se puso a achicar el agua. Los caballos estaban ya en la orilla cuando llegaron ellos a tierra, se

pusieron en pie y se sacudieron el agua.

El barquero cogió su gorra del asiento, se la puso, se la caló desgarbadamente hasta la frente, dejó que la visera cubriese sus ojos grises y su rostro malicioso, y cuando el magistrado pagó el precio del paso, siguió con la manaza extendida aunque ya se le había pagado.

¿Y eso, hombre? dijo el magistrado: ¿no es suficiente?

El otro encogió sus grandes hombros, el tronco cilíndrico y de largos miembros, se pasó la mano izquierda por la larga barbilla y tensó la sonrisa, calló, hasta que dijo muy despacio: Bueno, señor magistrado, así son las cosas. ¿No piensa pagar también por ella?

Los nudillos del magistrado se volvieron blancos en el mango de la fusta que sujetaba donde la correa se unía al mango.

No respondió.

ACABÓ EL VERANO, OTOÑO

Pero recordaba cómo había llegado el otoño.

Una tarde, de pronto, terminó el verano, llegó el otoño.

En su quietud y su frescor, en los fríos colores del aire; en un cielo gris oscuro con mechones de nubes que se estiraban sobre la bóveda de color crema que nos cubría, nubes dispersas estriadas de rojo. Oscuras eran las colinas con una bruma fosca, y las montañas de oscura neblina, más oscuros aún los paredones de las gargantas, y luna llena.

Todo quieto.

Justo en ese momento llegó el otoño. Aunque la vegetación aún no había cambiado de color; musgo gris y verde, la hierba ciertamente había empezado a amarillear; aún no había rojo en el brezo ni en el follaje de los matorrales.

La cascada cantaba en su roqueda.

En ningún lugar silencio.

Acaso no oye en el páramo el canto de los cisnes.

La catarata se había aproximado, y el rumor del río lo buscaba por otro lado. Está en el páramo, y sabía del agua en una leve hondonada, aunque el ocaso se había hecho tan oscuro que no se veía el interior del valle, sino solamente las montañas que se alzaban sobre él, sus blandas líneas escritas en el cielo, que se estrechaban unas contra otras; sus precisas formas oscuras contra el resplandor anaranjado del aire; que se esfumaba en verde y en glauco con una clara luz por debajo.

Voces de cisnes entonaban una vez tras otra tres notas con sus trompetas, se respondían unos a otros con variaciones de aquellas tres notas

y cambiaban a veces la última, hasta que todo el grupo cantó al unísono, los cisnes. Y el aire vibraba con los berridos de trompetas acompasados que surgían de los largos cuellos de los cisnes, que no podía ver en la penumbra dando su adiós al verano, para todos ellos significaría estar más cerca de la muerte. Otoño.

Prosiguió hasta un terreno bajo el abrupto ribazo en el arcén del río.

El río fluía formando meandros y se ensanchaba más abajo, donde corría sobre arena y se ramificaba; corría más arriba entre laderas cubiertas de vegetación, y un banco o una lengua de arena lo partía más arriba aún, donde corría en una única corriente.

Un cerro arenoso se recortaba contra el cielo con retazos de hierba que se extendían por debajo de las quebradas rocosas, y él sabía de oscuros tajos que ya no se veían en la penumbra.

Se acomodó en la orilla del río, con el susurro del agua que iba acrecentándose y se extendía por todo el espacio con ecos repetidos, con un sonido que ya no era sino un solo tema en infinitas combinaciones y variaciones, que aumentaba y se expandía por doquier, cargaba las escorrentías, reverberaba en ecos arriba y abajo, y voces ocultas se aclararon y empezaron a hacerse más nítidas; voces cubiertas por otras, o envueltas en una multitud de sonidos fragmentarios, y que brotaban cada vez más potentes en aquella universal corriente...

Durmió sin soñar; cuando despertó obligado por el frío, las briznas de hierba del suelo estaban cubiertas de escarcha, y destellaban, lanosas de los hilos de escarcha; el blando suelo se había endurecido como si la tierra entera se hubiese sobresaltado ante una amenaza universal.

Había luz, la luna llena empezaba a ceder su poder sobre la tierra aunque aún gozaba alegre, en lo alto del cielo, blanqueándose y privada de magia, pronta a apagarse.

Donde el cielo dejaba ver nubes, eran blancas como nieve recién caída, en cúmulos y franjas; y desde un glaciar al oeste se elevaba una columna blanca recta en el aire límpido de la mañana, un pilar sobre sus hombros; mas por allí no había nubes. La mar gozosa de la mañana con un deslumbrante azul; que se sumaba así al adiós nocturno rimando con el mismo azul deslumbrante que formaba un blando cinto bajo el glaciar y el

extremo de la punta, una cinta turquesa del mar como si allí hubiera un lugar donde hacer acopio de color para el cuadro entero, y todo lo demás fuera creado en exótico contraste con aquel extraño azul.

Pero ahora había en el mar un color más uniforme, aunque extendido por todas partes; y por eso muy distinto. Era tal vez, sin embargo, el mismo color que antes tenía magia en su reclusión, una fuerza oculta en sus límites, en su medida.

Más allá, el aire estaba estriado sobre las montañas en blandas cintas rojas sobre un fondo amarillo.

Todo tan calmo; nadie.

Y la costra de escarcha de la tierra se fundió, el suelo estaba empapado en el día bañado de sol, y la tierra volvió a ser blanda.

Día.

Y otoño.

VEREDICTO

Las escarpas azules de las montañas se mostraban más allá del verde y el azul y el marrón de la bahía, montones de nieve despuntaban terraza tras terraza, los calvos paredones de roca habían emblanquecido durante la noche. El suelo estaba cubierto de escarcha, la hierba estaba marchita y destelleó al pasar sobre ella la mañana del día del juicio. Ahora el suelo ya no ofrecía blandura a los pies. Era otoño, va a llegar el invierno.

Ásmundur, el magistrado, no pudo conciliar el sueño aquella noche. Había quedado despierto junto a un cachorrito revoltoso que nunca se cansaba de exigir juego y más juego, y que no se quedaba quieto por mucho que se le chistara, y que quería estar siempre con un dedo del hombre metido en su boca. Acompañaba al magistrado dondequiera que fuese, y veló junto a él aquella noche, y daba la sensación de que casi podía sentir lo que vivía en el alma del hombre, porque ahora se estaba portando bien. El magistrado salió antes de las once, bajó por la ladera hasta el prado lleno de matojos, paseó por el páramo a oscuras hasta la orilla del mar, junto al perro; y se sentaron a la orilla del mar en lo alto del talud de la playa. Allá abajo se estrellaban las olas contra escollos y restingas, se revolcaban entre grandes guijarros en la arena de la ensenada entre borboteos y sorbetones, y arrojaba su espuma sobre el sablón y llegaba hasta el pedregal, y allí descargaba con estrépito fucos, algas y desperdicios.

Y entonces aparece una brasa verde en el cielo, de un fuego inmenso que se aproxima y que al principio crece despacio y de pronto es una ola de fuego multicolor que se extiende por todo el aire hacia todos los puntos cardinales.

La aurora boreal iluminaba frenética la noche con su vuelo raudo por la esfera celeste.

La primera helada del otoño.

El cachorro ha dejado de brincar, está quieto. Detrás del hombre sentado al borde mismo del talud, se apretuja contra él, le empuja con el hocico en el hombro como para preguntarle algo, asustado, buscando consuelo y protección en el hombre. Y el magistrado pensó que era mejor aquella compañía que no tener ninguna.

Abajo bullía la bajamar, y el acantilado estaba húmedo y relucía en los fuegos surgidos de la espuma.

Cuando llegara el día tendría que pronunciar su primer veredicto. Lo llenaba de temor que concluyera aquella noche, ansiaba poder frenar el tiempo, retenerlo, pararlo. Se vislumbraban apenas las montañas al otro lado de la bahía, e iban acercándose según se hacían más y más blancas. Un hombre solo y su perro; mar y cielo. Y la aurora boreal que reinaba sobre todo lo que existía.

Pero ya es día, y todo tiene un aire distinto al de ayer. La noche lo había cambiado todo. Y no solo la noche.

El alcalde pedáneo estaba charlando en la nueva sala de audiencia, una sala distinta a la que había servido anteriormente para las sesiones, junto al mismo mar infinito; otras montañas, otra comarca.

La residencia del magistrado del distrito. Una casa alta y estrecha como un encorvado patrón que deja su servicio tras una larga existencia.

El magistrado estaba medio adormilado mientras el alcalde, defensor de oficio, pide indulgencia con palabras altisonantes y referencias bíblicas y citas de la poesía idílica de antiguos poetas. Y mientras se dejaba llevar largamente en las alas de poemas traídos desde otros paisajes, un resplandor sagrado iba cubriendo su semblante y la mirada de sus ojos como si se hubieran quedado ciegos. Tenía el rostro alargado con grandes ojeras bajo los ojos, altos pómulos y barbilla bastante larga, labios gruesos y prominentes con un bigote recortado, bien cuidado, calvo, con el pelo muy corto que en las sienes había empezado a hacerse gris, y algunos pelos rojizos en la coronilla, y una verruga en lo más alto de la frente como si quisiera convertirse en cuerno. Era un hombre bastante grande y acomodaba

una gran retórica, y el discurso brotaba de él como un ancho río que corre caudaloso y plácido entre barrizales en muchos surcos apacibles, que se limita a fluir sin obstáculo. El magistrado sentía más y más sueño cuanto más larga se iba haciendo la obligada disquisición del defensor. Intentó respirar hondo para mantenerse despierto y tal vez era el pánico a pronunciar un veredicto lo que más lo atormentaba. De vez en cuando desviaba la mirada hacia el joven acusado, que no movía un músculo; estaba sentado sin cambiar de posición, cabizbajo, inmóvil; solo la cabeza se alzaba en ocasiones por un instante sin mudar el gesto, como si un pensamiento le pasara por ella cual un soplo de viento sobre la hierba. Y luego volvía a inclinar la cabeza. En la posición en que estaba, tenía el codo izquierdo sobre la mesa, el hombro correspondiente estaba echado un poco hacia adelante y la mano colgante, y a veces la unía a la otra mano entre las rodillas, y estaba a punto de quedarse tumbado como un gato con el hombro derecho hacia atrás.

Pero ahora se remonta el defensor al nacimiento del acusado, y entonces fue como si el sopor escapara del magistrado, y fue todo oídos. Nació como hijo ilegítimo de braceros en una granja. Sale de ella tan joven que no puede recordar nada, y se muda a otra granja llamada Eydi. Vive allí con su madre hasta los seis años de edad, su padre no los acompañaba. Luego vuelve a mudarse con su madre a otra granja, Brekka, en Nes, y vive allí durante ocho años, y luego pasa a Thórarinskot, todos estos lugares están en la misma comarca, su comarca natal. A los once años está en una comarca diferente, donde permanece los siguientes cuatro años, y luego pasa con su madre a Kollavíkursel, en la comarca en la que tuvieron lugar estos horribles sucesos, dice el alcalde. Tras un año en esta comarca deja de vivir junto a su madre, cuando tenía dieciséis años de edad. Permanece tres años en el lugar siguiente, y luego vuelve a Thórarinskot, en Nes, y pasa allí un año, luego un año más en otra granja en la misma comarca y luego un año en la siguiente granja junto a la sede parroquial donde tuvieron lugar los horribles sucesos, dice el alcalde. Y entonces se reencuentra con su madre tras una larga separación y viven juntos y se marchan juntos de allí y se instalan en la sede parroquial, donde él ha permanecido desde entonces aunque su madre se marchó al cabo de un año. Con su padre no ha

coincidió nunca en ninguno de los sitios donde vivió, excepto en el de su nacimiento, pero era demasiado joven para acordarse de él. Se fue a trabajar él solo a los diez años de edad, precisamente a Thórarinskot. El alcalde pone de relieve, de acuerdo con lo relatado por el imputado, que nunca estuvo a cargo de la beneficencia comarcal, pues sus dos progenitores trabajaron por él hasta que tuvo edad para emanciparse. En lo tocante a instrucción, dice que empezó a leer doctrina cristiana en Thórarinskot, y que al año siguiente recibió la confirmación. Y ahora dice el alcalde, que asegura saberlo por el acusado, que después de la confirmación se lamentó muchas veces de carecer de conocimientos muy generales, pero su pobreza y especialmente la circunstancia de que en cuanto sus fuerzas se lo permitieron tuvo que marcharse a trabajar para ganarse la vida le impidieron aprender otra cosa que no fuera a leer y escribir, aparte del catecismo infantil.

Tras aquella retahíla llegó el momento de que el alcalde pudiera hacer gala de su elocuencia en aquella sala en la sede del magistrado, ante aquel pequeño grupo de hombres apesadumbrados mientras los fríos vientos del otoño acariciaban el amplio golfo plácido; el sol reblandecía el suelo helado en aquel primer día que tan claramente anunciaba el invierno.

Como podéis ver se trata de dos simples desgraciados olvidados de Dios. En realidad son muchos los que se convierten en menesterosos a causa de las condiciones en que ha de vivir nuestro pueblo en esta tierra atormentada, que sigue aún siendo colonia de otra nación y tiene un rey extranjero que nunca se acuerda de nosotros para nada. Y seguimos siendo unos desheredados pese al ansia de libertad y a que nuestra situación haya mejorado un poco gracias a la solidaridad de los campesinos, a nuestra cooperativa que nos permite vivir algo mejor, aunque otros poderes quieran quitárnoslo todo. Pero no retrocederemos. Ahora vendemos las ovejas vivas y obtenemos dinero por ellas. Nosotros que jamás vimos dinero durante siglos, aparte de alguna *spesia* que otra, y lo que sacábamos del comercio ilegal con marineros que lograban llegar a nuestras costas sorteando el monopolio real.

El juez se contentó con seguir sentado y carraspear mientras el orador peroraba y lanzaba indirectas contra el ausente padre del magistrado y

contra el rey. Al cabo de un rato, dijo despacio, sin aparecer severo: Si el defensor hace el favor de limitarse a lo que guarda relación con el caso que nos convoca aquí.

Es más que posible que el orador se viera confundido en su brillante disertación. Carraspeó también pero con menos fuerza y a punto estuvo de atragantarse. Pero se recompuso enseguida y dijo: Considero que esto afecta al caso. Hay que tener en consideración muchas cosas cuando se condena a un hombre. Todas las circunstancias, incluso las perspectivas de futuro y la esperanza de una libertad de la que este hombre desdichado carece pero que otros disfrutan. Todas las naciones están levantándose por el mundo entero; las masas rompen las cadenas y reclaman sus derechos, nada podrá detenerlas. Las formas de vida del pasado caen hechas añicos, las cadenas son rotas una tras otra y arrojadas a un montón para que se eleve una montaña de cadenas destrozadas como un monumento que recuerde los negros tiempos del pasado. Y este criminal no podrá presenciarlo porque le espera la cárcel; atendiendo a todas estas circunstancias hemos de ser, más que cualquier otra cosa, compasivos hacia su delito y su participación en los horribles actos que no podemos dejar de atender aquí. Pueda yo, hombre ignorante que he sido nombrado defensor suyo, pedir clemencia para él; y que decidamos sobre su caso en amor y compasión cristianas, que les son debidas a todo lo que vive y respira. He mencionado las circunstancias y condiciones de su vida durante sus cortos años de vida, he señalado el dolor que él mismo ha padecido por su ignorancia y su falta de formación. ¿Y cómo habrían de ser capaces de distinguir el bien del mal quienes carecen de instrucción?

El alcalde hace una pausa y mira orgulloso a sus oyentes, un magistrado y poeta, un delincuente, dos enemigos declarados en la guerra comercial de la provincia, el comerciante de la aldea y el director de la cooperativa, y tres fuerzas vivas de la comarca; casi todos miraban a la mesa o al suelo o a sus manos que se frotaban, y algunos estiraban los dedos y tiraban de ellos, y uno de ellos tenía la habilidad de hacerlos crujir; los comerciantes tenían la mirada clavada en la ventana como si estuvieran esperando los barcos para saber si habían llegado por fin sus mercancías; pero ambos observaban la nieve que había caído aquella noche en las montañas al otro lado del golfo.

El reo estaba sentado sin mudar el gesto y pensaba en cuando se encontraron por primera vez en el aprisco de Kollarvík, y él era tan joven y ella una mujer ya hecha y derecha. Y el alcalde se recompensaba a sí mismo su representación sorbiendo una buena pulgarada de rapé, puso el tabaco sobre el dorso de la mano y lo sorbió sin prisa para permitir que el efecto de su discurso alcanzara el clímax en la mente de sus oyentes.

Las desventuras de este joven, dice con voz nasal porque tenía la nariz llena de tabaco y los ojos húmedos por esa bendición divina que es el bendito tabaco: Sus desgracias son ya numerosas, sin que las aumentemos con nuestro duro juicio; nosotros, que también somos frágiles seres humanos. Permítaseme recordar la conducta de Jesucristo, el hombre más perfecto que jamás hemos sabido que haya podido existir, y que quienes en él creen consideran sin duda hijo de Dios. Aquello de que debe arrojar la primera piedra quien esté libre de pecado, apenas me atrevo a repetirlo aquí por las innumerables veces que malhechores y facinerosos han recurrido a esas palabras para alejar de ellos una justa condena. Pero quiero mencionarlas con la esperanza de que no hayan quedado muertas por el uso y el abuso: quien esté libre de pecado arroje la primera piedra. Estas palabras fueron dichas en beneficio de la adúltera que todo el populacho estaba convencido que había que condenar y lapidar; y tantas veces en este país hemos acumulado piedras para los túmulos de hombres y mujeres desventurados sin intentar comprender sus desdichas.

La conducta y la biografía de este joven que se ha confesado culpable de un crimen espantoso, todo eso está consignado en acta. ¿Pero qué sabemos, en verdad? ¿Qué sabemos de lo que ha vivido en los corazones de estas personas privadas de toda suerte, de toda ventura, como ha quedado aquí bien patente? Han cometido un crimen contra Dios y contra las leyes de los hombres. Contra la naturaleza, también, decimos. Pero ¿qué los empujó a ello? Quizá el amor. ¿Y no es sagrado el amor, si es pleno y verdadero? Este hombre joven que nunca ha tenido nada sino, si mi suposición es correcta, el amor, ¿cuánto ha perdido ya? Tal vez nunca podamos contestar la pregunta que, empero, es la más acuciante: ¿Qué es amor, qué es fornicación?

Ruego al señor juez que decida el caso con indulgencia, y se muestre clemente, en el espíritu de los nuevos tiempos que están naciendo.

Llegados aquí, el juez declara una pausa antes de proclamar el veredicto, en breve plazo.

Cuando el tribunal vuelve a reunirse, el magistrado pronuncia una larga alocución, explica el caso en todos sus pormenores y resume todo lo que se ha revelado en la vista, y concluye que lo más probable parece ser que al niño se le quitara la vida, aunque no ha quedado probado, y que la hermanastra del acusado no le explicó en ningún momento que hubiera muerto de alguna otra forma, pero tampoco le explicó lo contrario y la conclusión, robustecida asimismo por la autopsia, es que se desconocen las causas de la muerte del niño. Y aquí el juez empieza a buscar atenuantes, como que después del nacimiento no se ha podido demostrar que hubieran tenido lugar relaciones carnales, y que antes de que el acusado cometiera su delito, que es el de incesto, no estaba en pleno uso de sus facultades mentales. Habla de que el delito fue cometido con inaudita osadía en medio de la gente de la casa, incluso después que el acusado supo que sospechaban de ellos, y después de llegar a las últimas consecuencias; pero señala que los primeros pasos para aquel proceder culpable no fueron dados por el acusado, sino que este fue arrastrado en esa dirección por otra persona; y hace mención a que aunque él es hermanastro ilegítimo de la difunta, no se criaron juntos. No puede excluir su responsabilidad en el pacto contra la vida del niño; pero recuerda que, de acuerdo con lo expuesto en su declaración, tenía motivos sobrados para temer que su hermanastra cometiera suicidio si se descubría el parto; y esa amenaza despertó en él un temor que resultó decisivo para su determinación de matar al niño si fuere menester.

El magistrado había hablado largo rato con muchas pausas, en ocasiones a mitad de las frases, aunque todo estuviera explicado y escrito legiblemente en las hojas del libro; pero eran todas muy breves. Eran sobre todo el presidente de la cooperativa y el alcalde quienes lo miraban de soslayo; los otros no daban señal de notar o no sus vacilaciones. El acusado

no levantó la mirada ni una sola vez, y fue cuando se llegó a ese punto, y el silencio fue mucho más prolongado que los anteriores. Entonces mira al magistrado finalmente un rato seguido, hasta que la cabeza volvió a inclinarse y la mirada volvió a dirigirse a un punto que nadie veía excepto él.

Entonces, el magistrado en funciones lee: Finalmente es preciso tomar en consideración a la hora de decidir la pena para los delitos del acusado, en conjunto, que el mismo no se mostró muy dispuesto a confesar su participación en los hechos pero que, por otro lado, su comportamiento ha merecido comentarios favorables de aquellos de sus amos que pudieron testificar, así como también juicio positivo por parte del sacerdote que lo confirmó, y que su educación, arrojado en su pobreza de una granja a otra con su madre abandonada, ha sido muy incompleta.

Ahora calla de nuevo el magistrado, al parecer mira sus papeles, y sus ojos pasean como si estuviera buscando algo ya dicho, quizá no miraba los papeles; quizá miraba a otros sin que se notara, quizá a nada en especial. Guardó un silencio tan prolongado que sus oyentes, que hasta entonces habían estado totalmente silenciosos e inmóviles, empezaron a rebullirse o a frotarse las manos; y el que sabía hacer crujir los dedos lo hizo una vez pero se sintió incómodo por haber causado aquel ruido, y por el perjuicio que el crujido podría provocar en aquella pausa tan especial. Los que habían estado mirando por la ventana dejaron de hacerlo, como si hubieran abandonado sus mercancías del carguero por alguna otra cosa más urgente en este fondeadero.

¿Tal vez se había detenido el tiempo? ¿Había logrado captar el instante? ¿Por fin?

Entonces empezó a oírse el tictac del reloj de la sala. Era siempre igual, si se escuchaba. También aquello era siempre lo mismo. Y el péndulo se movía siempre igual, nunca tardaba más en ir a un lado que al otro.

Ni un barco en el mar, ni una nube en el cielo.

Fuera, las nubes no se movían. Solo un caballo se veía en el prado pastando, sin levantar los ojos.

La nieve caída esa noche era pura y limpia, más blanca que ninguna otra cosa.

Los bordes azules de las montañas, pensó el magistrado, ahora son blancos. ¿He visto alguna vez algo tan blanco como esa nieve?, el ampo de esa nieve es como una expiación. En las montañas de allí enfrente; en las montañas al otro lado de esta bahía plácida. Si estuviera sentado en la orilla del mar, las olas quizá me susurrarían algo, allí lejos, ahí entre las lajas y los escollos y las rocas de la playa. Muy lejos.

Respiró hondo. Creyeron que suspiraba; pero no estaban del todo seguros. Luego empezó de nuevo a hablar pero en voz tan baja que los hombres tuvieron que inclinarse hacia adelante para oír, todos excepto aquel a quien atañía el caso, él no cambió su postura excepto que quizá la cabeza se inclinó aún un poco más:

La defensa ha sido irreprochable.

Así pues se condena al acusado, Sasmundur Fridgeir Björnsson de Kaldbakur, a cumplir diez años de trabajos forzados. Asimismo habrá de pagar las costas en las que se ha incurrido durante el proceso, incluyendo seis coronas como estipendio para su representante de oficio, el alcalde pedáneo Halldór Hallsteinsson de Bárd.

RELATO DE LA PÉRGOLA

Las notas buscaban un camino a través del asfixiante humo hasta aquel hombre sentado solo con una botella de vino en un ribazo cubierto de vegetación lejos del gran escenario, y cerca de él las palmeras relucientes en los destelleantes tiestos de cobre. Estaba sentado a la misma mesa de antes, pero entretanto había empezado un nuevo siglo. Había regresado a la ciudad; y se había mezclado con la masa que apenas le interesaba y que le resultaba irreal, semejante a una procesión de las ánimas salidas la víspera de todos los santos de las fosas comunes de un país extranjero; sin embargo, veía lo que había allí con visión clara, lo veía pero no podía asociarse a ello de ninguna forma. Era como si estuviera cubierto por un velo que lo separaba de lo que más cerca tenía, y lo hacía lejano, remoto. No conseguía de ninguna forma enlazarse con lo que veía y percibía de modo tan excesivo. Un hombre dividido. Partido. En verdad era allí donde estaba, lejos; enormemente lejos. No, estaba sentado a la orilla de un plácido río entre briznas de henasco que esperaba amarillento la primavera, más allá; el río corría dividido en varios brazos. Y mezclaba voces de varios lugares. Y el perro empujaba el hocico contra su hombro y esperaba algo. Como si pensara que el hombre ya había estado suficiente tiempo en silencio. O como si percibiera cómo se sentía aquel hombre, su amo. Y quisiera recordarle al hombre que no estaba solo, que tenía compañía, una compañía distinta a aquello que el perro veía y sabía que causaba pavor al hombre. Había dejado en paz al cisne, ya no lo perseguía ni lo asustaba. El perro era negro con el pecho blanco en un país cubierto de nieve. Antes había jugado varias veces a perseguir al cisne por la capa de hielo del estanque,

haciéndolo correr aterrado. Ahora estaba tranquilo al lado del hombre, dispuesto a protegerlo. Por si podía ser útil a su amo.

Y el hombre de la pérgola del restaurante se escondía detrás de su cigarro en una espesa nube de humo; y creía percibir el marcado ritmo despertar inesperadamente dentro de él, y que la música del local se iba apagando. Lo que se inflamaba en su interior estaba atado a aquel otro lugar que percibía su imaginación, un país muy lejano, pero donde estaba en mucha mayor medida que aquí. Un velo, había pensado antes, quizá veía lo que había allí a través de un cristal, fuera — ¿o era él quien estaba fuera? Que estaba sentado junto a aquel arroyo que fue en un tiempo pasado, tanto tiempo atrás; que desde allí percibía lo que aún tardaría tanto tiempo en nacer. No, junto al lago no — junto al río. El río que era su infancia.

¿Por qué lo llevaba hasta allá su mente? Se sentía constantemente observado desde una mesa vacía que estaba en ángulo delante de él. Y constantemente miraba hacia ella de reojo. No había nadie.

¿Quién era esa mujer?

¿A qué se debía que se le viniera a la mente el recuerdo de su madre allí, en aquel lugar repleto de gente, en el bullicio y el estruendo de la ciudad? No podía evocar su imagen. Con dificultad conseguía recordarla. ¿Tal vez nunca había hablado con su hijo? Recordaba vagamente una mujer elegante, fría, así lo creía. Orgullosa. Y no recordaba más. Y en cambio, su padre, que siempre tenía que estar diciéndole algo con un discurso altisonante, en la lengua de los antiguos poetas, y enseñándole todo lo que sabía, trastornado por tanta bebida; esa era su infancia.

Entonces despertó un recuerdo de infancia del destete de los corderos. El dolor en el balido de las ovejas separadas en el ovil, tras quitarles sus corderos, para que el hombre tuviese leche; y los corderos conducidos a la montaña para que comieran las hierbas más jugosas, y corrían gimiendo sin pausa, huérfanos; ¿quizá lloraban, si se los escuchaba con atención? ¿Ya lo había olvidado? Algo que le había parecido tan doloroso, algo que verano tras verano atormentaba su infancia. Y en otoño los corderos volvían ya grandes; y habían olvidado la pena; cuando corrían en veloces torrentes de ovejas ladera abajo hacia los poblados, y los balidos ya despreocupados, como rumores que todo el mundo conoce, y se mezclaban a los gritos de los

hombres a caballo, y a los ladridos de los perros. Vio ante sus ojos a los campesinos pesando en brazos los corderos para decidir si sacrificarlos o criarlos en el establo. Y las ovejas de ordeño parecían también confortadas de sus penas maternas. Así cura todo. Al parecer. Tan solo el ser humano puede perecer de dolor; aunque raras veces.

Apartó de sí aquellos pensamientos; y pidió otra botella de vino.

El hombre está sentado con un silencio desolador dentro de sí, y con otro tiempo aterrador, que lo espanta, y no consigue hallar tregua en el bullicio que llena la amplia sala, en el ruido metálico de las jarras, en el tintineo de los vasos y el murmullo de las charlas, de las risas. Y las sombras bailaban sobre los cristales ahumados, dividiéndose y deslizándose por el vidrio esmerilado.

Cuando el nivel de la botella desciende, la diferencia entre luz y oscuridad se le hace más nítida; algunos rasgos penetran más en sus sentidos; dedos en la luz de una lámpara, un vaso de vino y una mano en el resplandor de una vela, un relámpago azul en unos ojos; un rizo oscuro que escapa de un chal celeste y trasporta el brillo de unos ojos desde la luz a la oscuridad de su interior.

Y el cuadro de la fachada ha cambiado; ahora ve el interior del alma del artista; lo que soñaba con decir, lo que buscaba; los mensajes que ardían en la hoguera de su dolor contenido. Ahora se pudre en la tierra entre gusanos aquel prisionero de su tiempo.

Estás frente a su obra malograda, mucho tiempo después, y compones lo necesario para concluir ese baúl de los misterios de su alma, para descifrar sus enigmas, los misterios de un alma que ardía en ansias místicas y reclamaba cálida comprensión para poder vivir; pero todo eso no logró reflejarse suficientemente en una pintura. Y el ruido de las conversaciones crece, el estruendo de la alegría aumenta, se arroja sobre él en oleadas, se precipita y espumea en las orillas; y tu silencio se espesa; allí despiertan oscuras notas graves, se disponen en una malla; hilos que se entrecruzan, nuevos temas resurgen, y otros nuevos. Y los colores reviven, un reflejo en un vaso; y sus rayos espejean en una mesa sin mantel.

Todos tenemos la espalda al descubierto, a menos...²⁰ Te inclinas hacia atrás, la espalda contra la pared; nadie puede alcanzarte allí; ni los ojos

pueden mirarte la nuca. Y los ojos de magia negra no pueden nada contra ti. Y con el pálido brillo de la embriaguez se cierran los ojos de las mujeres lascivas en el transitorio recinto de aquel local nocturno; unos azules, y te rozan por un instante, o verdes, nunca negros; pasan con un aleteo sobre la cresta de la ola; azuleando sobre el blanco en un batir de ojos; o el pendón de luz de un faro por el oscuro mar; e ilumina incluso un pájaro en su solitario vuelo.

Y otra vez lo miran desde la mesa vacía. Salió dejando la botella vacía.

La noche era templada y casi se rozaba el negrísimo cielo. Ni una estrella.

Dime algo bonito, dice la mujer, y abre una visión del alma en los ojos azules bajo los negros cabellos: porque te tienes que ir. ¿Por qué te tienes que ir?

Me voy de todos. Menos de una, dice él, y juega con los dedos del pie en el sexo de la mujer.

Quédate.

Él no respondió. Ella sabía que se marcharía.

Di algo. Solo para mí.

Otoño, dice él entonces: El viento. Y la hoja atónita se viste de nuevos colores al caer del árbol, vuela; pero carece de alas; cae rápida a tierra, pierde su empuje y acaba en un montón; y se acabó.

Más tarde llegará una nueva primavera, sin ella.

Mientras lo dice ve el milagro en sus ojos.

Pero habrá una hoja nueva, dice ella.

Sí, ciertamente, dice él: pero eso es otra cosa. Otra historia.

Está sentado en un banco, el andén vacío.

Aunque sentía más que veía que alguien se movía cerca de él. La noche era grande, como una imponente sala, no como las noches de su patria, que no acaban en ningún sitio. Aquí el cielo era como un tejado. No era infinito. ¿Y el espacio estelar?

Entonces recuerda que en la escalera se cruzó con un hombre grande y sombrío con la cabeza enterrada en el pecho como si intentara esconderla bajo el ala.

Allí reinaba la oscuridad, no pudo ver el rostro de aquel hombre; su cabello era largo y enmarañado.

Llevaba un grueso abrigo negro pese a aquel calor de verano, con el gran cuello levantado; un desgarrón en el hombro que habría podido ser un descosido, sujeto con un imperdible.

Sus zuecos resonaban extrañamente sobre los escalones metálicos de la escalera, absurdos en el silencio de la medianoche, concluido el toque fatídico del reloj, doce campanadas.

Con el elocuente badajo de madera en la ancha campana de bronce.

Estaba sentado en el banco esperando que la aglomeración de gente desapareciese de su conciencia para poder afrontar la noche. Y lo que esta pudiera ofrecer de su almacén de recuerdos, o de promesas, o esperanzas, incluso sueños.

El asalto de lo que quería olvidar fue debilitándose al salir del bullicio de la pérgola, de su absurdo frenesí sin sentido.

Pero aún podía sentir una punzada en el alma. Pero la noche era templada e iba descendiendo con una negrura aterciopelada, alejaba de él la penetrante amargura de las cosas aún no vengadas que lo seguían desde la lejanía, desde una esfera diferente de inmensidades y fría dignidad.

Esa noche era bonancible, no tenía el abismo del terror ni las negras perspectivas que ponían en tensión su mente y la dilataban.

Todo está demasiado suave y superficial para los espectros. Sus fantasmas retrocedían ante el estrecho haz de las luces de aquel escenario. En aquella tregua momentánea está allí sentado, huésped que en ningún sitio puede encontrar para sí una morada durable.

Y es entonces de pronto cuando un brazo se extiende por encima de su hombro e intenta aprisionar su cuello, y en el puño una larga y fina hoja de cuchillo que apunta a su torso. Y de una boca casi sin dientes surge un murmullo sobre su oído: El dinero, el dinero. Y otra vez vuelve a oír las mismas palabras con sonido nasal: El dinero, el dinero.

Notó la presión convulsa de aquel brazo que intentaba hacer presa en su cuello y apretarle la tráquea sin despegar de sus costillas el cuchillo mortalmente afilado dirigido hacia su corazón.

Más tarde, cuando rescató de la memoria aquel suceso, no sabía cómo consiguió arrojar por encima de su hombro a aquel heraldo de la noche sin lastimarse con el cuchillo; aunque pensó que al perder el apoyo del pie que tenía más adelantado no consiguió dirigir el cuchillo hacia el lugar deseado. Era consciente, después, de la presencia de aquel hombre en el suelo delante de él sobre el andén de la estación, con el cuchillo aún en la mano.

Cuando se pusieron en pie frente a frente, el otro no habría tenido muchas opciones ni ventaja alguna a no ser por el cuchillo.

Él estaba tranquilo, muy levemente inclinado con las manos extendidas hacia delante y los dedos separados como sosteniendo una madeja invisible que devanaba para hacer un ovillo.

Aunque nunca antes se había visto ante una lucha semejante, era como si supiera intuitivamente cómo pelear, tenía los codos apretados contra los costados y en tensión, pero con la agilidad del gato dispuesto al salto, preparado para recibir la acometida del hombre que tenía levantado el cuchillo y daba estúpidos saltos como un mono con una pierna más corta, pasándose el cuchillo de una mano a la otra.

Él estaba tranquilo, preparado para la acometida del hombre, y de repente alzó las manos a lo alto, como si hubiera dejado el ovillo y levantara una maza para arrojársela; pero fue un grito lo que le arrojó. Que resonó en el vacío, y que repitió el eco por la gran sala de arriba, donde dormitaban los noctámbulos rezagados y donde unos pocos trabajadores de la estación estaban a punto de cerrar para la noche, cuando los trenes dejaban de circular.

¿Qué había en aquel grito? Tal vez muchas cosas que sentía que, a pesar de todo, nunca podría decir, ni siquiera disfrazadas en un poema.

Aquello asustó al otro, que huyó como un ícubo espantado por una magia poderosa, hacia la oscuridad y el vacío de donde había salido.

El poeta estaba en pie con los brazos en el aire, los dedos extendidos hacia el cielo, y el grito estalló en la noche.

EPÍLOGO DEL TRADUCTOR

Una novela se lee sin necesidad de notas ni aclaraciones, y así sucede con *Arde el musgo gris*. Pero el lector islandés reconoce muchas cosas inaccesibles al hispanohablante. Se puede gozar de la lectura sin saber nada sobre el trasfondo del libro, pero una idea somera de lo que se esconde por detrás ayuda a encontrar vertientes nuevas.

Ásmundur, el protagonista, refleja un personaje real, muy bien conocido por todos los islandeses. Su poeta nacional, a caballo entre los siglos XIX y XX, pero también uno de los grandes reformadores progresistas que querían llevar a su patria desde la edad media a los tiempos modernos. Sus ambiciosos planes de industrialización del campo y de obtención de energía eléctrica de los ríos y cascadas de Islandia no pudieron realizarse, y su apoyo al mantenimiento de los lazos con la monarquía danesa impide considerarlo un auténtico «padre de la patria». Pero su poesía es otra cosa. La escribió en un islandés que enriqueció con vocablos ya casi olvidados: una frase suya bien recordada es «La lengua islandesa tiene una palabra para cada cosa que pueda pensarse en el mundo». Sus poemas, de compleja métrica tradicional (rimas, aliteraciones, rimas internas...) glosan el espectacular y tantas veces inhóspito paisaje islandés y sus habitantes, humanos o animales (muy especialmente el cisne). Su estilo, sus ideas, están, sin embargo, claramente enraizados en el movimiento posromántico de su tiempo.

El poeta, político y funcionario que sirve de modelo a Ásmundur se llamaba Einar Benediktsson (1864-1940); estudió leyes en Copenhague y vivió en varios países extranjeros; enfermó y estuvo a punto de morir. Y de

vuelta en Islandia ejerció de juez, como su padre, mientras se dedicaba a su actividad política y, sobre todo, poética.

Thor (en Islandia, el único tratamiento posible es el nombre de pila) no hace una biografía de Einar, pero sí que convierte su novela en una fotografía de la persona y la actividad del poeta. Las diversas facetas de este se reflejan en los diversos estilos del libro, desde la sequedad del lenguaje legal a la poesía más mística y enamorada de la naturaleza, pasando por el relato posromántico. La lengua de Einar reaparece en la prosa de Thor que, en los capítulos más poéticos, hace gala de un riquísimo vocabulario, muchas veces con palabras poco conocidas y, no raramente, local (del norte de Islandia, donde se desarrolla la acción y donde nació y vivió Einar). Y la poesía asoma en el contenido y en las formas, pero también, con cierta frecuencia, en la presencia de rimas, aliteraciones, ritmos marcados, en medio de lo que vemos como prosa. De forma que aunque no hay biografía, la auténtica personalidad literaria de Einar sí que flota a lo largo de toda la novela de Thor.

Un último detalle, para los interesados en la relación de literatura y realidad. En el norte de Islandia está la Bahía de Skjálfandi, cuya principal población es la pequeña ciudad de Húsavík, junto a la cual nació Einar. Por allí cerca, en el interior (Svartkot existe), sucedió en la realidad el juicio que llevó a la condena a muerte y ejecución de Jón por matar a su amante y al nonato hijo de ambos. Por algún lugar indeterminado al este de Húsavík se desarrolla la acción ficticia del viaje de Ásmundur y el juicio de los hermanastros.

Todas las citas bíblicas están tomadas de la traducción de Casiodero de Reina, revisada por C. de Valera, publicada por las Sociedades Bíblicas Unidas en 1995.

ENRIQUE BERNÁRDEZ
Madrid, mayo de 2007

Notas

OceanofPDF.com

¹ Verso de una canción popular danesa: «Era en Frederiksberg, era en mayo». (*N. del T.*)<<

OceanofPDF.com

² Fragmento de un poema cantado y bailado, género popular en Islandia a finales del XIX. (*N. del T.*)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

³ *Rímur* es un género típicamente islandés de poesía cantada en una forma musical muy peculiar; de métrica muy compleja, las *rímur* forman larguísimos ciclos. Hasta prácticamente hoy día, son un elemento esencial de la poesía popular, aunque con autores conocidos, las más de las veces campesinos de extraordinarias dotes poéticas. (N. del T.)<<

OceanofPDF.com

⁴ La referencia es al mito de Sigurd/Sigfrido y el dragón que guarda el tesoro del nibelungo. Gunnar fue arrojado a un pozo de serpientes, maniatado, y se salvó tocando el arpa con los dedos del pie, como se cuenta en la islandesa *Saga de los nibelungos* y en los poemas de la *Edda*. (N. del T.)<<

OceanofPDF.com

⁵ Vídalín (Jón, 1666-1720). Escritor religioso islandés, su breviario ha sido el escrito religioso más influyente en el país (después de la Biblia); influyente incluso en el lenguaje, como modelo para sermones y discursos morales de toda clase. (*N. del T.*)<<

OceanofPDF.com

⁶ Referencias a los primeros pobladores islandeses de Vinlandia, en Norteamérica, en torno al año 1000, tal como se cuenta en las sagas de los Groenlandeses y de Erik el Rojo. (*N. del T.*)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

⁷ El esclavo Náttfari vivió su aventura muy cerca de donde suceden los hechos. Él y su compañera fueron los primeros que pasaron un año entero en la isla. (*N del T.*)[<<](#)

OceanofPDF.com

⁸ Referencia a la *Saga de los Sturlung* («Descendientes de Sturla»), la más importante familia del medievo islandés. Estos nombres volverán a aparecer. (N. del T.)[<<](#)

OceanofPDF.com

⁹ La *Saga de los Volsungos* narra, en prosa, la historia de Sigurd (Sigfrido) y el oro guardado por el dragón Fáfnir. Esta historia aparece también en los poemas de la *Edda*. (N. del T.)[<<](#)

OceanofPDF.com

¹⁰ Freyr de los Valles, Dala-Freyr, es el Sturla Sighvatsson que ya conocemos. (*N. del T.*)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

¹¹ *Séra*: tratamiento islandés de los sacerdotes (se pronuncia «siéra»).

(N. del T.)<<

OceanofPDF.com

¹² Un yelmo, o máscara, que en las leyendas medievales aparece usado para infundir terror en los enemigos. (*N. del T.*)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

¹³ Jónas Hallgrímsson (1807-1845), el más importante poeta romántico de Islandia. (*N. del T.*)<<

OceanofPDF.com

¹⁴ Referencias a la Saga de los Sturlung, antes mencionada. (N. del T.)

<<

OceanofPDF.com

¹⁵ «El hombre era el gozo del hombre». Esta máxima procede de un poema de la *Edda*, y se ha convertido en un aforismo cotidiano en Islandia: nada es mejor que la compañía de otro ser humano. (N. del T.)<<

OceanofPDF.com

¹⁶ Antigua moneda danesa. (*N. del T.*)<<

OceanofPDF.com

¹⁷ En los inviernos especialmente duros pueden llegar hasta Islandia osos blancos desde Groenlandia. (*N. del T.*)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

¹⁸ Friedrich Nietzsche: *Así habló Zaratustra*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual, página 207. Madrid, Alianza Editorial, 2006. (N. del T.)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

¹⁹ Grettir el Fuerte, protagonista de la saga medieval de su nombre. El más famoso proscrito islandés y personaje popular aún hoy día. (*N. del T.*)

<<

OceanofPDF.com

²⁰ Frase de la *Saga de Grettir*. «estamos desprotegidos si estamos solos». (N. del T.)<<

OceanofPDF.com